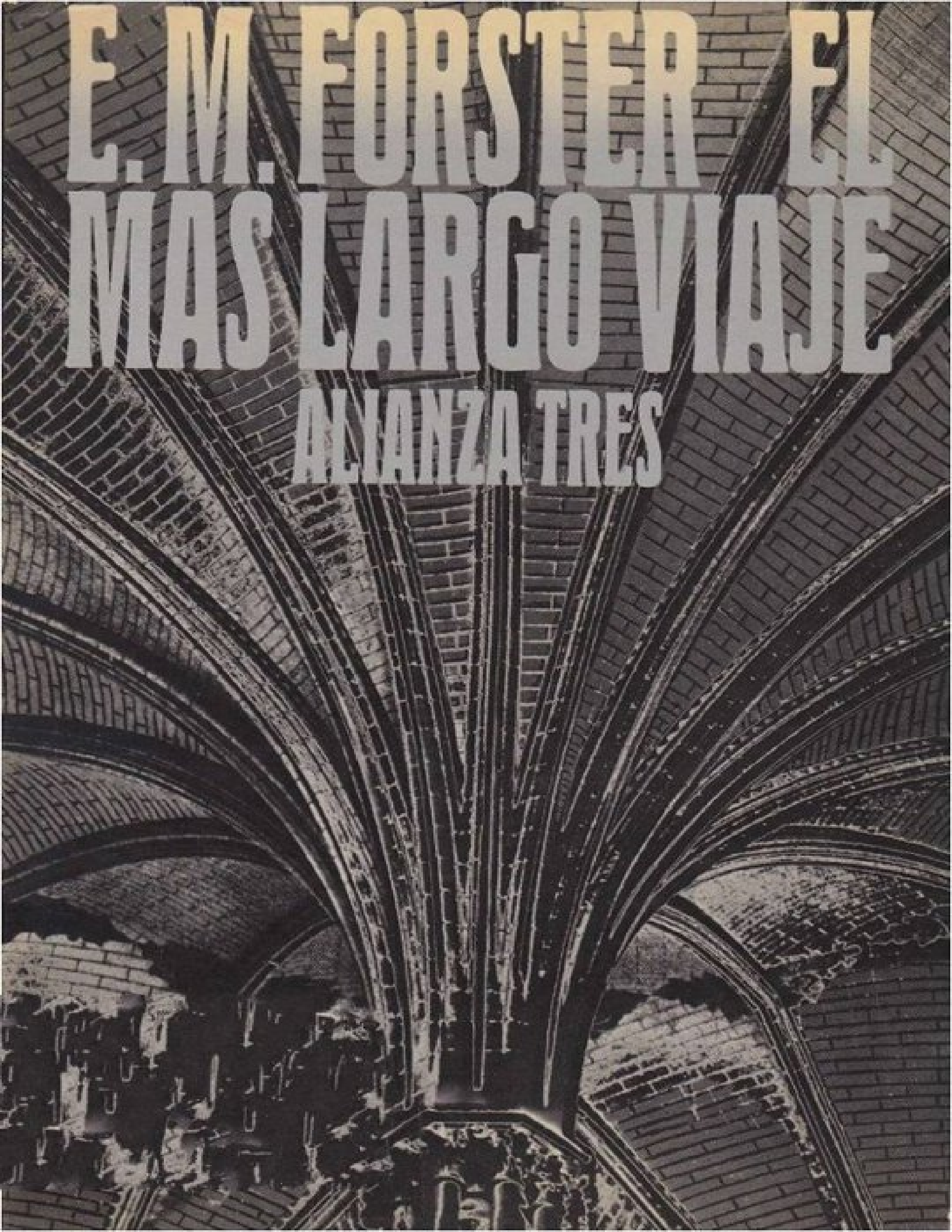


E. M. FORSTER EL MAS LARGO VIAJE

ALIANZA TRES



Annotation

Novela de formación, EL MÁS LARGO VIAJE se nutre en gran medida de contenidos abiertamente autobiográficos. En una introducción escrita en 1960, el propio E. M. Forster (1879-1970) mostraría su predilección hacia esta novela, porque «en ella conseguí acercarme más que nunca a mis preocupaciones centrales o, dicho de otra manera, a ese punto de unión entre corazón y mente donde salta la chispa del impulso creador». La localización de la trama argumental en Cambridge, Sawston y Wiltshire se corresponde con tres diferentes actitudes ante la vida y señala también las etapas fundamentales del desarrollo del héroe, Rickie Elliot, heredero del Julien Sorel de «Rojo y negro».

- [E. M. FORSTER](#)
- [Sinopsis](#)
-
- [Primera parte Cambridge](#)
 - [I](#)
 - [II](#)
 - [III](#)
 - [IV](#)
 - [V](#)
 - [VI](#)
 - [VII](#)
 - [VIII](#)
 - [IX](#)
 - [X](#)
 - [XI](#)
 - [XII](#)
 - [XIII](#)
 - [XIV](#)
 - [XV](#)
- [Segunda parte Sawston](#)
 - [XVI](#)

- [XVII](#)
 - [XVIII](#)
 - [XIX](#)
 - [XX](#)
 - [XXI](#)
 - [XXII](#)
 - [XXIII](#)
 - [XXIV](#)
 - [XXV](#)
 - [XXVI](#)
 - [XXVII](#)
 - [XXVIII](#)
- [Tercera parte Wiltshire](#)
 - [XXIX](#)
 - [XXX](#)
 - [XXXI](#)
 - [XXXII](#)
 - [XXXIII](#)
 - [XXXIV](#)
 - [XXXV](#)
- [notes](#)
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -

E. M. FORSTER

El más largo viaje

Traducción de José Luis López Muñoz

Alianza

OceanofPDF.com

Sinopsis

Novela de formación, EL MÁS LARGO VIAJE se nutre en gran medida de contenidos abiertamente autobiográficos. En una introducción escrita en 1960, el propio E. M. Forster (1879-1970) mostraría su predilección hacia esta novela, porque «en ella conseguí acercarme más que nunca a mis preocupaciones centrales o, dicho de otra manera, a ese punto de unión entre corazón y mente donde salta la chispa del impulso creador». La localización de la trama argumental en Cambridge, Sawston y Wiltshire se corresponde con tres diferentes actitudes ante la vida y señala también las etapas fundamentales del desarrollo del héroe, Rickie Elliot, heredero del Julien Sorel de «Rojo y negro».

Título Original: *The Longest Journey*

Traductor: López Muñoz, José Luis

©1927, Forster, E. M.

©2009, Alianza

ISBN: 9788420630342

Generado con: QualityEbook v0.75

OceanofPDF.com

FRATRIBUS

OceanofPDF.com

Primera parte *Cambridge*

OceanofPDF.com

I

—La vaca está allí —dijo Ansell, encendiendo una cerilla y alzándola sobre la alfombra.

Nadie habló. Ansell esperó a que se consumiera la cerilla. Después repitió:

—La vaca está allí. Está allí, ahora.

—No lo has demostrado —dijo una voz.

—Me lo he probado a mí mismo.

—Yo me he probado a mí mismo que no está —dijo la voz—. La vaca *no* está allí.

Ansell frunció el entrecejo y encendió otra cerilla.

—Para mí la vaca está allí —declaró—. No me importa si lo está también para ti. Tanto si sigo en Cambridge o me voy a Islandia como si me muero, la vaca está allí.

El tema era la filosofía. Estaban discutiendo la existencia de los objetos. ¿Existen sólo cuando hay alguien que los contempla? ¿O tienen una existencia real propia? Todo esto es muy interesante, pero también difícil. De ahí la vaca, que parecía hacerlo todo más sencillo. Resultaba tan familiar, tan sólida, que sin duda las verdades ilustradas por ella llegarían con el tiempo a ser igualmente familiares y sólidas. ¿La vaca estaba allí, sí o no? Era mejor que decidir entre objetividad y subjetividad. También en Oxford, al mismo tiempo, un estudiante preguntaba:

—¿Qué aspecto tienen nuestros cuartos durante las vacaciones?

—Vamos a ver, Ansell. Yo estoy aquí, en el prado. También está la vaca. Tú estás allí; la vaca está allí. ¿Aceptas esto?

—¿Y bien?

—Bien; si tú te vas, la vaca sigue; pero si yo me voy, la vaca se marcha. Pero, ¿qué pasaría si tú te quedaras y yo me fuera?

Varias voces protestaron de que aquello eran sofismas.

—Precisamente —respondió con prontitud el que hablaba; se hizo otra vez el silencio, mientras trataban seriamente de resolver el problema.

A Rickie, el dueño de la alfombra sobre la que caían las cerillas consumidas, no le gustaba mezclarse en la discusión. Le resultaba demasiado difícil. Ni siquiera podía dedicarse a los sofismas. Si hablara, lo

único que conseguiría sería hacer el ridículo. Prefería escuchar y ver cómo el humo del tabaco atravesaba la ventana para perderse en la tranquila atmósfera del mes de octubre. También veía el patio, y al gato del *college* ¹ molestando a la tortuga, y a los pinches con las bandejas de la cena sobre la cabeza. En una de ellas había comida caliente: sería para el catedrático de geografía, que nunca bajaba al comedor; comida fría para tres, probablemente a media corona por cabeza, para alguien que no conocía; comida caliente, *à la carte*: evidentemente para las señoras que habitaban en la escalera vecina; comida fría para dos, a dos chelines: en dirección al cuarto de Ansell, para Ansell y para él mismo; al pasar bajo la lámpara se dio cuenta de que les traían merengues otra vez. Empezaban a llegar las mujeres de la limpieza, charlando entre ellas y pudo oír incluso a la que se ocupaba del cuarto de Ansell decir «¡Qué fastidio!», porque tenía que poner la mesa en el cuarto de su amigo. La calma era absoluta. Ninguno de los olmos gigantescos se movía y era como si perdurara aún el esplendor del verano, porque la oscuridad escondía las manchas amarillas de las hojas, y sus contornos daban aún impresión de redondez contra el pálido cielo. Aquellos olmos eran dríades: eso creía o aseguraba creer Rickie, y la distancia entre estas dos posturas es mucho menos perceptible de lo que admitimos normalmente. En cualquier caso eran árboles femeninos, y durante muchas generaciones habían burlado los reglamentos del *college* residiendo en la guarida de los jóvenes.

Pero, ¿qué pasaba con la vaca? Rickie volvió a ocuparse de ella un tanto apurado, porque sus divagaciones no le llevaban a ninguna parte. También él trataría de resolver el problema. ¿Estaba allí o no? La vaca. Estaba o no estaba. Trató de penetrar en la noche con la vista.

En los dos casos resultaba interesante. Si estaba allí, otras vacas la acompañaban. La oscuridad de Europa estaba punteada con ellas, y en el extremo oriente sus lomos brillaban ya bajo la luz del sol naciente. Grandes rebaños pastaban donde ningún hombre iba ni necesitaba ir, o chapoteaban hundidas hasta los corvejones en ríos imposibles de vadear. Y además, ése era el punto de vista de Ansell. Pero la opinión de Tiliard también tenía interés. Cabía seguirle y aceptar que la vaca no estaba allí a no ser que también estuviera uno mismo para verla. Un mundo sin vacas, en ese caso, se extendía a su alrededor por todas partes. Aunque bastaba echar una ojeada a un campo y ¡clic! inmediatamente irradiaría vida bovina.

Rickie comprendió de repente que tampoco aquello servía. Como de costumbre, no se había enterado de nada, y estaba confundiendo la filosofía con detalles vulgares y desprovistos de sentido. Porque si la vaca no estaba allí, tampoco estaban los campos ni el mundo. ¿Y qué le importaban a Ansell los lomos iluminados o los ríos que no pueden vadearse? Rickie se enojó con su alma rastrera, y apartó los ojos de la noche, que le había llevado a tan absurdas conclusiones.

El fuego danzaba y la sombra de Ansell, que estaba muy cerca, parecía dominar la pequeña habitación. Seguía hablando o más bien moviéndose espasmódicamente; y continuaba encendiendo cerillas y dejándolas caer sobre la alfombra cuando se consumían. De cuando en cuando hacía un movimiento con los pies como si estuviera corriendo de espaldas, escaleras arriba, y tropezaba con el borde del guardafuego, de manera que las tenazas salían volando y chocaban en el hogar los platos de bollos untados con mantequilla. Los otros filósofos estaban tumbados en posturas extrañas sobre el diván, la mesa y las sillas; uno que se aburría se había arrastrado hasta el piano e intentaba tocar el preludio del Oro del Rhin, con la rodilla en el pedal de la sordina. La atmósfera estaba cargada de humo de buen tabaco y el agradable calor del té, y a medida que Rickie se sentía más somnoliento los sucesos del día parecían pasar flotando uno a uno ante sus ojos. Por la mañana había leído a Teócrito, que le parecía el más grande de los poetas griegos; luego comió con un profesor muy alegre y saboreó galletas Zwieback; después paseó con personas que le gustaban la distancia conveniente; ahora su cuarto estaba lleno de otras personas que también le gustaban y cuando se marcharan cenaría con Ansell, por quien sentía gran afecto. Un año antes no disfrutaba de ninguna de estas alegrías. Había abandonado un importante colegio privado sintiéndose frío, ignorante y sin amigos, preparándose para un silencioso y solitario viaje y deseando con toda su alma que le dejaran en paz. Cambridge no había respondido a sus deseos. Le había abrazado, tranquilizado, dado calor y se había reído un poco de él diciéndole que no necesitaba sentirse tan trágico porque su adolescencia hubiera sido únicamente un corredor polvoriento que desembocaba en los espaciosos salones de la juventud. En un año había hecho amigos y aprendido muchas cosas y podría aprender aún más si consiguiera concentrar su atención en aquella vaca.

El fuego se había apagado y, en la oscuridad, el que estaba junto al piano se atrevió a preguntar qué pasaría si una vaca objetiva tuviera un

choto subjetivo. Ansell lanzó un suspiro de indignación y en aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Rickie.

Al abrirse la puerta, gracias a la luz que venía del corredor, se recortó contra el fondo la silueta de una mujer alta y joven.

—¡Señoras! —susurraron todos con gran agitación.

—¿Sí? —dijo Rickie con nerviosismo, cojeando hacia la puerta (tenía un pronunciado defecto en una pierna)—. ¿Sí? Entre, por favor. ¿Puedo servirle en...?

—¡Incalificable! —exclamó la joven, introduciendo un dedo enguantado en la habitación—. ¡Absolutamente incalificable!

Rickie se agarró la cabeza con las manos.

—¡Agnes! ¡Qué horror!

—¡Intolerable!

La muchacha encendió la luz eléctrica. Los filósofos quedaron al descubierto de manera desagradablemente súbita.

—¡Cielo santo, tomando el té! ¡Esto es demasiado, Rickie! ¡Tengo que decirlo otra vez: eres abominable! Haré que te azoten. ¿Qué les parece? —se volvió hacia los reunidos, que ahora estaban ya de pie— ¿Qué les parece? Nos invita a mi hermano y a mí a pasar el fin de semana. Aceptamos. En la estación, ni rastro de Rickie. Vamos a donde vivía antes, Trumpery Road o algo parecido, y ya no se aloja allí. Estoy furiosa y antes de que me dé cuenta mi hermano ha pagado al cochero y estamos perdidos. He andado millas y más millas. ¿Quieren ustedes hacer el favor de decirme qué se puede hacer con Rickie?

—Hay que azotarlo sin duda —dijo Tilliard amablemente. Y dio un salto hacia la puerta.

—Tilliard, espera, déjame presentarte a miss Pembroke. ¡No os vayáis todos! —porque sus amigos huían de su visitante como la neblina ante el sol—. Oh, Agnes, lo siento muchísimo; no me puedo disculpar. Sencillamente me olvidé de que venías y de todo lo referente a ti.

—¡Gracias, muchas gracias! ¿Y cuándo te acordarás de preguntar dónde está Herbert?

—Es cierto, ¿dónde está?

—No te lo diré.

—¿Pero no vino andando contigo?

—No lo diré, Rickie. Será parte de tu castigo. Todavía no lo sientes de verdad. Volveré a castigarte después.

Era cierto. Rickie no estaba tan compungido como debiera. Sentía haberse olvidado y sentía las molestias causadas a sus visitantes. Pero no se consideraba terriblemente en falta, como debe sucederle a un joven que se ha comportado descortésmente con una señorita. Mostrarse desconsiderado con la mujer de la limpieza o con el criado le hubiera producido la misma desazón, cosa que no estaba bien.

—Primero iré por algo de comer. Por favor, siéntate y descansa. Oh, déjame que te presente...

Ansell era el único superviviente de la discusión. Estaba todavía sobre la alfombra junto a la chimenea con una cerilla consumida en la mano. La llegada de miss Pembroke no le había afectado en absoluto.

—Permíteme que te presente a Mr. Ansell... miss Pembroke.

El momento que siguió fue terrible; un momento en el que Rickie casi lamentó tener un amigo inteligente. Ansell permaneció absolutamente inmóvil, sin hacer el menor gesto con la cabeza ni con la mano. Un comportamiento semejante es tan poco frecuente que miss Pembroke no se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y mantuvo la mano extendida más de lo conveniente para una señorita.

—¿Vienes a cenar? —preguntó Ansell en voz baja y con tono serio.

—Me parece que no —dijo Rickie con gesto de desánimo.

Ansell se marchó sin añadir palabra.

—No te preocupes por nosotros —dijo miss Pembroke amablemente—. No tienes por qué dejar a tu amigo. Herbert está buscando alojamiento, por eso no está aquí, y donde quiera que sea nos podrán dar algo de cenar. ¡Qué cuarto tan agradable tienes!

—Oh, no, en absoluto. Quiero decir que lo siento. Lo siento. Lo siento muchísimo.

—¿De qué estás hablando?

—Ansell... —después estalló—. Ansell no es un caballero. Su padre es lencero. Sus tíos, agricultores. Está aquí porque es muy inteligente; debido a su buena cabeza. Siéntate. No es un caballero en absoluto.

Y se marchó corriendo para encargar algo de cenar.

—¡Qué snob se está volviendo! —pensó Agnes, bastante ablandada.

Nunca se le ocurrió que aquellas palabras expresaran afecto: que Rickie no las hubiera dicho sobre alguien que no le gustara. Ni adivinó que

la humilde cuna de Ansell no bastaba para explicar la calidad de su rudeza. Estaba dispuesta a aceptar la vida como un conjunto de trivialidades. Seis meses atrás quizá le hubiera importado; pero ahora no le importaba lo que los hombres pudieran hacerle porque tenía un novio maravilloso que les daba ciento y raya a todos aquellos estudiantes de aspecto poco saludable. No se atrevería a contarle a Gerald lo que había sucedido: podía venir desde donde quiera que estuviese y dejar a Ansell medio muerto. Agnes decidió no decírselo tampoco a su hermano; era amable por naturaleza y le complacía no dar importancia a las cosas.

Se quitó los guantes; después se quitó los pendientes y se puso a admirarlos. Aquellos pendientes eran un capricho suyo: el único. Siempre había querido tener unos, y el día que Gerald le propuso que se casara con él fue a una tienda e hizo que le agujerearan las orejas. Instintivamente sabía que estaba bien hacerlo. Gerald le había regalado los pendientes — dos pequeñas masas de oro, copiadas, según el joyero, de algún objeto prehistórico— y besado las manchas de sangre en el pañuelo. Herbert, como de costumbre, se escandalizó.

—No lo puedo evitar —exclamó levantándose—. No soy como otras chicas.

Empezó a pasearse por la habitación de Rickie; no le gustaba estarse quieta. No había mucho que ver. Los cuadros no eran atractivos y no le interesaban: grupos de estudiantes, «Sir Percival» de Wats, un perro persiguiendo a un conejo, un hombre persiguiendo a una criada, una madonna morena de poco precio en un marco verde barato; en pocas palabras, una colección en la que cada mediocridad servía en general para hacer olvidar la anterior. Sobre la puerta estaba colgada una fotografía alargada de una ciudad con canales; Agnes, que nunca había estado en Venecia, pensó que se trataba de Venecia, pero los que habían estado en Estocolmo sabían que era Estocolmo. La madre de Rickie, con una expresión muy dulce, descansaba sobre la repisa de la chimenea. Otras fotografías acababan de llegar con sus marcos nuevos y estaban de espaldas contra la pared, pero Agnes no se molestó en darles la vuelta. Sobre la mesa había tazas de té sucias, una tarta de chocolate y Omar Khayyam, con una galleta Oswego entre las páginas. También un jarrón con las purpúreas hojas del otoño. Esto último le hizo sonreír.

Entonces vio los zapatos de su anfitrión: los había dejado sobre el diván. Rickie padecía una ligera malformación y los zapatos no eran del

mismo tamaño; uno tenía un tacón muy grueso para ayudarle a andar lo más normalmente posible.

—¡Uf! —exclamó y se los llevó apresuradamente al dormitorio. Allí vio otros zapatos, botas y zapatillas; toda una hilera y todos deformes.

—¡Pobre chico! ¡Qué mala suerte! ¿Por qué no será como todo el mundo? Estas cosas hereditarias son terribles.

Cerró la puerta dando un suspiro. Recordó la perfecta figura de Gerald, su andar atlético, el porte de sus hombros, sus brazos, abiertos para recibirla. Gradualmente se sintió confortada.

—Perdóneme, señorita, ¿me puede usted decir para cuántos hay que poner la mesa?

Era la mujer de la limpieza, Mrs. Aberdeen.

—Creo que tres —dijo Agnes, sonriendo amablemente—. Mr. Elliot volverá enseguida. Ha ido a encargar la cena.

—Muchas gracias, señorita.

—¡Cuántas tazas que lavar!

—Las tazas de té se lavan enseguida, sobre todo las de Mr. Elliot.

—¿Y eso por qué?

—Porque no tienen rincones difíciles donde se acumule la porquería. Mr. Anderson, que vive abajo, tiene unas tazas con ángulos, y no se puede usted imaginar la diferencia. Estas las compré yo para Mr. Elliot. Siempre procura molestar lo menos posible. Nunca he visto un señorito tan atento. La vida debiera ser amable con él.

Se llevó las tazas al cuarto de limpieza, regresó con el mantel y añadió:

—Si es que resiste.

—Me temo que no es muy fuerte —dijo Agnes.

—Ah, señorita, ¡su nariz! No sé lo que diría si supiera que he hablado de ello, pero tengo que contárselo a alguien y no tiene padre ni madre. ¡Su nariz! Le ha sangrado dos veces en The Long.

—¿Sí?

—Es una cosa que tendría que saberse. ¡Le digo que esa habitación!... Y en cualquier caso Mr. Elliot no está en condiciones de perder sangre. Afortunadamente sus amigos estaban levantados; siempre digo que son más hermanos suyos que otra cosa.

—Eso está muy bien. No tiene hermanos de verdad.

—¡Oh, Mr. Hornblower es muy alegre y Mr. Tilliard también! A Mr. Elliot también le gusta la jarana a veces. ¡Esta es la escalera más movida de

todas! Anoche la señora de W me dijo: «¿Qué les hacen ustedes a mis señoritos?— Mr. Ansell volvió con el cuello de la camisa suelto.» Yo dije: «Pues me parece muy bien.» Algunas querrían que sus señoritos estuvieran siempre muy bien compuestos; pero tal como está el mundo más vale que sigan riendo mientras puedan.

Según el esquema tradicional una mujer de la limpieza tiene que ser cómica y deshonesta. Eso es lo que se espera de ellas. En el panorama de la vida universitaria es su única función. Así que cuando encontramos una que tiene el rostro de una dama y sentimientos de los que una señora podría estar orgullosa, pasamos sin verla.

—¿Sí? —dijo miss Pembroke, y su conversación quedó interrumpida por la llegada de su hermano.

—¡Qué desastre! —exclamó—. Es un verdadero desastre.

—¡Vamos, Bertie, vamos! Ya sabes que no voy a ponerme de mal humor.

—Yo tampoco estoy enfadado, pero tendría motivos para estarlo. Dime, ¿por qué no ha ido a buscarnos? ¿Por qué no nos ha reservado habitaciones? Y dime también, ¿por qué me has dejado que hiciera solo todas las gestiones? Los alojamientos que conozco estaban llenos y nuestros cuartos dan a una caballeriza. No he podido evitarlo. Y además, ¡mira! ¡Otro desastre!

Alzó un pie como si fuera un perro herido. Estaba chorreando.

—Entonces eso explica el mal humor. Descálzate inmediatamente. Cogerás otro catarro.

—Me parece que tienes razón —Herbert se sentó junto al fuego y empezó a desatarse la bota con gran meticulosidad—. Noto que ha cambiado mucho el tono de la universidad. No recuerdo que fuéramos contoneándonos de tres en fondo por la acera ni que arrojáramos a la cuneta a inofensivos visitantes. Uno de ellos llevaba además una corbata de Eton. Pero diría que los otros eran de unos colegios muy raros, si es que eran de algún colegio.

Mr. Pembroke era casi veinte años mayor que su hermana y nunca había sido tan bien parecido como ella, incluso de joven. Pero no encajaba en el tipo de persona que se empuja a la cuneta porque aun sin ser clérigo tenía aire de estar a punto de serlo, y sus rasgos, así como su ropa, eran típicamente eclesiásticos. En su presencia las conversaciones se volvían castas y descoloridas y llenas de sobreentendidos, y —exactamente como si

fuera un clérigo de verdad— ni hombres ni muchachos se olvidaban jamás de su presencia. Herbert era consciente de ello y le complacía mucho. Su conciencia le permitiría convertirse en eclesiástico en el momento en que su profesión, que era la académica, se lo exigiera.

—No creo que haya en todo el mundo una cuneta tan húmeda —dijo Agnes, que le había quitado el calcetín a su hermano y lo estaba tostando sobre las cenizas con unas tenazas.

—¿No recuerdas el arroyo junto a Trumpington Road? A veces lo dejan correr para que se lleve la porquería: una idea muy primitiva. Cuando yo estaba aquí había un chiste acerca de ello y lo llamábamos el «Pem».

—¡Muy halagador!

—No seas tonta; no era por mí, claro. Lo llamábamos el «Pem» porque está junto a Pembroke College. Recuerdo...

Sonrió un poco agitando los dedos de los pies. Después se acordó de la mujer de la limpieza y dijo:

—Mi calcetín ya está seco. Dámelo, por favor.

—Tu calcetín está empapado. ¡No, no lo cojas!

Agnes puso las tenazas fuera de su alcance. Mrs. Aberdeen, sin hablar, fue a buscar un par de calcetines y un par de zapatos de Rickie.

—Gracias, muchas gracias. Estoy seguro de que a Mr. Elliot no le parecerá mal.

Después le dijo en francés a su hermana:

—¿Se sabe algo de Frederick?

—Por favor, llámale Rickie y habla en inglés. Estaba aquí. Se había olvidado de que veníamos y se sintió muy avergonzado. Ha ido a encargarse la cena y no entiendo por qué no ha vuelto aún.

Mrs. Aberdeen les dejó.

—Le hace falta una buena reprimenda. Ser distraído no tiene nada de original. La verdadera originalidad es otra cosa. Hay que reconocer que las clases bajas no tienen *nous*. ¿A quién se le ocurre pensar que yo me pueda poner estas cosas deformes?

Herbert había estado intentando calzarse un zapato del pie izquierdo en el derecho.

—¡No lo hagas! —dijo Agnes precipitadamente—. No toques las cosas de ese pobre chico.

La vista de aquellos zapatos de charol tan caros pero tan deformes casi le daban ganas de desmayarse. Hacía muchos años que conocía a Rickie

pero resultaba mucho más terrible y completamente diferente ahora que ya era un hombre. Era su primer contacto auténtico con lo anormal, y fibras de su ser que no conocía se revolvieron contra ello. Frunció el entrecejo al oír un paso desigual en la escalera.

—Agnes, antes de que llegue; no deberías haber venido sola a su habitación. Es una falta evidente. Imagínate lo desagradable que hubiera sido encontrarle con sus amigos. Si Gerald...

Para entonces Rickie estaba ya muy nervioso. En las cocinas había perdido la cabeza y cuando le llegó el turno —porque tuvo que esperar— les dejó el sitio a los de detrás diciendo que no tenía prisa. Después, todavía se había retrasado más comprando plátanos, aunque sabía que a los Pembroke no les gustaba la fruta. En medio de esta lenta y caótica hospitalidad empezó la cena. Las cucharas y los tenedores estaban mezclados, porque las virtudes de Mrs. Aberdeen no eran de tipo práctico. El pescado no parecía haber estado vivo nunca, la carne no tenía sabor y el corcho de la botella de clarete salió sin hacer el menor ruido, como avergonzado del contenido. Agnes estuvo muy simpática. Pero su hermano no llegó a recuperarse. Todavía tenía presente su desoladora llegada, y sentía aún el agua del Pem mojándole el pie.

—Rickie —exclamó la muchacha—, ¿te das cuenta de que no me has dado la enhorabuena por haberme prometido?

Rickie rio con nerviosismo y dijo:

—Es cierto. Tampoco lo he hecho.

—Di algo bonito, entonces.

—Espero que seáis muy felices —dijo entre dientes—. Aunque en realidad no sé nada del matrimonio.

—¡Qué tonto! Herbert, ¿verdad que sigue siendo el mismo? Pero conoces a Gerald, así que no hace falta que seas tan frío y cauteloso. Mirando esas fotografías me he dado cuenta de que fuisteis juntos al colegio. ¿Le tratabas mucho?

—Muy poco —contestó Rickie, y su voz sonó llena de timidez.

Se puso de pie y empezó a manipular los utensilios del café.

—Pero estaba en la misma casa que tú. ¿No es ése el grupo de los que vivíais allí?

—Gerald era uno de los prefectos.

Rickie utilizaba el sistema más simple para hacer el café. Bastaba una cacerola marrón en la que se echaba el líquido hirviente. Antes de servirlo

se añadían unas gotas de agua fría y la idea era que los posos se iban al fondo.

—¿No era un atleta maravilloso? ¿No es cierto que podía tirar al suelo a cualquier muchacho o a cualquier maestro?

—Sí.

—Si hubiera querido —dijo Mr. Pembroke, que llevaba algún tiempo sin hablar.

—Si hubiera querido —repitió Rickie—. Agnes, espero que seas muy feliz. No sé nada sobre el Ejército, pero imagino que tiene que ser muy interesante.

Mr. Pembroke rio débilmente.

—Sí, Rickie. La milicia es una profesión muy interesante: la profesión de Wellington, Marlborough y lord Roberts; una profesión muy interesante, como tú dices. Una profesión que puede significar la muerte: la muerte antes que el deshonor.

—Eso está bien —dijo Rickie hablando consigo mismo—. Cualquier profesión puede llevar al deshonor, pero no siempre es posible morir a cambio. El ejército es diferente. Si un soldado fracasa, está muy bien visto que se levante la tapa de los sesos, ¿no es cierto? En otras profesiones puede parecer una cobardía.

—Me falta competencia para juzgar —dijo Mr. Pembroke, que no solía encontrar eco cuando hacía aquellos comentarios en clase—. Sólo sé que la profesión militar es la mejor del mundo. Y ello, Rickie, me recuerda algo: ¿has pensado acerca de tu futuro?

—No.

—¿Nada en absoluto?

—No.

—Bueno, Herbert, no le des la lata. ¿Quieres otro merengue?

—Pero, Rickie, ya tienes veinte años. Debes pensar sobre ello. *Tripes* ² es el principio de la vida, no el final. En menos de dos años te habrás graduado. ¿Qué harás entonces?

—No lo sé.

—Tú tienes una licenciatura, ¿no es cierto, Herbert? —preguntó Agnes. Pero su hermano prosiguió:

—He visto muchas vidas brillantes, muy prometedoras, deshechas por ese motivo: *no tomar decisiones a tiempo*. Mi querido muchacho, tienes que

pensarlo. Ten en cuenta tus gustos si es posible, pero piensa. No debes perder un momento. ¿La abogacía, como tu padre?

—No; eso no me gustaría nada.

—No voy a mencionar la iglesia.

—¡Oh, Rickie, hazte clérigo! —dijo miss Pembroke—. Quedarías muy bien con un sombrero de teja.

El muchacho miró a sus huéspedes desesperanzadamente. Su amabilidad y su competencia le abrumaban. «Me gustaría hablar con ellos como hablo conmigo mismo», pensó. «No resulto tan estúpido cuando hablo solo. Me parece, por ejemplo, que no todo lo que pensé sobre la vaca eran tonterías». Y en voz alta dijo:

—A veces he considerado la posibilidad de dedicarme a escribir.

—¿Escribir? —repitió Mr. Pembroke con el tono de quien está dispuesto a considerar todas las posibilidades—. Bien; escribir... ¿Qué tipo de cosas?

—Me gustaría... —Rickie tuvo que aclararse la garganta—, me gustaría escribir relatos cortos.

—¿Sí? ¡Hubiera jurado que era poesía! —dijo Agnes—. Eres el tipo exacto de persona que escribe poesía.

—No sabía que escribieras. ¿Por qué no me enseñas algo? Así podré juzgar.

El autor negó con la cabeza.

—No se lo enseñé a nadie. No es nada. Lo hago sólo porque me divierte.

—¿Sobre qué escribes?

—Tonterías.

—¿Llegarás a enseñarlo alguna vez?

—Creo que no.

Mr. Pembroke no replicó; en primer lugar porque el merengue que se estaba comiendo lo había pagado Rickie y además era tan viscoso que le costaba trabajo separar las mandíbulas. Agnes hizo notar que era una idea excelente: su tía podría animarle.

—Tía Emily nunca anima a nadie; asegura que luego se le caen encima y la aplastan.

—Sólo he tenido el placer de ver a tu tía una vez, pero no me pareció que fuera fácil aplastarla. Y haría todo lo posible por ayudarte.

—No podría enseñarle nada. Todo le parecería aún más tonto de lo que es.

—¡Siempre rebajándote! ¡Así habla el artista!

—No soy modesto —dijo Rickie con ansiedad—. Sé que son muy malos.

A Mr. Pembroke ya no le quedaba merengue entre los dientes y no pudo contenerse más.

—Querido Rickie, tu padre y tu madre han muerto y dices con frecuencia que tu tía no se interesa por ti. Por consiguiente tu vida depende de ti mismo. Piénsalo cuidadosamente, pero decídette por algo, y una vez decidido, persevera. Si ese asunto de escribir te parece razonable y crees que podrías ganarte la vida con ello, que podrías, si fuera necesario, mantener una esposa, en ese caso, dedícate a escribir. Pero tienes que trabajar. Trabajar y esforzarte. Empezar en el peldaño más bajo de la escalera e ir subiendo desde allí.

Rickie inclinó la cabeza. Cualquier metáfora bastaba para hacerle callar. Nunca se le ocurrió responder que el arte no es una escalera: con una parroquia en el primer escalón, una rectoría en el segundo y un obispado, todavía más cerca del cielo, en lo más alto. Nunca arguyó que el artista no es en absoluto un albañil, sino un jinete, cuya misión es capturar a Pegaso inmediatamente, y no prepararse para él montando potros más fáciles. Es un trabajo duro, difícil y en general desagradecido pero no una faena monótona. Las faenas monótonas no son arte y no son el camino para llegar a él.

—En realidad no pienso escribir —dijo, mientras vertía el agua fría en el café—. Aunque las cosas que escribo no estuvieran mal, no creo que las revistas las aceptaran, y las revistas son la única esperanza. Además he leído en algún sitio que Marie Corelli es prácticamente la única persona que gana dinero con la literatura. Estoy seguro de que yo no ganaría ni un céntimo.

—Yo no hablaba de eso —dijo Mr. Pembroke sintiéndose incómodo—. No tienes que pensar en el dinero. También existen ideales.

—No tengo ideales.

—¡Rickie! —exclamó Agnes—. ¡Qué horror!

—No, Agnes, no tengo ideales.

E inmediatamente se puso muy encarnado porque era una frase que había aprendido de Ansell y ya no recordaba lo que venía después.

—La persona que no tiene ideales —exclamó ella—, es digna de compasión.

—Yo opino lo mismo —dijo Mr. Pembroke, bebiendo un sorbo de café—. La vida sin ideales sería como un cielo sin sol.

Rickie miró hacia la noche, en la que brillaban ahora innumerables estrellas: dioses y héroes, vírgenes y esposas, a quienes los griegos habían dado sus nombres.

—La vida sin ideales... —repitió Mr. Pembroke. A continuación se detuvo porque tenía la boca llena de posos de café.

Agnes tuvo que enfrentarse con el mismo problema. Después de tomárselo a broma se encaminaron hacia su alojamiento. Rickie les acompañó hasta la portería; luego volvió cantando hacia la habitación de Ansell, abrió la puerta de golpe y dijo:

—¡Oye! ¿Por qué demonios lo has hecho?

—¿Hecho qué?

Ansell estaba solo con un papel delante. En él había un diagrama: un círculo dentro de un cuadrado, en cuyo interior había otra vez un cuadrado.

—Portarte como un maleducado. No eres un caballero y se lo he dicho a ella —le dio en la cabeza con un cojín del diván—. Estoy seguro de que hay que mostrarse cortés incluso con personas cuya salvación está en duda (era aquélla una frase que por entonces aplicaban a las personas que no les gustaban o no conocían bien). Y creo que ella se salvará. Nunca he conocido a nadie que fuera tan amable y estuviera siempre de tan buen humor. Se ha portado bien conmigo desde que la conozco. Quisiera que la hubieras oído tratando de pararle los pies a su hermano: estoy seguro de que me darías la razón. Aunque también él estaba tratando de ser atento. Pero ella es simpática de verdad. Y creo que entró en la habitación maravillosamente. ¿Sabes? Aunque como tú desprecias la música... Anderson estaba tocando a Wagner, y acababa de llegar a la parte en la que cantan: «¡El oro del Rhin! ¡El oro del Rhin!», y el sol se refleja sobre el agua, y la música, que hasta entonces ha estado casi siempre en sol menor...

—Cambia a fa mayor. No he entendido una palabra de lo que has dicho, en parte porque hablas como si tuvieras la boca llena de patatas y en parte porque no sé de quién estás hablando.

—Miss Pembroke: la has visto.

—Yo no he visto a nadie.

—¿Quién entró en la habitación?

—Nadie entró en la habitación.

—¡Eres un cretino! —chilló Rickie—. Entró y tú la viste entrar. Ella y su hermano han cenado conmigo.

—Eso es lo que te parece. En realidad no estaban allí.

—¡Pero si se quedan hasta el lunes!

—Crees que se quedan.

—Pero... ¡Mira, cierra el pico! Una chica como una princesa...

—Yo no he visto a ninguna princesa, ni a ninguna chica, ni tú la has visto tampoco.

—No bromees, Ansell.

—Yo no bromeo nunca, Elliot, y tú lo sabes bien. Allí no había nadie realmente.

Hubo un momento de silencio. Luego Rickie exclamó:

—¡Te he cogido! Dijiste, ¿o fue Tilliard? no; *tú* dijiste que la vaca estaba allí. Bien: entonces también estaban esas personas. Te he cogido. No lo niegues.

—¿Nunca se te ha ocurrido que los fenómenos pueden ser de dos clases: *una*, los que tiene una existencia real, como la vaca; *otra*, los que son el producto subjetivo de una imaginación enferma y que, para nuestra destrucción, revestimos con una semblanza de realidad? Si nunca te habías hecho cargo de ello, hazte cargo ahora.

Rickie volvió a hablar pero no obtuvo respuesta. Se paseó arriba y abajo por la oscura habitación. Después se sentó en el borde de la mesa y contempló cómo su inteligente amigo dibujaba un círculo dentro del cuadrado, y otro cuadrado dentro del círculo y dentro otro círculo y dentro otro cuadrado.

—¿Por qué haces eso?

No obtuvo respuesta.

—¿Son reales?

—Sólo el que está más adentro: el que se encuentra en el centro de todo y nunca queda sitio para dibujarlo.

II

Un poco hacia este lado de Madingley, a la izquierda de la carretera, hay un vallecito aislado, alfombrado con hierba y plantado de abetos. Veinte años atrás no hubiera merecido la pena visitarlo, porque entonces no era más que una cicatriz de greda y tampoco tiene interés ahora, porque los árboles han crecido demasiado, ahogándolo. Pero Rickie estuvo en Cambridge precisamente en la época de su plenitud; una época tan breve para una cantera de greda como para un hombre: el intervalo entre la desnudez de la adolescencia y la estrechez de miras de la edad adulta. Rickie lo había descubierto durante su segundo trimestre, cuando las nieves de enero se derritieron dejando fiordos y lagunas de agua clarísima entre los desniveles del suelo. El lugar parecía tan grande como Suiza o Noruega —momentáneamente lo era— y Rickie lo descubrió en un momento en que también su vida empezaba a dilatarse. Así fue como el vallecito llegó a ser para él una especie de iglesia: una iglesia en la que todo podía hacerse y en la que todo lo que se hacía quedaba transfigurado. Como los griegos antiguos, Rickie podía reírse de su lugar sagrado sin que por ello perdiera un ápice de su santidad. Rickie hablaba alegremente acerca de él y de los agradables pensamientos que le inspiraba; llevó allí a sus amigos; llevó incluso a personas que no le gustaban, «*procul este, profani!*», exclamó un esteta maravillado al verlo por vez primera. Pero ésta no había de ser nunca la actitud de Rickie. No le gustaba la multitud vulgar, pero comprendía que su propia vulgaridad sería aún mayor si les prohibiera la entrada, y que el esnobismo no era la llave para penetrar en el espíritu más arcano del vallecito. De hecho, si hubiera estado de acuerdo con el esteta, probablemente no le hubiera llevado allí. Si el valle necesitaba alguna inscripción le hubiera gustado que fuese: «Por aquí al paraíso», pintado en un cartel junto a la carretera; sólo años más tarde comprendió que colocándolo no habría aumentado sensiblemente el número de visitantes.

El bendito lunes que los Pembroke se marcharon, Rickie fue hasta allí con tres amigos. Era un día en que el cielo parecía enorme. Una nube, tan grande como un continente, viajaba cerca del sol, mientras otras parecían ancladas en el horizonte, demasiado perezosas o demasiado felices para moverse. El cielo mismo era de un azul palidísimo que llegaba al blanco al

acercarse a la tierra; y la tierra, marrón, húmeda y fragante, se entregaba bajo él a su anual tarea de decadencia. A Rickie le afectaban mucho las complejidades del otoño; se sentía diminuto: extraordinariamente diminuto y extraordinariamente importante; y quizá esa combinación es tan acertada como cualquier otra. Confiaba en que durante toda su vida nunca se mostraría malhumorado o cruel.

—Elliot se halla en un estado peligroso —dijo Ansell.

Después de llegar al vallecito pasaron algún tiempo en silencio, cada uno apoyado contra un árbol. El suelo estaba demasiado húmedo para sentarse.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rickie, que ignoraba encontrarse en ningún estado. Cerró el libro con los poemas de Keats, que creía haber estado leyendo, y lo introdujo de nuevo en el bolsillo de la chaqueta. Casi siempre llevaba un libro consigo.

—Está tratando de que le guste la gente.

—Eso es fatal —dijo Widdrington—. Se le puede considerar muerto.

—Está tratando de que le guste Hornblower.

Los otros lanzaron agudos gritos de dolor.

—Quiere agrupar a todo el *college*. Quiere ligarnos con la gente importante.

—A mí me gusta Hornblower —protestó Rickie—. No tengo que esforzarme.

—Y Hornblower trata de que tú le gustes.

—Eso es lo de menos.

—Pero no se esfuerza mucho. Trata de no despreciarte. Todo el asunto funciona a un nivel muy oficial.

—Tilliard fue quien empezó —dijo Widdrington—. Tilliard lamenta que el *college* esté dividido en grupos.

—¡Oh, Tilliard! —dijo Ansell, dando muestras de considerable irritación—. ¿Qué se puede esperar de alguien que es eternamente hermoso? La otra noche habíamos estado discutiendo mucho tiempo y de pronto se encendió la luz. Todo el mundo tenía una pinta horrible, como es lógico. Pero allí estaba Tilliard, pulcramente recostado en una sillita, como la miniatura de un dios, sin un solo rizo despeinado. Estoy seguro de que acabará en el ministerio de asuntos exteriores.

—¿Por qué somos tan feos casi todos? —rio Rickie.

—Es un signo de nuestra salvación; y también de que el *college* está dividido en grupos.

—El *college* no está dividido en grupos —gritó Rickie, que se excitaba al hablar de aquel tema con infalible regularidad—. El *college* es, ha sido y será siempre uno. Lo que tú llamas la gente importante no es un grupo en absoluto. Forman parte del equipo de remo y como es lógico se ven más entre ellos; pero siempre son amables conmigo y con todo el mundo. Es verdad que nos consideran un poco insensatos pero sin malicia.

—Esa es mi objeción —dijo Ansell—. ¿Qué derecho tienen a considerarnos insensatos de manera benevolente? ¿Por qué no nos odian? ¿Qué derecho tiene Hornblower a palmearme la espalda cuando me muestro descortés con él?

—Bueno, ¿qué derecho tienes tú a mostrarte descortés con él?

—Yo le odio. Tú crees que es maravilloso no odiar a nadie. Yo te digo que es un delito. Tú quieres amar a todo el mundo por igual, y eso es peor que imposible: es una equivocación. Cuando te quejas de los grupos estás tratando sin darte cuenta de destruir la amistad.

—Yo sostengo —dijo Rickie dando énfasis al verbo con la esperanza de que reforzara lo que venía después—, sostengo que uno puede querer a muchas más personas de lo que imagina.

—Y yo sostengo que odias a mucha más gente de lo que dices.

—Yo no odio a nadie —exclamó Rickie con gran vehemencia, y el vallecito hizo eco repitiendo que no odiaba a nadie.

—No nos queda otro remedio que creerte —dijo Widdrington con una leve sonrisa—; pero lo sentimos.

—¿Ni siquiera a tu padre? —preguntó Ansell.

Rickie no dijo nada.

—¿Ni siquiera a tu padre?

La nube que estaba encima de ellos extendió un gran promontorio tapando el sol. Sólo estuvo allí un momento, pero fue suficiente para despertar la frialdad que acechaba en la tierra.

—¿Odia a su padre? —dijo Widdrington, que no estaba enterado—. Eso ya está mejor.

—Pero su padre está muerto. Dirá que no cuenta.

—De todas formas es algo. ¿Odias tú al tuyo?

Ansell no contestó. Rickie dijo:

—Me pregunto si se debe hablar o no de estas cosas.

—¿Sobre el odio a los muertos?

—Sí.

—¿Odiabas a tu madre? —preguntó Widdrington.

Rickie se puso de color escarlata.

—A mí no me parece tan mal Hornblower —hizo notar el otro muchacho, que se llamaba James.

—James, eres todo un diplomático —dijo Ansell—. Estás tratando de ayudar en un momento penoso. Puedes marcharte.

Widdrington se había puesto también muy colorado. En su deseo de mostrarse enérgico había usado palabras sin pensar en su significado. De repente advirtió que «padre», «madre» significaban realmente padre y madre: unas personas que también él tenía en casa. Se sintió muy incómodo y pensó que Rickie se había comportado extrañamente. Trató de volver a Hornblower pero Ansell no se lo permitió. El sol salió de nuevo e iluminó los blancos terraplenes del valle. Rickie estuvo mirándolos. Luego dijo bruscamente:

—Creo que quiero hablar.

—Yo también lo creo —replicó Ansell.

—¿No sería hacer el tonto pasar por Cambridge sin hablar? Aseguran que nunca vuelve a ser tan fácil. Y todos los que intervinieron ya están muertos. No veo por qué no tendría que contaros casi todo lo relativo a mi nacimiento, familia y educación.

—Habla. Si nos aburres, podemos leer.

Con esta invitación Rickie empezó el relato de su vida. El lector que no tenga un libro se verá obligado a escucharlo.

Algunas personas pasan la vida en un barrio residencial de las afueras sin ninguna razón de peso. Ese había sido el destino de Rickie. Lo primero que contemplaron sus ojos fueron cielos difuminados; cuando echó a andar lo hizo sobre asfalto. Había visto la civilización como una fila de chalets dobles y la sociedad como una situación en la que los hombres no conocen a sus vecinos. Él mismo había llegado a ser parte de la gris monotonía que rodea a todas las ciudades. No es que fuera inevitable: tan sólo más conveniente para su padre.

Mr. Elliot era abogado. Exteriormente se parecía a su hijo: de constitución débil y también cojo, con mejillas demacradas, una frente muy amplia y muy blanca y escaso pelo muy de punta. Su voz, que nunca esforzaba, era muy suave y Mr. Elliot la dotaba de entonación cínica con gran maestría. Alterándola de manera casi imperceptible hacía que la gente se estremeciera, especialmente si se trataba de personas sencillas o pobres. Tampoco se esforzaba por comunicarse con los ojos. Su peculiar insipidez—como si el alma mirara a través de sucias cristaleras—, su crueldad, su cobardía, su miedo no volverían a afligir al mundo.

Se casó con una muchacha que tenía una hermosa voz. No era acariciadora, pero todos los que la oían se sentían aliviados, como si la vida les preparara una satisfacción inesperada. Ella llamó a sus perros una noche sobre aguas invisibles y él, un transeúnte que caminaba por el puente, pensó «extraordinariamente adecuado». Más adelante descubrió que su figura, su rostro y sus pensamientos también eran adecuados, y como la barrera social entre ellos no era infranqueable, se casó con ella.

—He tenido que zambullirme —dijo a su familia.

La familia, hostil en un principio, no puso el menor reparo cuando la conoció; y su hermana aseguró que la zambullida se había producido en la orilla opuesta.

Las cosas sólo fueron bien durante un corto espacio de tiempo. Aunque hermosa por fuera y por dentro, Mrs. Elliot no tenía el don de embellecer su hogar; un día, cuando compró para el comedor una alfombra discordante, su marido rió con suavidad, dijo que «realmente no podía» y se marchó. Marcharse es quizá una palabra demasiado fuerte. En boca de Mrs. Elliot se convirtió en «Mi marido tiene que dormir en Londres más a menudo». Él venía a verles con frecuencia, casi siempre de manera inesperada, y de tarde en tarde ellos iban a verle. «La casa de mi padre», como Rickie la llamaba, sólo tenía tres habitaciones, pero estaba llena de libros, cuadros y flores; y las flores en lugar de estar apiñadas en un jarrón como en casa de mamá, se alzaban graciosamente desde sustentáculos de plomo que se enroscaban al final; de manera sin duda similar a como yacen enroscadas las serpientes marinas en el fondo del océano. Una vez se le permitió a Rickie alzar uno de los sustentáculos: sólo una vez, porque derramó algo de agua sobre una cretona.

—Creo que va a tener buen gusto —dijo Mr. Elliot lánguidamente.

—Es muy posible —replicó su mujer.

Ella no se había quitado el sombrero ni los guantes ni alzado el velo. Mr. Elliot rio, poco después llegó otra señora y ellos se marcharon.

—¿Por qué padre ríe siempre? —preguntó Rickie aquella tarde cuando él y su madre estaban sentados en el cuarto de los niños.

—Es una costumbre de tu padre.

—¿Por qué siempre se ríe de mí? ¿Soy tan divertido? —Y después de una pausa—, tú no tienes sentido del humor, ¿verdad, mamá?

Mrs. Elliot, que se estaba acercando a los labios un hilo de algodón, se detuvo sorprendida.

—Se lo has dicho a él esta tarde. Pero yo te he visto reír —e inclinó la cabeza gravemente—. Te he visto reír con bastante frecuencia. Un día te estabas riendo sola, agachada sobre los guisantes de olor.

—¿Me estaba riendo sola?

—Sí. ¿Te reías de mí?

—No pensaba en ti. Alcánzame el hilo, por favor: un carrete blanco del número cincuenta en mi cómoda. El cajón de la izquierda. ¿Dónde está la izquierda?

—En el lado donde tengo el bolsillo.

—¿Y si no tuvieras bolsillo?

—El lado de mi pie malo.

—Esperaba que dijeras «el lado en donde tengo el corazón» —comentó Mrs. Elliot, levantando el paño que estaba cosiendo—. La mayoría de nosotros, quiero decir todos nosotros, sentimos en un costado un relojito qué nunca se para. Aunque no tuvieras un pie malo sabrías enseguida dónde tienes la izquierda. El número cincuenta blanco, por favor. No; iré yo misma por él.

Había recordado que el pasillo oscuro le daba miedo a Rickie.

Esas eran las líneas maestras. Rickie fue poniendo los detalles con la lentitud y la precisión de un niño. Nadie le dijo nunca nada, pero descubrió que su padre y su madre no se querían y que su madre era digna de ser amada. Descubrió que su padre le había apodado Rickie por su andar inseguro ³; que le gustaba aludir a la deformidad de su hijo y lamentaba que no fuera más seria que la suya. Mr. Elliot carecía por completo de talento. Reunía cuadros, libros y los soportes para las flores de manera mecánica, nunca impulsado por el amor. Se le consideraba un hombre culto porque sabía cómo elegir y se le consideraba original porque no elegía exactamente como otras personas. En realidad nunca hizo, dijo o pensó una sola cosa que

tuviera la más mínima belleza o el más mínimo valor. Y con el tiempo Rickie también llegó a descubrir esto.

El muchacho creció muy solo. Adoraba a su madre y ella le quería. Pero Mrs. Elliot tenía una gran dignidad y se mostraba reticente; el patetismo, igual que los chismes, le desagradaba. Le asustaba la intimidad, porque tenía miedo de que provocara confidencias y lágrimas, así que toda su vida mantuvo a su hijo a cierta distancia. Su bondad y su generosidad no tenían límites, pero si Rickie trataba de dramatizar y de darle las gradas, ella le decía que no exagerara. La única persona que llegó a conocer fue a sí mismo. Representaba a Halma enfrentada consigo misma. Mantenía conversaciones en solitario en las que una parte de él preguntaba y la otra respondía. Era un juego muy interesante y concluía con la fórmula: «Hasta la vista. Muchas gracias. Me alegro de haberte conocido. Espero que tengamos pronto la ocasión de charlar otra vez». Y después quizá lloraba a causa de su soledad, porque veía a gente de verdad —hermanos auténticos, amigos— haciendo en una vida más cálida las cosas que él fingía hacer. «¿Llegaré a tener un amigo?», se preguntó a los doce años. «No veo cómo. Andan demasiado deprisa. Y desde luego nunca tendré un hermano.»

(—No te has perdido nada —interrumpió Widdrington.

—Pero nunca lo tendré y por eso sigo queriéndolo, incluso ahora.)

Cuando tenía trece años Mr. Elliot enfermó. El agradable apartamento de Londres no servía para un inválido, así que volvió a su casa. Una de las primeras consecuencias del cambio fue que mandaran a Rickie a un internado. Mrs. Elliot hizo lo que pudo, pero no tenía el menor ascendiente sobre su marido.

—Me preocupa —dijo Mr. Elliot—. Es un chiste del que me he cansado.

—¿No sería posible mandarle a vivir con un tutor?

—No —dijo Mr. Elliot, a quien no le faltaba el dinero—. Eso sería mimarle.

—Estoy de acuerdo en que los chicos se enfrenten con las dificultades de la vida; pero cuando un chico es cojo y muy sensible, le basta salir de casa para tener que enfrentarse con ellas. Rickie no puede hacer deporte. No tendrá amigos. No es brillante. Creo que siendo esa la situación, no podemos esperar darle una educación corriente. Quizá quieras volver a considerarlo.

—No.

—Te aseguro que la situación actual es la más conveniente para él. La escuela a la que va llega al límite de lo que es capaz de soportar. La odia, pero le viene bien. Un internado no le convendría. Es demasiado duro. En lugar de hacerse un hombre...

—Me duele la cabeza, por favor.

Rickie se marchó al internado en un estado de confusión y dolor que apenas llegó a modificarse con el paso del tiempo.

Al volver a casa en vacaciones encontraba a su padre más irritable y un poco más débil. Mrs. Elliot envejecía rápidamente. Tenía que ocuparse de los criados, de silenciar a los niños de los alrededores, de contestar la correspondencia, de empapelar y volver a empapelar las habitaciones: todo ello por un hombre al que no amaba y que no ocultaba el poco afecto que sentía hacia ella. Un día Mrs. Elliot encontró a Rickie lloroso y le dijo bastante enojada:

—Y ahora, ¿qué te pasa?

Él replicó:

—¡Oh, mamá! Me he fijado en tus arrugas, en tus cabellos grises: soy muy desgraciado.

Una ternura súbita la acometió y dijo:

—Querido mío, ¿qué más da? ¿Qué importa todo eso ahora?

Rickie nunca la había visto tan dominada por la emoción. Sin embargo hubo aún otro incidente que se le quedó más grabado. Al oír voces excitadas que procedían de la habitación de su padre, subió la escalera con la esperanza de que el ruido de sus pasos les hiciera detenerse. Mrs. Elliot abrió la puerta de golpe y, al verle, exclamó:

—¡Querido! ¿Te parece posible? ¡Me ha golpeado!

Ella trató de no darle importancia, pero unas horas más tarde Rickie vio la marca que el bastón del inválido había dejado en la mano de su madre.

Sólo Dios sabe hasta qué punto estamos en poder de nuestros cuerpos. Sólo Él puede juzgar qué parte de la crueldad de Mr. Elliot era el resultado de circunstancias atenuantes. Pero Mrs. Elliot podía saberlo de manera bastante aproximada.

Finalmente murió. Rickie había cumplido los quince años y tuvo una semana entera de vacaciones para asistir al funeral. Encontró a su madre bastante extraña. Era mucho más feliz, parecía más joven y llevaba el luto más moderado que las convenciones permitían. Rickie había contado con

todo esto. Pero daba la impresión de vigilarle y de estar ansiosa por conocer su opinión sobre todos los temas: y muy especialmente acerca de su padre. ¿Por qué? Finalmente se dio cuenta de que trataba de establecer una mayor confianza entre los dos. Pero eso no se consigue en un momento. Los dos eran tímidos. Tenían en contra el hábito de muchos años y aludían a la muerte de Mr. Elliot como si fuera una pérdida irreparable.

—Ahora que tu padre ya no está, las cosas serán muy diferentes.

—¿Vamos a ser más pobres, madre?

—No.

—¡Oh!

—Pero, naturalmente, todo será muy diferente.

—Sí, claro.

—Por ejemplo, a tu pobre padre le gustaba vivir cerca de Londres, pero yo creo que deberíamos mudarnos. ¿Qué te parecería?

—Me gustaría mucho, mamá.

Rickie se puso a mirar el suelo. No estaba acostumbrado a que se le consultara y se sentía desconcertado.

—¿Quizá te gustaría llevar una vida muy distinta?

Rickie dejó escapar una risita.

—Es difícil para mí —dijo Mrs. Elliot paseando por la habitación; su vestido negro daba más y más la impresión de ser una burla—. Por una parte habría que consultarte: casi todo el dinero lo heredas tú, como llegarás a saber antes o después. Pero por otra parte no eres más que un niño. ¿Qué tengo que hacer?

—No lo sé —replicó él, pareciendo más desamparado e inútil de lo que era en realidad.

—Por ejemplo, ¿te gustaría que hiciera las cosas a mi manera?

—¡Sí, hazlo! —exclamó Rickie, considerándola la más brillante de las sugerencias—. Me parece la mejor idea del mundo.

Y añadió con su tono entre pedante y complaciente:

—Seré como cera en tus manos, mamá.

Ella sonrió.

—Muy bien, querido. Lo serás.

Lo abrazó amorosamente, como si fuera a moldearlo en algo muy hermoso.

Durante los días siguientes hubo un ambiente de importantes preparativos. Mrs. Elliot fue a ver a la hermana de su marido, la inteligente

y despierta tía Emily. Vivirían en el campo: en el campo de verdad, rodeados de hierba y árboles que llegaban hasta la puerta, pájaros cantando por todas partes y un tutor. Porque no volvería al internado. ¡Increíble! No volvería al internado y el director había escrito diciendo que lamentaba la decisión pero que posiblemente era acertada.

El tiempo estaba desapacible y Mrs. Elliot le vigilaba con inagotable ternura. Era como si no pudiera hacer lo bastante para protegerlo y atraerlo hacia ella.

—Ponte el abrigo, querido —le dijo.

—Me parece que no lo necesito —le contestó Rickie, recordando que ya tenía quince años.

—El viento es muy frío. Deberías ponértelo.

—Pesa demasiado.

—Póntelo, por favor.

No solía mostrarse irritable o brusco, pero contestó:

—No me voy a enfriar, madre. Me gustaría que no me dieras más la lata.

No se enfrió, pero mientras estaba fuera, murió su madre. Sólo sobrevivió once días a su marido, una coincidencia que se hizo constar en la lápida de la tumba.

Esta fue, en sustancia, la historia que Rickie contó a sus amigos congregados en el vallecito. El verde terraplén de la entrada escondía la carretera y el mundo, y entonces, como pasaba también durante la primavera, no podían ver más que laderas blancas como de nieve y el follaje perenne de los abetos. Sólo de cuando en cuando una hoja de haya llegaba revoloteando desde los bosques más altos, haciendo un comentario sobre el año que se iba, mientras el calor y el resplandor del sol se ocultaban detrás de una nube viajera.

Rickie no les dijo nada sobre el abrigo a sus amigos porque no hubiera podido hablar de ello sin llorar.

III

Mr. Ansell, un lencero de provincias moderadamente próspero, debiera haber sido clasificado con todo derecho no al lado de la vaca, sino de aquellos fenómenos que no existen en realidad. Pero su hijo, con perdonable falta de lógica, hacía de él una excepción. Nunca sospechó que su padre pudiera ser el producto subjetivo de una imaginación enferma. Desde los primeros años de su vida lo había aceptado como el más innegable y consolador de los hechos. Ansell había conseguido nacer una cosa y crecer para convertirse en otra sin debilitar ninguno de los lazos que lo ligaban a su casa. El apartamento sobre la tienda le parecía tan cómodo y el jardín de detrás tan simpático como quince años antes, cuando se sentaba detrás del trono de miss Appleblossom y ella, como una figura alegórica, enviaba el cambio y las cuentas pagadas rodando dentro de pequeñas bolas de boj. Al principio el joven Stewart había atribuido estas felices relaciones a su tacto. Pero con el tiempo llegó a comprender que el tacto estaba todo del lado de su padre. Mr. Ansell no era solamente un hombre de cierta educación; poseía algo que ninguna educación proporciona: el saber detectar lo que es importante. Como muchos padres, no había reparado en gastos con su hijo; había pedido dinero prestado para enviarlo a un internado prestigioso y, consecuentemente, muy caro; luego le había proporcionado tutores y mandado a Cambridge. Pero se daba cuenta de que todo esto no era lo importante. Lo importante era la libertad. El muchacho debía utilizar su educación como mejor le pareciera, y si llegaba a pagar a su padre no sería ciertamente en la misma moneda. Así que cuando Stewart dijo:

—En Cambridge, ¿puedo dedicarme a la ética?

Mr. Ansell se limitó a preguntar:

—Esa filosofía, ¿dices que está en la base de todo?

—Sí, creo que sí. Trata de descubrir lo que es bueno y verdadero.

—En ese caso, muchacho, tendrás que estudiarla lo más que puedas.

Y un año más tarde:

—Me gustaría dedicarme seriamente a la filosofía pero no encuentro justificación para ello.

—¿Por qué no?

—Porque no produce nada. Creo que soy un gran filósofo, pero todos los filósofos piensan lo mismo, aunque no se atrevan a decirlo. Pero por muy brillante que sea no voy a ganar dinero. Quizá no sea nunca capaz de mantenerme. Y no conseguiré una buena posición en la sociedad. No tienes más que decir una palabra y me haré funcionario. Estoy seguro de que tendré éxito.

A Mr. Ansell le parecían bien el dinero y la posición social. Pero sabía que existía algo más importante y replicó:

—Creo que tienes que dedicarte seriamente a la filosofía.

—Otra cosa: no hay que olvidarse de mis hermanas.

—Tenemos dinero suficiente para que Mary y Maud consigan los buenos esposos que se merecen.

Mary y Maud fueron de la misma opinión.

En este hogar plebeyo pasó Rickie parte de las vacaciones de navidad. La única que por entonces podía considerar como su propia casa era la de los Silt, primos pobres de su padre, y ésta combinaba en grado extremo las restricciones de la hospitalidad con las incomodidades de una casa de huéspedes. Los buenos ratos que pasaba fuera de Cambridge transcurrían en las casas de sus amigos y era un honor especial y una gran alegría visitar a Ansell quien, aunque tan desprovisto de esnobismo social como la mayoría de nosotros podamos llegar a estarlo, se mostraba muy riguroso en la selección de las personas que llegaban a ver la fachada de su tienda.

—Me gustan los nuevos letreros —dijo con tono reflexivo.

Las palabras «Stewart Ansell» estaban repetidas una y otra vez a lo largo de High Street: rizadas letras en oro que parecían flotar en tanques de brillante chocolate.

—¡Están muy bien! —dijo Rickie.

Pero se preguntó si uno de los lazos que mantenía unida a la familia Ansell no podría ser su completa falta de buen gusto: un lazo mucho más seguro que tenerlo. Volvió a hacerse la misma pregunta cuando tomó el té frente a una larga fila de dibujos a lápiz: Stewart de bebé, Stewart de niño con los pies grandes, Stewart de niño más crecido y pies más pequeños, Mary leyendo un libro cuyas hojas eran tan gruesas como edredones. Y de nuevo se lo preguntó al despertarse de noche dando un grito sofocado al descubrir un arpa delineada con pintura luminosa, que pulsaba y brillaba en dirección suya desde la pared adyacente. «Vela y reza» estaba escrito sobre

el arpa, y hasta que Rickie la cubrió con una toalla la exhortación tuvo éxito parcial.

Fue una visita alegre. Miss Appleblossom —convertida ahora en ama de llaves— le había conocido antes, durante una inolvidable expedición a Cambridge y su admiración por la vida universitaria era tan intensa y genuina ahora como lo había sido entonces. Las hermanas de Stewart se mostraron al principio un tanto agresivas, porque Rickie estaba muy cansado al llegar y Maud tomó su fatiga por altanería, creyendo que las miraba despreciativamente. Pero aquello se olvidó en seguida. No se enamoraron de él ni él de ellas pero pasaron una mañana muy agradable tirándose bolas de nieve en el jardín de atrás. Rickie encontraba a Ansell distinto que en Cambridge pero no menos atractivo. Y descubrió un curioso encanto en el murmullo de la tienda que en los días de mercado se convertía en rugido al abrir la puerta que les separaba de ella.

—¡Escucha tu dinero! —decía Rickie—. Me gustaría oír el mío. Quisiera que el mío estuviera vivo.

—No te entiendo.

—El mío es dinero muerto. Me ha llegado a través de una media docena de personas que ya están muertas: silenciosamente.

—Disminuyendo un poco cada vez y haciéndose más respetable, en razón de los derechos reales.

—Necesitaba hacerse respetable.

—¿Por qué? ¿También tu familia tuvo una tienda en otro tiempo?

—¡No llegaron a esos extremos, por supuesto! Sólo estafaron. Hace unos cien años un Elliot hizo algo turbio y creó la fortuna de nuestra casa.

—Nunca he conocido a nadie tan inmisericorde con sus antepasados. Quizá trates de compensar así tu sentimentalismo para con los vivos.

—Tú también te mostrarías implacable si oyeras a los Silt, como yo les he oído, hablando de «una fortuna, pequeña quizá, pero que ¡no está manchada por el comercio!» Por supuesto, tía Emily es muy diferente. ¡Cielo santo! Me he olvidado de mi tía. Vive muy cerca de aquí. Tendré que ir a visitarla.

De manera que escribió a Mrs. Failing diciéndole que le gustaría presentarle sus respetos. Le habló de los Ansell y fraseó la carta de manera que una invitación para ir acompañado de su amigo fuera la consecuencia previsible.

Mrs. Failing respondió que tenía grandes deseos de celebrar con él un *tête-à-tête*.

—No debes ir en tren —dijo Mr. Ansell—. Tendrías que cambiar en Salisbury. Por carretera no hay mucha distancia. Stewart te llevará a Salisbury Plain e irá después a buscarte.

—Hay demasiada nieve —dijo Ansell.

—En ese caso las chicas te llevarán en su trineo.

—Claro que sí —dijo Maud, a quien no le desagradaba en absoluto la idea de ver Cadover por dentro.

Pero Rickie se marchó en tren.

—Te hemos echado de menos —dijo Ansell cuando Rickie regresó—. Todo el mundo está de acuerdo en que no eres un estorbo y sería mejor que te quedaras hasta el final de las vacaciones.

Pero no le era posible. Tenía que pasar el día de navidad con los Silt «como un *verdadero* huésped». Mrs. Silt al escribirle había subrayado dos veces la palabra «verdadero». Y después de navidad tenía que visitar a los Pembroke.

—Eso no es una razón. La única razón válida para hacer algo es que quieras hacerlo. Creo que hablar de «compromisos» es hipocresía.

—Quizá tienes razón —dijo Rickie. Pero fue.

Nunca el pavo le había parecido tan duro ni el pastel de ciruelas tan pesado. Sabía sin embargo que aquellos dos símbolos del regocijo navideño habían costado dinero, y se sintió tocado a fondo cuando Mr. Silt dijo con voz hambrienta:

—¿Has pensado alguna vez en lo que quieres ser? ¿No? Claro, ¿para qué tendrías que hacerlo? No te hace falta ser nada.

Y luego a los postres:

—Me pregunto quién heredará Cadover. Imagino que el dinero llama al dinero. Siempre es igual.

Rickie partió hacia casa de los Pembroke con una culpable sensación de alivio.

Los Pembroke vivían en una zona residencial cercana, o más bien en las afueras de una zona residencial: el sector llamado Sawston, famoso por su institución docente. Su estilo de vida no era, sin embargo, el característico de esas áreas. Aunque la casa era pequeña y se llamaba Shelthorpe, el ambiente sugería cierto desahogo económico y cierto buen gusto. Las acuarelas del salón eran decentes. Madonnas de reconocido

mérito colgaban de la escalera. Una réplica del Hermes de Praxiteles —el busto sólo, por supuesto— decoraba el vestíbulo y detrás había una palmera auténtica. Agnes, dentro de su carácter despreocupado, era una buena ama de casa y limpiaba bien las cosas bonitas. Era ella la que había insistido en colocar una tira de linoleum marrón desde la puerta principal a la del estudio de Herbert: los muchachos no debían arrastrar sus sucios pies por la alfombra india. Era ella la que limpiaba siempre los marcos de los cuadros y lavaba el busto y las hojas de la palmera. En resumen, si una casa pudiera hablar —y a veces las casas hablan con más claridad que las personas que viven en ellas— la casa de los Pembroke habría dicho «no soy del todo como otras casas, pero resulto muy cómoda. En mi interior hay obras de arte, un microscopio y libros. Pero no vivo para ninguna de esas cosas ni les permito que me desorganicen. Vivo para mí misma y para las casas más grandes que vendrán después. Aquí, sin embargo, no se oirá nunca el grito del dinero ni el grito por el dinero».

Mr. Pembroke esperaba a Rickie en la estación. Desempeñó mejor su papel como anfitrión que como huésped, y dio la bienvenida al joven con verdadera cordialidad.

—Íbamos a venir todos, pero Gerald se ha torcido un poco el tobillo y prefiere descansar porque tiene un partido la semana que viene. Y, claro está, a eso se debe también la ausencia de mi hermana.

—¿Gerald Dawes?

—Sí; está con nosotros. Me alegra que os veáis de nuevo.

—También yo —dijo Rickie con extraordinaria dificultad—. ¿Se acuerda de mí?

—Perfectamente.

También Rickie se acordaba muy bien de él.

—Un espléndido sujeto —aseguró Mr. Pembroke.

—Espero que Agnes esté bien.

—Sí, muchas gracias, está muy bien. Me parece que tú también tienes mejor aspecto.

—He pasado unos días muy agradables con un amigo.

—Vaya. Eso está bien. ¿Quién es esa persona?

Rickie tenía la reticencia de los jóvenes. Hablaba generalmente de «un amigo», «una persona que conozco», «un sitio donde estuve». Al empezar a abrir el libro de la vida nuestras lecturas son secretas, y nos cuesta trabajo citar el capítulo y el versículo. Mr. Pembroke, que estaba ya por la mitad del

volumen y se había saltado o había olvidado las primeras páginas, no era capaz de entender las dudas de Rickie, ni por qué tenía que pronunciar con tanta dificultad aquel inofensivo bisílabo, «Ansell».

—¿Ansell? ¿Aquel muchacho tan agradable que nos invitó a comer?

—No. Aquel era Anderson, que vive debajo. No llegaste a conocer a Ansell. Los que desayunaron con nosotros fueron Tilliard y Hornblower.

—Por supuesto. Y desde entonces has estado con los Silt. ¿Qué tal se encuentran?

—Muy bien, muchas gracias. Me dieron recuerdos.

Los Pembroke habían vivido anteriormente cerca de los Elliot y se habían mostrado muy cariñosos con Rickie al morir sus padres. Su posición era más bien la de amigos de la familia.

—Haz el favor de saludarlos de nuestra parte cuando escribas.

Y añadió, casi con picardía:

—Los Silt son la amabilidad personificada. De todas formas, quizá te resulten un poquito... aburridos, y creemos que te gustará el cambio. Y además nos encanta que estés con nosotros. No hace falta decirlo.

—Sois muy amables —dijo Rickie, que había aceptado la invitación por sentido del deber.

—En absoluto. Ya te imaginas que durante las vacaciones llevamos una vida muy tranquila. Tenemos, como sabes, una modesta biblioteca y encontrarás en Gerald un espléndido compañero.

—¿Se casarán pronto?

—¡Oh, no! —musitó Mr. Pembroke cerrando los ojos como si Rickie hubiera cometido un terrible *faux pas*—. Será un noviazgo muy largo. Gerald debe abrirse camino primero. He tenido ocasión de ver los interminables sufrimientos que produce el casarse antes de tiempo.

—Sí, es cierto —dijo Rickie abatido, pensando en los Silt.

—Es una triste y desabrida verdad —dijo Mr. Pembroke, creyendo que el abatimiento era quizá personal—, pero hay que aceptarla. Mi hermana y Gerald, lo digo con agradecimiento, la han aceptado, aunque les ha costado, naturalmente.

El taxi torció una esquina mientras hablaba Mr. Pembroke y aparecieron ante ellos las dos personas en cuestión. Por encima de la puerta del jardín, pintada de creosota, asomaba Agnes y detrás de ella se erguía un joven con figura de atleta griego y rostro inglés. Era rubio, iba completamente rasurado, y llevaba el pelo, casi incoloro, muy corto. El sol

le daba en los ojos y tanto ellos como la boca parecían poco más que ranuras en su saludable piel. En el sitio donde empezaba a ser hermoso comenzaba la ropa. Un cuello duro y una corbata malva y oro rodeaban su garganta y el resto de sus extremidades quedaba escondido bajo un traje gris de calle, cuidadosamente planchado.

—¡Estupendo! —exclamó Agnes, golpeando la puerta del jardín—. El tren debe de haber llegado en punto.

—¡Hola! —dijo el atleta; junto con el saludo vomitó una bocanada de humo de tabaco. Debía llevar algún tiempo aprisionado en su boca porque no se veía pipa alguna.

—¡Hola! —contestó Rickie, riendo con dificultad.

Se dieron la mano.

—¿A dónde vas, Rickie? —preguntó Agnes—. No estás sucio. ¿Por qué no te quedas con nosotros? Gerald, trae el sillón de mimbre. Herbert tiene que escribir algunas cartas, pero nosotros podemos seguir aquí hasta la hora de comer. Hace un tiempo primaveral.

El jardín de Shelthorpe estaba delante de la casa en su mayor parte: una disposición poco frecuente pero agradable. La puerta principal y la entrada de servicio quedaban ambas a un lado, y en el espacio restante el jardinero había creado una extensión de césped donde era posible sentarse; desde la carretera la vista estaba tapada por una valla; desde el jardín de los vecinos por otra valla; desde la casa por un árbol y desde el sendero por unos arbustos.

—Este es el cenador de los novios —hizo notar Agnes sentándose en el banco.

Rickie se quedó de pie a su lado hasta que llegó la silla.

—¿Fumas antes de comer? —preguntó Mr. Dawes.

—No, muchas gracias. No fumo casi nunca.

—Un hombre sin vicios. ¿Estás en Cambridge ahora, no es cierto?

—Sí.

—¿En qué *college*?

Rickie se lo dijo.

—¿Conoces a Carruthers?

—¡Ya lo creo!

—Me refiero a A.P. Carruthers, que jugaba al fútbol en el equipo de la universidad.

—¡Ya lo creo! Es el secretario de la sociedad musical del *college*.

—¿A. P. Carruthers?

—Sí.

Mr. Dawes pareció ofendido. Se dio unos golpecitos en los dientes e hizo notar que no existía razón alguna para que el tiempo fuera tan cálido en invierno.

—Pero hizo muchísimo frío antes de Navidad —dijo Agnes.

Gerald frunció el entrecejo y preguntó:

—¿Conoces a un sujeto llamado Gerrish?

—No.

—Ah.

—¿Conoces a James?

—No sé quién es.

—Es también de mi curso. Jugó al hockey con el equipo de la Universidad en su segundo trimestre.

—No sé nada de la Universidad. No tengo tiempo.

—Claro, claro —dijo Rickie cortésmente.

—Pude haber estudiado allí, pero, ¡caramba!, ¡estoy bien contento de no haberlo hecho!

—¿Por qué? —preguntó Agnes después de una pausa.

—Es un obstáculo en la profesión. Los que van a la Universidad antes de ir al Ejército, por ejemplo, empiezan con un retraso desesperanzador. Lo mismo pasa con la Bolsa o la pintura. Conozco a varios sujetos en esos dos campos y ninguno ha recuperado el tiempo que perdió en la Universidad; a no ser, por supuesto, que se vaya allí para hacerse clérigo.

—Me encanta Cambridge —dijo Agnes—. Todos esos edificios maravillosos, y todos los estudiantes tan contentos y entrando y saliendo de las habitaciones de los demás todo el día.

—Puede que eso les haga felices a los que estudian allí, pero estoy seguro de que no sería ése mi caso. No estoy en condiciones de desperdiciar cuatro años por el placer de decir que he estudiado en Cambridge y poder codearme con los lores.

Rickie esperaba que su antiguo compañero de internado se mostrase presuntuoso y no demasiado correcto gramaticalmente, pero no estaba preparado para su displicencia. Creía que los atletas eran personas simples y sin complicaciones, crueles y brutales en todo caso, pero nunca mezquinos. Le tiraban a uno al suelo y le hacían daño y luego seguían su camino muy regocijados. Acerca de esto, pensaba Rickie, hay algo que decir: él había

evitado el pecado de despreciar a los físicamente fuertes; un pecado contra el que los físicamente débiles tienen que estar precavidos. Pero allí estaba Dawes volviendo una y otra vez al tema de la Universidad, celoso evidentemente y lleno de un mezquino resentimiento, criticando y criticando y criticando como una solterona que no ha sido invitada a una fiesta. Rickie se preguntó si, después de todo, Ansell y los extremistas no tendrían razón, y la belleza corporal y la fuerza no serían más que signos de que un alma no tiene salvación.

Miró a Agnes. Escribía instrucciones para los proveedores en un trozo de papel. Su rostro agraciado estaba absorto en la tarea. El banco en el que ella y Gerald se sentaban no tenía respaldo, pero Agnes se mantenía tan derecha como un huso. Su novio, aunque bien capaz de sentarse derecho no se tomaba la molestia. «¿Por qué no se hablan?», pensó Rickie.

—Gerald, dale este papel a la cocinera.

—Se lo puedo dar a la otra esclava, ¿no?

—Se estará vistiendo.

—Bueno, también está Herbert.

—Está ocupado. Sabes de sobra cómo llegar a la cocina. Llévaselo a la cocinera.

Gerald desapareció lentamente detrás del árbol.

—¿Qué te parece? —preguntó Agnes inmediatamente.

Rickie murmuró una frase cortés.

—¿Ha cambiado desde que estaba en el internado?

—Hasta cierto punto.

—Cuéntame todo lo que recuerdes de él. ¿Lo harás?

Agnes advirtió quizá la sombra de horror que cruzó el rostro de Rickie. El horror desapareció porque, gracias a Dios, ya era un hombre al que protege la civilización. Pero Gerald y él se habían tratado, como quien dice, entre bastidores, antes de que empezara nuestro correcto drama, y allí el muchacho de más edad le había martirizado con cosas absurdas, indignas de ser contadas individualmente. Encontrarse un pastel de manzana en la cama no es nada; pellizcos, patadas, orejas retorcidas, brazos doblados, tirones de pelo, fantasmas nocturnos, libros manchados de tinta y fotografías estropeadas son poca cosa en sí mismos. Pero si van unidos y se producen continuamente se obtiene un infierno que ningún demonio de edad adulta es capaz de inventar. Entre Rickie y Gerald se alzaba una sombra que oscurece la vida con más frecuencia de lo que suponemos. El matón y su víctima

nunca olvidan del todo sus primeras relaciones. Se ven en clubs y en casas de campo y se palmean la espalda el uno al otro; pero en ambos sigue fresco el recuerdo de una jornada mucho más agotadora, cuando ambos eran adolescentes juntos.

Rickie intentó decir: «Él era un buen estudiante y yo en cambio no». Pero Cambridge no le permitió suavizar la situación humillándose. Si él era un mal estudiante, Gerald era todavía peor. Murmuró:

—Somos muy diferentes, mucho.

Miss Pembroke, sospechando quizá algo, no hizo más preguntas. Pero siguió con el tema de Mr. Dawes, rebajando humorísticamente a su novio y hablando de él sin ningún respeto. Rickie rio, pero se sentía incómodo. Cuando las personas se prometían, deberían, en su opinión, quedar al margen de las críticas. Él, sin embargo, estaba criticando ahora. No podía evitarlo. Le empujaban.

—Espero que esté mejor de su tobillo.

—No ha estado nunca mal. Siempre tiene que quejarse de algo.

—Creo que juega un partido la semana que viene, según dijo Herbert.

—Probablemente.

—¿Iremos a verlo?

—Puedes ir si quieres, claro. Yo me quedaré en casa. Ya se me han enfriado los pies bastantes veces.

Todo resultaba muy desvaído y extraño.

Gerald volvió, diciendo:

—No soporto a tu cocinera. ¿Por qué tiene que hacerme preguntas? No me gusta nada hablar con los criados. Mi opinión es «si yo hablo con usted, ya es bastante»; y aún se podría aceptar si fuera bonita.

—Bien, espero que nuestra fea cocinera tenga la comida preparada dentro de un minuto —dijo Agnes—. Hoy estamos siendo muy poco puntuales y no me atrevo a decir nada porque ayer pasó lo mismo, y si me quejo otra vez quizá se marchen. El pobre Rickie debe de estar hambriento.

—Ni muchísimo menos: los Silt me dieron todos estos *sandwiches* y no me los he comido. Siempre tratan de atiborrarme.

—Y tú pensaste que no era mala idea, ¿eh? —dijo Mr. Dawes—, en el caso de que aquí no te atiborran.

Miss Pembroke, que administraba la casa más bien hacia el lado de la economía, pareció molestarse.

La voz de Mr. Pembroke se dejó oír llamando desde la casa:

—¡Frederick! ¡Frederick! Tienes que perdonarme. Era una carta importante sobre la Defensa de la Iglesia y por eso... Entra y pasa a ver tu habitación.

Rickie se alegró de abandonar el jardín. Había aprendido demasiado allí. Era horrible: no se querían. Más terrible aún que el caso de su padre y de su madre, porque ellos, hasta que se casaron, se entendían bastante bien. Pero Gerald se mostraba brutal, rudo y frío: seguía siendo el matón del colegio que retuerce el brazo de los pequeños, les clava alfileres mientras están en la capilla y les golpea en el estómago mientras se balancean en la barra horizontal. Pobre Agnes; ¿por qué lo habría hecho? ¿No debería impedirlo alguien?

Había olvidado los *sandwiches* y volvió a por ellos.

Gerald y Agnes estaban estrechamente abrazados.

Sólo miró un momento, pero lo que vio quedó imborrablemente grabado en su cerebro. El hombre apretaba con más fuerza. Había colocado a su novia sobre las rodillas y la abrazaba contra él con toda su alma. Ella había retirado ya las manos y susurraba: «No; me haces daño...» Su rostro carecía de expresión. Miró al intruso sin verlo. Después su novio la besó y Agnes brilló con misteriosa belleza, como una estrella.

Rickie se alejó cojeando, con las mejillas rojas, asustado y sin los *sandwiches*. Pensó: «¿Ocurren de verdad cosas así?», y le pareció ver valles de colores. Brillaron cada vez con más intensidad, hasta que dioses de llama pura nacieron en ellos; después contempló pináculos de nieve virginal. Mientras Mr. Pembroke hablaba creció el tumulto de bellas imágenes.

Invadieron todo su ser y encendieron lámparas en insospechados santuarios. Su orquesta comenzó a tocar en aquella casa de zona residencial mientras él tenía que apartarse para que la criada trajese la comida. La música pasaba junto a él como un río. Rickie se hallaba junto a las fuentes de la creación y escuchaba la primigenia monotonía. Luego un oscuro instrumento dejó oír una breve frase.

El río continuó su curso inmutable. La frase fue repetida y un espectador podría descubrir que era un fragmento de la melodía de las melodías. Instrumentos más nobles la recogieron, el clarinete la protegió, el metal la animó y salió a la superficie con el murmullo de los violines. El Amor había nacido en un acorde al unísono, llama de la llama, encendiendo abajo el río oscuro y arriba las nieves virginales. Sus alas no se acababan nunca, su juventud era eterna; el sol era una joya en su dedo mientras

mandaba su bendición sobre el mundo. La creación, que ya no era monótona, le aclamaba, con una melodía que se hacía cada vez más amplia, de radiaciones cada vez más brillantes. ¿Era el Amor una columna de fuego? ¿Era un torrente de canciones? ¿Era algo más grande? ¿Un hombre acariciando a una mujer?

Fue sólo fruto de la casualidad que Rickie no tuviera una reacción de repugnancia. Pero esto él no lo podía saber.

Mr. Pembroke, cuando iba a llamar a comer a los dos rezagados, advirtió una mano en su brazo y una voz que murmuró:

—No lo hagas; puede que sean felices.

Herbert miró a Rickie sin comprenderle y golpeó el gong. Su música hizo que ambos, sacerdote y gran sacerdotisa, se acercaran.

—Rickie, ¿puedo darle los *sandwiches* al chico de los recados? —dijo ella—. Le gustarían mucho.

—¡Daos prisa, que está sonando el gong!

—¿Fumas antes de comer? —dijo Gerald.

Se habían instalado en el paraíso y nada podría sacarles de allí. Otros quizá los consideraran antipáticos o prosaicos. Rickie estaba al tanto de la verdad. Recordaría todo lo que dijeran. Atesoraría sus movimientos y las miradas que se cruzaran, para que cuando llegara el momento en que las puertas del paraíso se cerraran tras él, le acompañara quizá en el exterior algún débil rayo, algún eco de tan inefable saber.

En realidad Rickie los vio muy poco durante su estancia. Procuró desaparecer porque no era digno. ¿Qué derecho tenía él a espiar, aunque fuera de manera espiritual, su felicidad? No era un crimen haberles visto en el jardín. Sería un crimen tratar de hacerlo otra vez. Procuró mantenerse al margen: él y sus pensamientos; no porque fuera un asceta, sino porque a ellos no les gustaría si se enteraran. Este comportamiento suyo les venía admirablemente. Y cuando se tropezaban con alguna agradable insignificancia —cualquier pequeñez que la delicadeza de Rickie había ideado y permitido— lo atribuían a la casualidad o a uno de ellos.

Es así como los novios pasan a situarse en un segundo término. Se identifican con el distante amanecer y sólo las montañas hablan con ellos. Rickie conversa con Mr. Pembroke en los valles mal iluminados de este mundo nuestro demasiado habitable.

IV

Sawston School había sido fundada por un comerciante en el siglo XVII. Era entonces una escuela diminuta en una población igualmente diminuta, y el Patronato que la gobernaba tenía que viajar medio día en carruaje a través de bosques y calor para llevar a cabo su inspección anual. En el siglo XX seguían necesitando un vehículo, pero sólo desde la estación del ferrocarril; y ya no se encontraban con una ciudad diminuta —tampoco grande—, sino rodeados de innumerables residencias, de chalets aislados o dobles que se habían ido construyendo alrededor del centro docente. Porque las intenciones del fundador habían sido modificadas o, en todo caso, ampliadas, y en lugar de educar a los «pobres de mi zona» se educaba a la clase media alta de Inglaterra. El cambio se había operado no mucho tiempo atrás. Hasta el siglo XIX la escuela era aún frecuentada por estudiantes de los alrededores. Después sucedieron dos cosas. En primer lugar, sus propiedades aumentaron de valor y la institución se enriqueció. En segundo lugar, sin que se supiera exactamente por qué, varios de los estudiantes salidos de sus aulas llegaron a obispos. Los obispos, como las luces de los fuegos artificiales, eran de todos los colores y volaron en todas direcciones: hacia lo alto, en vuelo raso, a lejanas colonias o, en un caso, hasta la iglesia católica. Pero muchos padres siguieron su curso en los periódicos; muchas madres se preguntaron si su hijo, con el combustible apropiado, no podría brillar con una luz semejante; muchas familias se mudaron al lugar donde la vida y la educación de los hijos eran tan baratas, donde no se miraba de arriba abajo a los alumnos externos y donde se combinaba al parecer adecuadamente la ortodoxia con el estar al día. La institución dobló el número de sus estudiantes. Se edificaron aulas nuevas, nuevos laboratorios y un gimnasio. A los hijos de los comerciantes locales empezó a orientárseles hacia una nueva fundación, la «Escuela Comercial», construida a un par de millas de distancia. Y se inició la construcción de internados. Sawston no tenía la noble antigüedad de Eton o Winchester, ni, por otra parte, la orientación progresiva de Lancing, Wellington y otras instituciones modernas. Las tradiciones que resultaban útiles eran respetadas. Y donde parecía conveniente un nuevo punto de partida se

ponían los medios para hacerlo realidad. Su finalidad era producir ingleses de tipo medio, y en gran medida lo conseguía.

Aquí transcurría la feliz e industriosa vida de Mr. Pembroke. Técnicamente su posición era la de profesor encargado de curso en uno de los primeros grados de la Sección Moderna. Pero su verdadera misión era otra. Mr. Pembroke organizaba. Si no existía una organización, la creaba. Si existía, la modificaba. «Una organización —decía— no es un fin en sí misma. Tiene que contribuir a un movimiento.» Cuando una buena costumbre parecía capaz de corromper a la escuela, Mr. Pembroke tenía ya otra preparada para sustituirla; estaba convencido de que sin un número casi infinito de costumbres no existía seguridad, tanto para los muchachos como para los hombres. Quizá tenga razón y siga teniéndola siempre. Quizá cada uno de nosotros se desmoronaría si durante una hora actuase como le pareciera oportuno, tratando de hacer uso de una libertad total. Las gorras de la escuela, con su elaborado simbolismo, eran creación suya; y también los calzones de baño de diferentes colores, que mostraban la distancia que era capaz de nadar cada muchacho; así como la jerarquía de jerseys y chaquetas. Era él quien había instituido Límites y Llamadas, las dos clases de trabajos escritos, los tres tipos de castigos y *The Sawstonian*, una revista que se publicaba dos veces al trimestre. Mr. Pembroke era la salsa de todos los guisos. La cúpula calva de su cabeza, modesta pero sobrecogedora, brillaba en todas las reuniones de profesores. Se le consideraba el hombre del porvenir.

Su último éxito había sido organizar a los externos. Se les había dejado demasiado abandonados a sí mismos, y su *esprit de corps* era muy débil; tendían a considerar su hogar familiar y no la institución docente como el elemento más importante de sus vidas. Más aún: también se les iban de las manos a sus padres; estudiaban a cualquier hora y a veces de cualquier modo. Rehuían las competiciones deportivas, faltaban a clase con frecuencia, comían lo que no debían comer, fumaban, montaban en bicicleta sobre el asfalto. Pero todo eso se había acabado. Como los internos, tenían que recogerse antes de las siete y cuarto y no se les dejaba salir a no ser que tuvieran una autorización escrita de su progenitor o tutor; también ellos tenían que trabajar a horas fijas por la noche y de siete a ocho de la mañana antes del desayuno. Los deportes eran obligatorios. No podían ir a fiestas durante el período de clases. No podían salir de los límites de la institución. Por supuesto la reforma no era completa. Era imposible controlar su dieta,

aunque en una circular impresa se pidió a los padres que les sirvieran alimentos simples. Y también parece que algunas madres desobedecían la regla relativa al estudio, y permitían a sus hijos hacer todo el trabajo por la noche y dormir más tiempo por la mañana. Pero la distancia entre externos e internos había disminuido considerablemente, y todavía se hizo menor cuando los externos fueron agrupados en una Casa con un profesor al frente y un distintivo propio. «Por medio de la Casa —dijo Mr. Pembroke— se aprende el patriotismo hacia la institución, de la misma manera que por medio de la institución se llega al patriotismo hacia el país. Nuestra única posibilidad, por lo tanto, consiste en agrupar a los externos en una Casa.» El director se mostró de acuerdo, como hacía con frecuencia, y se formó la nueva comunidad. Mr. Pembroke, para no dar pábulo a las lenguas maliciosas, no quiso ser el profesor encargado, y le dijo a Mr. Jackson, que enseñaba a los de sexto grado: «Usted siempre se queda en segundo término. Aquí tiene su oportunidad.» Pero resultó un fracaso. Mr. Jackson, erudito y estudioso, ni sentía ni era capaz de sentir el menor entusiasmo por la Casa, y cuando se encontraba delante de los muchachos que la formaban, les decía: «Bien, no tengo ni idea de para qué estamos todos aquí. Por tanto, será mejor que os vayáis a casa con vuestras madres.» Así que al semestre siguiente, Mr. Jackson volvería a quedarse en segundo término y Mr. Pembroke ocuparía su lugar.

Estos eran los temas que Mr. Pembroke iba exponiendo a la cortés atención de Rickie. Le enseñó las aulas, la biblioteca y la habitación en el sótano donde los externos podían dejar sus abrigo y sus gorras y donde en las ocasiones festivas se reunían a comer. Le enseñó la agradable casa de Mr. Jackson y susurró: «Sería cuestión de deshacerse de él lo más pronto posible si no fuera por su brillante inteligencia.» Le enseñó las pistas de tenis, felizmente terminadas, y la capilla que, desgraciadamente, todavía andaba escasa de donaciones. Rickie quedó impresionado, pero la verdad es que a Rickie le impresionaba todo. Por supuesto, después de la experiencia con Agnes y Gerald, la Casa para los externos quedaba un poco desvaída, pero Rickie consiguió impartirle cierta dosis de realidad.

—Las pistas de tenis —dijo Mr. Pembroke— nos han proporcionado una gran satisfacción. Nunca creímos que pudieran quedar listas este año. Pero antes de las vacaciones de Pascua todos los chicos recibieron una tarjeta de suscripción y se les hizo ver que tenían que recaudar treinta chelines. Te costará trabajo creerlo, pero lo consiguieron casi todos. El

trimestre siguiente preparamos una cena en el edificio grande, y todos los que habían aportado por lo menos una libra fueron invitados; no era cuestión de fijarse en unos pocos chelines, claro está, porque era el espíritu de colaboración lo que realmente tenía importancia. Estuvo presente toda la escuela, prácticamente.

—Imagino que disfrutarán mucho con las pistas.

—No las usan demasiado. El tenis, como imagino que sabes, es un deporte más bien caro. Sólo los chicos de familias acomodadas juegan: y siento decir que no siempre podemos estar especialmente orgullosos de nuestros alumnos mejor situados económicamente. Pero lo importante es que una escuela privada no se puede considerar de primera clase si no tiene pistas de tenis. Las están construyendo por todas partes.

—¿Y ahora tenéis que terminar la capilla?

—Efectivamente; tenemos que terminar la capilla.

Hizo una pausa reverente y añadió:

—Y aquí hay un resto del edificio original.

Rickie se sintió invadido al instante por una gran corriente de simpatía. También él contempló con reverencia el fragmento de enladrillado jacobeo, hermosamente rojizo entre las piedras cortadas a máquina del moderno ábside. Los dos hombres, que tan poco tenían en común, vibraron patrióticamente al unísono, orgullosos de pertenecer a un país tan grande, tan noble y tan antiguo.

—Doy gracias a Dios por ser inglés —dijo Rickie de pronto.

—A Él hay que dárselas siempre —dijo Mr. Pembroke, poniéndole una mano en el hombro.

—Estoy convencido —siguió Rickie— de que hemos sido casi tan grandes como los griegos. Desde luego más que los romanos, aunque ellos se acercaran más a la belleza. Y también más que los franceses, aunque nos apropiemos de todas sus ideas. Siempre acabo convencido de que Inglaterra es inmensa. La literatura inglesa lo es sin duda.

Mr. Pembroke retiró la mano. Aquel patriotismo le parecía hasta cierto punto cobarde. El patriotismo genuino viene únicamente del corazón. Nada sabe de dialogar con el entendimiento. Las damas inglesas afirman en el extranjero que no hay niebla en Londres, y Mr. Pembroke, aunque no llegaba a tanto, se reprimía únicamente porque estaba seguro de que su mentira quedaría al descubierto. En esta ocasión hizo notar que a los

griegos les faltaba profundidad espiritual y que tenían un bajo concepto de la mujer.

—En cuanto a las mujeres... en eso son terribles —dijo Rickie apoyando una mano contra la capilla—. Cada vez me doy más cuenta de ello. Pero en cuanto a falta de profundidad espiritual, no me atrevería a decirlo; Platón me resulta demasiado difícil, pero conozco a personas a quienes no, y creo que quizá no estuvieran de acuerdo contigo.

—Dios me libre de menospreciar a Platón. Además siento un gran respeto por la filosofía en conjunto. Pero sirve más para coronar la educación de un hombre que como cimiento. Yo la estudio con gran provecho, pero sé de jóvenes que han tenido muchos problemas por lanzarse a ella demasiado pronto, antes de estar bien centrados.

—Pero si esos muchachos —exclamó Rickie con súbita vehemencia— hubieran muerto antes de saber lo que hay que saber...

—¡O lo que no hay que saber! —dijo Mr. Pembroke sarcásticamente.

—O lo que no hay que saber. Exactamente. Eso es.

—Mi querido Rickie, ¿qué quieres decir? Si un viejo amigo puede ser sincero, me atreveré a indicarte que estás diciendo una tontería.

Y con unas cuantas fórmulas bien consagradas por el uso trató de apuntalar la ortodoxia del joven. Sus rodrigones no eran necesarios. Rickie tenía su propio equilibrio. Ni el evangelismo que asalta a los muchachos hacia los quince años, ni el escepticismo que les sale al encuentro cinco años más tarde, pudieron apartarle de la iglesia en la que había nacido. Pero su equilibrio era personal y el secreto carecía de utilidad para otros. Lo que Rickie deseaba era que cada persona encontrara el suyo.

—¿Qué se consigue con la filosofía? —continuó el apuntalador—. ¿Hace más feliz a un hombre? ¿Le permite morir con más resignación? Mucho me temo que a la larga Herbert Spencer no llegue más allá que el resto de nosotros. ¡Ah, Rickie! ¡Me gustaría que pudieras tratar a los colegiales y vieras su saludable desprecio por todo lo que no son capaces de tocar!

Mr. Pembroke estaba yendo demasiado lejos y tuvo que añadir:

—Su capacidad espiritual, por supuesto, es otra cuestión —y al acordarse de los griegos, continuó—, lo que viene a probar mi primera afirmación.

En el rostro de Rickie aparecieron signos de sumisión, como de alguien que acepta el apoyo que se le ofrece. Mr. Pembroke le preguntó

después por las personas que no encontraban difícil a Platón. Pero Rickie permaneció en silencio, palmeando suavemente el muro de la capilla. La conversación terminó orientándose hacia temas que ambos podían tratar de manera más competente.

—¿Agnes se interesa mucho por la escuela?

—No tanto como solía. Es el resultado de su noviazgo. Si nuestro atrevido soldado no nos la hubiera arrebatado, podría haber sido la esposa ideal de un profesor. Le tomo el pelo a Gerald con frecuencia acerca de ello, porque él menosprecia un poco las profesiones intelectuales. Es natural, perfectamente natural. Un hombre que se enfrenta con la muerte, ¿cómo puede tener los mismos sentimientos que nosotros hacia *mensa o tupio*?

—Cierto. Absolutamente cierto.

Mr. Pembroke se hizo a sí mismo la reflexión de que Frederick estaba mejorando.

—Si un hombre dispara como es debido y habla correctamente; si su corazón está donde tiene que estar, si tiene sentimientos de cristiano y de caballero... yo, en ese caso, no puedo pedir un marido mejor para mi hermana.

—¿Cómo podría ser mejor? —exclamó Rickie—. ¿Recuerdas aquello de «Las nubes»?

Y citó, lo mejor que pudo, de la invitación del Dikaios Logos, la descripción del joven ateniense, perfecto de cuerpo, de mente plácida, que descuida su trabajo de abogado y pasa el día en los bosques y en los prados, con una guirnalda en la cabeza y un amigo que decide la rapidez de la marcha; el aroma de las hojas nuevas flota sobre ellos; se alegran con la dulzura de la primavera; sobre sus cabezas el plátano le susurra al olmo: quizá la más gloriosa invitación a la vida ociosa que se haya hecho jamás.

—Sí, sí —dijo Mr. Pembroke, que no deseaba en absoluto un cuñado sacado de Aristófanes.

Tampoco iba a tenerlo, porque a Mr. Dawes no le hubiera interesado la guirnalda ni hubiese notado la primavera; además se habría quejado de que el amigo iba demasiado deprisa o demasiado despacio.

—¡Y en cuanto a ella...!

Pero Rickie no fue capaz de encontrar ningún paralelo clásico para Agnes. Se le escapaba entre los ejemplos. Una amable Medea, una Cleopatra con sentido del deber: personajes así la sugerían remotamente. No había nacido en Grecia, pero había llegado allí desde el extranjero: una

princesa morena e inteligente. A pesar de su esplendor, había indicios de un brillo mayor, todavía escondido; indicios de una tierra más antigua, más rica y más misteriosa. Rickie sonrió ante la idea de que Agnes «no existiera realmente». Ansell, a pesar de todo lo inteligente que era, había cometido una terrible equivocación. Agnes era más real que todas las demás mujeres.

Mr. Pembroke presenció complacido el juvenil entusiasmo de Rickie. Quería a su hermana, aunque la sabía llena de faltas.

—Sí, la envidio —dijo—. Ha encontrado un digno compañero para el viaje de la vida, estoy seguro. Y aunque les molestará tener que aceptar un noviazgo tan largo, no hay mal que por bien no venga. Así llegarán a conocerse bien el uno al otro antes de contraer lazos más íntimos.

Rickie no asintió. La longitud del noviazgo le parecía una tremenda crueldad. Era absurdo que dos personas que se amaban tardaran años en poder casarse porque les faltaba el cochino dinero. Toda la diplomacia piadosa de Herbert no bastaba para hacer de aquello una bendición. Ya era malo ser «tan rico» en casa de los Silt; pero aquí Rickie se sentía aún más avergonzado que nunca. Al cabo de unas semanas sería mayor de edad y tomaría posesión de su herencia. Era una lástima que las cosas estuvieran tan mal organizadas. Él no necesitaba el dinero; o por lo menos no necesitaba tanto.

«Supongamos —meditó, porque todo esto llegó a preocuparle mucho—, supongamos que tuviera cien libras menos al año de las que voy a tener. Seguiría teniendo suficiente. Yo sólo necesito comida, habitación, ropa y, de cuando en cuando, un billete para el tren. No tengo caprichos. No colecciono nada ni practico ningún deporte. Es agradable tener libros, pero después de todo ahí está Mudie's y, si hace falta, la biblioteca pública. ¡Oh, mi profesión! Olvidaba que he de tener una profesión. Bueno, eso hará que pueda ahorrar todavía más.» Y siguió suponiendo hasta que perdió contacto con el mundo y con lo que el mundo permite, y cometió un pecado imperdonable.

Sucedió hacia el final de su visita: otro día de calma absoluta en aquel enero tan templado. Mr. Dawes iba a jugar contra un equipo de principiantes y tenía que ir al campo por la mañana para arreglar algo. Rickie se ofreció a acompañarlo.

Hasta entonces Rickie no había causado la menor molestia.

—Vas a aburrirte muchísimo —dijo Agnes, al ver cómo se ensombrecía el rostro de su novio—. Y Gerald corre como un loco.

—Se me había ocurrido que fuéramos al museo esta mañana —dijo Mr. Pembroke—. Tiene una excelente colección de puntas de flecha de pedernal.

—Ah, eso es lo tuyo, Rickie. Siempre me da envidia ver cómo Herbert y tú disfrutáis con el pasado.

—Creo que prefiero acompañar a Dawes si no le importa. Puedo ir y volver del campo bastante deprisa. Las puntas de flecha son maravillosas, pero en realidad no disfruto con ellas, aunque espero llegar a hacerlo con el tiempo.

Mr. Pembroke se ofendió, pero Rickie se mantuvo firme.

Un cuarto de hora después estaba de vuelta solo, llorando casi.

—¿Es que ese tonto iba demasiado deprisa? —le preguntó miss Pembroke desde la ventana de su dormitorio.

—Fui yo el que corrió demasiado.

Se expresó de manera bastante cortante, y antes de que tuviera tiempo de decir que lo sentía y no quería decir exactamente eso, la ventana se había cerrado ya.

«Se han peleado —pensó Agnes—. ¿Cuál será la razón?»

Se enteró muy pronto. Gerald regresó repleto de tormentosa frialdad. Rickie le había ofrecido dinero.

—Cariño, no te enfades tanto. Ese chiquillo no sabe lo que dice.

—Si fuera eso, lo perdonaría. Pero no soporto las actitudes morbosas.

—Vamos, Gerald, eso es lo que no me gusta de ti. No sabes tener compasión de los débiles.

—Eso se queda para las mujeres. Sin duda estarías dispuesta a que aceptase de él cien libras al año. ¿Has oído alguna vez una desvergüenza semejante? Nos casaríamos él, tú y yo, con cien libras para empezar y la misma cantidad todos los años; él, por supuesto, fiscalizaría todo lo que hiciéramos y nosotros nos humillaríamos y le lameríamos las botas. Si es ésa la idea que Mr. Rickety Elliot se hace de un soldado y de un inglés, desde luego no se corresponde con la mía, y siento no haber tenido un látigo a mano.

Agnes reía a carcajadas.

—Sois como niños los dos, y tú eres el peor. ¿No has podido decirle que no amablemente? Le he visto resoplando y sorbiéndose las lágrimas debajo de mi ventana, y creí que te había insultado. ¿Por qué no aceptaste?

—¿Aceptar? —rugió Gerald.

—Le hubieras curado para siempre. ¿No lo entiendes?, estaba sólo repitiendo algo que ha leído en un libro.

—Todavía me parece más estúpido en ese caso.

—Bueno, no hay que enfadarse con un tonto. No ha querido ofenderte. Se pasa el día pensando en la poesía y en personas que llevan muertas mucho tiempo, y luego trata de dar vida a todo eso. Es completamente absurdo.

Gerald repitió que no soportaba las actitudes morbosas.

—Yo no lo llamaría exactamente morboso.

—Yo sí. Y la razón que le permite ofrecerme el dinero, todavía peor.

—¿Qué quieres decir?

Gerald se avergonzó.

—No pensaba decírtelo. No es un tema para señoras.

Porque, como la mayoría de los hombres que están muy cerca de la animalidad, era intelectualmente gazmoño.

—Dice que no puede casarse debido a su pie. No sería justo para con la posteridad. Su abuelo tenía ese defecto y a su padre y a él les ha pasado lo mismo. Cree que es hereditario, y que puede empeorar incluso con la próxima generación. Ha hablado de todo esto con otros compañeros de universidad. Deben de ser un grupo de cuidado. No puede arriesgarse a tener hijos. De ahí las cien libras.

Agnes dejó de reírse.

—¿Qué persona tan desagradable si ha dicho todo eso!

Gerald se sintió animado para continuar hablando. Hasta entonces no había mencionado sus comunes experiencias escolares. Pero procedió a contarle todo a Agnes: el «azúcar candé», como él lo llamaba, los alfileres en la capilla y cómo una tarde le había atado cabeza abajo contra un árbol marchándose después; sólo por un momento, claro está.

Agnes le riñó por esto como correspondía. Pero tuvo un estremecimiento de placer al pensar en el muchacho débil en las garras del fuerte.

Gerald falleció aquella tarde. Tuvo un accidente mortal durante el partido de fútbol. Rickie y Mr. Pembroke estaban en el campo cuando sucedió. No servía de nada hacerle sufrir llevándolo al hospital y simplemente lo trasladaron hasta un pequeño pabellón, tumbándolo en el suelo. Vino un médico y también un clérigo, pero pareció mejor dejarle los últimos minutos con Agnes, que había acudido en su bicicleta.

Fue una extraña y lamentable entrevista. La muchacha estaba tan habituada a la salud que durante algún tiempo fue incapaz de entender. Tenía que ser una broma que Gerald se hubiera tumbado entre tanto polvo; que estuviera cubierto con una alfombra y tuviera las rodillas dobladas muy cerca de la barbilla. Sus brazos eran los mismos que ella conocía, y sus músculos admirables se dejaban ver claramente bajo el jersey. Aunque un tanto arrebolado, también su rostro estaba intacto: tenía que ser una broma extraña.

—Gerald, ¿qué estás haciendo?

Él contestó:

—No puedo verte. Está demasiado oscuro.

—¡Oh!, verás qué pronto arreglo yo eso —dijo Agnes con su habitual tono eficiente.

Abrió la puerta del pabellón. Los que estaban de pie al otro lado se apartaron. Agnes vio un prado desierto, humeante y gris, y más allá chalets con tejados de pizarra, hilera tras hilera, trepando por una informe colina. Hacia Londres el cielo era de color amarillo.

—Bueno; así está mejor.

Se volvió a sentar a su lado y tomó una mano de Gerald entre las suyas.

—Ahora ya estamos mejor, ¿no es cierto?

—¿Dónde estás?

Esta vez Agnes no pudo contestar.

—¿Qué me pasa? ¿A dónde voy?

—¿No ha estado aquí el párroco? —dijo ella después de un silencio.

—Me ha explicado el cielo, y cree que yo... pero... no se lo podía decir a un cura... Me parece que no me sirven de nada todas esas cosas.

—Somos cristianos —dijo Agnes tímidamente—. No hablamos de esas cosas, amor mío, pero creemos en ellas. Estoy segura de que te pondrás bien y volverás a estar tan fuerte como siempre; pero, en cualquier caso, hay una vida espiritual y sabemos que algún día tú y yo...

—No sirvo para espíritu —la interrumpió Gerald, suspirando miserablemente—. Te quiero tal como soy, y eso no tiene remedio. El párroco ha tenido que reconocerlo. Quiero... no quiero hablar. No te veo. Cierra esa puerta.

Agnes obedeció y luego se abrazó a él. Pero esta vez era ella la que apretaba más. Su corazón latía cada vez con más fuerza mientras el de Gerald se debilitaba progresivamente. Lloraba como un niño asustado y sus lágrimas mojaban los labios de Agnes.

—Sé valiente —le dijo ella.

—No puedo —susurró él—. No puedo. No te veo.

Y se extinguió temblando, con los ojos abiertos.

Agnes volvió a casa en su bicicleta, dejando que los demás vinieran después. Algunas señoras que no sabían lo que había sucedido le hicieron inclinaciones de cabeza y sonrieron al pasar, y ella les devolvió el saludo.

—Oh, señorita, ¿es cierto? —exclamó la cocinera, llorando profusamente.

Agnes asintió. Debía de ser cierto. Acababa de llegar el correo: había una carta para Gerald de su madre. La vida, que no les había prevenido, parecía negarse a hacer comentarios. Todo lo sucedido no era natural, y sin duda se desvanecería como un sueño. Se sintió levemente irritada y el dolor de las criadas la molestó.

Estaban sollozando.

—¡Mire sus huellas! ¡Qué poco se le ocurrió! ¡Qué poco se le ocurrió!

En la tira de linoleum marrón, junto a la puerta, una pesada bota de fútbol había dejado su huella. No les gustaba Gerald, pero era un hombre, ellas mujeres, y él había muerto. Su señorita les ordenó que la dejaran.

Durante muchos minutos estuvo sentada al pie de la escalera, frotándose los ojos. Una oscura crisis espiritual se desarrollaba dentro de ella. ¿Debería llorar como las criadas? ¿O tendría que dominarse y confiar en el consolador paso del tiempo? ¿Era después de todo tan terrible la muerte de un hombre? Mientras se orientaba hacia la apatía se oyeron unos pasos sobre la grava, y Rickie Elliot irrumpió en la casa. Tenía salpicaduras de barro, se había quedado sin aliento y el cabello le caía en desorden sobre

su exiguo rostro. Agnes pensó: «¡Estos son los que siguen viviendo!» Desde lo más profundo de su alma sintió que le odiaba.

—Vine para ver qué hacías —exclamó.

—Descansaba.

Rickie se arrodilló a su lado, y ella dijo:

—¿Harás el favor de irte?

—Sí, Agnes, desde luego; pero antes tengo que ver que sufres.

Ella contuvo el aliento. Sus ojos se posaron en las huellas, que se dirigían hacia el exterior con tanta firmeza, tan irremediabilmente.

Rickie jadeó:

—Es lo peor que podrá sucederte en toda tu vida, y tienes que darte cuenta; tiene que hacerte sufrir. Vendrán a decirte que te domines y que confíes en el paso del tiempo. No, no; están equivocados. Tienes que darte cuenta.

A pesar de su intenso dolor, Agnes comprendió que aquel muchacho era más grande de lo que ellos suponían. Rickie se puso en pie y con intensa convicción exclamó:

—Pero yo sé; lo entiendo bien. Es tu muerte tanto como la suya. Se ha ido, Agnes, y sus brazos nunca volverán a estrecharte. Por el amor de Dios, una cosa así ha de hacerte sufrir y no tienes por qué consagrarte a dominar tus sentimientos. No dejes de ser grande; ése es el único crimen que él nunca te perdonaría.

Agnes vaciló:

—¿Quién?... ¿Quién tendría que perdonarme?

—Gerald.

Al sonido de su nombre Agnes se deslizó hacia adelante y toda su falsa indiferencia desapareció. Reconoció que la vida no tenía sentido ya. Inclinandose, besó la huella de la bota.

—¿Cómo puede perdonarme? —sollozó—. ¿A dónde ha ido? No es posible imaginar una cosa tan atroz. No podía verme aunque abrí la puerta completamente y había mucha luz; tampoco recordaba las cosas que debían consolarle. No era... no leía mucho y no se acordaba bien. El párroco lo intentó y no pudo... Llegué yo y tampoco pude...

Las lágrimas le impidieron seguir hablando. Rickie no intentó consolarla. La dejó que se acusara a sí misma, al destino y a Herbert, que había pospuesto su matrimonio. Podía haber sido su esposa durante seis meses; pero Herbert había hablado de autodomínio y de toda la vida por

delante. Rickie le permitió que besara las huellas de Gerald hasta que desaparecieron para dejar paso a las marcas de sus labios. Agnes gimió:

—Se ha ido, ¿dónde está?

Y Rickie le contestó con considerable calma:

—Está en el cielo.

Ella le pidió que no la consolara; no podía soportarlo.

—No he venido a consolarte. Vine a ver si eras consciente de lo que habías perdido. Gerald está en el cielo, Agnes. Pero lo más grande que había en tu vida ya no existe.

El odio de Agnes quedó adormecido. Murmuró:

—¡Rickie querido!

Y extendió la mano hacia él. A través de sus lágrimas el rostro del muchacho parecía el de un serafín que dijera la verdad y le prohibiera falsear sus sentimientos.

—¡Rickie querido! Pero ¿qué voy a hacer el resto de mi vida?

—Todo lo que quieras... si recuerdas que lo más grande ya no existe.

—No te conozco —dijo ella con voz trémula—. Te has hecho persona mayor en un momento. No hablabas nunca con nosotros y, sin embargo, lo entiendes todo. Dímelo otra vez. Sólo puedo fiarme de ti. ¿Dónde está Gerald?

—Está en el cielo.

—¿Estás seguro?

Y le asombró que Rickie, capaz apenas de dar la hora sin incluir un paréntesis dubitativo, estuviera tan seguro de la inmortalidad.

VI

Rickie no se quedó para el funeral. Mr. Pembroke creía que su influencia sobre Agnes era más bien negativa e impedía que aceptara la tragedia tan rápidamente como podría haberlo hecho. Como él lo expresaba, «no hay que cortejar el dolor», y sugirió a Rickie que sería mejor dejarles solos.

Rickie volvió a casa de los Silt.

Estuvo allí muy pocos días. En cuanto empezó el trimestre volvió a Cambridge. Echaba mucho de menos la Universidad. El viaje hasta allí le resultaba ya familiar y disfrutaba con cada lugar conocido. El hermoso valle de Tewin Water, el desfiladero en Hitchin donde el tren atraviesa las formaciones de greda, Baldock Church, Royston, con su promesa de colinas, no eran nada en sí mismos, pero resultaban entrañables como etapas de su peregrinación hacia la morada de la paz. En el andén se encontró con amigos. Todos habían pasado agradables vacaciones: era un mundo feliz, un ambiente completamente distinto.

Cambridge, como de costumbre, daba la bienvenida a sus hijos con las alcantarillas en obras. Pettycury estaba levantada; lo mismo sucedía con Trinity Street; y en King's Parade los obreros se dejaban ver en los lugares más insospechados. En un sitio era el gas, en otro la luz eléctrica, pero en todas partes pasaba algo, y siempre acompañado de un olor. Fue también el día en que el tranvía de la estación perdió las ruedas y Rickie, que estaba en su interior como es lógico, se contaba entre los pasajeros que «no sufrieron otro daño que el susto, y después se rieron de lo sucedido tanto como los demás».

Tilliard se precipitó a coger un simón, maldiciéndose por haber tratado de usar un medio de locomoción más modesto. Hornblower también pasó junto a ellos gritando despreciativamente, con el equipaje pulcramente apilado sobre la cabeza.

—Tenemos que apearnos y andar —murmuró Ansell.

Pero Rickie estaba socorriendo a una mujer en apuros: Mrs. Aberdeen.

—Oh, Mrs. Aberdeen, no la había visto; me alegro de verla, me alegro muchísimo.

Mrs. Aberdeen se mostró fría. No le gustaba que le hablaran fuera del *college*, y estaba preocupada a causa de su cesta. Hasta entonces ninguna

persona de clase alta había visto su interior, pero con el golpe el pañito que la cubría se cayó, poniendo de manifiesto que no había nada dentro. La cesta estaba vacía y nunca contendría nada ilegal, pero de todas maneras Mrs. Aberdeen se turbó y un «Nos veremos más tarde, imagino», fue el único saludo que Rickie consiguió de ella.

—Y yo me pregunto, ¿qué clase de vida lleva Mrs. Aberdeen? —exclamó Rickie mientras Ansell y él avanzaban por Station Road—. Estas mujeres vienen y nos hacen la vida comfortable. Les debemos muchísimo, su sueldo es absurdo y no sabemos nada de ellas. Se marchan a Barnwell, y a partir de ahí sus vidas son un misterio. Sé que Mrs. Aberdeen tiene un marido, pero eso es todo. Nunca habla de él. Quisiera de verdad conocer su vida. Sólo veo la mitad. ¿En qué consiste la otra mitad? Puede que tenga una casa agradable, arreglada con buen gusto, un pequeño jardín y libros y cuadros. O quizá no la tenga. Pero en cualquier caso uno debería saberlo. Sé que le molestaría, pero no debiera molestarle. En realidad ellas tienen tanta culpa como nosotros de la lamentable situación actual. Tendría que querer que yo fuera a verla. Tendría que presentarme a su marido.

Habían llegado a la esquina de Hills Road. Ansell habló por primera vez. Dijo:

—¡Uf!

—¿Alcantarillas?

—Sí. Una sentina espiritual.

Rickie dejó escapar una carcajada.

—Esperaba algo así después de leer tu carta.

—¿La que no contestaste nunca?

—Nunca contesto tus cartas. Ya no me queda ninguna esperanza respecto a ti. Vas derecho al mal. Pero me niego a acompañarte. Me niego a creer que todo ser humano sea una enternecedora maravilla de indescriptible interés, patetismo y belleza; porque en eso se resumía la carta en cuestión. Encontrarás a muchos que lo creerán. Es un punto de vista que tiene mucho éxito entre las personas demasiado perezosas para pensar; les ahorra el trabajo de distinguir lo bello de lo feo, lo interesante de lo aburrido, lo trágico de lo melodramático. Acababas de llegar de Sawston y al parecer habías entrado en éxtasis al comprobar que miss Pembroke tiene el número usual de brazos y piernas.

Rickie guardó silencio. Le había contado a su amigo cuáles eran sus sentimientos, pero no lo que había sucedido. Ansell podía hablar

admirablemente sobre el amor y la muerte, pero no sería capaz de entender a unos amantes o a un moribundo; y en la carta había habido muy pocas alusiones a estos hechos concretos. ¿Los entendería Cambridge acaso? Contempló a unos profesores que examinaban una zanja y elevaban los brazos al cielo haciendo cómicos gestos de desesperación. Aquellos hombres disertarían la semana siguiente sobre la conspiración de Catilina, sobre Lutero, sobre la evolución o sobre Cátulo. ¡Eran entendidos en tantas cosas y habían experimentado tan pocas! ¿Sería posible que él llegara a considerar Cambridge estrecho de miras? En su corta vida Rickie había presenciado dos muertes repentinas, y esto era suficiente para trastocar cualquier plácida visión del mundo. Comprendió de una vez para siempre que todos somos burbujas en un mar bravío. En este mar la humanidad ha construido, por así decirlo, algunos rompeolas —conocimientos científicos, el freno de la civilización— a fin de que las burbujas no estallen tan frecuentemente ni tan pronto. Pero el mar no había cambiado, y tan sólo por casualidad él, Ansell, Tilliard y Mrs. Aberdeen no habían muerto en el accidente del tranvía.

Esperaron junto a la iglesia católica, cuya florida silueta empezaba ya a desdibujarse en el crepúsculo, a que llegara el otro tranvía. La iglesia católica es el primer edificio de grandes dimensiones que aparece ante el visitante. «¡Oh, ya empiezan los *colleges*!», grita el padre protestante; después se entera de que fue construida por un papista que se enriqueció fabricando ojos móviles para muñecas. «Construida con ojos de muñecas para guardar ídolos» ⁴: tal es al menos la leyenda y el chiste. La iglesia vigila la ciudad apóstata desde más altura que cualquier otro edificio dentro de ella, afirmando, todo lo insensatamente que se quiera, la existencia de la eternidad, de la estabilidad y de burbujas irrompibles en un mar en calma.

La melodía de un complicado himno anunció las cinco en punto, y más a lo lejos pudo oírse el sonido más entrañable de St. Mary, hablando desde el corazón de la ciudad. Después apareció el tranvía —el lento y mal ventilado vehículo que hace el servicio cada veinte minutos entre lo desconocido y la plaza del mercado— y les llevó más allá de los profanados terrenos de Downing, más allá del hospital Addenbrooke, rodeado por un canal como cualquier palacio veneciano, más allá de Fitz William, que se alza sobre inmensos cimientos, como cualquier templo romano, hasta las puertas de su *college*, que no se parecía a ninguna otra cosa en el mundo.

Los conserjes se alegraron de verlos, pero hubieran preferido que llegaran en un simón.

—Nuestro equipaje —explicó Rickie—, viene en el ómnibus del hotel, si son ustedes tan amables de pagar un chelín por el mío.

Ansell se alejó hacia unas amplias ventanas iluminadas, residencia de un profesor hospitalario; desde otras ventanas llegaban voces familiares y las igualmente familiares equivocaciones en la interpretación de una sonata de Beethoven. El *college*, aunque pequeño, era un lugar civilizado y orgulloso de su civilización. Allí no era gloria suficiente poseer un trofeo deportivo ni tampoco gloria adicional emborracharse. Más de una señorita, después de leer que los estudiantes de Cambridge eran unos seres estrafalarios, se sorprendió y se sintió quizá un poco desilusionada al descubrir que le daba la bienvenida un modo de vida tan razonable. Miss Appleblossom en particular se había llevado una sorpresa mayúscula. El espectáculo de aquellos jóvenes haciendo té y bebiendo agua le había hecho preguntarse si estaba de verdad en Cambridge College.

—Así es —exclamaba después—. Precisamente como estoy diciendo; y lo que es más, no quisiera que fuera de otra manera. Stewart dice que es tan fácil como andar a favor de la corriente y que no resulta nada caro.

La dirección en la que se nadaba venía en parte determinada por el genio del lugar —porque cada sitio tiene un genio, aunque cuanto menos se hable de ello, mejor— y en gran parte por los consejeros y profesores residentes, que trataban con notable destreza a los productos que anualmente les enviaban los colegios privados. Enseñaban al chico espabilado a reconocer sus limitaciones y al desganado sus posibilidades. También daban la bienvenida a los muchachos que no eran espabilados ni desganados, sino simplemente raros: los que no han ido a un colegio privado y no son automáticamente bienvenidos en cualquier sitio. Y lo hacían todo fácilmente —casi se podría decir que descuidadamente—, de manera que los muchachos no se daban cuenta del esfuerzo y se iban educando, con frecuencia por primera vez en la vida.

Rickie no acudió a ninguno de estos amigos porque en aquel momento prefería su cuarto a cualquier persona. Era todo lo que realmente poseía en el mundo, el único sitio que podía llamar suyo. Sobre la puerta estaba su nombre y bajo la última capa de pintura, como un fantasma gris, podía leerse aún el nombre de su predecesor. Con un suspiro de alegría penetró en aquel hogar perecedero que era suyo por un par de años. Había un hermoso

fuego, y el agua de la tetera empezó a hervir inmediatamente. Hizo té sobre la alfombra junto al hogar de la chimenea y se comió las galletas que Mrs. Aberdeen le había traído del cuarto de Anderson. «Los caballeros —decía ella— tienen que aprender a dar y tomar.» Rickie suspiró una y otra vez, como alguien que ha escapado a un peligro. Con la cabeza en el guardafuego y todo su cuerpo cómodamente recostado, se sentía casi tan seguro como cuando su madre mató un fantasma por el procedimiento de atravesar el corredor con Rickie en brazos. Ahora no había ningún fantasma; le asustaba la realidad; le asustaban el esplendor y los horrores del mundo.

Sobre la mesa le esperaba una carta de miss Pembroke. No se apresuró a abrirla porque tanto ella como todo lo que hiciera resultaba abrumador. Escribía como la Sibila; su rostro doliente se movía sobre las estrellas destrozando la armonía; la noche anterior la había visto con los ojos de Blake, una virgen viuda, alta, cubierta con un velo, consagrada, con las manos extendidas contra un viento eterno. ¿Por qué escribiría? Sus cartas no eran para personas como él; no había que leerlas en habitaciones como la suya.

«No vamos a marcharnos de Sawston —escribía—. He comprendido el egoísmo que supondría correr el riesgo de arruinar la carrera de Herbert. Me acostumbraré a cualquier sitio. Ahora que él se ha ido, nada de eso puede tener importancia. Todos han sido muy amables, pero eres tú quien más me ha consolado, aunque no fuera ésa tu intención. No sé cómo pudiste hacerlo ni cómo tuviste tanta penetración. Todavía pienso en ti como un chiquillo con una pierna lisiada —sé que me dejas decirlo— y, sin embargo, cuando llegó el momento sabías más que las personas que se han pasado toda la vida en contacto con el dolor y la muerte.»

Rickie quemó la carta, cosa que no tendría que haber hecho, porque era uno de los pocos tributos que miss Pembroke consagró jamás a la imaginación. Pero Rickie creyó que no le pertenecía: palabras tan sinceras deberían ser sólo para Gerald. El humo subió deprisa por la chimenea y él se permitió una visión. Vio cómo llegaba al aire exterior y tropezaba con las nubes más bajas. Las nubes eran demasiado densas; pero había una grieta por la que se veía una estrella, y a través de ella el humo escapó a la luz de innumerables astros. Luego... pero luego la visión desapareció y la voz de la ciencia susurró que todo el humo se queda en la tierra en forma de hollín y le causa problemas a Mrs. Aberdeen.

«Soy decididamente poco práctico —se dijo a sí mismo—. Y ¿qué sentido tiene soñar cuando las cosas reales son tan maravillosas? ¿Quién necesita visiones en un mundo en el que existen Agnes y Gerald?» Encendió la luz y abrió el cajón de la mesa. Allí, entre cucharas, corchos y pedazos de cuerda encontró un trozo de un cuento que había tratado de escribir el trimestre anterior. Se llamaba *La bahía de los Quince Islotes*, y la acción transcurría en la víspera de San Juan no lejos de la costa de Sicilia. Un grupo de turistas desembarca en una de las islas. De repente la tripulación se muestra intranquila, asegurando que aquella isla no suele estar allí. Es una isla de más y sería mejor que tomaran el té en una de las ordinarias. «¡Bah, es volcánica!», dice el turista más destacado, y las señoras opinan que es muy interesante. La isla empieza a mecerse y lo mismo sucede con las mentes de los visitantes. Estallan peleas y se pronuncian frases incoherentes. Aparecen dedos entre la arena: dedos negros de demonios marinos. La isla se ladea. Los turistas enloquecen. Pero antes de la catástrofe final un hombre, *integer vitae scelerisque parus*, se da cuenta de la verdad. No hay demonios allí. Otros músculos, otras mentes están arrastrando la isla hacia su hogar subterráneo. A través de la muralla de agua que avanza, no ve rostros horrendos, ni cadavéricas extremidades medievales, sino... ¡Qué tontería! Cuando las cosas reales son tan maravillosas, ¿qué sentido tiene inventar?

Rickie desvió, por tanto, su entusiasmo. Hasta entonces lo había consagrado a los dioses y a los héroes, a lo infinito y a lo imposible, a la virtud, a la belleza y a la fuerza. A partir de aquel momento, con luz más firme, sirvió para transfigurar a un hombre que estaba muerto y a una mujer que aún vivía.

VII

Al amor, dicen las personas ordenadas, se puede llegar por dos métodos: 1) por medio de los deseos; 2) por medio de la imaginación. Y si las personas ordenadas son ingleses, añaden que 1) es un método inferior y característico de los meridionales. Es inferior, ciertamente. Sin embargo, los que insisten en utilizarlo saben lo que quieren; no son un enigma para sí mismos ni ridículos para los demás; no se ponen las alas de la mañana y vuelan hasta las zonas más remotas del mar antes de entrar en el registro civil; no pueden producir una tragedia como la de Rickie.

Rickie es, por supuesto, absurdamente joven —aún no ha cumplido los veintiuno— y se habrá prometido a los veintitrés. No conoce el mundo; cree, por ejemplo, que si uno no quiere el dinero puede dárselo a amigos que lo necesitan. Cree en la humanidad porque conoce a una docena de buenas personas. Cree en las mujeres porque amó a su madre. Y sus amigos son tan jóvenes y tan ignorantes como él. Están llenos del licor de la vida. Pero no han probado la copa —llamémosla taza de té— de la experiencia que ha hecho a los hombres del tipo de Mr. Pembroke ser lo que son. ¡Oh, esa taza de té! Hay que tomarla para rezar, en la amistad, en el amor, hasta estar completamente sanos, hasta lograr la eficiencia, hasta convertirse en personas experimentadas y completamente inútiles para Dios o los hombres. Hay que beberla o morir. Tal es nuestro problema y nuestra salvación. Llega un momento —sólo Dios sabe cuándo— en el que podemos decir: «No voy a experimentar más. Crearé. Yo mismo seré una experiencia.» Pero para hacerlo tenemos que ser perspicaces y heroicos. Porque no es fácil, después de aceptar seis tazas de té, arrojar la séptima a la cara de la anfitriona. Y, de momento, a Rickie no se le ha presentado aún la ocasión.

Al terminar su tercer año, Ansell consiguió un sobresaliente en los exámenes de ética. Por ser becario conservó su alojamiento en el *college* y empezó inmediatamente a prepararse para ganar un puesto de profesor residente. Rickie obtuvo un valioso notable en la primera parte del examen clásico y se retiró a un lúgubre alojamiento en Mill Lane, llevando consigo el grado de Bachiller en Artes y una pequeña beca, que era realmente todo lo que se merecía. Para la segunda parte del examen estudió arqueología

griega y también obtuvo un notable. Todo esto quiere decir que Ansell era mucho más inteligente que Rickie. En cuanto a la vaca, todavía disfrutaba de buena salud, aunque se había hecho un poco más académica con el paso de los años.

—Estamos condenados a tener mentalidad estrecha —suspiró Rickie.

Él y sus amigos se hallaban tumbados en un prado durante el último trimestre. Era verano. Debido a su incurable amor por las flores, Rickie había trenzado dos guirnaldas de ranúnculos y primulas, y el enjuto rostro judío de Ansell estaba enmarcado por una de ellas.

—Cambridge es maravilloso, pero... es diminuto. No tenéis idea... por lo menos me parece que no tenéis ni idea... del desprecio con que el vasto mundo lo mira.

—Yo leo las cartas a los periódicos.

—No es un buen puesto de observación.

—¿Por qué?

—Cambridge no está en contacto con el mundo de hoy.

—¿Se pensó alguna vez que tenía que estarlo?

—Ya no satisface —dijo Rickie con tono más bien misterioso— ni a las profesiones, ni a los colegios privados, ni a la gran masa pensante de hombres y mujeres. Existe un sentimiento generalizado de que su época pasó ya y es lógico que uno se sienta bastante deprimido.

—¿Todavía escribes cuentos?

—¿Por qué?

—Porque tu inglés se ha deteriorado hasta extremos insospechados. Piensas y hablas en jerga periodística. Haz el favor de definir una gran masa pensante.

Rickie se incorporó y rectificó la posición de su corona de flores.

—Haz una estimación del valor de un sentimiento generalizado.

Silencio.

—Y en tercer lugar, ¿dónde está el vasto mundo?

—Oh, ¡eso...!

—Sí. Eso —exclamó Ansell, alzándose de donde estaba tumbado, poseído de gran excitación—. ¿Dónde está? ¿Qué hay que hacer para encontrarlo? ¿Cuánto tiempo se necesita para llegar allí? ¿Qué es lo que piensa? ¿Qué es lo que hace? ¿Qué es lo que quiere? Proporcióname muestras de su arte y de su literatura.

Silencio.

—Hasta que lo hagas, mis opiniones serán las siguientes: no existe en absoluto el vasto mundo; tan sólo una pequeña tierra, aislada para siempre del resto del pequeño sistema solar. La pequeña tierra está llena de diminutas sociedades, y Cambridge es una de ellas. Todas las sociedades son estrechas, pero algunas son buenas y otras son malas; de la misma forma que una casa es hermosa por dentro y otra es fea. Toma nota de la metáfora de las casas: volveré a utilizarla. Las buenas sociedades dicen: «Te digo que hagas esto porque yo soy Cambridge.» Las malas dicen: «Te digo que hagas esto porque yo soy el vasto mundo»; no por ser «Peckham» o «Billingsgate» o «Park Lane», sino «porque yo soy el vasto mundo». Mienten. Y tontos como tú las escuchan y creen que son algo que en realidad no existe ni ha existido nunca, y confunden «vasto», que no tiene el menor sentido, con «bueno», que significa salvación. Mira esta guirnalda: estará muerta mañana. Mira esta flor: volverá a florecer el año que viene. Pero volvamos a la otra metáfora. Comparar el mundo con Cambridge es como comparar el exterior de las casas con el interior de una sola casa. No se necesita el menor esfuerzo intelectual y no se consigue ningún resultado moral. Sólo hace falta decir: «¡Oh, qué diferencia! ¡Qué diferencia!», después volver a entrar en la casa y exhibir nuestros amplios horizontes mentales recién adquiridos.

—Nunca volveré a entrar en esa casa —dijo Rickie—. Eso es lo más importante.

Y su voz empezó a temblar.

—Eso está muy bien para los que consiguen ser profesores en residencia, pero dentro de unas semanas yo me habré ido. Y dentro de unos cuantos años será como si nunca hubiera estado aquí. Para mí tiene mucha importancia cómo sea el mundo. No sé responder a tus preguntas acerca de él; a ti eso te da lo mismo pero lo hace todavía peor para mí. Y además tú tienes una casa; no una casa metafórica, sino de verdad, con un padre y unas hermanas. Yo no la tengo ni la tendré nunca. No volverá a existir para mí un hogar como Cambridge. Tendré que ver sólo el exterior de las casas. Según tu metáfora, tendré que vivir en la calle, y es muy importante para mí saber lo que voy a encontrar allí.

—Encontrarás otro hogar, por supuesto —dijo Ansell, algo turbado—. Pero has de tener cuidado y elegir uno que merezca la pena. No entiendo por qué has de ir a la deriva igual que un trozo de alga. En cuatro años has echado tantas raíces como cualquier otro.

—¿Dónde?

—Diría que has tenido suerte con tus amigos.

—¡Oh, te refieres a eso!

Pero no estaba siendo cínico o quizá lo era de una manera muy afectuosa. Pensaba en la ironía de la amistad, que es tan fuerte y al mismo tiempo tan frágil. Corremos juntos como pajas en un remolino, para separarnos al llegar donde la corriente se ensancha. La naturaleza no sabe qué hacer con nosotros; organiza las cosas de manera diferente. Hijos respetuosos, esposos amantes, padres responsables: eso es lo que ella quiere, y si somos amigos hemos de serlo en nuestros ratos libres. Abraham y Sara sufrieron, pero su simiente creció como las arenas del mar y complica la política europea en estos momentos. Pero unos cuantos versos es todo lo que queda de David y Jonatán.

—Quisiera que nos etiquetaran —dijo Rickie.

Le hubiera gustado que toda la confianza y el conocimiento mutuo que crece en un sitio como Cambridge pudiera organizarse. La gente volvía al mundo diciendo: «Nos conocemos y nos queremos; no vamos a olvidarlo.» Pero lo olvidaban, porque el hombre está hecho de tal manera que no recuerda durante mucho tiempo si no tiene un símbolo; habría querido que existiera una sociedad, una especie de oficina de la amistad, donde pudiera celebrarse el matrimonio de las mentes sinceras.

—¿Para qué las etiquetas?

—Para poder reconocernos.

—Has aprovechado bien mis lecciones en pesimismo.

Ansell miró el reloj.

—¿Qué hora es?

—Aún no son las doce.

Rickie se levantó.

—¿Por qué te vas?

Extendió la mano y agarró un tobillo de Rickie.

—Tengo que comer con miss Pembroke; esa chica que según tú no existe.

—En ese caso, ¿para qué ir? Toda la semana has estado fingiendo que te esperaba miss Pembroke. Jueves: tomar el té con miss Pembroke. Ahora otra vez; y ni siquiera la invitaste.

—A venir a Cambridge, no. Pero el sujeto con el que están tiene tantos compromisos que ella y su amiga están libres con frecuencia, cosa que me

alegra. No creo haberlo mencionado nunca, pero hace más de dos años que el hombre con quien se iba a casar murió en un partido de fútbol. Ella quedó destrozada. Esta visita a Cambridge es casi su primera distracción desde entonces. Pero se van mañana. Podemos desayunar juntos tú y yo.

—De acuerdo.

—Pero te veré esta noche. Iré a oír tu trabajo sobre Schopenhauer. Ahora deja que me vaya.

—No te vayas —dijo Ansell perezosamente—. Es mucho mejor para ti que te quedes hablando conmigo.

—Déjame ir, Stewart.

—Es divertido que seas tan débil. Es así de sencillo; no puedes marcharte. Me gustaría tener ganas de tiranizarte.

Rickie se echó a reír, y de repente perdió el equilibrio cayendo sobre la hierba. Ansell, con más ganas de jugar que de costumbre, le retuvo prisionero. Yacieron así algunos minutos, hablando y bromeando. Después Rickie aprovechó una oportunidad y se escapó.

—¡Vete, vete! —bostezó el otro. Pero se sentía un tanto vejado, porque era un muchacho con gran capacidad para el placer, y le hubiera gustado pasar aquella mañana con su amigo. El que dos señoritas le estuvieran esperando para comer no le preocupaba; estúpidas mujeres, ¿por qué no hacerlas esperar? ¿Por qué tenían que interferir en las relaciones de quienes eran mejores que ellas? Con la oreja pegada al suelo escuchó alejarse a Rickie, y pensó: «Pierde muchísimo tiempo acudiendo a citas. ¿Por qué ha de ser tan amable con los tontos?» Y poco después: «¿Por qué estará tan preocupado? No es filósofo ni está tratando de resolver el enigma de la existencia. Y además tiene dinero.» Pensando así se quedó dormido.

Mientras tanto Rickie apresuraba el paso, y después reducía la velocidad hasta detenerse; a continuación volvía a correr. Tenía que estar en la Unión de los estudiantes al cabo de diez minutos, pero no conseguía llegar hasta allí. No se atrevía a ver a miss Pembroke: estaba enamorado de ella.

El demonio tenía que haberlo planeado. Todo empezó de la manera más gloriosa; Agnes había sido una diosa, tanto en la alegría como en el dolor. Todavía era una diosa. Pero Rickie había destronado al dios glorificado por él en otro tiempo. Despacio, muy despacio, la imagen de Gerald se había difuminado. Eso fue el primer paso. Rickie pensó: «No importa. Volverá a brillar de nuevo. Es una simple casualidad que todo el

esplendor radique ahora en Agnes.» Y en ella había fijado Rickie sus ojos. Pensaba en ella despierto. La recibía gustosamente en sus sueños. La encontraba en la poesía, en la música y en las puestas de sol. Ella le hizo cariñoso y fuerte. Le hizo inteligente. A través de ella mantenía a Cambridge en el lugar adecuado y vivía como un ciudadano del vasto mundo. Pero una noche soñó que Agnes yacía en sus brazos. Esto le disgustó. Decidió que tenía que pensar en Gerald. Después todo el edificio se vino abajo.

Era duro para Rickie tener que enfrentarse así con el demonio. No se lo merecía, porque era comparativamente una persona civilizada y sabía que no hay nada vergonzoso en el amor. Pero ¡amar a aquella mujer! ¡Si hubiera sido cualquier otra! Que alguien correspondiera a su amor era ya inimaginable, siendo él tan feo y tan poco atractivo. Pero su amor no hubiera sido tan vil. El insulto a miss Pembroke, la virgen que él mismo había consagrado; la virgen que todavía podía ver a Gerald y le vería siempre brillando en su trono eterno. Ese era el crimen que procedía del demonio, el crimen que ningún tipo de penitencia lograría jamás borrar. Agnes no sabía nada. No lo sabría nunca. Pero el crimen quedaba anotado en el cielo.

Rickie había tenido la tentación de confiarse con Ansell. Pero ¿con qué fin? Él diría: «Estoy enamorado de miss Pembroke», y Stewart respondería: «¡Qué tonto eres!» Y a continuación: «No se lo diré nunca.» «¡Qué tonto eres!», otra vez. En realidad no había que tomar ninguna decisión; Agnes nunca llegaría a enterarse de su caída. Si su amigo hubiera estado, como él lo expresaba, «etiquetado»; si hubiera sido un padre o, aún mejor, un hermano, se le podría hablar de aquella pasión vergonzosa. Pero ¿para qué irritarle sin motivo? Pensando «siempre estoy buscando comprensión; tengo que dominarme», Rickie se alejó a toda prisa hacia la Unión.

Encontró a sus invitadas a mitad de la escalera, leyendo los anuncios sobre vehículos para las vacaciones de verano. Le oyó decir a Mrs. Lewin:

—Me pregunto qué hará por fin.

Exagerando un poco, Rickie pidió perdón por su retraso como sin darle importancia.

—Siempre le pasa lo mismo —exclamó Agnes—. La última vez se olvidó por completo de que nos había invitado.

Agnes llevaba un vestido de muselina con un dibujo de flores: algo indescritiblemente líquido y fresco. A Rickie le recordó un poco los

rápidos torrentes, ni azules ni verdes, que nacen de los Dolomitas. Su rostro era luminoso y moreno como el rostro de un montañero; su cabello tan abundante que parecía amontonarse sobre sí mismo; y su diminuta toca, aunque armonizaba con el vestido, resultaba casi ridícula, sostenida por tanta gloria natural. Al moverse, la luz del sol se reflejaba en sus pendientes.

Rickie las condujo al comedor. Para entonces ya era consciente de sus limitaciones en cuanto huésped, y nunca trataba de agasajar a una dama en su cuarto. Además la Unión resultaba menos íntima. Tenía un vago sabor de club londinense; señalaba la mayor aproximación posible de un universitario al vasto mundo. Entre sus camareros y servilletas era posible sentirse impersonal y ocultar las emociones más íntimas. Rickie pensaba que si miss Pembroke averiguaba algo acerca de él se enteraría de todo. Durante esta visita no la había llevado a ningún sitio que a él le gustara especialmente.

—Siéntense, señoras. Empiecen a comer. Lo siento. Estaba cerca de Coton con un amigo muy pesado.

Mrs. Lewin se alzó el velo. Era una acompañante típica para aquel período del año escolar: siempre agradable, siempre hambrienta y siempre cansada. Año tras año venía a Cambridge con un ajustado vestido de seda, y año tras año estaba a punto de morir de calor. Le dolían los pies, se le agarrotaban los brazos y las piernas cuando montaba en una canoa y le danzaban puntos negros delante de los ojos por comer demasiada mayonesa. Pero seguía viniendo, si no como madre, en calidad de tía, y si no, como amiga. Seguía subiendo al tejado de King's, seguía contando las bolas de Clare, seguía estando a punto de enterarse de la organización de las carreras de mayo.

—Y ¿quién es su amigo? —preguntó.

—Se llama Ansell.

—Vamos a ver, ¿no le vi hace dos años haciendo de mujer de la limpieza en algo que presentaron en Foot Lights? ¡Cómo me reí!

—No pudiste ver a Mr. Ansell en Foot Lights —dijo Agnes sonriendo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rickie.

—No puedo imaginármelo haciendo algo tan frívolo.

—¿Te acuerdas de haberlo visto?

—Sólo un momento.

¡Qué memoria la suya! ¡Y qué maravillosamente se había comportado durante aquel momento!

—¿No es extraordinariamente inteligente?

—Eso creo.

—¡Me encantan las personas inteligentes! —exclamó Mrs. Lewin—. En el Hall son todos la amabilidad personificada, pero les aseguro que a veces me deprimó. No se puede estar hablando de remo todo el tiempo.

—No he oído hablar de él, Rickie; pero ¿no es en realidad tu mejor amigo?

—No soy partidario de los mejores amigos.

—¿Quieres decir que nos aprecias a todos igualmente?

—No: aprecio de manera diferente a todas las personas que me gustan.

—¡Ah! ¡La ha atrapado! —exclamó Mrs. Lewin—. Mr. Elliot se ha apuntado un buen tanto.

Agnes se echó a reír y, con los codos sobre la mesa, los miró a los dos por entre los dedos; era una costumbre suya. Después dijo:

—¿Podemos ver al gran Mr. Ansell?

—¡Cómo me gustaría! ¿O cree usted que me asustaré?

—Me parece que sí —dijo Rickie—. Es un tanto extraño.

—Mi querido Rickie, si tú supieras lo mortalmente aburrido que es Sawston: todo el mundo diciendo la frase oportuna en el momento adecuado. ¡Yo tan en mi lugar, Herbert tan en su lugar! ¡Vamos, la rareza es lo que más echo de menos! Por favor, trata de arreglarlo.

—Mucho me temo que no es posible. Ansell se va de excursión en bicicleta toda la tarde; ustedes ya están comprometidas en el Hall para esta noche y mañana se marchan.

—Queda el desayuno de mañana —dijo Agnes—. Escucha, ¿por qué no traes a Mr. Ansell a desayunar con nosotras en Buol's?

Mrs. Lewin apoyó la invitación.

—Mala suerte otra vez —dijo Rickie audazmente—; yo estoy ya comprometido para el desayuno. Informaré a Ansell de sus amables intenciones.

—Puede venir él solo —murmuró Agnes.

—No, querida, ¡me moriría de vergüenza! Olvídense del desayuno. Creo que esta noche nos invitará a desayunar ese joven tan tímido que tiene una habitación preciosa en Trinity.

—Muy bien. ¿Dónde vas a desayunar tú, Rickie?

Rickie vaciló.

—En el cuarto de Ansell, es...

Parecía como si estuviera haciendo una grave confesión. Se sentía tan cohibido que tuvo la impresión de que las dos mujeres cambiaban miradas significativas. ¿Había reconocido ya Agnes la parte de sí mismo que no le pertenecía? ¿Bastaría otro paso en falso para revelar la parte que sí le pertenecía? Les preguntó bruscamente qué querían hacer después de comer.

—Cualquier cosa —dijo Mrs. Lewin—. Lo que a usted se le ocurra.

¿Un paseo? ¿Una excursión en bote? ¿Ely? ¿Ir en coche? Fueron surgiendo objeciones a todas estas posibilidades.

—A decir verdad —dijo Mrs. Lewin finalmente—, me siento un poquitín cansada y se me ocurre que usted y Agnes me dejen aquí y no se molesten más. Me sentiré completamente feliz dormitando en uno de los maravillosos sillones del salón. Hagan ustedes lo que quieran y recójame luego.

—¡Qué lástima! El reglamento no lo permite —dijo Rickie—. La Unión no admite visitantes femeninos si no les acompaña alguien.

—Pero ¿quién se va a enterar de que estoy sola? Con tantos hombres en el salón, ¿cómo se puede saber que no estoy con alguno de ellos?

—Eso ofendería a Rickie —dijo Agnes, riendo—. Es una persona muy estricta.

—No, no lo soy —dijo Rickie, pensando en su comportamiento en el asunto del desayuno.

—Entonces ven a dar un paseo conmigo. Quiero hacer un poco de ejercicio. Un conocido nuestro fue rector de Madingley. Me gustaría ir hasta allí y ver la iglesia.

De manera que dejaron a Mrs. Lewin en la Unión.

—¡Qué agradable! —exclamó Agnes mientras avanzaba a lo largo de la deprimente carretera por la que se sale de Cambridge, más allá del observatorio—. ¿Voy demasiado deprisa?

—No, gracias. Me siento más fuerte cada año que pasa. Si no fuera por el aspecto de mi pie sería completamente feliz.

—Pero a ti eso no te importa. Estoy segura de que sólo le importa a la gente ignorante.

—No sé. A mí sí me importa. Me gustan las personas que están bien hechas y son hermosas. Sirven de algo en el mundo. Entiendo por qué están aquí. Pero no entiendo la existencia de los feos y los lisiados, por muy

saludables que se sientan interiormente. ¿No te has dado cuenta de cómo Turner estropea sus cuadros introduciendo a un hombre en primer término? En la vida real, hombres con todavía peor aspecto estropean todos los paisajes.

—Suenas como un balón deshinchado.

Ambos rieron. Agnes siempre le hacía volver así al mundo real: con un soplo de aire de montaña lleno de humor. En aquel instante —las asociaciones que provocaba en él eran muy variadas— le recordaba a una heroína de Meredith; pero una heroína al final del libro. Todo estaba escrito. Había representado su grandioso papel y sabía que había terminado. Sólo él, Rickie, no estaba contento, y todos los días escribía para ella una imposible y trivial continuación.

La última vez habían hablado de Gerald. Pero esto fue seis meses antes, cuando todo resultaba más fácil. Hoy Gerald era una nube muy tenue. Afortunadamente la conversación se orientó hacia Mr. Pembroke y la educación. ¿Era mucho lo que perdían las mujeres por no saber griego?

—Un montón —fue la categórica respuesta de Rickie.

Pero ¿y las lenguas modernas? Después hablaron de Alemania, que Ansell y él habían visitado durante las últimas vacaciones de Pascua; y luego del emperador de Alemania y de la baraúnda que organizaba; y de él al rey de Inglaterra (todavía príncipe de Gales), que había vivido allí mismo, en Madingley Hall, cuando estaba en la Universidad. Y todo el tiempo Rickie pensaba: «Es duro para ella que la quieran.»

Contemplaron el Hall y entraron en la pequeña iglesia. Algunos grabados de Arundel colgaban de los pilares y Agnes opinó que los cuadros en el interior de un recinto sagrado no estaban bien. Rickie no se mostró de acuerdo. Dijo otra vez que nada que fuera bello estaba de más.

—La belleza te tiene sorbido el seso —susurró Agnes todavía dentro de la iglesia—. Apresúrate a escribir algo.

—¿Algo hermoso?

—Estoy convencida de que puedes. Voy a catequizarte durante todo el camino de vuelta. Ten cuidado y no desperdicies la vida.

Siguieron la conversación en el exterior.

—El problema es que he llegado a odiar lo que escribo. A casi todo el mundo le pasa lo mismo, pero no tan pronto. Lo que escribo es demasiado estúpido. No es posible que suceda. Por ejemplo, un hombre vulgar y sin imaginación se promete con una chica encantadora. Él quiere vivir en la

ciudad, pero a ella sólo le interesan los bosques. La chica le desconcierta de diferentes maneras, pero gradualmente él la domestica y hace de ella una persona casi tan aburrida como él. Un día la chica estalla por última vez, con motivo de unos pretenciosos regalos de boda, y salta por la ventana del salón gritando: «¡Libertad y verdad!» Cerca de la casa hay un vallecito lleno de abetos y se refugia en él. Su prometido llega en seguida. Pero la chica ya no está.

—¿Qué interesante! ¿Dónde se ha ido?

—Pero ¡si es una dríade! —exclamó Rickie muy disgustado—. Se ha convertido en árbol.

—Es muy bueno, Rickie. Ese tipo de cosas tiene un no sé qué. Por supuesto todo eso te viene del griego y el latín. Me imagino el disgusto del hombre al ver que la chica se transforma.

—No la ve. No se lo imagina nunca. Un hombre así nunca podría ver a una dríade.

—Entonces lo que haces es describir cómo se transforma justo antes de que él aparezca.

—No. De hecho no llego nunca a decir que se transforme. No uso ni una vez la palabra «dríade».

—Creo que tendrías que explicar esa parte con toda claridad. De otra manera, tratándose de una historia tan original, la gente no entenderá lo más importante. ¿Has tratado de publicarla?

—¿En revistas? No lo he intentado siquiera. Sé lo poco que vale. Hace uno o dos años tuve la gran idea de ponerme en contacto con la naturaleza, como los griegos estaban en contacto con ella; y viendo que Inglaterra es tan hermosa, imaginaba que sus árboles y sus sotos y los campos que se llenaban de perejil en el verano estaban vivos. Resulta bastante divertido ahora, pero no lo era entonces, porque llegué a encontrarme en un estado tal que creía, realmente creía, que los faunos vivían en cierto bosquecillo cerca de Gog Magogs, y una noche di un rodeo de más de una milla para no pasar por allí.

—¡Válgame el cielo!

Agnes le puso una mano en el hombro. Él cruzó al otro lado de la carretera.

—Ya es cosa pasada. He cambiado esas locuras por otras. Pero mientras estaba con ellas empecé a escribir y sigo escribiendo incluso ahora, aunque ya sé mejor a qué atenerme. Tengo un montón de

cuentecillos, todos insistiendo en esa idea ridícula de ponerse en contacto con la naturaleza.

—Quisiera que no fueras tan modesto. Es una idea sencillamente espléndida. Aunque... pero cuéntame más cosas sobre esa dríade que iba a casarse. ¿Cómo era?

—Puedo enseñarte el vallecito donde la joven desapareció. Pasaremos junto a él dentro de un momento.

—Da mucha pena que no saques algo en limpio de tu talento. Me parece un despilfarro escribir cuentos y no publicarlos nunca. Debes de tener bastantes para un libro. Llevamos una vida tan intensa en nuestros días que las historias breves son lo más indicado; llegan a leerlas personas que nunca se enfrentarían con una novela. Por ejemplo, en nuestro club tratamos de leer una obra muy larga de Henry James; Herbert vio que la recomendaban en *The Times*. No hay duda de que era muy buena, pero lo cierto es que de una semana para otra nadie se acordaba del argumento. Así que ahora queremos conseguir algo que dure exactamente una hora. Te estoy tomando en serio, Rickie, y por eso te critico. Eres demasiado modesto. Las personas convencidas de que no pueden hacer nada, no hacen nada en la mayoría de los casos. Quiero que te lances de verdad.

A Rickie estas palabras le sacudieron como el clamor de una trompeta. Agnes le tomaba en serio. ¿Qué podía hacer excepto darle las gracias por su divina afabilidad? Pero las palabras se le atravesaban en la garganta o, peor aún, hacían aflorar otras palabras. Su respiración se aceleró, porque muy raras veces hablaba de lo que escribía y nadie, ni tan siquiera Ansell, le había aconsejado lanzarse a fondo.

—¿Crees seriamente que podría dedicarme a la literatura?

—¿Por qué no? Puedes intentarlo. Puedes intentarlo, aunque fracasas. Estamos convencidos de que eres muy inteligente; conocí a uno de tus profesores tomando el té y dijo que tus notas no reflejaban en absoluto tu talento: dijo que te atolondrabas y te ponías nervioso en los exámenes. ¡Oh! —sus mejillas enrojecieron—, quisiera ser hombre. Los hombres tienen todas las posibilidades. Pueden hacer lo que quieren. No están encerrados en un mundo de criados, invitaciones para tomar el té y charloteo intrascendente. ¿Dónde está ese vallecito en el que desapareció la dríade?

—Lo hemos pasado.

Lo había hecho intencionadamente. Era demasiado hermoso. Todo lo que Rickie había leído, todo lo que había esperado, todo lo que había amado

parecía vibrar en su aire mágico. Era peligroso. No se atrevía a entrar en él con una mujer así.

—¿Hace mucho?

Agnes se dio la vuelta.

—No quiero perderme el vallecito. Debe de estar aquí —añadió al cabo de un momento; y empezó a trepar por el verde terraplén que ocultaba la entrada desde la carretera—. ¡Qué sitio tan agradable!

—Entra si quieres verlo —dijo Rickie, sin ofrecerse a ir con ella. Agnes se quedó allí un momento contemplando la vista, porque cualquier pequeña altura amplía mucho el paisaje en Cambridgeshire. El viento ceñía el vestido contra su figura. Después, semejante otra vez a un torrente, se perdió, pura y fría, en el vallecito.

El muchacho dejó de pensar en los sentimientos de Agnes. Su corazón palpitaba cada vez con más fuerza, como si fuera a rompersele.

—¡Rickie!

Le llamaba desde el vallecito. Como respuesta se sentó donde estaba, en la cuneta cubierta de polvo. Podía llamarle tan fuerte como quisiera. El diablo había hecho ya mucho pero no conseguiría llevarle hasta ella.

—¡Rickie! —su nombre llegó hasta él como si lo pronunciara un ángel. Se tapó los oídos con las manos e invocó el nombre de Gerald. Pero no había ningún movimiento hostil en el aire ni la sospecha de una neblina de enero. Junio: campos de junio, cielos de junio, canciones de junio. Hierba de junio debajo de él, hierba de junio sobre la tragedia que había imaginado inmortal. Un pájaro llamó desde el valle:

—¡Rickie!

Un pájaro voló hacia el valle.

—¿Pensaste que era la dríade? —le preguntó ella.

Agnes estaba sentada con la cabeza de Rickie sobre el regazo. Él la había colocado allí un instante, antes de alejarse para morir, pero ella no le había dejado retirarla.

—Recé para que no fueras una mujer —susurró él.

—Querido, te aseguro que soy una mujer. Yo no me desvanezco entre bosques y árboles. Creí que no vendrías nunca.

—¿Te lo figurabas?

—Esperaba. Te llamé esperando.

Dentro del valle no era junio ni enero. Las paredes de greda cerraban el paso a las estaciones y los abetos no parecían darse cuenta de su existencia. Sólo de cuando en cuando los aromas del verano se introducían desde el bosque de más arriba, para hacer comentarios sobre el año que pasaba. Ella se inclinó para rozarle los labios.

Él se sobresaltó y gritó apasionadamente:

—Nunca olvides que lo más grande que has tenido terminó ya. Yo lo he olvidado: soy demasiado débil. Tú no debes olvidarlo nunca. Lo que te dije entonces es más grande de lo que te digo ahora. Lo que él te dio es más grande que cualquier cosa que yo pueda darte.

Agnes se asustó. Tuvo otra vez la sensación de algo anormal. Después dijo:

—¿Qué tonterías estás diciendo? —y le apretó entre sus brazos.

OceanofPDF.com

VIII

Ansell se quedó mirando la mesa del desayuno, que estaba preparada para cuatro en lugar de dos. La señora de la limpieza, también malhumorada, le explicó cómo había sucedido. La noche anterior, a la una, habían despertado al portero dándole una nota para la cocina, y en esa nota Mr. Elliot decía que llevaran todo aquello al cuarto de Mr. Ansell.

—Los muy tontos han mandado también el desayuno que estaba pedido de antes: lenguado al limón para dos. No me puedo mover con tanta comida.

—Como la nota era ambigua, la cocina ha considerado mejor enviar todo.

La señora de la limpieza hablaba de la cocina en tono mitad respetuoso, mitad compasivo; muy parecido al que se utiliza para hablar del parlamento.

—¿Quién va a pagar todo esto?

Ansell echó una ojeada a los nuevos platos. Riñones enterrados en una tortilla, pollo asado caliente con una salsa demasiado clara y una pálida tarta recubierta de azúcar glaseada.

—¿Y quién tiene que fregar después? —dijo la señora de la limpieza a su ayudante, fuera de la habitación.

Ansell había discutido a Schopenhauer hasta muy tarde la noche anterior y estaba cansado y un poco malhumorado. Se acercó a la habitación de Tilliard, que vivía al lado. Tilliard estaba comiendo mermelada de grosella.

—¿Te invitó Elliot a desayunar conmigo?

—No —dijo Tilliard apaciblemente.

—Bueno, será mejor que vengas y traigas a todos tus conocidos.

Tilliard se presentó un poco mejor vestido que de costumbre porque la amistad que le unía con su vecino no era muy íntima. Llamaron a Widdrington por la ventana, pero Widdrington se colocó las manos sobre el estómago, indicando que era demasiado tarde.

—¿Quién va a pagar todo esto? —repitió Ansell cuando apareció un empleado de la Despensa llevando una cafetera sobre una brillante bandeja de estaño.

—¡Café del *college*! ¡No está nada mal! —hizo notar Tilliard, mientras cortaba la tarta—. Por cierto, antes de que termine el trimestre tienes que venir y probar mi nueva cafetera. Me la ha regalado mi hermana. Tiene una bombilla en lo alto y cuando el agua hierve...

—Puede que no le apeteciera el lenguado al limón. Muy propio de Rickie. Hace las economías más desenfrenadas, luego pierde la cabeza y la comida se echa a perder.

—Dáselo a la señora de la limpieza mientras está aún caliente.

La sugerencia fue puesta en práctica acto seguido. Ella lo aceptó muy fríamente, con el aspecto de alguien que vive sin alimentarse. Tilliard siguió describiendo la cafetera de su hermana.

—¿Qué es eso?

Se oía un jadear y un ruido de faldas en la escalera.

—Suenan como si se tratara de una señora —dijo Tilliard asustado. Volvió a poner el trozo de tarta en la bandeja y quedó en posición como un ladrillo.

—¿Es aquí? ¿No me equivoco? ¿Es aquí?

La puerta se abrió para dar entrada a Mrs. Lewin.

—¡Horror! ¡Me he equivocado!

—No se ha equivocado —dijo Ansell violentándose.

—Busco a Mr. Elliot. ¿Dónde está?

—Estamos esperando a Mr. Elliot en cualquier momento —dijo Tilliard.

—No me diga que he acertado —exclamó Mrs. Lewin—, y que usted es el terrible Mr. Ansell.

Y, con evidente satisfacción, apretó calurosamente la mano de Tilliard.

—Ansell soy yo —dijo Ansell, con aire grosero y malhumorado.

—¡Qué tonta! Tendría que haberme dado cuenta —exclamó Mrs. Lewin con voz entrecortada; hubiera seguido diciendo Dios sabe qué de no abrirse otra vez la puerta. Era Rickie.

—Vengo con miss Pembroke —dijo—. Voy a casarme con ella.

A continuación hubo un largo silencio.

—No debíamos haber hecho las cosas así —dijo Agnes volviéndose hacia Mrs. Lewin—. No tenemos derecho a presentarnos ante Mr. Ansell por sorpresa. Rickie tiene la culpa. Fue él quien se obstinó. Se empeñó en traernos. Habría que azotarle.

—Habría que hacerlo, sin duda —dijo Tilliard, desapareciendo inmediatamente. Sólo después de haber llegado a su habitación se dio cuenta de que había estado menos acertado que de costumbre. En cuanto a Ansell, lo primero que dijo fue:

—¿Por qué no suprimiste el lenguado al limón?

En situaciones como aquella, Mrs. Lewin resultaba de inapreciable valor. Se dirigió inmediatamente hacia la mesa haciendo notar:

—Estoy completamente de acuerdo con miss Pembroke. Odio las sorpresas. Nunca olvidaré el día que el pinche pintó la jaula de la paloma con la paloma dentro. Quería darnos una sorpresa. La pobre Parsival casi se murió. ¡Imaginen una paloma con plumas de color verde brillante!

—Bueno, dame el lenguado al limón —dijo Rickie—. A mí me gusta.

—Se lo ha llevado la señora de la limpieza.

—¡Entonces ya no existe el problema! ¿Qué razón hay para estar de mal humor?

—Y mientras se secaba la jaula la pusimos con las gallinas enanas. Habían sido uña y carne. Pero imagino que la tomaron por un loro o un halcón o algún otro pájaro al que las gallinas odian; porque mientras se secaba la jaula, empezaron a arrancarle las plumas y a arrancarle las plumas y siguieron arrancándoselas hasta que se quedó completamente calva. «Mira, Hugo» dije, «este es el fin de Parsival. No vuelvas a darme otra sorpresa». Se echó a llorar.

Así creaba Mrs. Lewin un ambiente. Al principio no parecía real pero gradualmente se fueron acostumbrando y nadie dijo apenas nada más durante el desayuno. En aquella atmósfera todo parecía tener muy poco valor, y el noviazgo de Rickie y Agnes, como las plumas de Parsival, iba cayendo blandamente al suelo. Ansell permaneció silencioso en general. No podía competir con aquellas dos mujeres tranquilas e inteligentes. Sólo una vez surgió una dificultad.

Habían estado hablando alegremente del noviazgo cuando Ansell les interrumpió bruscamente con:

—¿Cuándo es la boda?

—Mr. Ansell —dijo Agnes, ruborizándose—. Preferiría que no lo hubiera preguntado. Es un asunto terrible. Tendrán que pasar años, según nuestros cálculos.

Pero Rickie no había llegado tan lejos. No habían hablado de esto en absoluto. La noche anterior su tema único fue el amor. Exclamó:

—Oh, Agnes, ¿no puede ser!

Mrs. Lewin rio pícaramente.

—¿Por qué tanto retraso? —preguntó Ansell.

Agnes miró a Rickie, quien replicó:

—Tengo que ganar dinero, desgraciadamente.

—Creía que ya tenías dinero.

Rickie dudó y después dijo:

—Tengo que situarme.

Ansell empezó con «¿Dónde?», pero Mrs. Lewin, haciendo uso de uno de los privilegios de su sexo, exclamó:

—No se diga una palabra más. Si hay algo que abomino, son los planes. La cabeza empieza a darme vueltas inmediatamente.

Lo que abominaba realmente eran las preguntas, y se daba cuenta de que Ansell estaba poniéndose serio. Para apaciguarle, adoptó su actitud inteligente y le preguntó sobre Alemania. ¿Qué impresión le había causado? ¿Éramos tan totalmente incapaces de repeler una invasión? ¿No se sobrestima la erudición alemana? Ansell contestó descortésmente, pero contestó; y si Mrs. Lewin hubiera podido conseguir que dejara de pensar, su triunfo habría sido completo.

Cuando se levantaron para irse, Agnes retuvo un momento la mano de Ansell en la suya.

—Hasta la vista —dijo—. Ha sido un tanto extraño que viniéramos como lo hemos hecho, pero creo que ninguno de nosotros es una persona convencional.

Él sólo replicó:

—Hasta la vista.

Las señoras salieron. Rickie se rezagó un poco para susurrar:

—Fue idea mía. Quería que empezaraís otra vez a cero. Todavía no puedo hablar —llevo años enamorado de ella— y no consigo entender por qué lo ha hecho. Voy a escribir cuentos. Empezaré esta tarde. Ella cree que debe haber algo en mí.

En cuanto se marchó, Tilliard entró precipitadamente, pálido de preocupación y exclamando:

—¿Te diste cuenta de mi terrible *faux pas* sobre el látigo? ¿Qué puedo hacer? Tengo que ver a Elliot. ¿O será mejor que le escriba?

—A miss Pembroke no le importará —dijo Ansell gravemente—. No es nada convencional.

Se arrodilló en un sillón y escondió la cara en el respaldo.

—Ha sido como una bomba.

—De eso se trataba.

—Me siento completamente estúpido. ¿Qué pensará ella?

—No te preocupes. No te has portado tan tontamente como yo.

Después de todo, le has dicho que había que dar de latigazos a Rickie.

Tilliard tarareó una melodía. Odiaba todo lo que fuera malévolos y descubría malevolencia en Ansell.

—¿Qué le dijiste *tú*? —preguntó.

—Nada.

—¿Qué piensas de todo ello?

—Pienso que malditas mujeres.

—Es verdad. Es muy molesto que los amigos se casen. Hace que uno se sienta muy viejo: creo que ésa es una de las razones. El hermano que viene antes de mí se ha casado hace muy poco y a mi hermana le afectó muchísimo aunque era una cosa muy conveniente desde todos los puntos de vista.

—Malditas *esas* mujeres, entonces —dijo Ansell, rebotando contra el sillón—. Malditas esas particulares mujeres.

—Parecían señoras y hablaban como señoras.

—Precisamente. Su diplomacia era muy de señoras. Sus mentiras también. Han capturado a Elliot de la manera más elegante que pueda imaginarse. Me di cuenta durante los pocos instantes en que nos comportamos con naturalidad. Casi no hicimos otra cosa que charlotear con la casada que, tonto de mí, me pareció estúpida. Pero durante unos instantes hablamos normalmente, y en ese tiempo miss Pembroke dijo una mentira e hizo creer a Rickie que era verdad.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Dijo «nuestros cálculos» en lugar de «mis cálculos».

Tilliard se echó a reír. Aquel joven filósofo avinagrado, con sus retorcidas opiniones sobre la vida, era demasiado para él.

—Dijo «nuestros cálculos» —repitió Ansell— en lugar de «mis cálculos» y le hizo creer a Rickie que era verdad. Ella le cazó y le hace creer que él la cazó a ella. Viene a verme a mí y le hace creer que es idea suya. Eso es lo que quiero decir cuando afirmo que es una señora.

—Me resultas demasiado sutil. Mis pobres ojos no vieron más que dos personas felices.

—No he dicho que no lo fuesen.

—En ese caso, mi querido Ansell, ¿por qué estás tan enojado? Es bien desagradable que un amigo se case, y estoy de acuerdo en que es demasiado joven, pero diría que es lo mejor para él. Una buena mujer, y no has probado nada en contra de ella, se encargará de mantenerle en forma y evitará que se descuide. Le hará más responsable y varonil, porque aunque quiero mucho a Rickie, siempre me ha parecido un poco afeminado. Y a decir verdad —su voz se hizo más cortante, porque le irritaba el engreimiento de Ansell—, a decir verdad, hablas como si estuvieras mezclado en este asunto. Vienen a hacerte una visita de cortesía y tú no ves otra cosa que oscuras maquinaciones y declaraciones de guerra.

—¡Guerra! —exclamó Ansell golpeándose los puños—. ¡Pues guerra será!

—¡Qué cantidad de tonterías! —dijo Tilliard—. ¿Por qué no pueden prometerse un hombre y una mujer? Mi querido amigo, perdona que hable así, ¿qué tiene todo esto que ver con nosotros? Somos amigos suyos y espero que lo seamos siempre, pero no conservaremos su amistad luchando. Estamos condenados a pasar a un segundo término. Primero la mujer, los amigos detrás. Puede molestarte el orden, pero es algo querido por la naturaleza.

—Lo importante no es lo que ha sido ordenado por la naturaleza o cualquier otra estúpida fuerza, sino lo que está bien.

—Eres demasiado poco práctico —dijo Tilliard, dándose la vuelta—. Y déjame recordarte que te has quedado sin argumentos al reconocer que son felices.

—Ella es feliz porque ha conquistado; él es feliz porque al fin ha colgado toda la belleza del mundo en una sola escarpia. Siempre estaba tratando de hacerlo. Solía llamar a la escarpia humanidad. ¿Va a durar esa felicidad? La de él, no. La de ella muy poco tiempo. Lucho contra esa mujer no sólo porque ella lucha contra mí, sino porque presiento la más atroz de las catástrofes. Quiere a Rickie en parte para reemplazar a otro hombre que perdió hace dos años y en parte para convertirlo en alguien. Tiene que escribir. Ella acabará por cansarse de eso. Rickie no llegará a ser famoso. Ella verá sólo lo delgado que es y lo lisiado que está. Suspirará por un marido más agradable, y no se lo reprocho. Y después de hacerle sentirse completamente miserable y de haberlo degradado, lo abandonará... si puede hacerlo como una dama.

Tales eran las opiniones de Stewart Ansell.

OceanofPDF.com

IX

Siete cartas escritas en junio.

Cambridge

Querido Rickie:

Prefiero escribir y te imaginarás qué clase de carta es ésta al decirte que la he pasado a limpio: he estado haciendo borradores toda la mañana. Cuando hablo me enfado y a veces trato también de mostrarme inteligente: dos razones que explican por qué casi nunca consigo que se me preste atención. Esta carta es un llamamiento a la prudencia. Si logra que rompas tu compromiso, habrá conseguido su propósito. Eres una persona que no debe casarse. No eres apto corporalmente: eso ya lo hablamos en otra ocasión. Tampoco eres apto espiritualmente: quieres y necesitas amar a mucha gente, y una persona de esa especie no debería casarse. «Nunca has pertenecido a esa secta» de los que aman sólo a una persona; si tratas de incorporarte a ella hallarás únicamente destrucción. He leído en libros —no puedo permitirme el lujo de despreciar los libros, porque no tengo otro sistema de orientación— que los hombres y las mujeres desean cosas diferentes. El hombre quiere amar a la humanidad; la mujer quiere amar a un hombre. Cuando lo consigue sus esfuerzos han terminado. La mujer es emisaria de la naturaleza, y se cumple así el mandato de la naturaleza. Pero al hombre no le interesa nada la naturaleza; o le interesa muy poco. Le atraen otras cien cosas y cuanto más civilizado sea más le interesarán esas otras cien cosas. Y además de mujer e hijos, exigirá también amigos, trabajo y libertad espiritual.

Creo que tú eres una persona extraordinariamente civilizada.

Tuyo siempre,
S.A.

Shelthorpe, 9 Sawston Park Road,
Sawston.

Querido Ansell:

Pero estoy enamorado; un detalle que olvidaste. No estoy en condiciones de escuchar más *ensayos filosóficos*. La pobre Agnes es quizá una «emisaria de la naturaleza», pero leerlo sólo sirve para hacerme sonreír. Quizá yo sea una persona extraordinariamente civilizada, pero no lo siento así; estoy enamorado, he encontrado una mujer que me ama y tengo intención de no perderme las otras cien cosas. Ella quiere que no las deje: amigos, trabajo, libertad espiritual y todo lo demás. A ti y a tus libros se os escapa esto porque tus libros son demasiado plácidos. Lee poesía: no sólo a Shelley. Entiende a Beatriz, a Clara Middleton y a Brunilda en la primera escena del *Ocaso de los dioses*. Entiende a Goethe cuando dice que «el eterno femenino nos guía» y no escribas otro ensayo filosófico.

Siempre tuyo con mucho cariño
R.E.

Cambridge

Querido Rickie:

¿Qué quieres que diga? «¿Entiende a Xantipa, a Mrs. Bennett y a Elsa en la escena de las preguntas en *Lohengrin*?» «¿Entiende a Eurípides cuando dice que el eterno femenino nos hace bailar a su compás?» No voy a decir nada parecido. Las alusiones en este ensayo filosófico serán muy concretas. Mis objeciones personales a miss Pembroke son las siguientes:

- (1) No es seria.
- (2) No es sincera.

Shelthorpe, 9 Sawston Park Road,
Sawston.

Mi querido Stewart:

No podías saberlo. Yo tampoco me daba cuenta. Pero tu carta es la cosa más maravillosa que me ha sucedido nunca: más maravillosa (no exagero) que el momento en que Agnes prometió casarse conmigo. Siempre he sabido que me querías, pero no sabía cuánto hasta recibir esta carta. Creo que hasta ahora nos hemos parecido demasiado a los grandes héroes de los libros que sienten tanto y dicen tan poco, y sienten aún más por decir tan poco. Ahora eso se ha terminado y nunca volveremos a hacer el tonto de esa manera. Hemos dado —de manera accidental— con algo permanente. Me has escrito: «Odio a la mujer que será tu esposa», y yo te contesto: «Ódiala. ¿No soy yo capaz de amaros a los dos?» Ella nunca se interpondrá entre nosotros, Stewart (tampoco querrá hacerlo, pero eso no hace falta decirlo), porque nuestra amistad está más allá de cualquier intromisión. Ninguna tercera persona puede romperla. Ni siquiera nosotros mismos, me parece. Podemos pelearnos y discutir hasta que uno de los dos se muera, pero nuestra amistad está sellada. Sólo desearía que pudieras ser más feliz. Para mí es como si alguien hubiera encendido una luz detrás del mundo.

Cambridge
R.E.

Shelthorpe, 9 Sawston Park Road,
Sawston.

Querida Mrs. Lewin:

El tiempo pasa volando, pero estoy llegando a conocer a mi maravilloso muchacho. Hablamos mucho sobre su trabajo. Acaba de terminar un cuento muy curioso llamado «Nemi», sobre un barco romano que está hundido en un lago. No sé cómo puede describir las cosas sin haberlas visto nunca antes. Si, como espero, consigue ir a Italia el año próximo, podrá escribir algo realmente bueno. Mientras tanto estamos a la caza de un editor. Herbert cree que no es fácil que se publique una colección de cuentos. Parece que, después de todo, es mejor escribir algo de mayor envergadura.

Pero no debe usted creer que hablamos sólo de libros. ¡Nuestras conversaciones sobre otros temas no se pueden repetir tan fácilmente! ¡Oh,

Mrs. Lewin, Rickie es encantador y ahora que le tenemos en Sawston, más que nunca! Herbert, discretamente, se ha estado informando sobre sus amigos de Cambridge. No hay nada contra ellos, tan sólo que parecen ser terriblemente escépticos. No son buenos deportistas y pasan el tiempo pensando y discutiendo. Discuten las cosas que no saben, las que no se sabrán nunca y las que valdría más no saber. Herbert dice que lo hacen por pura desocupación.

Su siempre agradecida amiga, con mucho cariño,

Agnes Pembroke

Shelthorpe, 9 Sawston Park Road,
Sawston.

Querido Mr. Silt:

Muchas gracias por su felicitación, que he transmitido a Rickie, quien se ha alegrado mucho. ⁵ Siento que le llegara el rumor de que yo estaba disgustado. Me agrada todo lo que suponga una promesa de felicidad para mi hermana, y conozco a su primo desde hace casi tanto tiempo como usted. Será un noviazgo muy largo porque Rickie tiene que abrirse camino primero. Nuestro querido muchacho no está en una situación económica tan desahogada como él suponía; al carecer de gustos y gastar muy poco solía hablar de sí mismo como si fuera millonario. Pero tiene que doblar sus ingresos antes de poder soñar con establecer unos lazos más íntimos. Ha sido un trago muy amargo, pero me alegro de poder decir que ambos lo han aceptado con valentía.

Espero que usted y Mrs. Silt disfruten cumplidamente de su semana de estancia en Margate.

Sinceramente suyo,
Herbert Pembroke

Cadover, Wiltshire.

Miss Pembroke:

Querida
Agnes:

Me entero de que te vas a casar con mi sobrino. No tengo ninguna idea de cómo es, y me pregunto si querrás traerlo para que lo descubra. ¿No es septiembre un mes muy agradable? Quizá tengáis que ir a Stone Henge, pero a excepción de eso se os dejará tranquilos. Me gustaría mucho que pudierais arreglar las cosas para venir. Nos vimos una vez en casa de Mrs. Lewin y me acuerdo muy bien de ti.

Créeme sinceramente tuya,
Emily Failing.

OceanofPDF.com

La lluvia se inclinó un poco hacia el noreste. En general caía plácidamente de una nube gris, pero de cuando en cuando se levantaba el viento, y un como susurro recorría el campo mientras las gotas azotaban las paredes, los árboles, los pastores y otros objetos inmóviles que se interponían en su sesgada carrera. A veces la nube descendía y llegaba visiblemente a abrazar la tierra, a la que sólo había enviado mensajes; y la misma tierra enviaba al cielo nubes —nubes de una raza más blanca— que se formaban en los valles poco hondos y seguían el curso de los ríos. Parecía el principio de la vida. Dios decía otra vez: «¿Hemos de separar las aguas de la tierra, o no? ¿No era suficiente el trabajo y la gloria del firmamento?» En cualquier caso era el principio de la vida pastoril, y más allá la imaginación es incapaz de viajar.

Sin embargo personas complicadas se estaban mojando: no sólo los pastores. Por ejemplo, el afinador de pianos estaba empapado. Lo mismo le pasaba a la mujer del vicario. Y al teniente y a las tímidas damiselas en su coche Battleston. La galantería, la caridad y el arte proseguían sus diferentes misiones, sudando y embarrándose, mientras en las laderas que quedaban tras ellos se alzaba el hombre eterno y el eterno perro, guardando las eternas ovejas hasta que el mundo se haga vegetariano.

Debajo de una pérgola —orientada al este y evitando por tanto el mal tiempo— permanecía sentada una persona complicada que estaba seca. Contemplaba el empapado mundo con expresión de complacencia, y sonreía cuando una nube se tumbaba sobre el pueblo, o cuando la lluvia susurraba con más fuerza de la habitual contra su sólido refugio. En una mesa delante de ella había tinta, papel de tamaño folio y presillas; también estaban a su alcance un paraguas, un impermeable, un bastón y un timbre eléctrico. Era una persona de edad aunque no anciana y las arrugas de su frente le daban una leve pero constante expresión de dolor. Las líneas alrededor de su boca indicaban en cambio que había reído mucho y la piel tersa y sin manchas alrededor de los ojos indicaba quizá que no había llorado con frecuencia. Estaba vestida de seda marrón. Un chal del mismo tejido cubría su hermoso pelo de una manera muy favorecedora.

Después de pensarlo mucho escribió en el papel que tenía enfrente; «El objeto de esta memoria vio la luz por vez primera en Wolverhampton, el 14 de mayo de 1842.» Dejó la pluma y exclamó; «¡Uf!» Un petirrojo entró en la pérgola y fue bienvenido. Le siguió un gorrión y la señora golpeó el suelo con el pie. Contempló una considerable cantidad de agua blanquecina que se deslizaba como una serpiente por la cuneta del sendero de grava. Acababa de aparecer. Debía venir de un hoyo en las gredas de detrás. La tierra no era capaz de absorber más. La señora no pensó en todo esto, porque odiaba cualquier pregunta relacionada con el cuándo y el dónde; y los métodos de la tierra («nuestra insufrible madrastra») la aburrían soberanamente. Pero el agua, la serpiente de agua en sí misma, era divertida, y arrojó uno de sus zapatos de goma para ponerle un dique. Después escribió febrilmente: «El objeto de esta memoria vio la luz por vez primera en medio de la noche. Eran las once menos veinte. Su papá era un párroco, pero él no era hijo de su papá y nunca fue al cielo.» Se oyó el ruido de un tren e inmediatamente pudo verse cierta cantidad de humo blanco, tratando de alzarse trabajosamente en el aire pesado. Esto la distrajo y durante un cuarto de hora permaneció perfectamente inmóvil, sin hacer nada. Finalmente apartó el trozo de papel usado, tomó otro folio en blanco y estaba empezando a escribir «El 14 de mayo de 1842», cuando se oyó crujir la grava y una voz furiosa dijo;

—Lo siento por Flea Thompson.

—Creo que yo también lo siento —dijo la dama; su voz era lánguida y agradable—. ¿Quién es?

—Flea es un mentiroso, y la próxima vez que lo encuentre voy a darle más que a una estera.

Se quitó el empapado chubasquero. Lo colgó muy enfadado de una escarpia: la pérgola disponía de varias.

—Pero, ¿quién es y por qué tiene un nombre tan horrible?

—¿Flea? ⁶ Fleance. Todos los Thompson tienen nombres sacados de Shakespeare. Trisca en los Rings.

—Ah, ya entiendo. Un cordero mascota.

—¿Cordero? ¡Pastor!

—¿Uno de mis pastores?

—Es la última vez que salgo con sus ovejas. Pero no es la última vez que me va a ver. Lo siento por él, aunque hoy haya conseguido evitarme.

—¿Quieres decir —la señora empezó a animarse—, que te has mojado cuidando las ovejas de Flea Thompson?

—Tenía que hacerlo.

Se sopló los dedos y se quitó la gorra. El agua goteó por sus mejillas sin afeitar. Su pelo estaba tan mojado que parecía esculpido en bronce sobre su cuero cabelludo.

—¡Apártate, desventurado! —gritó la dama, porque al sacudirse, el muchacho le había salpicado el vestido.

Era un joven de veinte años, de músculos admirables pero demasiado ancho quizá para su estatura. La gente le llamaba «Podge» ² hasta que se les explicaba la conveniencia de no hacerlo. Después le llamaban «Stephen» o «Mr. Wonham». Luego él decía: «Llámemme Podge si lo prefiere.»

—En cuanto a Flea... —empezó tormentosamente. Se sentó junto a ella y le contó la historia resollando—. Flea tiene una novia en Wintersbridge y yo quedé en cuidar de sus ovejas mientras él iba a verla. Dos horas. Estábamos de acuerdo. Media hora para ir, una hora para besar a su novia y media hora para volver; y además tenía mi bicicleta. ¡Cuatro horas! He estado cuatro horas y siete minutos en los Rings, con un perro totalmente estúpido y unas ovejas que utilizaban todos los trucos imaginables para comerse los nabos.

—Mi granja es un misterio para mí —dijo la señora, frotándose los dedos—. Algún día tendrás de verdad que llevarme a verla. Debe ser como una ópera de Gilbert y Sullivan, con un coro de nerviosos patronos. ¿Cómo es posible que yo haya conseguido escaparme? ¿Por qué no me han llamado nunca para ordeñar las vacas o desollar los cerdos o conducir los novillos al pasto?

Él la contempló con ojos increíblemente azules: las únicas cosas secas que tenía. No era capaz de entenderla: también es cierto que ella había desconcertado a hombres más listos y de más edad. Pero sí podía prescindir de ella.

—No se puede decir que seas un objeto bello. Pero a veces creo que eres una inextinguible fuente de diversión.

—¿Cómo dice?

—Me has entendido perfectamente —exclamó ella con tono irritado; y después sonrió, porque Stephen era presumido y no le gustaba que le dijeran que no era hermoso—. Los pies grandes y sólidos —continuó—,

tienen una desventaja: puedes derribar a un hombre pero nunca derribarás a una mujer.

—No sé qué quiere decir. No es probable...

—Oh, no te preocupes; no te preocupes en absoluto. Estaba haciéndome la graciosa. Me arrepiento. Háblame de las ovejas. ¿Por qué saliste con ellas?

—Ya se lo dije. Tenía que hacerlo.

—Pero, ¿por qué?

—Flea tenía que ver a su novia.

—Pero, ¿por qué?

Sus ojos la dejaron atrás otra vez. ¡Era tan evidente que Flea tenía que ver a su novia! Pero sólo dos horas; no cuatro horas y siete minutos.

—¿Comiste algo?

—No me siento obligado a comer a horas fijas.

—¿Llevabas un libro?

—No me gustan los libros cuando estoy al aire libre. Ninguno de los hombres de más edad lee.

—¿Conversaste contigo mismo, o tampoco te parece bien eso?

—¡No me haga tantas preguntas!

—Me afliges. Privas a la vida pastoril del encanto que todavía le queda. ¿Es que ya no hay poesía ni pensamiento en Inglaterra? ¿No hay nadie en todas estas colinas que cante su entusiasmo por el orden dórico?

—Los muchachos tararean a veces, si es eso lo que quiere usted decir.

—Sueño con Arcadia. Abro los ojos: Wiltshire. Con Amarilis: la novia de Flea Thompson. Con un pastor pensativo, retorciendo su manto azul: tú con un chubasquero. ¿No te doy pena?

—¿Puedo encender la pipa?

—Por supuesto que puedes encender la pipa. A cambio, dime en qué pensaste durante las cuatro horas y siete minutos.

Él rio tímidamente.

—Hace usted unas preguntas...

—¿Te limitaste a perder el tiempo?

—Imagino que sí.

—Creía que según el coronel Robert Ingersoll nunca hay que aceptar el cansancio.

Al sonido de aquel nombre, el muchacho abrió bruscamente un pequeño armario y declarando: «No tengo un momento que perder», sacó

una pila de «Clarion» y otras reimpresiones adornadas en sus cubiertas con calvos o barbudos apóstoles de la humanidad. Después de seleccionar uno de los calvos, empezó a leer inmediatamente, exclamando de cuando en cuando: «Ahí les duele.» «Eso acaba con el Génesis» y otros exabruptos similares de una mente ambiciosa. La señora echó una ojeada al montón. Renan, sin el estilo. Darwin, sin la modestia. Una edición cómica del libro de Job, por «Excelsior», Pittsburg, Pa. «El principio de la vida», con diagramas. «¿Ángel o Simio?», por Mrs. Julia P. Chunk. Le pareció divertido y se preguntó distraídamente qué estaría sucediendo dentro de aquel cerebro, estrecho pero no desprovisto de interés. ¿Supondría que iba a «encontrar la respuesta»? Ella lo había intentado también una vez, pero después decidió limitarse a una desenfadada ortodoxia. ¿Por qué no leía poesía en lugar de perder el tiempo con libros como aquéllos y una comarca como aquélla?

La nube se alejó y al aumentar la claridad la señora levantó la vista. Sobre el valle vio una colina grave y triste, y en su ladera una pequeña mancha marrón: las ovejas, junto con su pastor, Fleance Thompson, que se había reincorporado finalmente a su tarea. Un hilillo de agua atravesó el techo de la pérgola. Le recorrió un escalofrío de consternación.

—No tiene importancia —dijo su compañero, moviendo la silla de la señora, aunque sin perder la página.

Ella secó la mancha en el manuscrito. Después escribió: «Anthony Eustace Failing, el objeto de esta memoria, nació en Wolverhampton.» Pero no escribió más. Estaba nerviosa. Cayó otra gota del techo. Además un ciempiés. Lamentó haber arrojado tan alegremente su chanclo al sendero. El muchacho ocupado en demoler la religión resollaba un tanto mientras leía. Otro ciempiés. La señora hizo uso del timbre eléctrico.

—Vuelvo a casa —comentó—. Hay demasiada humedad.

La nube se alejó de nuevo e hizo que añadiera:

—¿No te mostraste más bien amable con Flea?

Pero Stephen estaba inmerso en el libro. Leía como una persona sin educación, moviendo los labios y utilizando un dedo para seguir la letra impresa. De cuando en cuando se rascaba un oído o se pasaba la lengua por un ralo bigote rubio. Su rostro tenía en realidad cierta belleza; en todo caso el color era regio: un carmesí uniforme desde la garganta a la frente. El sol y el viento le habían trabajado día a día desde que vino al mundo. «El rostro de un hombre fuerte», pensó la señora. «Tiene que darle gracias a su estrella

por no ser un hombre fuerte y silencioso porque le hubiera puesto en la calle.» De repente se dio cuenta que era como un terrier irlandés. Estaba tan concentrado como si lo que leía fuera un hueso. Rechinando los dientes, trataba de asimilar aquellas sutilezas sobre la eternidad a base de fuerza bruta. Como hombre la aburría con frecuencia, porque hacía y decía siempre las mismas cosas. Pero como filósofo era una eterna fuente de diversión, un bufón inagotable. Empuñando la pluma, empezó a dibujar su caricatura. Dibujó una madriguera donde los conejos jugaban en cuatro dimensiones. Antes de que introdujera la figura principal, le interrumpió un criado. Acudía en respuesta al timbre. Al ver a Mrs. Failing dejó escapar una respetuosa exclamación.

—¡Señora! ¿Está usted aquí? Lo siento muchísimo. La he buscado por todas partes. Mr. Elliot y miss Pembroke llegaron hace casi una hora.

—¡Qué lástima! —se sorprendió Mrs. Failing—. Recoja estos papeles. ¿Dónde está el paraguas? Mr. Stephen me cubrirá con él. Usted vuelva enseguida y pida disculpas. ¿Están contentos?

—Miss Pembroke preguntó por usted, señora.

—¿Han tomado el té?

—Sí, señora.

—¡Leighton!

—Sí, señor.

—Estoy seguro de que sabías que ella estaba aquí. Pero no te apetecía mojarte.

—No debes llamarme «ella» cuando hables con los criados —dijo Mrs. Failing mientras avanzaba hacia la casa, cojeando y apoyada en un bastón, y él sosteniendo un enorme paraguas abierto—. No pienso consentirlo.

Después siguió con tono más cordial:

—Y no digas que Leighton miente. Todos mentimos. Yo sabía perfectamente que llegaban en el tren de las cuatro y seis. Y lo he visto pasar.

—Eso me recuerda algo. Otro niño atropellado en el cruce romano. Ssss...zas...muerto.

—¡Ay, mi pie! ¡Mi pie, mi pie! —dijo Mrs. Failing e hizo una pausa para tomar aliento.

—¿Mal? —preguntó Stephen sin el menor interés.

Leighton, inclinada la cabeza, les adelantó con el manuscrito en la mano y desapareció entre los laureles. La punzada, que no había sido muy fuerte, fue perdiendo intensidad, y siguieron adelante, descendiendo por un verde corredor poco ventilado que desembocaba en el camino de grava.

—¿No es extraño —dijo Mrs. Failing— que los griegos sintieran tanto entusiasmo por los laureles? ¿Que Apolo se encandilara con cualquiera que pudiera convertirse en una planta tan horrible? ¿Qué opinas de Rickie?

—No lo sé.

—¿Debo prestarte su cuento para que lo leas?

No recibió respuesta.

—¿No crees, Stephen, que una persona que ocupa una posición tan precaria como la tuya debería ser cortés con mis parientes?

—Lo siento, Mrs. Failing. Trataba de ser cortés. Pero no se me ocurría nada que decir.

Ella se rio.

—¿No eres un encanto?, me pregunto a veces; ¿o eres un bárbaro?

Tampoco esta vez tuvo Stephen nada que decir. Ella rio maliciosamente y dijo.

—¿Cómo puedes ser cualquiera de las dos cosas, siendo un filósofo? ¿Te importaría decirme, estoy ansiando saberlo, qué sucede con la gente cuando se muere?

—No me pregunte *a mí*.

Sabía por amarga experiencia que se burlaba de él.

—Precisamente te pregunto a ti. Esos libros de bolsillo tuyos están muy al día. Por ejemplo, ¿qué le ha sucedido al niño que, según dices, murió en la línea férrea?

La lluvia arreció. Las gotas golpeaban con violencia sobre las hojas, y fuera del corredor hombres y mujeres se enfrentaban, aunque fuera estúpidamente, con los hechos de la vida. Dentro, ellos reñían. Mrs. Failing se burlaba del muchacho, riéndose de sus teorías, y probando que ningún hombre que tenga sentido del humor puede ser agnóstico. De repente la señora se detuvo, no impresionada por su dialéctica, sino porque había recordado unas palabras de Bacon «El verdadero ateo es el que tiene las manos cauterizadas por cosas santas.» Mrs. Failing pensó en su lejana juventud. El mundo no era tan divertido entonces, pero sí más importante. Por un momento respetó a su acompañante y decidió no molestarle más.

Dejaron atrás el refugio de los laureles, cruzaron el amplio camino de grava y entraron finalmente en la casa. Mrs. Failing estaba bastante mojada, porque el mal tiempo no le dejaba jugar a la vida sencilla impunemente. En cuanto al muchacho, parecía un trozo de humedad.

—¡Oye! —exclamó Mrs. Failing mientras él subía a toda prisa hacia su habitación en el ático—. ¡No hace falta que te afeites!

A Stephen el permiso le pareció de perlas.

—Tengo la impresión de que miss Pembroke es de las que pretende no ser convencional siéndolo en realidad. Quiero ver cómo reacciona. No te afeites.

En el salón se podía oír a los huéspedes conversando en el tono apagado de los que no han recibido aún la bienvenida. Después de cambiarse de vestido y echar un vistazo a los poemas de Milton, Mrs. Failing entró a reunirse con ellos, levantando las manos en gesto de disculpa y de horror.

—Pero tengo que tomar el té —les hizo saber, cuando ellos le aseguraron que no había razón para preocuparse—. Si no lo hago me pondré de mal humor. Agnes, no me dejes dar un paso más. Sírreme el té.

Agnes, con expresión complacida, se acercó a la mesa y sirvió a su anfitriona. Rickie vino después con una complicada arquitectura de sandwiches y pastelillos.

—Me siento veintisiete años más joven. Rickie, ¡cómo te pareces a tu padre! Es como si fuera hace veintisiete años y acabara de traerme a tu madre para conocerla. Es curioso, casi terrible, ver cómo la historia se repite.

La observación no era muy diplomática.

—Recuerdo bien aquella visita —continuó pensativamente—. Creo que fue una visita maravillosa, aunque ninguno nos dimos cuenta entonces. Todos nos enamoramos de tu madre. Quisiera que ella se hubiera enamorado de nosotros. ¿No me soportaba, verdad?

—Nunca le oí decir una cosa así, tía Emily.

—No; no era su estilo. Estoy segura en cambio de que lo dijo tu padre. Mi querido muchacho, no te asustes tanto. Tu padre y yo nos odiábamos cordialmente. Él lo decía, yo lo decía y lo sigo diciendo, así que dilo tú también. De esa manera quedamos en paz. Sólo un pastelillo de coco. Agnes, ¿no estás de acuerdo en que es siempre mejor decir las cosas con claridad?

—Claro que sí, Mrs. Failing. Yo soy terriblemente franca.

—A mí me pasa lo mismo —dijo la dama—. Me gusta llegar al fondo de las cosas... ¡Vaya! ¿Zapatillas? ¿Zapatillas en el salón?

Un joven había entrado sin hacer ruido. Agnes observó con desagrado que estaba sin afeitarse. Rickie, después de unos momentos de vacilación recordó quién era y le estrechó la mano.

—Has crecido desde la última vez que te vi.

El otro enseñó los dientes amablemente.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Mrs. Failing.

—Tres años, ¿no es así? Vine desde casa de los Ansell... unos amigos.

—¡Qué vergüenza, Rickie! ¿Por qué no has venido a verme con más frecuencia?

Rickie no podía replicar que no se le había invitado durante todo aquel tiempo.

—Agnes conseguirá que vengas. ¡Oh!, permíteme que te presente... Mr. Wonham, miss Pembroke.

—Hago las veces de anfitriona —explicó Agnes—. ¿Quiere una taza de té?

—Gracias, pero ya he tomado un poco de cerveza.

—Es uno de los pastores —dijo Mrs. Failing en voz baja.

Agnes sonrió un tanto desconcertada. Mrs. Lewin ya le había advertido que Cadover era un sitio singular, y que no debía asombrarse nunca de nada. ¡Un pastor en el salón! Nada malo en ello. Pero había que saber si era de verdad un pastor. Porque llevaba ropa que contrastaba con esa afirmación. A Agnes le horrorizaba empezar su estancia en Cadover con un *faux pas*, así que no habló con el muchacho y trató de averiguar quién era fijándose en el comportamiento de Rickie.

—Estoy segura, Mrs. Failing, de que usted no necesita «conseguir» que la gente venga a Cadover. Yo diría que nunca habrá la menor dificultad.

—Muchas gracias, querida. ¿Sabes quién me dijo una vez esas mismas palabras?

—¿Quién?

—La madre de Rickie.

—¿Eso es cierto?

—Mi cuñada era una persona encantadora. Ya habrás oído las alabanzas de Rickie, pero también tendrás que oír las mías. No he conocido

nunca a una mujer tan desinteresada y que tuviera al mismo tiempo tanta capacidad de vivir.

—¿Es que una cosa suele excluir a la otra? —preguntó Rickie.

—Las personas desinteresadas son de ordinario mortalmente aburridas. No tienen color. Piensan en los demás porque es más fácil. Dan dinero porque son demasiado estúpidos o demasiado perezosos para gastárselo. Eso era lo extraordinario de tu madre: daba, pero también sabía gastar, o por lo menos trataba de hacerlo.

El salón se había quedado sin luz a pesar de que estaban en septiembre y eran las siete y media. Desde su silla baja, Agnes podía ver los árboles al lado del camino, negros contra un cielo cada vez más oscuro. La avenida hasta la casa tenía media milla de longitud y Agnes estaba alabando su estado de conservación cuando Rickie le preguntó con voz alarmada:

—¿A qué hora llegó nuestro tren?

—A las cuatro y seis minutos.

—Eso es lo que yo he dicho.

—El horario dice que llega a las cuatro y seis —replicó Mr. Wonham—. Pero yo quiero saber a qué hora llegó a la estación.

—Te repito otra vez que ha sido puntual. Y te digo también que miré el reloj. ¿Qué más puedo hacer?

Agnes estaba asombrada. ¿Se había enfadado Rickie? Un minuto antes se aburrían hablando de perros. ¿Qué había sucedido?

—¡Vamos, vamos! ¿Ya os estáis peleando? —preguntó Mrs. Failing.

El criado, que traía una lámpara, iluminó dos rostros irritados.

—Dice...

—Dice...

—Dice que atropellamos a un niño.

—Efectivamente. Arrollasteis a un niño en el pueblo a las cuatro y siete según mi reloj. Vuestro tren iba con retraso. No habéis llegado a la estación hasta las cuatro y diez.

—No puedo creerlo. Ya habíamos atravesado el pueblo a las cuatro y siete. Agnes, ¿no habíamos pasado ya? Tiene que haber sido un expreso el que arrollara al niño.

—¿Cabe imaginar —Mr. Wonham hacía un llamamiento al sentido común—, cabe imaginar que la compañía haga circular un expreso tres minutos después de un tren correo?

—Un niño... —dijo Rickie—. No puedo creer que el tren matara a un niño.

Pensó en el viaje. Estaban solos en el departamento. Mientras el tren disminuía de velocidad Rickie había estrechado a Agnes entre sus brazos. La lluvia golpeaba contra la ventanilla pero ellos estaban en la gloria.

—Tienes que creerlo —dijo el otro, y procedió a repetirlo. Su rostro que irradiaba salud y dejaba fácilmente traslucir su irritación se acercó al de Rickie—. Dos niños estaban peleándose y gritando en el cruce romano. Vuestro tren, que iba con retraso, se les echó encima. A uno lo apartaron de la vía pero el otro fue arrollado. ¿Cómo vas a justificarlo?

—Y tú, ¿cómo vas a justificarlo? —exclamó Mrs. Failing, volviendo el argumento contra él—. ¿Dónde está el niño ahora? ¿Qué ha pasado con su alma? Porque tendrías que saber, querida Agnes, que este caballerito es un filósofo.

—No saque eso a relucir —dijo Stephen, perdiendo por completo su agresividad.

—¿Que no lo saque? ¿Qué quieres que haga? ¿Dejarlo sobre la alfombra?

—No me gusta nada la filosofía —hizo notar Agnes, tratando de cambiar de tema, al darse cuenta de que Rickie se había entristecido.

—A mí tampoco. Pero no me atrevo a decirlo delante de Stephen. Desprecia a las mujeres.

—No, eso no es cierto —dijo su víctima, balanceándose sobre el alféizar de la ventana, a donde se había retirado.

—Sí, nos desprecia. No se molestará en contestarnos. ¡Stephen! ¡Podge! Contéstame. ¿Qué ha pasado con el alma del niño?

El muchacho abrió la ventana y se inclinó hacia la oscuridad exterior, alejándose de ellos. Le oyeron murmurar algo acerca de un puente.

—¿Qué os he dicho? No contestará a mi pregunta.

Se aproximaba el momento delicioso en que Stephen se enfadaría: Mrs. Failing lo sabía por cierto temblor en sus talones.

—Lo que hace falta es un puente —explotó—. Un puente en lugar de palabras sin sentido; un puente en lugar del paso a nivel. No se arruinaría usted por construir un puente de dos arcos. En ese caso el alma del niño, como usted la llama... bueno; al niño no le hubiera sucedido nada en absoluto.

Una ráfaga de viento entró en el salón, acompañada de lluvia. Las flores de los jarrones se agitaron, y la llama de la lámpara se alzó, ahumando el vidrio. Levemente irritada, Mrs. Failing le ordenó que cerrara la ventana.

OceanofPDF.com

XI

Cadover no era una casa excesivamente grande. Pero es la más grande que aparece en esta historia y siempre hay que pensar en ella con respeto. Fue construida alrededor del mil ochocientos y se asemejaba a los edificios de la Roma antigua: fundamentalmente debido a la presencia en la fachada de cinco delgadas pilastras, de la misma altura que la casa. Entre las pilastras se hallaban las cristaleras de la puerta principal; a su derecha las ventanas del salón; a la izquierda las del comedor y encima un área triangular que tenía en el centro un pequeño agujero redondo, siguiendo el uso de Paladio. La nota clásica estaba también presente en los ocho escalones grises que llevaban desde la puerta principal hasta la avenida, y por un intento de jardín clásico al lado del edificio. La zona verde terminaba en un Ja-ja (¡Ja! ¡ja! ¿Quién se va a parar a mirarlo?), y a partir de allí la tierra desnuda descendía hasta el pueblo. El jardín principal (vallado) estaba a la izquierda, mirando hacia la casa, mientras que a la derecha quedaba la avenida de laureles que llevaba al refugio de Mrs. Failing.

Era un lugar confortable aunque no muy atractivo y, para cierto tipo de mentalidad también su situación dejaba mucho que desear. Desde lejos parecía una caja gris, apretada contra un grupo de árboles de hoja perenne. No tenía nada de misterioso. Se la veía desde millas de distancia. La colina donde se alzaba carecía del encanto de las pendientes de Devonshire, de los sutiles contornos que preludian los chalets en Kent, y su silueta se destacaba con toda crudeza sobre una gran extensión desnuda. «Ahí está Cadover», decían los visitantes. «¡Qué pequeño parece todavía! Llegaremos tarde a comer.» Y la vista desde las ventanas, aunque muy amplia, no hubiera sido aceptada por la Real Academia. Un valle con un río, una carretera y un ferrocarril; sobre el valle, campos de centeno y de remolacha forrajera, que no estaban aislados con cercas pintorescas y que se prolongaban hasta una informe elevación de considerables dimensiones: tal era el panorama, siempre desolado y casi aterrador bajo un cielo nuboso. La elevación recibía el nombre de «Cadbury Range» («Tabletas de chocolate» ⁸ si se era joven y con ganas de bromear), porque muy arriba —no se puede decir *en la cumbre* porque apenas hay cumbres en Wiltshire— existía un doble

círculo de trincheras. Un parapeto cubierto de hierba encerraba un anillo de nabos que a su vez rodeaba un segundo parapeto con más hierba, dentro del cual había más nabos; y en el centro crecía un árbol de reducidas dimensiones. ¿Británico? ¿Romano? ¿Sajón? ¿Danés? El lector competente decidirá. La familia Thompson sabía que su antigüedad se remontaba más allá de la guerra franco-alemana. Era propiedad del gobierno. Estaba lleno de oro y de soldados muertos que habían luchado con los de Castle Rings, siendo derrotados. La calzada de Londinium, después de vadear el río y cruzar la carretera del valle y el ferrocarril, pasaba junto a las trincheras. La carretera de Londres quedaba a una media milla a su derecha.

Para completar esta descripción hay que mencionar la iglesia y la granja, situadas las dos en Cadford, sobre el río. Entre ambas dominaban el pueblo: una reclamando las almas de los trabajadores, la otra sus cuerpos. Si un hombre deseaba otra religión u otro empleo, tenía que irse. La iglesia estaba en lo alto junto al ferrocarril; la granja junto a los prados cerca del agua. El vicario, un hombre caritativo y amable, apenas se daba cuenta de su poder, y nunca trataba de abusar de él. Mr. Wilbraham, el capataz, era de otro tipo. Sabía cuál era su sitio y se encargaba de que los demás no se salieran del suyo: era como si la sociedad se extendiera delante de él a la manera de un mapa. La frontera entre el condado y el municipio; la frontera entre el trabajador y el artesano; las conocía todas y las reforzaba con mano firme. Para él todo estaba graduado: la cortesía hacia sus superiores y la descortesía hacia sus inferiores. De esta manera, sólo de esta manera, declaraba —porque era una persona muy reflexiva—, se conseguía que las cosas funcionaran.

Quizá la musa de la comedia, a la que ahora se recurre con tanta frecuencia, fuera responsable de que esta propiedad llegase a manos de Mr. Failing. Mr. Failing era autor de varios libros prestigiosos sobre socialismo —ésa fue la razón de que su mujer se casara con él— y durante veinticinco años gobernó en Cadover y trató de llevar a la práctica sus teorías. Creía que las cosas funcionarían si se ponía el acento en las semejanzas entre los hombres y no en sus diferencias. «Nos parecemos mucho más de lo que confesamos», era una de sus frases favoritas. Como frase sonaba muy bien, y su esposa la había aplaudido; pero cuando trajo como consecuencia un exceso de trabajo, veladas en salas de lectura, reuniones con personas de distinta clase social y aburridas discusiones en las que se dejaba hablar a todo el mundo, Mrs. Failing se cansó. Con su característico desparpajo

declaró que no iba a querer a su esposo y lo consiguió. Él se lo tomó con calma, pero su brillantez disminuyó. Su salud fue empeorando y Mr. Failing comprendió que cuando él muriera no habría nadie para continuar su trabajo. Tuvo la impresión, además, de que había hecho muy poco. A pesar de todos sus esfuerzos no tenía talento práctico y nunca pudo prescindir de Mr. Wilbraham. Todo su tacto no conseguía evitar que con frecuencia ofreciera demasiado pronto la mano de la hermandad o que la retirara cuando ya había sido aceptada. La mayor parte de la gente le interpretó mal o sólo le entendieron cuando ya había muerto. En años posteriores su reinado llegó a ser una edad dorada, pero en vida tuvo muy pocos discípulos. Tan sólo unos cuantos trabajadores jóvenes y algunos arrendatarios de fincas aseguraban enfáticamente que Mr. Failing no era estúpido. Esto, se decía él a sí mismo, era todo lo que se merecía.

Cadover lo heredó su viuda. Mrs. Failing trató de venderlo primero; luego quiso alquilarlo, pero pedía demasiado, y como no era un sitio bonito ni fértil, siguió en sus manos. Refunfuñando mucho acabó por aceptar el destierro. La gente de Wiltshire, aseguraba, era la más estúpida de Inglaterra. Se lo decía a la cara, aunque con ello no conseguía hacerlos más inteligentes. Y su condado era digno de ellos: sin distinción —sin estilo—; tierra nada más.

Pero se le pasó la indignación o quedó en todo caso reducida a una distinguida impaciencia. Convirtió la casa en un hogar confortable y abandonó la granja en manos de Mr. Wilbraham. Con mucho cuidado seleccionó un reducido círculo de amistades e hizo que la visitaran durante los meses de verano. En invierno iba a la ciudad y frecuentaba los salones literarios. A medida que aumentaba su cojera se movía menos, y para la época en que se produjo la visita de su sobrino apenas salía de la casa que había tenido que aceptar como hogar definitivo. En aquel momento estaba muy ocupada. Un político prominente había citado a su marido. La generación joven preguntaba: «¿Quién es Mr. Failing?» y los editores escribieron «Este es el momento.» Mrs. Failing había reunido varios ensayos y estaba redactando una introducción.

Rickie admiraba a su tía pero se sentía muy lejos de ella. Le recordaba demasiado a su padre. Padecía del mismo infortunio, la misma falta de corazón, la misma costumbre de tomarse la vida riendo... ¡como si la vida fuese una píldora! También le parecía que había demostrado muy poco interés por él. Rickie no le hubiera pedido mucho; en cuanto a

«esperanzas», nunca las había tenido, pero era su pariente más próximo y un poco de afecto y de hospitalidad durante los años en que había estado tan solo podían haber supuesto una diferencia incalculable. Ahora que Rickie era más feliz y podía traerle a Agnes, le había invitado inmediatamente. El sol, cuando se levantó a la mañana siguiente, le hablaba de una nueva vida. También él tenía por fin una meta y algo valioso en el mundo. Asomándose a la ventana, contempló la tierra lavada por la lluvia y escuchó, transmitidos a través del aire transparente, los lejanos ruidos de la granja.

Pero aquel día nada seguiría siendo propicio excepto el tiempo. Su tía, por razones sólo de ella conocidas, decretó que Rickie fuese a dar un paseo a caballo con el tal Wonham. Tenían que visitar Old Sarum, continuar hasta Salisbury, comer allí, hacer el recorrido turístico, visitar a cierto canónigo a la hora del té y regresar a Cadover a última hora de la tarde. El proyecto no le gustó a nadie. Rickie tenía ganas de estar con Agnes y no de montar a caballo; tampoco Agnes quería separarse de él ni Stephen deseaba acompañarle. Pero cuanto más evidentes resultaban los deseos de sus huéspedes, más dispuesta se mostraba Mrs. Failing a ignorarlos. Resolvió todas las dificultades, transformó todas las objeciones en ventajas y terminó pidiendo los caballos para las nueve y media.

—¡Qué fastidio! —gruñía Rickie en su salita de estar privada mientras se rompía las uñas con las polainas del cochero—. No sé montar. Acabaré cayéndome. Podíamos haberlo pasado muy bien aquí. Es el estilo típico de tía Emily. ¿Te la imaginas diciendo después: «Los amantes son seres absurdos. Hice el propósito de mantenerlos separados», y todo el mundo riendo?

Con una desagradable premonición sobre el futuro, Agnes se arrodilló delante de él y le abrochó las polainas.

—Por cierto, ¿quién es ese Mr. Wonham?

—No lo sé. Un pariente de Mr. Failing, creo.

—¿Vive aquí?

—Solía estar interno o algo así. Parece haberse convertido en una persona bastante fastidiosa.

—Me figuro que Mrs. Failing lo ha adoptado.

—Imagino que sí. Creo que ha sido muy buena con él y espero que se muestre amable contigo esta mañana. No me gusta dejarte sola con ella.

—¿Por qué? Tú dices que le resulto simpática.

—Sí, pero eso no impediría... ¿sabes? No le importa decir o repetir cualquier cosa si es algo que le divierte. Si, por ejemplo llegara a parecerle gracioso romper nuestro noviazgo, trataría de hacerlo.

—¡Qué idea tan terrible, querido! Pero aún sería más divertido para nosotros verla intentándolo. ¿Qué podría hacer?

Rickie besó las manos que estaban todavía ocupadas abrochando las trabillas.

—Nada. No se me ocurre absolutamente nada. Porque tú y yo estamos completamente abiertos el uno al otro. No hay un solo rincón en ninguno de los dos que tía Emily pudiera descubrir. Pero es que en esta casa siempre tengo un horrible sentimiento de inseguridad.

—¿Por qué?

—Si alguien dice o hace una tontería es siempre aquí. Todas las tempestades familiares han empezado en esta casa. Es una especie de foco de escándalo, ya sea provocado o casual. ¿Sabes?, cuando mi padre y mi madre tuvieron su pelea más grave, mi tía intervino en ello; no sé cómo fue ni qué importancia tuvo, pero puedes estar segura de que sí trató de aplacar los ánimos fue porque la paz le parecía más divertida que la guerra.

—¡Rickie, Rickie! —se oyó la voz de Mrs. Failing desde el jardín—, tu profesor de equitación está impaciente.

—No deberíamos hablar de ella así en esta casa —susurró Agnes—. Es una costumbre terrible.

—La costumbre del país, Agnes. ¡Uf! ¡Cuánto cotilleo! —de repente le echó los brazos al cuello—. Querida... Tengamos cuidado de no sé bien qué... de nada, quizá.

—¡Date prisa! —gritó el irritable Stephen— ¿Cuál es el estribo que tengo que acortar, el izquierdo o el derecho?

—¡El izquierdo! —chilló Agnes.

—¿Cuántos agujeros?

Se apresuraron a bajar. Por el camino ella dijo:

—Me alegro de la advertencia. Ahora estoy preparada. Tu tía no conseguirá nada de mí.

Su prometido se equivocó de pie al tratar de montar, según su invariable costumbre. Agnes tuvo también que recogerle el látigo. Finalmente los dos se pusieron en marcha con Stephen luciendo sus habilidades de manera bastante ostensible. Agnes se quedó a solas con su anfitriona.

—Dido es un cordero —dijo Mrs. Failing— y Stephen un buen guía. Es una bendición haber podido desembarazarse de los hombres. ¿Qué vamos a hacer tú y yo en esta mañana tan maravillosa?

—Estoy dispuesta para lo que sea.

—¿Has terminado de deshacer el equipaje?

—Sí.

—¿Tienes que escribir alguna carta?

—No.

—Entonces vámonos a la pérgola. No, mejor no. Le da el sol por la mañana y hoy hará demasiado calor.

Se estaba arrepintiendo ya de haberse desembarazado de los hombres. En una mañana como aquella le hubiera gustado dar un paseo en coche, pero el tercer caballo se había hecho daño en una pata. También temía que miss Pembroke la aburriera. Sin embargo, terminaron por ir a la pérgola. Con tono lánguido, Mrs. Failing fue señalando los diferentes puntos de interés.

—Ahí está el río Cad, que desemboca en otro que a su vez desemboca en el Avon. Enfrente, Cadbury Rings; muy a la izquierda, Cadchurch: no puedes verlo desde aquí. Estuviste anoche. Famoso por su párroco borracho y por la estación de ferrocarril. Después Cad Dauntsey. Luego viene Cadford, a este lado del río y relacionado ya con esta casa, Cadover. Toma nota de la fértil imaginación de Wiltshire.

—Un considerable grupo de Cads ⁹ —dijo Agnes sonriendo.

Mrs. Failing dividía a sus huéspedes en dos categorías: los que hacían el chiste y los que no lo hacían. En este último grupo entraban muy pocos.

—El vicario de Cadford, que no es el borracho simpático, asegura que el nombre es en realidad «Chadford» y esto le tuvo preocupado hasta que mandé hacer una vidriera dedicada a San Chad en nuestra iglesia. Su mujer lo pronuncia «Hiadford». Me gustaría abofetearlos a los dos. ¿Qué te parece Podge? ¡Ah! Te has sobresaltado; era lo que pretendía. ¿Qué te parece Podge Wonham?

—Muy simpático —dijo Agnes riendo.

—¿Simpático? Es un héroe.

Se produjo un largo silencio. Las dos damas contemplaron el paisaje sin mucho interés. La actitud de Mrs. Failing ante la naturaleza era decididamente estética: una actitud más estéril que la totalmente práctica. Aplicaba el criterio de la belleza a la sombra, al olor y al sonido; nunca

sentía reverencia hacia estas cosas ni se emocionaba con ellas; nunca las había considerado como una irresistible trinidad que puede embriagar de alegría al devoto. Si le gustaba un campo arado, era sólo como mancha de color, no como insinuación de la inagotable fuerza de la tierra. Y aquel día encontró que una nube conseguía el efecto adecuado pero no así su compañera. En cuanto a miss Pembroke, ni aprobaba ni dejaba de aprobar.

—¿Un héroe? —preguntó Agnes al cabo de un rato. Su voz resultaba indiferente, como si hubiera estado pensando en otras cosas.

—¿Un héroe? Sí. ¿No notaste lo heroico de su comportamiento?

—Creo que no.

—¿No te diste cuenta durante la cena? Agnes, siempre hay que estar preparados para el heroísmo a la hora de cenar. Es el mejor momento. Los hombres siempre se ponen a la altura de las pecheras almidonadas de sus camisas. ¿Quieres decir que no te diste cuenta de cómo ofendió a Rickie?

—¡Oh, aquella discusión sobre poesía! —dijo Agnes riendo—. No creo que a Rickie le importara en absoluto. Pero, ¿por qué considera usted heroico eso?

—¡Ofender a las personas! ¡Humillarlas! ¡Hacer que se sientan insignificantes! ¡Mostrarse descortés! ¿No es ésa la tarea de un héroe?

—Yo no hubiera dicho eso. En realidad Mr. Wonham estaba equivocado en el asunto de la poesía. Hice que Rickie lo comprobara después.

—Por supuesto. Los héroes se equivocan siempre.

—Para mí —insistió Agnes muy amablemente—, un héroe tiene que ser siempre una criatura fuerte y maravillosa que defiende...

—¡Ah! ¡Espera a que seas tú el dragón! Creo haber sido el dragón la mayor parte de mi vida. Un dragón que sólo quiere una cueva para vivir pacíficamente. Pero nunca tarda en aparecer el ser maravilloso, fuerte, encantador, que consigue su princesa agujereándose la piel. No, hablando en serio, Agnes querida, las características fundamentales del héroe son su infinita despreocupación por los sentimientos de los demás y su total incapacidad para entenderlos.

—Pero estoy segura de que Mr. Wonham...

—Tienes razón; no estamos siendo muy amables con el pobre chico. ¿Debemos continuar hablando?

Agnes esperó, recordando las advertencias de Rickie y pensando que quizá cualquier cosa que ella dijera podía ser repetida después.

—Aunque si estuviera aquí no entendería lo que estamos diciendo.

—¿No lo entendería?

Mrs. Failing apenas parpadeó.

—¿Te pareció inteligente?

—No creo que me pareciera nada —sonrió Agnes—. He estado pensando en otras cosas y en otro muchacho.

—Hazme el favor de pensar en Stephen por un momento. Te voy a hacer una descripción de cómo pasó ayer el día. Se levantó a las ocho. Desde las ocho hasta las once estuvo cantando. La canción se llamaba: «A Willie las botas de su padre le sentarán bien muy pronto.» Dejó de cantar un momento para decirle al criado: «Ella nunca terminará el libro. No hace más que perder el tiempo.» «Ella» soy yo. A las once salió y estuvo mojándose bajo la lluvia hasta las cuatro, pero tuvo la suerte de ver atropellar a un niño en el paso a nivel. Y para las cuatro y media ya había destruido los fundamentos del cristianismo.

Agnes dio muestras de desconcierto.

—¿No estás hondamente impresionada? Yo sí. Le dije que bajo ningún pretexto se atreviera a molestar al párroco. Abre el armario. Uno de esos libros que cuestan seis peniques le explica a Podge que su cuerpo está hecho de partículas negras muy resistentes; otro que está hecho de partículas marrones, más grandes y flexibles. Parece existir discrepancia, pero tratándose de un joven al que le gusta reflexionar, cualquier cosa es mejor que haber sido creado en *el* jardín del Edén. Hemos de eliminar lo poético, aunque con ello desaparezca también lo probable.

Después siguió hablando unos momentos con mayor seriedad:

—Así que ahí lo tienes, con veinte años y nada en que apoyarse. No sé qué es lo que hay que hacer. Imagino que la culpa es mía. Pero yo nunca he tenido problemas con la iglesia anglicana; ¿los has tenido tú?

—Por supuesto, estoy de acuerdo con mi iglesia —dijo miss Pembroke, a quien desagradaba profundamente aquel tema de conversación—. No sé, de verdad. Creo que debería usted consultar a un hombre.

—¿Rickie me ayudaría?

—Rickie hará lo que pueda.

Y Mrs. Failing advirtió el tono casi oficial con que Agnes salía fiadora de su novio.

—Pero también es cierto que Rickie es un poco... complicado. Dudo que Mr. Wonham lo entienda. Necesita a alguien... ¿no es cierto? que sea un

poco más enérgico y que esté más acostumbrado a tratar con muchachos. Alguien más parecido a mi hermano.

—¡Agnes! —Mrs. Failing la sujetó por un brazo—. ¿Crees que Mr. Pembroke se ocuparía de Podge?

Agnes negó con la cabeza.

—Tiene un horario muy apretado. Va a encargarse de un internado el trimestre que viene. Además... no sé muy bien qué es lo que Herbert podría hacer.

—Moralidad. Le enseñaría moralidad. Los artículos de la fe pueden venir por sí solos, pero la falta de moral acaba por tener malas consecuencias. Moralidad es todo lo que pediría de Mr. Herbert Pembroke. Quedaría excusado de otras asignaturas. ¿Sabes que a Stephen lo expulsaron de un internado? Robaba.

El internado no era exactamente uno de los mejores y la expulsión o más bien la petición de que abandonara el centro, se produjo cuando Stephen tenía catorce años. Sufrió un violento ataque de falta de honradez, cosa que con frecuencia suele indicar la proximidad de la edad adulta. Lo robaba todo, sobre todo lo difícil de robar, y escondía el botín debajo de una tabla suelta en el pasillo. El hurto de un jamón le había traicionado. Fue la crisis de su carrera. Para entonces su benefactora estaba empezando a cansarse de él. Ya no era un chiquito guapo y estaba en dudas sobre su futuro. Pero le molestaron tanto las cartas del director del internado y se divirtió tanto con las del delincuente que le hizo volver a Cadover y le dio un premio.

—No —dijo Agnes—, no lo sabía. Con mucho gusto hablaré con Herbert, pero, como le he dicho, anda muy mal de tiempo. Pero sé que tiene amigos que se dedican a muchachos retrasados o... distintos.

—Querida, ya lo he intentado. Stephen daba patadas a los retrasados y robaba manzanas con los distintos. Lo expulsaron otra vez.

Agnes empezó a encontrar bastante fastidiosa a Mrs. Failing. A cada intento de establecer contacto respondía con un quiebro que dejaba las cosas como al principio. A Agnes le gustaba saber qué terreno pisaba y qué posición ocupaban los demás.

—Mi hermano estima mucho la vida familiar. Me atrevería a decir que en su opinión Mr. Wonham está mejor aquí, con usted, que en ningún otro sitio. Ha sido usted muy buena con él. Usted —hizo una pausa— ha sido un padre y una madre para él.

—Tengo demasiado calor —fue la respuesta de Mrs. Failing.

Miss Pembroke había abordado al parecer un tema que provocaba la reticencia de su anfitriona. Tocó el timbre —era sólo para decirle al criado que llevara las reimpresiones a la habitación de Mr. Wonham— y después de murmurar algo acerca de trabajo, se puso en marcha hacia la casa.

—Mrs. Failing... —dijo Agnes, que no esperaba que su charla terminara tan bruscamente.

—Lláname tía Emily. ¿Sí, querida?

—Tía Emily, ¿qué piensas del cuento que te mandó Rickie?

—Es malo —dijo Mrs. Failing—. Pero... pero...

Y se escapó, después de haber dicho la verdad y de dejar sin embargo una impresión placentera tras ella.

XII

La excursión a Salisbury resultó un desastre completo: de hecho Rickie nunca llegó a terminarla. Estaban aún en la avenida cuando Mr. Wonham empezó con las acrobacias. Le hizo una demostración a Rickie de lo deprisa que podía darse la vuelta en la silla y de cómo era capaz de cabalgar mirando a la cola de Eneas.

—Ya veo —dijo Rickie fríamente, y casi se enfadó cuando llegaron en esta situación al portillo detrás de la casa, porque tuvo que abrirlo él y le daba miedo caerse. Como de costumbre, echó el ancla un poco más allá del cerrojo y tuvo que darle la vuelta a Dido, que resultaba tan larga como un buque de guerra. Para alivio suyo se acercó un hombre que murmuró:

—El peor portillo de la parroquia.

Luego lo empujó hasta abrirlo completamente y lo mantuvo así respetuosamente.

—Gracias —exclamó Rickie—; muchas gracias.

Pero Stephen, que entraba en el mundo con la espalda por delante, dijo majestuosamente:

—No, no; esto no cuenta. No vayas a creértelo. Y todavía lo estropeas más tocándote el sombrero. ¡Cuatro horas y siete minutos! Tendrás que volver a vértelas conmigo.

El hombre no contestó.

—Le voy a dar una paliza —canturreó Stephen mientras se colocaba otra vez en la posición normal—. Ese era Flea. Se ha olvidado de mis puños, pero le daré una paliza.

—¿Por qué? —se aventuró a preguntar Rickie.

La noche anterior, mientras fumaban, se había aburrido mortalmente escuchando la historia de Flea. Stephen le recordaba un poco a Gerald: el Gerald histórico, no el mítico. Era más simpático, pero la brutalidad era la misma; idéntica la malhumorada insistencia en la libra de carne.

—Tengo que darle una paliza para que aprenda.

—¿Aprenda qué?

—Para que aprenda, simplemente —replicó Stephen.

Ninguno de los dos se mostraba muy cortés. No es que se detestaran, pero los dos querían estar en otro sitio: exactamente la situación que Mrs.

Failing había anticipado.

—Se portó mal —dijo Rickie—, porque es más pobre y más ignorante que nosotros. Se ha gastado menos dinero en enseñarle a comportarse.

—Bueno; yo le voy a dar una lección gratis.

—¡Quizá sus puños sean más fuertes que los tuyos!

—No lo son. Los he visto.

Después de esto la conversación languideció. Rickie miraba de cuando en cuando hacia Cadover y pensaba en el insípido día que tenía por delante. En general le atraía la gente sencilla, y Stephen era un ejemplar casi puro: pertenecía al tipo de personas que habían sido para él símbolo de lo desconocido, y todo lo que hacían le resultaba interesante. Pero lo desconocido había dejado ya de interesarle. Ahora sabía.

Mr. Wilbraham les adelantó con su dócar, y se quitó el sombrero para saludar al sobrino de su patraña. A Stephen lo ignoró: no sabía dónde colocarlo en el mapa.

—Buenos días —dijo Rickie—. ¡Qué mañana tan hermosa!

—Lo que yo digo —le interpelló Stephen— ¡es que ha muerto otro niño!

Mr. Wilbraham, que parecía inclinado a hablar, azotó el caballo y los dejó atrás.

—Ese es de mucho cuidado —dijo Stephen; y después, como si fuera a hablar de un tema completamente nuevo—, ¿no te parece que Flea Thompson se portó muy mal?

—Imagino que sí. Pero no soy la persona más indicada para simpatizar contigo.

La alusión cayó en el vacío y tuvo que explicarla.

—Creo que yo hubiera hecho lo mismo: prometer una ausencia de dos horas y quedarme después cuatro.

—¿Quedarte...? Oh, oh, ya entiendo. ¿Quieres decir, por estar enamorado?

Rickie sonrió y asintió con la cabeza.

—No tengo la menor objeción a los amores de Flea. Dice que no puede evitarlo. Pero mientras mis puños sean los más fuertes, tendrá que andarse con ojo.

—¿Andarse con ojo?

—Un hombre como ése, cuando tiene una novia, cree que todo lo demás se puede ir a hacer puñetas. Falta al trabajo y no cumple su palabra.

Wilbraham debería despedirle. Te prometo que cuando yo tenga novia la mantendré a raya y si se enfada me buscaré otra.

Rickie sonrió y no dijo nada más. Pero lamentaba que alguien empezara a vivir con semejante credo: lo lamentaba aún más porque aquel credo era una caricatura del suyo. También él creía que la vida trazaba una raya: una raya de enorme longitud, llena de infinitas figuras e innumerables intereses, todos muy queridos. Pero a la mujer no había que «mantenerla» a raya. Más bien recorría esa línea continuamente, como un general triunfante, haciendo aún más interesantes y más dignas de amor todas las unidades. Amaba a Agnes no sólo por sí misma, sino porque daba esplendor a todas las cosas humanas. Pero difícilmente podía explicarle todo esto a un ser tan primitivo; de manera que no llegó a intentarlo.

Durante mucho tiempo siguieron en silencio. La colina detrás de Cadover estaba en plena recolección, y los caballos avanzaban a disgusto entre las gavillas. Stephen había recogido un tallo de hierba y estaba silbando con él. Silbaba muy bien y aquella mañana ponía toda el alma en el lamento. Porque estaba enfermo. Le torturaba el sentimiento de que no podía marcharse y hacer... hacer algo, en lugar de mostrarse cortés con aquel anémico pedante. Cuatro horas bajo la lluvia era mejor que aquello: no se había sentido a disgusto bajo la lluvia. Pero ahora el aire era como un licor, el rastrojo olía a humedad y sobre su cabeza las nubes blancas cruzaban cada vez más despacio y con menos frecuencia entre segmentos de azul cada vez más amplios. Nunca había existido una mañana semejante y Stephen cerraba los ojos y la llamaba. Y cuando lo hacía, Rickie cerraba los ojos y se estremecía.

Finalmente el tallo se rompió.

—¿Vamos más bien despacio, no es cierto? —hizo notar Stephen mientras buscaba otro por el camino.

—Quisiera que no te sintieras obligado a quedarte conmigo. Si estuvieras solo te habrías ido a galopar o algo parecido.

—Se me dijo que me amoldara a tu paso —dijo el otro con pesadumbre—. Y tú le prometiste a miss Pembroke no ir deprisa.

—Bueno; tendré que desobedecerla.

Pero no consiguió ir más allá de un suave trotecillo, que bastó, sin embargo, para tirarlo casi de la silla.

—Colócate *así* —dijo Stephen—. ¿No lo ves? *Así*.

Rickie dio un tumbo hacia adelante y se rompió una uña contra el cuello del caballo. Sangró un poco y hubo que hacerle un vendaje.

—Muchas gracias... eres muy amable... no aprietes más, por favor... lo único que estoy haciendo es echarte a perder el día.

—No entiendo que a un hombre le cueste trabajo montar. No hay más que dejarle hacer al caballo, igual que para nadar hay que dejarle hacer al agua.

Rickie le dejó hacer a Dido, que se detuvo inmediatamente.

—Dije *dejar hacer* —la voz de Stephen se alzó irritada—. No dije que te hicieras el muerto: Por supuesto que se parará si te haces el muerto. Primero montas como si fueras Sandow haciendo ejercicios y después como si fueras un cadáver. ¿No puedes decirle que estás vivo? Es todo lo que necesita.

Al tratar de transmitir esta información a la yegua, Rickie perdió el látigo. Stephen lo recogió y se lo metió en el cinturón de su chaqueta Norfolk. No podía decirse que fuera un jinete elegante. Ni siquiera resultaba armonioso. Pero montaba como un hombre que está vivo, aunque Rickie no se encontraba en condiciones de apreciarlo. Ningún músculo permanecía inactivo, pero ninguno trabajaba tampoco más de lo necesario. Cuando regresó después de una galopada sus extremidades aún seguían insatisfechas y su humor todavía irritable. No se daba cuenta de que estaba enfermo: lo ignoraba todo acerca de sí mismo.

—Montas como en un palanquín del Zoo —gruñó—. Madre Failing tendrá que comprar elefantes.

Y procedió a criticar a su benefactora. Rickie, terriblemente sensible al mal gusto, trató de pararle los pies, y sólo consiguió que se explayara con la religión. Stephen derribó la cosmogonía mosaica. Señaló las discrepancias entre los evangelios. Dirigió su inteligencia contra el chapitel más hermoso del mundo, que se recortaba ya contra el cielo del sur. De cuando en cuando daba una galopada. Al cabo de un rato Rickie dejó de escucharle y se limitó a seguir su camino. Porque Dido era una montura perfecta, y tan indiferente a los movimientos de Eneas como si estuviera paseando por los Campos Elíseos. Rickie no había dormido bien y el aire le dio sueño. El viento soplaba desde la llanura. Cadover y su valle habían desaparecido y, aunque no habían subido mucho y no divisaban demasiada extensión, se tenía sensación de espacio infinito. Los campos eran enormes, como los campos de Europa, y el brillante sol hacía resaltar sus colores adecuadamente. El

verde de los nabos, el oro de las cosechas y el marrón de los terrones recién destripados, contrastaba con el gris de la colina. Pero el efecto general era pálido, casi plateado, porque Wiltshire no es un condado de tonalidades fuertes. Bajo esos colores acechaba la greda siempre presente, y donde el suelo era pobre, asomaba. La senda, cubierta de hierba, engalanada con escabiosas y amor de hortelano, era de un blanco de nieve en lo más profundo de las rodadas. Un asombroso anfiteatro brillaba en la ladera de una colina distante, preparado para un público del Olimpo. Y aquí y allí, dondequiera que se quebraba la uniformidad, la tierra formaba pequeños terraplenes, zanjas, montículos: no faltaba dramatismo para distraer a los dioses.

En Cadover, la casa peligrosa, Agnes se había separado ya de Mrs. Failing. Los pensamientos de Rickie volvieron hacia ella. Ella, el alma de la verdad, ¿estaba a salvo? ¿Había visto su pureza vejada por las mentiras y el egoísmo? ¿Podría eludir el capricho que, como Rickie sabía vagamente, había causado sufrimientos a otras personas? ¡Ah, la fragilidad de la alegría! ¡Ah, miríadas de deseos que no llegan a realizarse y sobre los que crece el césped! Mejores hombres, mujeres igualmente nobles habían muerto allí y su polvo se había mezclado; pero sólo su polvo. Eran pensamientos morbosos, pero ¿quién se atrevía a contradecirlos? Existe la buena suerte, pero no por ello deja de ser suerte. Ninguno de nosotros está a salvo. Somos niños que juegan o pelean sobre el abismo y algunos de nosotros tenemos el temperamento de Rickie o su experiencia y lo admitimos.

Así reflexionaba Rickie, pequeña partícula llena de ansiedad, y toda la comarca parecía comentar sus temores y su amor.

La senda ascendía, remontando un gran cráneo pelado, mitad hierba mitad rastros. Parecía que a cada momento iba a presentarse ante sus ojos una vista magnífica. La vista no llegaba nunca, porque ninguna de las laderas era suficientemente empinada, y atravesaron el cráneo por espacio de muchos minutos sin que apenas se modificaran las referencias ni se alterara el límite azul de la distancia. El chapitel de Salisbury se modificó, pero muy poco, subiendo y bajando como el mercurio de un termómetro. Todo lo más llegaba a mostrar la mitad de su altura; cuando menos, su punta asomaba detrás de la hinchada barrera de tierra. Pasaron junto a dos saúcos: un gran acontecimiento. La calva en la hierba se debía a que los usaban para ahorcar. Rickie asintió con la cabeza. Había perdido por

completo el sentido de lo que estaba pasando. En este gran aislamiento — estaba más aislado que en la cordillera de los Alpes— Agnes y él flotaban solos y para siempre, entre la tierra y las nubes informes. Un silencio inmenso parecía avanzar hacia ellos. Una alondra dejó de cantar y se alegraron. Se estaban acercando al Trono de Dios. El silencio les tocó; la tierra y todos los peligros se desvanecieron, pero antes de que desaparecieran del todo, Rickie se oyó a sí mismo diciendo:

—¿Es eso exactamente lo que pretendíamos?

—Sí —dijo la voz de un hombre—; es el plan primitivo.

Estaban en otro valle, con laderas cubiertas de árboles. En lo hondo corría otro río, avanzaba otra carretera y otra cadena de pueblos encontraba protección en él. Pero todo era más rico, más grande y más hermoso: el valle del Avon por debajo de Amesbury.

—¡Me he dormido! —dijo Rickie lleno de asombro.

—¡Qué va! —dijo el otro bromeando—. ¿Sueños agradables?

—Quizá... Estoy realmente harto de pedirte perdón. ¿Cuánto tiempo llevas sujetándome?

—Va todo incluido en el trabajo del día.

Le devolvió las riendas.

—¿Qué ha sido de la colina redonda?

—Se fue a donde van los negritos buenos. Necesito echar un trago.

La naturaleza se permite un chiste en Wiltshire: sólo uno. Hay que esforzarse para remontar laderas barridas por el viento, y uno llega a sentirse muy primitivo. Se está a muchas millas de los propios compañeros cuando, de pronto, aparece un vallecito lleno de olmos y casas. Antes de que Rickie hubiera terminado de despertarse estaban parados junto a un bar con techumbre de paja y Stephen gritaba como un poseso pidiendo cerveza.

No había necesidad de gritar. Stephen no tenía mucha sed y las personas del bar estaban muy dispuestas a servirle. Tampoco tenía necesidad de beber sin apearse del caballo, como un guerrero que lleva importantes despachos y no tiene tiempo de desmontar. Un soldado de verdad, que estaba cumpliendo un encargo similar, se acercó a la taberna y Stephen temió que gritara más fuerte aún y adoptó una actitud hostil. Pero en seguida hicieron amistad, se invitaron el uno al otro, insultaron al propietario y bromearon con las muchachas bonitas; Rickie, mientras tanto, a medida que estallaba sobre su cabeza cada nueva ola de vulgaridad, la inclinaba más deseando que lo tragara la tierra. Estaba únicamente

acostumbrado a Cambridge y dentro de la Universidad a un rincón muy pequeño. Él y sus amigos creían en la libertad de expresión. Pero sólo hablaban libremente de generalidades. Su actitud era científica y filosófica. Les hubiera acobardado la libertad práctica que puede producir un poco de cerveza.

Esto era lo que le fastidiaba mientras cabalgaba por el nuevo valle con aquellos dos acompañantes que no cesaban de charlar. Estaba más versado que ellos en los principios de la existencia humana, pero le faltaba su indecente familiaridad con los ejemplos. Un sórdido escándalo pueblerino—como el que Stephen describía considerándolo un chiste monumental—nacía de ciertos defectos de la naturaleza humana con los que él estaba teóricamente familiarizado. ¡Pero el ejemplo era otra cosa! Se ruborizó como una doncella, a pesar de que existía el paralelo en un hermoso idilio de Teócrito. ¿Iba a ser la experiencia todo lo espléndida que él esperaba? ¿Era el exterior de las casas realmente hermoso?

—¡Eso tiene mucha miga! —estaba diciendo el soldado—. ¿Sabes otras historias como ésa?

—Tengo un poema —dijo Stephen sacando un trozo de papel del bolsillo.

El valle se había ensanchado. Old Sarum se alzaba delante de ellos, feo y majestuoso.

—¿Lo has escrito tú? —preguntó el soldado riendo entre dientes.

—Más bien —dijo Stephen, bajando la cabeza y besando a Eneas entre las orejas.

—Pero ¿quién es la vieja Emilia?

Rickie parpadeó y frunció el entrecejo.

—Ahora lo preguntas.

*«La vieja Emilia cojea,
y mientras...»*

—Estoy muy cansado —dijo Rickie. ¿Por qué tenía que soportarlo más? Se volvería a casa con la mujer que amaba—. ¿Te importaría que renunciara a Salisbury?

—Pero ¡si no hemos visto nada! —exclamó Stephen.

—No disfrutaría con ello y además estoy destrozado.

—Entonces, démonos la vuelta... Todo incluido en el trabajo del día — Stephen se mordió el bigote con rabia.

—¡Por amor de Dios, no me interpretes mal! Me vuelvo solo, por supuesto. No tengo ningún deseo de estropear el día. ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

Stephen lanzó un hondo suspiro de alivio.

—Si quieres irte a casa aquí tienes el látigo. No te caigas. Y dile a ella que fue idea *tuya*; si no tendré problemas.

—Claro. Gracias por haberte ocupado de mí tan amablemente.

*«La vieja Emilia cojea,
y mientras...»*

Pronto dejó de oírlos. Poco después ya no los veía. Y muy pronto salieron también de sus pensamientos. Se olvidó de la rudeza, del mucho beber y de la ingratitud. Unos meses antes no hubiera olvidado tan deprisa, y quizá hubiera detectado también algo más. Pero una persona que ama se vuelve dogmática. Para él el mundo ha de ser hermoso y puro. Cuando no lo es, lo ignora.

—No está cansado —dijo Stephen al soldado—; echa de menos a su novia.

Se hicieron guiños el uno al otro y bromearon sobre la eterna comedia del amor. Se preguntaron mutuamente si permitirían que una chica estropear un buen paseo a caballo por la mañana. Los dos exhibieron un profundo cinismo. Stephen, que carecía por completo de moderación, describió a los habitantes de Cadover: en su opinión era probable que Rickie encontrara a miss Pembroke besando al criado.

—Yo diría más bien al criado besando a la vieja Emilia.

—¡Qué día tan agradable! —dijo Stephen. Su voz se había vuelto tensa repentinamente. No estaba ya tan seguro de que le gustara el soldado ni de haber demostrado mucha prudencia al enseñarle sus composiciones.

*«La vieja Emilia cojea,
y mientras...»*

—Está bien, Thomas. Ya vale.

«La vieja Emilia...»

—Me gustaría que lo dejaras, como un buen chico. Después de todo, este caballo es de la señora, ¡maldita sea!

—¡Claaaro!

—¿No te das cuenta?... cuando un individuo monta un caballo, no puede permitir que otro... vamos... ¿no lo entiendes?

El soldado se daba cuenta.

—Tiene sentido —dijo aprobadoramente.

Se restableció la paz, y hubieran llegado a Salisbury de no pararse a tomar un poco más de cerveza. Esto excitó otra vez la fantasía del soldado, con lo que volvió a hablar de la vieja Emilia y recitó el poema, con variaciones al estilo de Aristófanes.

—¡Qué día tan agradable! —repitió Stephen, arqueando las cejas y lanzando una rápida ojeada al cuerpo del otro. Después le advirtió en contra de las variaciones. Acto seguido se vio acusado de ser miembro de la Asociación de Jóvenes Cristianos. Al oírlo le hirvió la sangre en las venas. Rechazó la acusación, y por tercera vez se hizo muy amigo del soldado.

—¿Alguna objeción a «los desvergonzados Mr. y Mrs. Tackleton»?

—Claro que no.

El soldado cantó «los desvergonzados Mr. y Mrs. Tackleton». Es realmente una obra para dos voces, y casi toda la desvergüenza desaparece al cantarla una sola persona. Y tampoco es cierto que Mrs. Tackleton se llame Emilia.

—Esa canción es bien estúpida —dijo Stephen enfadado—. No estoy dispuesto a que me tomen el pelo.

—Quizá te guste más esta vieja canción. Escucha.

*«De todas las chicas del callejón
ninguna como la guapa Emilia
que me tiene robado el corazón...»*

—No, eso está equivocado —y Stephen acercó su caballo al del cantor.

—Está bien.

—No lo está.

—Así es como me la enseñó mi madre.

—Me da lo mismo.

—Pues yo la canto como la cantaba mi madre.

Stephen se desconcertó. Después dijo:

—¿Y cómo consigues tu madre que rime?

—¿Qué?

—No te muevas. Eres un asno, pero yo no. Los poemas tienen que rimar. La línea siguiente acaba en «ventana».

El soldado dijo que «ventana» podía muy bien acabar la línea si eso le gustaba.

—No puede. Necesitas Susana. Susana... ventana. Emilia... ventana no puede ser.

—¡Emilia... familia! —exclamó el soldado, sacando a relucir una inspiración que le faltaba cuando estaba sobrio—. Mi madre me enseñó «familia».

*«Que me tiene robado el corazón,
y está viviendo con mi familia.»*

—Bien. Te conviene tener cuidado, Thomas, y a tu madre también.

—*Tu* madre no es mejor de lo que debiera ser —dijo Thomas sin mucho énfasis.

—¿Crees que eso no lo he oído antes? —replicó el muchacho.

El otro llegó a la conclusión de que a partir de aquel momento podía decir lo que se le antojara. Y así era: con la excepción del nombre de la vieja Emilia. A Stephen le preocupaba muy poco el honor de su benefactora, pero sí mucho el suyo propio. Y el nombre de Mrs. Failing servía para ponerlo a prueba. Estaba dispuesto a morir por ella, como un caballero moriría por un guante. No es posible distinguirla de un héroe.

Dejaron atrás Old Sarum. Se acercaban al chapitel más hermoso del mundo.

—¡Caramba! ¡Otra de esas iglesias tan grandes!

Impulsado por su antipatía hacia el gótico, el soldado se tapó la nariz con las dos manos y afirmó que la vieja Emilia estaba enterrada allí. Acto seguido se encontró tumbado en el barro. Su caballo echó a trotar en dirección a Amesbury. Stephen le había hecho caer de la silla.

—¡Lo he vencido! —gritó, aunque no había nadie que pudiera oírle. Se alzó sobre los estribos dejando escapar alaridos de alegría. Se abrazó al cuello de Eneas. El caballo entendió, hizo una cabriola y salió al galope. Fue un centauro lo que atravesó como un rayo las calles de Salisbury, obligando a la gente a dar carreras. En el establo no quiso desmontar.

—¡Lo he vencido! —gritó a los mozos de cuadra, gente apática. Alzándose, se colgó de una viga. Eneas siguió avanzando y él se quedó en el aire. Consiguió incomodarles extraordinariamente con sus ejercicios. Se subió a pulso, hizo volatines y dio patadas a los otros clientes. Finalmente se dejó caer a tierra, deliciosamente cansado. Su cuerpo había dejado de preocuparle.

Comportándose como el bebé que era, fue a comprarse un sombrero blanco de hilo. Había soldados por los alrededores y pensó que le serviría para disfrazarse. Después comió algo para moderar los efectos de la cerveza. El día estaba resultando admirable. Podía gastarse todo el dinero que tenía que haber utilizado para dar de comer a Rickie. En lugar de cansarse recorriendo la catedral y viendo los pingüinos disecados, podía pasarse todo el tiempo en la feria de ganado. Allí encontró a algunos amigos e hizo otros. Contempló con detenimiento a los buhoneros y se dio cuenta de lo necesario que era dar impresión de confianza en uno mismo. Habló con aire entendido sobre corderos, y la gente le escuchó. También habló con aire entendido sobre cerdos y se rieron a carcajadas. Tenía que aprender más sobre los cerdos. Presenció una actuación —no demasiado melindrosa— de Punch y Judy.

—¡Hola, Podge! —exclamó una niña traviesa.

Trató de cogerla, pero sin éxito. Era una representante de la chiquillería de Cadford. Porque en los días de mercado, aunque no sea muy pintoresco, Salisbury es por lo menos representativo, y se pueden leer los nombres de la mitad de los pueblos de Wiltshire en los carros de los transportistas. En Penny Farthing Street encontró el carro de Wintersbridge. Todavía faltaban varias horas para que saliera, pero los pasajeros lo usaban siempre como un club y se iban a sentar allí de cuando en cuando durante el día. En aquel momento había por lo menos tres señoras, contemplando las

astas del carro. Una de ellas era la novia de Flea Thompson. Stephen le preguntó muy cortésmente por qué su novio había faltado a su palabra mientras él se mojaba bajo la lluvia. Ella no contestó. El muchacho le advirtió que pronto llegaría la hora de su venganza. La chica siguió sin decir nada, pero otra mujer comentó que un caballero no debería tratar demasiado duramente a un pobre. Hubo algo en esta manifestación que molestó a Stephen; no era un asunto de caballerosidad y de pobreza: era un problema entre dos hombres. Decidió volver a Cadbury Rings, donde con toda seguridad encontraría al pastor.

Así lo hizo. Pero esta parte hay que tratarla sin darle demasiada importancia. Stephen se acercó con el aspecto de un san Jorge hasta donde estaba el culpable, dijo unas duras palabras desde la silla, ató el caballo a una valla y se quitó la chaqueta.

—¿Estás listo? —preguntó.

—Sí, señor —dijo Flea; y le hizo caer de espaldas.

—Esto no es justo —protestó Stephen.

El otro no replicó, pero al atacarle de nuevo el pastor le hizo caer de cabeza.

—¿Cómo demonios has aprendido esto?

—Practicando con frecuencia —dijo Flea.

Stephen se sentó en el suelo, quitándose el barro de la frente.

—Yo pensaba pelear con los puños —dijo sombríamente.

—Lo sé, señor.

—Lo haces francamente bien, hay que reconocerlo, y... y te pido perdón de todo corazón.

Le costó mucho trabajo decir aquello, pero estaba seguro de que era lo que había que decir. Tenía que admitir la superioridad del otro. Mientras que la mayoría de la gente, si provocan una pelea y los derriban, dicen:

—No me puedes quitar la victoria moral que he conseguido.

No quedaba nada más por hacer. Stephen montó otra vez a caballo sin sentirse exactamente deprimido, pero con la sensación de que este delicioso mundo no ofrece la menor seguridad. Nunca hubiera previsto derribar al soldado o que Flea le derribase a él. «Uno atiza o le atizan —pensó—, pero no hay forma de saberlo de antemano. No debiera sorprenderme de que mucha gente tenga más fibra de lo que yo suponía y otros, en cambio, menos. Esto no lo explica Ingersoll, pero es muy importante.» Después sus pensamientos se concentraron en un curioso incidente muchos años atrás,

cuando le habían «atizado» siendo aún un chiquillo. Andando furtivamente por aquellos bosques, se había tropezado en un estrecho vallecito con un rebaño de ovejas. Iban sin perro ni pastor, y avanzaban hacia él silenciosamente. Estaba acostumbrado a las ovejas, pero nunca se las había encontrado antes en un bosque, y aquello no le gustó. Se fue retirando, despacio primero, a todo correr después; y el rebaño, en densas masas, se apretaba tras él. Su terror creció. Se dio la vuelta y gritó mirando sus largas caras blancas; pero siguieron acercándose, todas muy juntas, como una horrible gelatina. ¡Qué monstruosidad que llegaran a atraparlo! Aullando y rechinando los dientes, se precipitó contra la maleza, lacerándose de pies a cabeza y llegando a casa atenazado aún por las convulsiones. Mr. Failing, la única persona mayor que era amigo suyo, se mostró comprensivo pero muy estúpido.

—*Pan ovium cusios* ¹⁰ —hizo notar mientras le sacaba las espinas—. ¿Por qué no? *Pan ovium cusios*.

Stephen aprendió el significado de la frase en el internado: «Pan y huevos en la cesta.» Todavía recordaba cómo miraban los otros muchachos mientras él los espiaba con la cabeza entre las piernas, aguardando a que cayera sobre él la palmeta.

Regresó así a Cadover, lleno de pensamientos agradables e inconexos. Pocas veces lo había pasado tan bien. Quería a todo el mundo —incluso al pobre Elliot— y, sin embargo, nadie tenía importancia. Se habían marchado todos. En el descansillo de la escalera vio a la doncella nueva. Se sentía juguetón e irresistible. ¿Debería pasarle el brazo alrededor de la cintura? Quizá fuera mejor no hacerlo; podía darle un capón. Y él quería fumar sobre el tejado antes de la cena. Así que se limitó a decir:

—Por favor, no permita que el chico siga limpiando mis botas marrones con crema negra.

Y ella, con los ojos bajos, contestó:

—Sí, señor, así lo haré.

La habitación de Stephen estaba en el frontón. La arquitectura clásica, como todas las cosas de este mundo que tratan de llegar a la serenidad, cae a veces irremediabilmente en la falta de dignidad, y Cadover fracasaba sin remedio al llegar a la habitación de Stephen. El muchacho disfrutaba de una ventana redonda por la que sólo podía mirar al exterior tumbado boca abajo; de una trampilla que daba a las chapas de plomo, de tres vigas de hierro, tres de madera y seis contrafuertes. Su habitación no tenía techo, a

no ser que se contaran las paredes o no tenía paredes, si es que se contaba el techo. Para colmo de confusión, disfrutaba también de la gorgoteante cisterna que proporcionaba el agua de los cuartos de baño. Allí vivía, absolutamente feliz, en total ignorancia de que Mrs. Failing le había desterrado con toda intención, para que no se le ocurriera darse aires de importancia. Allí trabajaba, cantaba y practicaba con la ocarina. Aprovechando los entrantes y salientes había construido estanterías, armarios e inútiles cajoncitos. No tenía más que un cuadro —la Deméter de Cnido—, que colgaba directamente del techo como si fuera un jamón. En otro tiempo había estado en la sala, pero Mrs. Failing se cansó de ella, por lo que fue retirada primero y posteriormente degradaba a su actual posición. Ahora se hallaba de cara a la salida del sol; y cuando salía la luna su luz también caía sobre ella y temblaba como la luz sobre el mar. Porque no estaba quieta nunca, y si la corriente aumentaba, giraba alrededor de su cuerda y se balanceaba y chocaba contra las vigas hasta que Stephen se despertaba y decía lo que pensaba de ella.

—¿Quieres que te hinche la nariz? —murmuraba—. A que te gustaría que lo hiciera.

Después se tapaba las orejas con la ropa de la cama, mientras encima de él, acunada por el viento y la oscuridad, la diosa continuaba sus movimientos.

Aquel día, al entrar, se tropezó con el montón de reimpresiones de seis peniques. Leighton se las había subido. Contempló los retratos de las portadas y empezó a pensar que aquellas personas no lo eran todo. ¡Qué horrible sería parecerse al coronel Ingersoll o casarse con Mrs. Julia P. Chunk! La diosa Deméter se volvió hacia él mientras se bañaba, y sumergido en el agua fría Stephen cantó:

*«No son hermosas, no son modestas;
me daría lo mismo seguir a una antigua diosa de piedra...»*

Y de un salto salió al tejado por la claraboya.

Años atrás, cuando una niñera le estaba lavando, se escapó de entre sus manos jabonosas instalándose allí. Ella le imploró que recordara su condición de señorito; pero él se olvidó de aquel hecho —si es que realmente era un hecho— y ni el mismo mayordomo consiguió hacerle

bajar. Mr. Failing, que estaba sentado en el jardín, demasiado enfermo para leer, oyó un grito:

—¿Soy una acrotera?

Mr. Failing miró hacia arriba y vio a un niño desnudo en difícil equilibrio sobre lo más alto de Cadover.

—Sí —replicó—; pero están pasados de moda. Métete dentro.

Y la visión había persistido en el recuerdo de Mr. Failing como algo especialmente dotado de encanto. Sintió que la insensatez y la belleza estaban íntimamente unidas —más unidas de lo que el arte reconocía—, y que las dos permanecerían cuando su propia pesadez y fealdad no existieran ya. Mrs. Failing encontró entre sus pertenencias una frase que la desconcertó. «Veo la mansión respetable. Veo la presuntuosa fortaleza de la cultura. Las puertas están cerradas. Las ventanas también. Pero sobre el techo danzan los niños eternamente.»

Stephen ya no era un niño. Nunca se ponía de pie sobre el frontón si no era por una apuesta. Nunca, o casi nunca, echaba agua chimenea abajo. Si capturaba a la gata, muy pocas veces la soltaba en el dormitorio del ama de llaves. Pero cuando hacía buen tiempo, todavía le gustaba salir allí después de bañarse y secarse al sol. Aquel día se llevó una toalla, una pipa con tabaco y el cuento de Rickie. Tenía que leérselo antes o después, y estaba cansado de las reimpresiones de seis peniques. El tejado estaba caliente y se tumbó de espaldas con los ojos cerrados, jadeando de placer. Los estorninos le criticaron, cayó hollín sobre su cuerpo limpio y por encima de él una nubecilla se tiñó con los colores del atardecer.

—¡Bien! ¡Bien! —murmuró—. ¡Bien, muy bien! —y abrió el manuscrito sin ganas.

¡Menudo invento! ¿Quién era aquella chica? ¿A dónde iba? ¿Por qué tanto hablar de los árboles?

—Imagino que lo escribió cuando no se sentía bien —murmuró, y lo dejó caer en el canalón. Al hacerlo descubrió en la contracubierta un nítido *résumé* con la letra de miss Pembroke, escrito pensando en lectores como él. «Alegoría. Hombre = civilización moderna (en sentido peyorativo). La muchacha = entrar en contacto con la naturaleza.»

¡En contacto con la naturaleza! ¡La chica era un árbol! Encendió la pipa y contempló la tierra radiante. El primer término quedaba oculto, pero se veía el pueblo con sus olmos, la calzada romana y Cadbury Rings. Allí

también había bosques y sotos de hayas coronando una colina sin vegetación. Eso sin mencionar el aire o el sol o el agua. ¡Bien, muy bien!

¡En contacto con la naturaleza! ¿De qué estupidez hablarían los libros la próxima vez? Sus ojos se cerraron. Tenía sueño. Bien, Dando una bocanada a la pipa se quedó dormido.

OceanofPDF.com

XIII

Aunque Agnes se alegró de ver regresar a su novio a la hora de la comida, se sintió al mismo tiempo bastante preocupada: sabía que a Mrs. Failing no le gustaría tener que cambiar sus planes. Su desazón estaba justificada porque tía Emily se mostró distante y preguntó si era que Stephen no se había comportado correctamente.

—No; de ninguna manera. Estuvo ocupándose de mí todo el tiempo.

—De lo cual deduzco que ha debido resultar más molesto que de ordinario.

Rickie se apresuró a elogiarle. Pero su natural ingenuidad dejaba translucir todos sus sentimientos. Su tía comprendió en seguida que no se habían entendido. Mrs. Failing lo esperaba: casi lo había planeado. Le disgustaba, sin embargo, y su resentimiento acabaría descargándose sobre Rickie.

La tormenta se formó lentamente, y muchas otras cosas contribuyeron a darle cuerpo. Las personas débiles, si no tienen cuidado, se detestan entre sí, y cuando la debilidad es hereditaria, la tentación aumenta. Los Elliot nunca se habían entendido entre ellos. Hablaban de «la familia», pero ambicionaban la salud y la belleza que era posible encontrar por el mundo sin mayores problemas. El padre de Rickie se había apoyado, al menos durante algún tiempo, en su madre. Rickie mismo había recurrido a Agnes. Y ahora Mrs. Failing se mostraba irritable e injusta con aquel sobrino, lisiado como su hermano y como ella misma. Lo encontraba sin nervio y convencional. Envidiaba su felicidad. No se molestaba en entender su arte. Anhelaba destruirle, pero sabiendo como sabía que el trueno humano rebota con frecuencia y hiere también al que lo empuña, no se decidía a hacer uso de él.

Agnes era consciente de las nubes que se acercaban. Rickie la había prevenido; ahora ella empezaba a prevenirle. Al acercarse el final de la visita le rogó que se mostrara amable con su tía para conseguir así que su estancia fuera un éxito.

Él replicó:

—¿Por qué hace falta que sea un éxito? —una réplica a la manera de Ansell.

Agnes se echó a reír.

—Eso es muy propio de los hombres: ¡todo teoría! ¿Qué se ha hecho de tu gran principio sobre la necesidad de no odiar a nadie? En cuanto no te conviene te olvidas de él.

—No odio a tía Emily. De verdad. Pero no quiero estar cerca de ella ni pensar en ella. ¿No crees como yo que hay dos cosas grandes en la vida por las que debemos esforzarnos, verdad y amor? Hay que conseguir las dos si es posible, pero al menos asegurémonos de poseer una u otra. Mi tía prescinde de las dos con tal de resultar divertida.

—Y Stephen Wonham —prosiguió Agnes—. Otra persona que odias, o en la que no quieres pensar, si prefieres decirlo así.

—La verdad es que estoy cambiando. Empiezo a entender que en el mundo hay muchas personas que no importan nada. Antes tenía tiempo para ellas. Ahora ya no.

Ahora sólo existía una puerta para entrar en el reino de los cielos.

Agnes le sorprendió al decir:

—Pero ese chico Wonham es evidentemente parte de la vida de tu tía. Se ríe de él pero le tiene afecto.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Tendrías que mostrarte agradable con él.

—¿A santo de qué?

Agnes se ruborizó un poco.

—Estoy chapada a la antigua. Debemos mostrar consideración hacia nuestra anfitriona y adaptarnos a su manera de vivir. Cuando nos marchemos ya será otra cosa. Pero mientras aceptemos su hospitalidad creo que es nuestro deber.

Se impuso el buen sentido de Agnes. A partir de entonces Rickie trató de amoldarse a las costumbres de tía Emily. Ella le estuvo observando mientras lo intentaba. La tormenta estalló un domingo, como a veces lo hacen las tormentas.

Ir a la iglesia era todo un rito en Cadover, aunque bastante peculiar. El pomposo landó se presentaba delante de la casa a las once menos cuarto. Entonces Mrs. Failing decía:

—¿Por qué tengo que apresurarme? —y después de cierto tiempo descendía los escalones vestida como todos los días. La iglesia era para ella una especie de sala de estar y se negaba incluso a llevar una cofia. A la gente de la aldea le parecía mal, pero sentían cierto orgullo al mismo

tiempo; señalaban el coche a los extraños y hacían comentarios sobre la pálida y sonriente señora que ocupaba el interior, siempre sola, siempre tarde, y con el pelo tapado con un pañuelo de buena calidad.

El domingo en cuestión, aunque llegó como de costumbre tarde, no lo hizo sola. Miss Pembroke, *en grande toilette*, se sentó a su derecha. Rickie, vestido muy sencillamente y con aire devoto, a su izquierda. Incluso Stephen acudió, murmurando que iban a oír el Benedicite, y eso nunca le había importado. Pero tuvo que enfrentarse también con la letanía y se vio obligado una vez más a salir a tomar el aire, con gran deleite de Mrs. Failing. Le encantaba ese tipo de situación. Le divertía ver a su *protégé* salirse del banco con aire de aburrimiento, atlético, desmelenado, y sin duda alguna buscando la pipa a tientas. Le gustaba tener en casa a un pagano de pura raza para escandalizar a la gente.

—Se ha ido a adorar a la naturaleza —susurró.

Rickie no levantó la vista.

—¿No te parece encantador?

Rickie no contestó.

—Encantador —susurró Agnes.

Durante el sermón Mrs. Failing estuvo analizando a sus huéspedes. Miss Pembroke: borrosa, sin imaginación, tolerable. Rickie: intolerable. «Y ¡qué pedante! —reflexionó—. Huele a biblioteca de universidad. Si fuera adecuadamente estúpido llegaría a catedrático.» Recorrió con la vista la diminuta iglesia; las columnas encaladas, el humilde suelo, el ventanal repleto de santos de color magenta. Allí estaba la esposa del vicario. Y la cofia de Mrs. Wilbraham. ¡Uf! El resto de los fieles eran pobres mujeres de caras inexpresivas, sin esperanza —las veía domingo tras domingo, pero ignoraba sus nombres—, y entre ellas algunos gañanes desganados, y los desagradables niñitos de la escuela, una fila tras otra. «¡Uf! ¡Qué sitio tan horrible! —pensó Mrs. Failing, cuyo cristianismo pertenecía al tipo que cabría calificar de “catedralicio”—. ¡Qué sitio para una mujer culta! Aunque creo que no me ha hecho perder la sensibilidad; todavía noto su fealdad tan claramente como el primer día. Y mi sobrino querrá hacerme creer que está rezando de verdad. ¡Qué hipócrita!» Por encima de ella el vicario hablaba del peligro de afanarse tras las vanidades de la vida. Mrs. Failing atesoró sus palabras y siguió reflexionando: «No soporto la afectación. Es el pecado que no tiene perdón. ¡Aire fresco! El aire fresco

que ha hecho a Stephen Wonham sencillo, fuerte y simpático. Aunque tenga efectos letales, voy a dejar que entre el aire fresco.»

Así razonaba Mrs. Failing, dejándose llevar por una fácil vena de ibsenismo. Se imaginaba a sí misma como una heroína escandinava capaz de ver las cosas desapasionadamente. En realidad era una anciana señora inglesa, a quien no le importaba provocar un escalofrío en otras personas con tal de que no resultara contagioso.

Agnes notó durante el camino de vuelta que su anfitriona se mostraba un poquito irritable. Pero se está siempre tan hambriento después del servicio matutino y se tiene además tanto calor o tanto frío que sólo un santo podría salir de la iglesia ya santificado. Mrs. Failing fue cortésmente abandonada a sí misma después de afirmar vindicativamente que era imposible ganarse la vida con la literatura. El rosbif y el vino de Mosela pueden hacer milagros, y Agnes todavía tenía esperanzas de conseguir las recomendaciones —recomendaciones para ciertos editores y personas relacionadas con la literatura— que constituían la meta última de toda su diplomacia. Rickie no haría nada por sí mismo. Era su pecado capital. Menos mal que iba a tener una esposa amante que no ignoraba el valor del espíritu de iniciativa.

Desgraciadamente la comida se retrasó un cuarto de hora, y durante esos quince minutos la tía y el sobrino se pelearon. Mrs. Failing estuvo hablando en contra del servicio religioso al que acababan de asistir, y Rickie le replicó con deliberada calma:

—Si la religión organizada significa algo, y para mí tiene significación, no puede destruirla un armonio deficiente ni un sermón aburrido.

Mrs. Failing frunció el entrecejo.

—Te envidio. Es una gran ventaja no tener sentido de la belleza.

—Creo que no carezco de él, y a veces hace que me confunda si no tengo cuidado.

—Eso es un gran consuelo para mí. ¡Estaba convencida de que todos los jóvenes de hoy eran agnósticos! ¿No está de moda en Cambridge el agnosticismo?

—No creo que se deba hablar de moda tratándose de cosas tan serias. Si en Cambridge hay unos cuantos agnósticos, es porque tienen serios motivos para ello y no porque les irrite cómo pronuncia las vocales un párroco.

Agnes decidió intervenir.

—Bueno, yo me pongo de parte de tía Emily. Creo en el ritual.

—No te pongas de mi parte, querida. Dirá que tampoco tú tienes sentido de la religión.

—Perdóname —dijo Rickie (quizá también él tenía bastante hambre) —, pero nunca he sugerido una cosa así. ¿Por qué te cuesta tanto entender mi postura? Casi tengo la impresión de que no quieres hacerlo.

—Trato de entender tu postura de día y de noche, querido: lo que quieres decir, lo que te gusta, por qué has venido a Cadover y por qué sigues aquí si mi presencia te resulta tan claramente desagradable.

—La comida está servida —dijo Leighton, pero lo dijo demasiado tarde.

Comentaron lacónicamente el rosbif y el vino de Mosela. El ambiente era pesado y ominoso. Hasta el mismo Stephen se vio afectado por él: tuvo escalofríos varias veces, se atragantó y acabó por salir de nuevo a tomar el aire. No entendía a las personas inteligentes.

Agnes, en un breve y angustiado aparte, aconsejó al culpable que se fuera solo a dar un paseo. Ella iría a hablar con tía Emily y allanaría el camino para que pudiera pedirle perdón.

—No te preocupes demasiado. En realidad no tiene importancia.

—Supongo que no, querido. Pero es una pena, teniendo en cuenta que nuestra visita está casi terminando.

—La mala educación y el mal humor sí tienen importancia, y yo me he hecho culpable de los dos: lo siento, y espero que ella acepte mis disculpas. Pero egoístamente considerado me da exactamente igual. Tía Emily no significa para nosotros más que el tal Wonham o el pinche.

—¿Por dónde vas a pasear?

—Creo que iré hacia la antigua fortificación. Mírala.

Estaban sentados en los escalones de la entrada. Rickie extendió la mano hacia Cadbury Rings y después la dejó descansar un momento sobre el hombro de Agnes.

—Me estás cambiando —dijo tiernamente—. Que Dios te bendiga por ello.

Rickie disfrutó con su paseo. Gadford era un pueblo encantador, y durante algún tiempo se detuvo en el puente junto al molino. La corriente era tan transparente que no parecía agua, sino una invisible quintaesencia en la que vibraban las plantas y los veloces pececillos. Volvió a detenerse en el

cruce romano y pensó por un momento en el desconocido niño arrollado por el tren. Las vías hacían una curva muy brusca: no cabía duda de que era un sitio peligroso. Después alzó los ojos hacia la altura. La fortificación parecía marcar el borde de un platillo, y sobre la estrecha línea asomaba la copa del árbol que crecía en el centro. Debía de ser interesante. Apresuró el paso con el viento a la espalda.

Los Rings eran más curiosos que impresionantes. Los parapetos no tenían más de doce pies de altura y la hierba carecía del exquisito color verde de Old Sarum; era más bien gris e hirsuta. Pero la naturaleza (si es que la naturaleza dispone las cosas) había dispuesto que desde ellos se dominara por lo menos una hermosa vista. Toda la geografía de la zona quedaba desplegada ante Rickie, y pudo hacerse una idea mucho más clara de la conseguida con su laborioso paseo a caballo. Vio cómo todo el agua convergía hacia Salisbury; cómo Salisbury yacía en una cuenca poco profunda, justo en donde se modifica la estructura del suelo. En dirección al norte vio la llanura y la corriente del Cad descendiendo desde allí, con un afluente que surgía de la nada, como suelen hacerlo las corrientes sobre lechos de greda: un pueblo se apretujaba alrededor de su nacimiento, cubriéndolo de árboles. Vio Old Sarum, el principio del valle de Avon y los campos por encima de Stonehenge. Por detrás contempló el gran bosque que se iniciaba muy discretamente, como si también la altura necesitara un afeitado; por su interior se deslizaba la carretera hacia Londres, manchando los arbustos de polvo blanco. La greda hacía que el polvo fuera blanco y el agua clara; era la causa de los nítidos perfiles redondeados del paisaje y favorecía también la hierba y los distantes bosquecillos. Rickie contemplaba el corazón de la isla que es Inglaterra: los Chilterns, los North Downs y los South Downs se inician allí. Las fibras de Inglaterra se unen en Wiltshire, y si los ingleses se decidieran a rendir culto a su país, allí deberían levantar su santuario nacional.

Los ingleses de entonces trataban de pensar en términos imperiales. Rickie se preguntaba cómo conseguían hacerlo, porque él era incapaz de interesarse por un lugar más espacioso que Inglaterra. Otras personas hablaban de Italia, la patria espiritual de muchos más pueblos. Quizá Italia resultaría maravillosa. Pero de momento la concebía como algo exótico, que había que admirar y reverenciar, pero no algo que pudiera amarse como aquellos campos tan humildes. Sacó un libro —era algo natural en él leer y leer en voz alta cuando se sentía feliz—, y durante algún tiempo su voz

quebró el silencio de aquella gloriosa tarde. El libro contenía los poemas de Shelley y se abrió por un pasaje que le había entusiasmado dos años antes y que había marcado como «muy bueno».

*Nunca he pertenecido a la gran masa
de los que piensan que cada uno debiera escoger
en el mundo, una amante o un amigo,
y todo lo demás, aunque bello y prudente, abandonar
a la más fría indiferencia; aunque sé que es el código
de la moral moderna, y la senda trillada
que recorren con paso cansino esos pobres esclavos
que avanzan hacia su morada entre los muertos
por la amplia senda del mundo; y de esa manera
con un triste amigo —quizás un enemigo envidioso—
cumplen el más largo y aburrido de los viajes.*

«Muy bueno»: excelente poesía y, hasta cierto punto, era verdad lo que decía. Sin embargo, le sorprendió haberlo seleccionado con tanta vehemencia. Aquella tarde le parecía un poco inhumano. A media milla de distancia unos novios estaban juntos en donde todos los habitantes del pueblo podían verlos. Nada más les interesaba; cada uno sentía sólo la presión del otro cuerpo, y así avanzaban, silenciosos y ajenos a todo, atravesando los campos. Le pareció que estaban más cerca de la verdad que Shelley. Incluso aunque sufrieran o se pelearan, seguirían estando más cerca de la verdad. Quizá eran Henry Adams y Jessica Thompson, los dos de esta parroquia, cuyas amonestaciones habían sido leídas por segunda vez aquella mañana en la iglesia. ¿Por qué no podía él casarse con quince chelines a la semana? Los contempló con respeto y deseó no ser un caballero, abrumado por innúmeras restricciones sociales.

Acto seguido vio algo menos agradable: el carricoche de su tía. Había cruzado la vía del tren y avanzaba por la calzada romana a lo largo de los montones de paja. Su primer impulso fue alejarse, pero alguien le saludó. Era Agnes. Agitaba el brazo continuamente como diciendo «Espéranos». La misma Mrs. Failing alzó el látigo de manera desganada. Stephen Wonham les seguía a pie a cierta distancia. Rickie guardó el libro en el bolsillo y esperó. Cuando el coche se detuvo junto a unas vallas bajó del parapeto y las ayudó a apearse. Se sentía bastante nervioso.

Su tía le obsequió con una de sus inquietantes sonrisas, pero dijo con bastante amabilidad:

—¿No es cierto que los Rings tienen algo de grandioso? Agnes y yo hemos venido aquí porque queríamos un antídoto contra los servicios de esta mañana.

—¡Pang! —dijo la campana de la iglesia repentinamente—; ¡pang! ¡pang!

Sonaba mezquina y ridícula. Todos se echaron a reír. Rickie se ruborizó, y Agnes, con una mirada que quería decir «pídele perdón», se dio la vuelta y corrió hacia el parapeto como si fuera incapaz de resistir la curiosidad.

—El pony no quiere moverse —dijo Mrs. Failing—. Deja que lo ate Stephen. ¿Vienes conmigo hasta el árbol del centro? Estoy cansada. Dame el brazo, a no ser que tú también estés cansado.

—No. Vine hasta aquí en parte con la esperanza de poder ayudarte.

—Muy amable.

Mrs. Failing comparó su descarada generosidad con la dureza de Stephen. Stephen nunca acudía para ayudar. Pero si uno se apoyaba en él, sostenía de verdad. No vacilaba ni se doblaba en el momento crítico. Fantaseando comparó a Rickie con la campana hendida de la iglesia, lanzando su mensaje de «¡Pang! ¡pang!» por los alrededores y a Stephen con los jóvenes paganos que según se decía estaban enterrados en aquel campo guardando su oro.

—Este sitio está lleno de fantasmas —hizo notar—; ¿no has visto ninguno?

—No he pasado del círculo exterior.

—Lleguemos hasta el árbol del centro.

—Ese es el camino.

El parapeto cubierto de hierba donde Rickie había estado sentado, presentaba una hendidura por la que habían entrado los carros romanos y ahora entraban los de la granja. El camino, que seguía la antigua senda atravesando los nabos, conducía directamente a otra hendidura en el segundo parapeto, y desde allí, cruzando entre más nabos, llevaba hasta el árbol central.

—¡Pang! —dijo la campana mientras hacían una pausa antes de entrar.

—¡No hace falta que desenganches el caballo! —gritó Mrs. Failing, porque Stephen se estaba acercando al carricoche.

—¿Qué importa! —replicó él.

—Claro que lo harás, por supuesto —murmuró Mrs. Failing con una sonrisa—. Me gustaría que tu hermano no fuera tan engreído. Sigamos. ¿No te molesta el sonido de esa campana?

—Aquí llega muy débilmente —dijo Rickie.

Y todavía sonaba más débilmente dentro, a pesar de que los parapetos no eran ni muy anchos ni muy altos; la vista, aunque sin desaparecer, quedaba muy disminuida. Rickie se acordó por un momento de la hondonada de greda cerca de Madingley, cuyos terraplenes excluían el mundo familiar. Agnes estaba ahora en los Rings como también antes estuvo allí. Permanecía de pie sobre el parapeto en el lado opuesto, esperando que cruzaran el centro del campamento.

—Admira mis remolachas forrajeras —dijo Mrs. Failing—. Dicen que crecen tanto debido a los soldados muertos. ¿No te parece una idea bastante perversa? ¿Tengo que decirte que procede de tu hermano?

—¿De Wonham...? —sugirió Rickie. Era la segunda vez que su tía había tenido aquel pequeño desliz.

Mrs. Failing asintió con la cabeza, y Rickie le preguntó qué clase de fantasmas albergaba aquel extraño campo.

—El diablo —fue su rápida respuesta—. Se reclina contra el árbol del centro, especialmente los domingos por la tarde, y sus adoradores se alzan entre los nabos y danzan a su alrededor.

—Estoy seguro de que eran buena gente —replicó él mirando hacia el suelo—: soldados y pastores. Y no creo que tenga fantasmas. Adoraban a Marte o a Pan, quizás a Erda; nunca al demonio.

—¡Pang! —repitió la campana; después guardó silencio, porque había empezado el servicio de la tarde. Entraron en el segundo parapeto, que era similar al primero en altura, anchura y composición y ocultaba la vista casi por completo. Mrs. Failing seguía mostrándose amistosa. Agnes continuaba inmóvil, contemplándolos desde lejos.

—Los soldados quizá parezcan buenas personas como parte del pasado —continuó Mrs. Failing—, pero espera a que se conviertan en los reclutas de Bulford Camp, que roban las gallinas.

—No tengo nada en contra de Bulford Camp —dijo Rickie, buscando con la vista algún signo de sus blancas tiendas, sin conseguirlo—. Los reclutas son hijos de los hombres enterrados aquí y han vuelto a la patria

chica. La guerra es terrible, pero a todo el mundo le gusta la continuidad. Y a nadie le puede parecer mal un pastor.

—¡Vaya! ¿Qué me dices de tu hermano? ¿No es el pastor más auténtico que haya existido jamás? ¡Mira lo mucho que te aburre! Así que no te pongas tan sentimental.

—Pero... quieres decir...

—Tu hermano Stephen.

Rickie miró a su tía, poseído de nerviosismo. Nunca le había parecido tan extraña. Quizá era una alusión literaria que él no había sabido captar; pero el rostro de Mrs. Failing no sugería en aquel momento nada relacionado con la literatura. Usando el tono considerado que se usa para hablar con personas ancianas y achacosas, Rickie dijo:

—Stephen Wonham no es hermano mío, tía Emily.

—Querido, ¿cómo te gusta puntualizar! No es posible decir «hermanastro» todas las veces.

Se acercaban al árbol del centro.

—Quieres desconcertarme —dijo Rickie, soltando el brazo de Mrs. Failing y echándose a reír—. ¿Cómo es posible que yo tenga un hermanastro?

Tía Emily no respondió.

Entonces el pánico se abalanzó sobre él, y Rickie lo rechazó y se dijo: «No voy a asustarme.» El árbol del centro empezó a girar; luego desapareció y Rickie vio un apartamento: el piso donde su padre había vivido en Londres. «Con calma —se dijo a sí mismo—. Con calma.»

—Yo, con un hermano... más joven... no es posible.

El pánico le agarrotó las piernas otra vez, y exclamó:

—¡Es una sucia mentira!

—¡Querido!

—¡Es una sucia mentira! No fue... No voy a permitir...

—Querido, antes de decir unas cuantas frases altisonantes, recuerda que es mucho peor para él que para ti... mucho peor para tu hermano, para tu hermanastro, para tu hermano menor.

Pero Rickie había dejado de oírla. Miraba hacia el pasado, que él había alabado unos instantes antes y que se abría ahora desmesuradamente ante él, como una tumba profanada. Se volviera hacia donde se volviera lo rodeaba por todas partes. Tomó forma visible: era el doble parapeto de los Rings. Sintió una gran sequedad en la boca y comprendió que iba a

desmayarse entre los muertos. Echó a correr, no acertó con la hendidura, tropezó con el parapeto interior, cayendo en la oscuridad...

—Hay que ponerle con la cabeza hacia abajo —dijo una voz—. Que le circule otra vez la sangre. Es todo lo que necesita. Déjemelo a mí. ¡Elliot! —la sangre estaba volviendo—. ¡Elliot, despierta!

Se despertó. La tierra que le había asustado estaba muy cerca de sus ojos y parecía hermosa. Vio la estructura de los terrones. Un diminuto escarabajo se balanceó sobre un tallo de hierba. Notó una mano que le apretaba el cuello, guiando la sangre hacia el cerebro.

Entonces se escapó de él un grito, no de horror, sino de aceptación. Por un instante comprendió.

—Stephen... —empezó, e inmediatamente oyó que alguien repetía su nombre:

—¡Rickie, Rickie!

Agnes venía a toda prisa desde su puesto en el parapeto y, como si también comprendiera, lo apretó contra su pecho.

Stephen volvió a ofrecer su ayuda, pero al descubrir que su presencia dificultaba las cosas, se apartó para dejarles pasar y después se dirigió hacia el árbol con paso lento y tranquilo. Se podía ver todo el campamento con sus círculos concéntricos, y las anchas hojas de los nabos se agitaban al viento. Miss Pembroke y Elliot iban ya camino de Cadover. Mrs. Failing, de pie, los contemplaba a su vez desde el opuesto parapeto. Stephen no era curioso; pero mientras se recostaba contra el árbol se preguntó qué habría pasado y si alguna vez llegaría a saberlo.

XIV

Durante el camino de vuelta —en el mismo cruce donde se había detenido a la ida— Rickie se paró bruscamente y le explicó a su novia por qué se había desmayado. Hasta entonces Agnes se lo había estado preguntando en vano. Rickie no fue capaz de matizar su voz y se lo dijo áspera y brutalmente, de manera que ella dio un paso atrás lanzando un grito de horror. Entonces la actitud de Rickie se modificó y le preguntó:

—¿Te parece mal? ¿Vas a darle importancia?

—Claro que me importa —susurró Agnes. Se dio la vuelta y vio recortadas contra el horizonte dos figuras que parecían de enorme tamaño.

—Nos están vigilando. Están de pie sobre el borde vigilándonos. Esta zona es tan llana... no... no se puede... nos vigilan vayamos donde vayamos. Es lógico que te importe, claro.

Oyeron el traqueteo del tren y Agnes consiguió calmarse.

—Vamos, querido, nos atropellará el tren como nos descuidemos. Estamos diciendo cosas que no tienen sentido.

Pero en el camino de vuelta, Rickie repitió:

—Todavía pueden vernos. Desde donde están se ve toda la carretera. Nos vigilarán eternamente.

Y cuando llegaron a los escalones, efectivamente, todavía estaban allí las dos figuras, mirándoles desde el círculo exterior de los Rings.

Agnes hizo que Rickie se fuera inmediatamente a su habitación: estaba al borde de un ataque histérico. Leighton trajo té para ella y se sentó a beberlo en la terracita. Por supuesto que a Agnes le importaba. Una vez más se veía amenazada por lo anormal. Todo parecía tan conveniente y tan simple, tan de acuerdo con sus ideas; y de pronto este horror salía a la superficie como un cadáver. Vio descender a las dos figuras y detenerse a una de ellas mientras la otra enganchaba el pony; vio que se dirigían hacia la casa y comprendió que muy pronto tendría que enfrentarse con ellos y con el mundo. Agnes lanzó una mirada a su anillo de compromiso.

Cuando llegó el carricoche, Mrs. Failing se apeó, pero no dijo nada. Fue Stephen quien preguntó por Rickie. Agnes, casi incapaz de reconocer el sonido de su propia voz, replicó que estaba un poco cansado.

—Lleva el caballo al establo —dijo Mrs. Failing con voz cortante—. Agnes, dame un poco de té.

—Está bastante fuerte —dijo Agnes mientras el carricoche se alejaba dejándolas solas. Entonces se dio cuenta de que Mrs. Failing también estaba nerviosa. Le temblaban los labios y vio marcharse al muchacho con manifiesto alivio.

—¿Sabes —dijo precipitadamente, como si hablara contra reloj—, sabes la causa del trastorno de Rickie?

—Ciertamente.

—¿Se lo ha contado a alguien más?

—Creo que no.

—Agnes... ¿me he portado como una estúpida?

—Ha sido usted muy cruel —dijo la muchacha; y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Por un momento Mrs. Failing se enfadó.

—¿Cruel? No creo haber sido cruel en absoluto. Hay que mirar los hechos cara a cara. Rickie tenía que enfrentarse con sus fantasmas antes o después. ¿Por qué no esta tarde?

Agnes se puso de pie con tranquila dignidad, pero las lágrimas acudieron más deprisa.

—Eso no es cierto. Usted se lo dijo para herirle. No entiendo para qué lo ha hecho. Imagino que porque ha sido descortés con usted después de ir a la iglesia. Es una venganza mezquina y cobarde.

—¿Qué...? ¿Qué dirías si fuera una mentira?

—En ese caso, Mrs. Failing, ha hecho usted una cosa repulsiva. No hay otra palabra. Lo que ha hecho es repulsivo. Lo siento, no soy nadie, siento hablar así. ¿Cómo ha *podido usted*, cómo ha podido usted rebajarse de esa manera? Incluso un pobre...

Su indignación tenía calidad y era genuina. Pero las lágrimas habían desaparecido. Nada amenazaba su futuro si Rickie y Stephen no eran en realidad hermanos.

—No es una mentira, querida; siéntate. Puedo jurarlo con toda la solemnidad necesaria. No es mentira, pero...

Agnes esperó.

—... podemos considerarlo una mentira si queremos.

—Eso es una chiquillada. Está dicho y todos tenemos que sufrir. Usted ya se ha divertido: porque tengo que llegar a la conclusión de que lo ha

hecho para divertirse. No puede volverse atrás. El...

Agnes señaló la dirección del establo y no pudo terminar la frase.

—No he sido estúpida dos veces.

Agnes no entendía.

—¿No te das cuenta? A Stephen no le he dicho una sola palabra, ni antes ni ahora.

Se produjo un largo silencio.

Era cierto que Mrs. Failing estaba en una posición muy incómoda. Rickie la había irritado y, en su deseo de mortificarle, había puesto en peligro su propia tranquilidad. En los Rings se había sentido absolutamente liberada de cualquier convención al lanzar aquel horror contra Rickie; pero ahora también le estaba clavando a ella el aguijón. Supongamos que el escándalo se hiciera público. Stephen, que carecía de delicadeza, se lo contaría a la gente igual que si les estuviera diciendo la hora. Su paganismo podía resultar demasiado combativo; incluso hasta de mal gusto. Después de todo, ella tenía una posición muy importante en la región; se hablaba de ella, se la respetaba, se la trataba con consideración. Y se estaba haciendo vieja. De manera que, aunque no le importaba Rickie, ni Agnes, ni Stephen ni los padres de Stephen, en cuya tragedia había intervenido, tuvo la impresión de que si el escándalo revivía podía perturbar el equilibrio de Cadover, y decidió echarse atrás. No es difícil decir cosas desagradables, pero es muy diferente tener alguna relación con esas mismas cosas. No era un asunto de vida o muerte, pero sí de tranquilidad y desasosiego.

El sonido de unos pasos sobre la grava rompió el silencio. Agnes dijo apresuradamente:

—¿Es cierto... que él no sabe nada?

—Rickie, tú y yo somos los únicos seres vivos que lo saben. Stephen es consciente de lo que es con una claridad que a veces resulta alarmante. En cuanto a quién es, ni lo sabe ni le interesa. Imagino que lo sabrá cuando yo me muera. Hay documentos.

—Tía Emily, antes de que él llegue, ¿me dejas decirte que siento haberme mostrado tan descortés?

A Mrs. Failing no le había parecido mal su coraje.

—Sí, querida; puedes decirlo. Hoy estamos todos salidos de nuestras casillas. Siéntate otra vez a mi lado.

Agnes obedeció y aguardaron la llegada de Stephen. Eran lo suficientemente inteligentes para entenderse. Había que silenciar aquel

asunto. La dama de más edad tenía que reparar las consecuencias de su petulancia. La muchacha tenía que ocultar el baldón en la familia de su futuro esposo. ¿Por qué no? ¿A quién se perjudicaba? ¿Qué falta le hace a un hombre hecho y derecho un hermano adulto? ¡Qué agradecido les quedaría Rickie por haberle salvado!

—¡Stephen!

—Sí.

—Estoy cansada de ti. ¿Por qué no te vas a bañar al mar?

—De acuerdo.

Y así quedó zanjado el asunto. A Mrs. Failing no le gustaban las cosas complicadas y a Stephen tampoco. El muchacho se sentó en la escalera para apretarse los cordones de las botas. Estaría listo en cuanto terminara. Mrs. Failing depositó dos o tres soberanos en el escalón encima de donde estaba sentado. Agnes intentó iniciar una conversación y dijo, mirando hacia otro sitio, que el mar estaba muy lejos.

—El mar está abajo. Es todo lo que sé de él.

Recogió el dinero con una exclamación de placer: seguía siendo como un niño en aquellas cosas. Después se puso en marcha, aunque despacio, porque tenía intención de seguir andando hasta la mañana siguiente.

—Tardará varios días en volver —dijo Mrs. Failing—. La comedia ha terminado. Entremos en la casa.

Mrs. Failing fue a su habitación. La tormenta creada por ella misma la había dejado destrozada. Sin embargo, como por el momento parecía dominada, adoptó otra vez su actitud indiferente y habló de ella como de una comedia.

En cuanto a miss Pembroke, no trató en absoluto de afectar indiferencia. Personas como «Stephen Wonham» eran truenos sociales que había que evitar a cualquier precio o casi a cualquier precio. Su alegría no tenía nada de artificial y se apresuró a subir las escaleras para comunicarle a Rickie la noticia.

«Creo que no se nos recompensa por hacer las cosas bien, pero sí se nos castiga si mentimos. Está de moda reírse de la justicia poética, pero yo por lo menos creo a medias en ella. Arroja pan amargo al agua y al cabo del tiempo volverás a encontrarlo.» Eran palabras de Mr. Failing. También era ésa la opinión de Stewart Ansell, otra persona poco práctica. Rickie estaba tratando de escribirle cuando Agnes entró en la habitación con la buena nueva.

—¡Querido, nos hemos salvado! Él no está enterado y no se enterará nunca. No sabes lo contenta que estoy. Tía Emily no le contó nada mientras estaban juntos allá en lo alto. Procuraba mantenerle apartado, por si tú dejabas escapar algo. ¡Tía Emily me gusta! Puede que sea imprudente, pero es muy simpática, de verdad. Dijo: «He cometido una estupidez pero no la he repetido.» Tienes que perdonarla, Rickie. Yo la he perdonado ya y ella a mí; porque al principio me enfadé mucho con ella. ¡Qué contenta estoy, querido!

Rickie temblaba de arriba abajo y no pudo contestarle. Por fin dijo:

—¿Por qué no se lo ha dicho?

—Porque se le ha pasado la ofuscación.

—Pero no se puede uno comportar así con las personas. Tiene que decírselo.

—¿Por qué?

—Porque Stephen tiene que saber una cosa tan importante como ésa.

—¿Una cosa tan importante? —repitió la muchacha, mientras su frente se llenaba de arrugas—. ¿Quieres... quieres decir que te alegras de ello?

La cabeza de Rickie se inclinó sobre la carta que estaba escribiendo.

—¡Cielos, no! Pero es un hecho real. Tiene que decírselo. Casi se lo dije yo mismo, allí arriba, cuando me puso mirando al suelo, pero tú impediste que lo hiciera.

¡Cómo les había ayudado la providencia!

—Tía Emily no se lo dirá. De eso estoy segura.

—Entonces, Agnes, querida —la acercó a la mesa—, tenemos que hablar tú y yo. Si ella no lo hace, debemos hacerlo nosotros.

—¿Decírselo *nosotros*? —exclamó la muchacha, palideciendo de horror—. ¿Decírselo ahora que todo ha quedado completamente arreglado?

—Pero, querida —Rickie le cogió una mano—, lo que hay que hacer es pensar bien las cosas y decidir lo que está bien. Estoy temblando todavía y me siento muy estúpido. Veo muchas cosas mezcladas. Quiero que tú me ayudes. Me parece que de vez en cuando encontramos en la vida una persona o un incidente de carácter simbólico. No es nada en sí mismo, pero en ese momento representa un principio eterno. Si lo aceptamos, cueste lo que cueste, hemos aceptado la vida. Pero si nos asustamos y lo rechazamos, la ocasión, por decirlo así, desaparece; el símbolo no vuelve a ofrecérsenos jamás. ¿Te parece que no tiene sentido? Ya una vez un símbolo me fue ofrecido; no voy a decirte cómo. Pero lo acepté y lo cuidé a pesar de la

ansiedad y de la repulsión que me producía. Y al final he sido recompensado. No habrá recompensa esta vez, creo, de semejante hombre... del hijo de semejante padre. Pero quiero hacer lo que esté bien.

—Porque hacer lo que está bien encierra en sí mismo su recompensa —dijo Agnes, presa de ansiedad.

—Me parece que no. He visto muy pocos ejemplos de eso. Hacer lo que está bien es simplemente hacer lo que está bien.

—Creo que todo lo que dices es extraordinariamente inteligente; pero puesto que me lo preguntas, te diré que *no tiene* el menor sentido; puedes estar seguro, querido.

—Gracias —dijo él humildemente, y empezó a acariciarle la mano—. Pero toda mi repugnancia... la indignación hacia mi padre... el amor por... —no pudo seguir; era incapaz de mencionar el nombre de su madre—. Estaba tratando de decir que no debo fiarme mucho de esos impulsos. Hay otras cosas. Existe la verdad. Nuestro deber de aceptar la existencia de cualquier persona, por muy indeseable que sea. Y dejando los ideales a un lado —al llegar a este punto Agnes había ganado ya la batalla—... dejando los ideales a un lado, no podría verle y guardar silencio. Eso no sabría hacerlo. Lo revelaría todo.

—¡Pero si no lo vas a ver! —exclamó ella—. Está todo arreglado. Le hemos mandado al mar. ¿No es espléndido? Se ha marchado. Mi muchachito no se entregará a la fantasía, ¿verdad? —y a continuación Agnes luchó contra la fantasía en su propio campo—. Por cierto, lo que llamas el «momento simbólico» ha pasado ya. Lo tuviste en los Ring. Trataste de decírselo. Yo te interrumpí. No tienes la culpa. Hiciste todo lo que estaba en tu mano.

Esto le pareció un razonamiento excelente y le sorprendió que Rickie siguiera teniendo un aspecto tan sombrío.

—De manera que se ha ido al mar. Eso zanja la cuestión por ahora. ¿Ha dicho tía Emily algo acerca de él?

—No. Pregúntale mañana si quieres enterarte. Pregúntale amablemente. Sería terrible que no os reconciliarais antes de marcharnos y...

—¿Qué es eso?

Era Stephen llamando desde la avenida. Había vuelto. Agnes retiró la mano, desesperada.

—¡Elliot! —dijo la voz.

Estaban uno frente a otro, silenciosos e inmóviles. Luego Rickie avanzó hacia la ventana. La muchacha se apresuró a interponerse en su camino. Rickie pensó que nunca había estado tan hermosa. Le impedía que avanzara con toda franqueza y con los brazos extendidos.

—¡Elliot!

Rickie dio unos pasos más... ¿hacia qué? Quiso convencerse de que prefería ver a su hermano antes de contestar; que le sería más fácil así reconocer su existencia. Pero en lo más hondo de su ser sabía que Agnes había vencido y que él se acercaba a ella para reconocerlo así. «Si me llama otra vez...» pensó.

—¡Elliot!

—Si me llama otra vez, le contestaré, por muy indeseable que sea.

Stephen no repitió su nombre.

Había venido en realidad a buscar tabaco, pero al pasar bajo la ventana se acordó del desmayo del pobre Rickie (nada serio, según Mrs. Failing) y decidió decirle adiós. Y una o dos veces, mientras caminaba junto al río en la oscuridad, se preguntó qué se sentiría siendo tan débil: sin poder montar a caballo, sin nadar, sin preocuparse más que de libros y de una de chica.

Rickie y Agnes se abrazaron apasionadamente. El peligro les había acercado mucho. Los dos necesitaban un hogar para enfrentarse con el mundo amenazador y tumultuoso. ¡Y cuántos terribles años de trabajo y de espera les separaban todavía de ese hogar! Mientras la mantenía aún apretada, Rickie dijo:

—Estaba escribiendo a Ansell cuando entraste.

—¿Le debes carta?

—No —hizo una pausa—. Le estaba escribiendo para contarle todo esto. Él nos ayudaría. Siempre descubre lo que es importante.

—Querido, no quisiera decir nada, y sé que Mr. Ansell sabría guardar un secreto, pero ¿no hemos descubierto ya nosotros mismos lo que es importante?

Rickie se separó de ella y rompió la carta.

La conciencia de la pureza es una cosa desconcertante y a veces temible. Parece algo muy noble y empieza al unísono con la moralidad. Pero es un guía peligroso y puede apartarnos tanto de lo atractivo como de lo bueno. Agnes, en este difícil trance, la había seguido ciegamente: en parte porque era mujer y para ella significaba más de lo que pueda significar jamás para un hombre; en parte porque aunque peligrosa, la conciencia de la pureza es algo muy obvio y no exige nada de la razón. Agnes no era capaz de entender que Stephen fuera un ser humano con plenos derechos. Era ilícito, anormal, peor que un enfermo contagioso. Y Rickie, recordando de quién era hijo, adoptó gradualmente su opinión. Llegó a alegrarse de que su hermano hubiera desaparecido sin ser puesto a prueba, de que el momento simbólico hubiera sido rechazado. Stephen era el fruto del pecado; era por tanto pecador. También Rickie se convirtió en un snob en cuestiones sexuales.

Y además tenía que enterarse de los desagradables pormenores. Aquella tarde Mrs. Failing y Rickie se sentaron frente a frente en el jardín vallado. Agnes, como habían decidido previamente, les dejó solos. Rickie le hizo la pregunta a su tía pero no obtuvo respuesta.

—Estás escandalizado —dijo ella con voz dura y burlona—. Demuestras mucha sensibilidad escandalizándote y no quisiera hacerte sufrir más. Nunca volveremos a hablar de ello. Sigamos como hasta ahora. La comedia ha terminado.

Rickie no podía tolerar aquello. Sus nervios estaban destrozados y todo lo que había de noble en él se rebeló también. Para consternación de Agnes, que podía oír el diálogo aun sin ver a los interlocutores, replicó:

—Solías desconcertarme, tía Emily, pero creo entenderte por fin. Te has olvidado de cómo son otras personas. La perseverancia en el egoísmo lleva a eso. Estoy seguro. Ahora comprendo cómo miras el mundo. «¡Demuestro mucha sensibilidad escandalizándome!» Quiero marcharme mañana, si es posible.

—Ciertamente, querido. Los mejores trenes son los que salen a primera hora.

Y así terminó la desastrosa visita.

Mientras Rickie volvía hacia la casa se tropezó con una pobre mujer. Stephen había salvado a su hijo en el paso a nivel y después de algunas vacilaciones la madre había decidido venir a darle las gracias en persona. «Tiene cierto coraje elemental», pensó Rickie «y tuvo la elegancia de no mencionarlo». Pero le había etiquetado ya como «malo» y no era cuestión de entretenerse más de la cuenta con sus buenas cualidades. Rickie prefirió meditar sobre su vulgaridad, sobre su desvergonzada ingratitud y su irreligiosidad. Con estos elementos construyó una figura repulsiva, olvidando lo limitado de sus propias percepciones durante la semana anterior; olvidando el dogmatismo y la intolerancia de su actitud para con todo lo que no fuera Amor.

Mientras preparaba el equipaje se vio obligado a subir al ático para encontrar el manuscrito de la dríade, que no le había sido devuelto. Leighton le acompañó, y durante una media hora lo buscaron a la incierta luz de una vela. A Rickie la habitación de Stephen le pareció un sitio extraño y fantasmal y se sobresaltó bastante cuando se le vino encima un cuadro, y vio a la Deméter de Cnido, gris y reluciente. Leighton sugirió el tejado: Mr. Wonham a veces dejaba cosas sobre el tejado. Así que treparon por la claraboya —la noche estaba totalmente en calma— y continuaron la búsqueda entre los gabletes. Sobre sus cabezas colgaban enormes estrellas y el tejado estaba rodeado por el abismo, negro e impenetrable.

—No tiene importancia —dijo Rickie, repentinamente convencido de la futilidad de todo lo que hacía.

—Hay que buscar con calma —dijo Leighton, una persona amable y flexible, que había tratado de evitar la expedición, pero estaba dispuesto a ayudar una vez iniciada la búsqueda. Finalmente vieron su esfuerzo recompensado: el manuscrito yacía en el canalón, chamuscado y cubierto de hollín.

El resto del año Rickie lo pasó en parte en la cama —tuvo una extraña crisis nerviosa— y en parte tratando de conseguir que publicaran sus cuentos. Había escrito ocho o nueve y confiaba en que reunidos pudieran formar un libro y que el libro pudiera llamarse *El caramillo de Pan*. Esto último lo hizo con gran despliegue de energía; le gustaba trabajar, porque había desaparecido del mundo cierto imperceptible esplendor y ya no disfrutaba tanto en el trato con otras personas. Los antiguos editores de Mr. Failing, a quienes se había ofrecido el libro, replicaron que a pesar del mucho interés que despertaba en ellos, no les era posible hacer una oferta

en aquel momento. Se mostraron muy corteses y destacaron, haciendo de él especiales elogios, «Andante pastoral», un cuento que a Rickie le parecía demasiado sentimental y que Agnes le había convencido para que incluyera en la colección. Enviaron los cuentos a otro editor que devolvió el manuscrito después de tenerlo en su poder por espacio de seis semanas. Un trocito de algodón rojo que Agnes había colocado entre las páginas seguía exactamente en el mismo sitio.

—¿No podrías intentar algo más largo, Rickie? —dijo Agnes—; creo que estamos equivocando la dirección. Trata de escribir una historia de amor con todas las de la ley.

—En este momento —replicó él—, mi intención es mantenerme al margen de las pasiones.

Ella asintió con la cabeza y llamó al camarero: se habían citado en un restaurante londinense.

—Yo no me puedo remontar; sólo indicar —continuó Rickie—. Ahí es donde está la fuerza de los músicos, porque la música tiene alas, y cuando ella dice «Tristán» y él responde «Isolda», nos remontamos inmediatamente. ¿Qué quiere decir la gente cuando llama artificial a la música de amor?

—Sé lo que quieren decir, aunque no sabría explicarlo. ¿No podrías hacer que tus historias fueran más comprensibles? No veo ningún mal en ello. Tío Willie se perdió completamente. No lee mucho y estaba completamente desconcertado. Tuve que explicárselo y entonces sí que le gustó. Por supuesto, rebajarse a la altura del público sería horrible. Tienes unas ideas y necesitas expresarlas. Pero, ¿no podrías expresarlas con mayor claridad?

—Verás...

Pero no llegó más allá de «verás».

—El alma y el cuerpo. El alma es lo que importa —dijo Agnes y llamó otra vez al camarero.

Rickie la contempló con admiración, pero dándose cuenta de que su capacidad crítica dejaba que desear. Quizá era demasiado perfecta para ser un buen crítico. La vida era para ella algo tan real que no podía percibir esa mezcla de sombra e inexorabilidad a la que los hombres llaman poesía. Rickie llegaba incluso a reconocer que no era tan inteligente como él: ¡y él no era precisamente un genio! A Agnes no le gustaba discutir ni leer libros serios y le molestaban un poco las mujeres que lo hacían. A Rickie le

agradaba hacer estas concesiones, porque no afectaban a nada de ella que tuviera valor para él. Recorrió con la vista el restaurante, que estaba en Soho, y decidió que su novia era incomparable.

—A las dos y media voy a ver al director de *Holborn*. Le mandé un cuento y me ha escrito acerca de él.

—¡Oh, Rickie! ¿Por qué no te has puesto una camisa limpia?

Él se echó a reír y se burló un poco de ella.

—El alma es lo que importa. Nosotros los literatos no nos preocupamos de la ropa.

—Pues deberías hacerlo. Y creo que sueles hacerlo. ¿No puedes ir a mudarte?

—Demasiado lejos —Rickie se alojaba en South Kensington—. Y me he olvidado además de las tarjetas de visita. ¡Para que veas!

Agnes hizo gestos de desaprobación con la cabeza.

—¡Qué mala persona eres! ¿Cómo vas a hacer?

—Daré mi nombre o pediré un trozo de papel para escribirlo. ¡Mira! ¡Es Tilliard!

Tilliard se ruborizó, en parte debido al *faux pas* cometido en junio, y en parte debido al restaurante. Explicó cómo había ido a parar a Soho: ¡era tan terriblemente conveniente y tan terriblemente barato!

—Las mismas razones que da Rickie para traerme —dijo miss Pembroke.

—Imagino que estás aquí para estudiar la vida —dijo Tilliard, sentándose.

—No lo sé —respondió Rickie, mirando a los camareros y a los clientes.

—¿No es cierto que hace falta ponerse en contacto con la vida para escribir? Hay cierto tipo de vida en Soho. *Un peu de faisan s'il vous plaît*.

Agnes consiguió retener al camarero y pagó. Siempre se encargaba de pagar porque Rickie se hacía un lío con el monedero.

—Yo estoy empollando —continuó Tilliard— y como es lógico tengo muy poco contacto con la vida en estos momentos. Pero más adelante espero ver cosas —se ruborizó un poco, porque estaba hablando para edificación de Rickie—. Es terriblemente importante no quedarse con una visión estrecha o académica de la vida, ¿no te parece? Una persona como Ansell que va de Cambridge a casa y de casa a Cambridge... tiene que notársele a la larga.

—Pero Mr. Ansell es un filósofo.

—Un filósofo muy extraño —dijo Tilliard con brusquedad—. No responde a mi idea de la filosofía. ¿Qué tal va su tesis?

—Nunca contesta a mis preguntas —replicó Rickie—. No lo hará nunca. No he vuelto a saber de él desde junio.

—Es una pena que se presente este año. Hay demasiada competencia. Tendría muchas más posibilidades si esperara.

—También se lo dije yo, pero no quería esperar. Estaba muy entusiasmado con su tema.

—¿Cuál es? —preguntó Agnes.

—Sobre la realidad de las cosas, ¿no es eso, Tilliard?

—Eso es, más o menos.

—Bien, ¡que tenga suerte! —dijo Agnes—. ¡Y buena suerte para usted también, Mr. Tilliard! Espero que volvamos a vernos más adelante.

Se separaron. A Tilliard le gustaba Agnes, aunque no le parecía que perteneciese a su misma *couche sociale*. Su hermana, por ejemplo, nunca se hubiera dejado invitar a un restaurante en Soho, excepto para tener una experiencia. La *couche sociale* de Tilliard aceptaba las experiencias. Con tal de no entregar su corazón a los pobres y a los heterodoxos, podían contemplarlos todo lo que quisieran. Eso era ver la vida.

Agnes condujo a su novio sano y salvo hasta un ómnibus en Cambridge Circus. Le gritó mientras se alejaba que su corbata sobresalía por debajo del cuello, pero Rickie no la oyó. Por un momento se sintió deprimida y se imaginó con bastante exactitud el efecto que el aspecto de Rickie tendría sobre el director de la revista. Este era un hombre alto y pulcro de unos cuarenta años, de hablar lento y alma también lenta y extraordinariamente amable. Rickie y él se sentaron junto a un fuego; detrás de ellos había una enorme mesa donde se apilaban muchos libros esperando ser revisados.

—Lo siento —dijo, e hizo una pausa.

Rickie sonrió débilmente.

—Su cuento no convence —dio unos golpecitos sobre el manuscrito—. Lo he leído... con gran placer. Convince a trozos, pero no en conjunto; y los cuentos, ¿no le parece—? tendrían que convencer como un todo.

—Deberían, sin duda alguna —dijo Rickie hundiéndose en la autodesaprobación. Pero el director se apresuró a detenerle.

—No, no. Por favor, no hable así. No soporto oír hablar a nadie contra la imaginación. Existen infinitas posibilidades para la imaginación: para lo misterioso, para lo sobrenatural, para todas las cosas que está usted tratando de hacer y que, espero, conseguirá hacer. No estoy *poniendo objeciones* a la imaginación; por el contrario, le aconsejo que la cultive, que la acentúe. Escriba una historia de fantasmas realmente buena y la aceptaremos inmediatamente. O... —sugería esto como una alternativa de la imaginación — puede usted meterse dentro de la vida. Merece la pena hacerlo.

—¿Vida? —repitió Rickie con ansiedad. Recorrió con la vista la agradable habitación, como si la vida pudiera estar flotando allí, como un pájaro enjaulado. Después miró al director; quizás estaba ya metido dentro de la vida en aquel momento.

—Vea usted la vida, Mr. Elliot, y después mándenos otro cuento — extendió la mano—. Siento haber tenido que decir: «No, gracias»; es mucho más agradable decir: «Sí, háganos el favor.»

Posó una mano sobre el brazo de Rickie y añadió:

—Bien, la entrevista no ha resultado tan terrible, después de todo, ¿no es cierto?

La respuesta de Rickie no fue: «Me parece que ninguno de los dos es una persona terrible.» Eso lo pensó más adelante, en el ómnibus. Su respuesta fue un sonido inarticulado y una leve risita.

Mientras rodaba con estrépito hacia el oeste, su rostro dejaba traslucir el cansancio y sus ojos se movían velozmente a izquierda y a derecha, como si fuera a descubrir algo en las miserables calles consagradas por la moda: algún pájaro volando, algún arcoiris, el rostro de un dios bajo un sombrero hongo. Amaba, era amado, había visto la muerte y superado otras experiencias; pero seguía sin descubrir el verdadero rostro de la realidad. Existía un santo y seña y él no era capaz de aprenderlo ni el amable director de *Holborn* podía enseñárselo. Suspiró y volvió a suspirar todavía más lastimeramente. Porque en una ocasión lo había sabido; ¿era posible que después de saberlo lo hubiera olvidado?

Pero a partir de este momento la suerte de Rickie quedó íntimamente conectada con la de Mr. Pembroke.

Segunda parte *Sawston*

OceanofPDF.com

XVI

En tres años Mr. Pembroke había hecho mucho para dar solidez a los externos de Sawston School. Si el éxito no era aún total, cabía decir al menos que el problema estaba encauzado y sus energías podían por tanto orientarse ya en otra dirección. Había prestado sus servicios al centro durante muchos años y era tiempo de que se le confiara un internado. El director, un hombre impulsivo que zascandileaba de un sitio para otro como un pececillo y causaba muchos problemas a su madre, estuvo de acuerdo con él y también estuvo de acuerdo con Mrs. Jackson cuando ésta le dijo que Mr. Jackson había servido a la institución durante muchos años y era tiempo de que se le confiara un internado. En consecuencia, al quedar vacante Dunwood House, el director se encontró en una situación más bien difícil.

Dunwood House era la más grande y la más próspera de las residencias. Se alzaba casi enfrente de los edificios académicos. Originariamente había sido una villa: una villa de ladrillos rojos, cubierta de hiedra y coronada con dragones de terracota. Mr. Annison, que le había dado su esplendor, vivía allí y tenía uno o dos muchachos viviendo con él. Pero cambiaron los tiempos. La fama de los obispos brilló con luz propia, la institución creció, los dos muchachos se convirtieron en una docena y se hicieron reformas en Dunwood House para aumentar su capacidad a más del doble. Un amplio edificio nuevo, con todas las comodidades, se le añadió prolongando el ala derecha. Dormitorios comunes, cubículos, cuartos de trabajo, salas de estudio, un comedor, suelos de parqué, calefacción con aire caliente: no se escatimaron gastos y los muchachos se sentían allí como príncipes. Puertas batientes comunicaban en cada piso con la parte de Mr. Annison y él, un hombre cordial e inclinado a la angustia, se paseaba atravesándolas en una y otra dirección, un poco deprimido ante los esplendores higiénicos y consciente de que la intimidad se había desvanecido en parte. De alguna manera conocía mejor a sus muchachos cuando formaban todos una sola familia, y los libros de álgebra se quedaban desparramados por las butacas del salón. A medida que la casa se llenaba, su interés por ella fue decreciendo. Cuando se retiró —cosa que hizo el mismo verano que Rickie dejó Cambridge— Dunwood House había pasado

ya el momento más brillante de su existencia y comenzaba a declinar. El número de ocupantes seguía siendo satisfactorio y durante algún tiempo retendría aún su pasada reputación. Pero el tono, esa misteriosa cualidad, había bajado y era por consiguiente de gran importancia que el sucesor de Mr. Annison fuera una persona de categoría. Mr. Coates, el siguiente en antigüedad, fue juiciosamente pospuesto. La posible elección quedó limitada a Mr. Pembroke y a Mr. Jackson: el primero un organizador; el segundo un humanista. Mr. Jackson era profesor titular de sexto grado y — con la excepción del director, que estaba demasiado ocupado para impartir saber— la única cabeza brillante de la escuela. Pero no podía, o más bien no quería, mantener el orden. Decía a sus estudiantes que si optaban por escucharle, aprenderían; si no, no aprenderían. La mitad escuchaba. La otra mitad hacía pajaritas y agujereaba el mapa en relieve de Italia con sus cortaplumas. Cuando los cortaplumas chirriaban, Mr. Jackson castigaba a sus propietarios con excesiva severidad, pero después se olvidaba de pedirles que le entregaran las tareas impuestas como penitencia. Sin embargo, dos hechos salían siempre a flote como consecuencia de este caos. La mitad de los chicos conseguían becas para la universidad y algunos de ellos —incluso algunos de los que se dedicaban a la confección de pajaritas— seguían siendo amigos de Mr. Jackson durante el resto de sus vidas. Además Mr. Jackson tenía dinero propio y una esposa competente. Los aspectos positivos de su candidatura para Dunwood House tenían más peso de lo que hubiera podido suponerse.

Las aptitudes de Mr. Pembroke han sido indicadas ya. Fueron éstas las que prevalecieron, pero con condiciones. Si las cosas no iban bien, Mr. Pembroke tenía que prometer que presentaría la dimisión.

—En primer lugar —dijo el director—, usted lo está haciendo espléndidamente bien con los externos. Su actitud hacia los padres es magnífica. No sé cómo podré reemplazarle. Mientras que, por supuesto, los padres de un interno...

—Claro está —dijo Mr. Pembroke.

El progenitor de un interno, que no tenía más que llevarse a su hijo si estaba descontento con la institución, se encontraba como es lógico en una posición de mayor independencia que el jefe de familia afincado en Sawston con todas sus posesiones.

—Los padres de los internos, y éste es mi segundo punto, exigen, ésa es la palabra, que el director del internado esté casado.

—Una petición muy poco razonable —dijo Mr. Pembroke.

—A mi modo de ver un ama de llaves simpática y maternal sería suficiente. Pero eso no es lo que piden. Y por ello, ¿comprende usted?, tenemos que considerar su nombramiento como experimental. Posiblemente miss Pembroke estará en condiciones de ayudarle. O quizá...

El director no terminó la frase. Dos días más tarde Mr. Pembroke hizo una proposición matrimonial a Mrs. Orr.

Mr. Pembroke siempre había pensado en casarse cuando su situación económica se lo permitiera; y una vez llegó a enamorarse, y a enamorarse apasionadamente, pero había apartado a un lado su pasión diciéndole que aguardara hasta el momento conveniente. Esta era, por supuesto, la manera correcta de comportarse y la prudencia tendría que haber obtenido su adecuada recompensa. Pero, cuando después de un intervalo de quince años, Mr. Pembroke acudió, por decirlo así, a su despensa espiritual y sacó el Amor del estante más alto para ofrecérselo Mrs. Orr, se quedó bastante consternado. Algo había sucedido. Quizá el dios había volado; quizá se lo habían comido las ratas. En cualquier caso, ya no estaba allí.

Mr. Pembroke era un hombre meticuloso y romántico y sabía que el matrimonio sin amor es intolerable. Por otra parte no podía admitir que su amor se hubiera desvanecido. Reconocerlo sería admitir su personal deterioro. Y él estaba seguro de haber mejorado, año tras año. Cada año Mr. Pembroke se convertía en una persona más moral, más eficiente, más sabia y más comprensiva. ¿Cómo podía dejar de ser más amante? No habló consigo mismo en los términos que se transcriben a continuación porque no hablaba nunca consigo mismo; pero ideas similares se agitaron en lo más recóndito de su mente: «No es el fuego de la juventud, por supuesto. Pero tampoco estoy seguro de aprobar el fuego de la juventud. No hay más que ver a mi hermana. Ha sufrido una vez, ha sido muy imprudente dos, y me ocasiona además graves trastornos, porque si viviera conmigo se cuidaría de las faenas de la casa. Creo que es en cambio una emoción más noble y más pura la que voy a poner a los pies de Mrs. Orr». Mr. Pembroke nunca necesitaba mucho tiempo para desdibujarlo todo o trastocar el orden de causas y efectos. Muy pronto estuvo convencido de haber suspirado durante años esperando esta buena oportunidad para pedirle a la dama de sus pensamientos que la compartiera con él.

Mrs. Orr era una mujer tranquila, inteligente, amable, capaz y con sentido del humor; los dos se conocían desde mucho tiempo atrás. En

conjunto no era sorprendente ni que él le propusiera ser su esposa, ni tampoco muy sorprendente que ella le rechazara. Pero ella dijo que no de una manera tan violenta que los dos se alarmaron. Mr. Pembroke abandonó la casa declarando que había sido insultado y ella, tan pronto como él se marchó, pasó de la repugnancia a las lágrimas.

Mr. Pembroke se disgustó mucho. Existía una tal miss Herriton que, aunque muy inferior a Mrs. Orr, podría haber satisfecho sus necesidades. Pero ya era imposible. No podía recorrer Sawston haciendo proposiciones matrimoniales. Después de contratar a un ama de llaves que tenía reputación de ser simpática y maternal se trasladó a Dunwood House y comenzó el primer trimestre. Nada funcionó como era debido. El cocinero presentó la dimisión; los muchachos tuvieron una enfermedad llamada roséola; Agnes, que estaba todavía emborrachada con su noviazgo, no le ayudó en absoluto y se iba a Londres con frecuencia para promocionar la carrera literaria de Rickie; y para acabar de arreglarlo el ama de llaves resultó demasiado simpática y no suficientemente maternal: descuidaba a los más pequeños y tenía demasiadas atenciones con los mayores. Tuvo que marcharse bruscamente y se oyó la voz de Mrs. Jackson profetizando desastres.

¿Los evitaría Mr. Pembroke ordenándose? Los padres no exigen que el director de un internado sea clérigo, pero se sienten más seguros cuando lo es. Y tendría que ordenarse antes o después si quería llegar a tener una escuela propia. Sus convicciones religiosas estaban muy a mano, pero Mr. Pembroke pasó varios días muy desagradables dando caza a su entusiasmo religioso. No era un asunto muy diferente de su tentativa matrimonial con Mrs. Orr. Pero su piedad era más genuina y en esta ocasión no llevó el proceso hasta el final. Su sentido del pudor le impidió precipitar su ingreso en una iglesia que reverenciaba. Además se le ocurrió otra solución: Agnes podía casarse con Rickie durante las vacaciones de navidad y ambos trasladarse a Sawston, ella como ama de llaves y él en calidad de profesor asistente. Su hermana sería capaz de trabajar bien cuando estuviera acoplada; y, en cuanto a Rickie, se le podría encajar de alguna manera en la institución. No conocía muy bien los idiomas clásicos pero sí lo suficientemente bien como para ocuparse de los de quinto grado. No era un atleta pero los muchachos podrían advertir, quizá con provecho, que era de todas formas un perfecto caballero. No tenía experiencia pero la adquiriría. Le faltaba decisión pero podía fingir tenerla. «Sobre todo» pensó Mr.

Pembroke, «así disfrutará de una ocupación fija». Evidentemente esto no era lo más importante; lo más importante era Dunwood House. Pero Mr. Pembroke llegó pronto a convencerse de lo contrario y creyó hacer planes por el bien de Rickie de la misma manera que creía haber suspirado por Mrs. Orr.

Al volver de su comida en Soho, Agnes fue informada del nuevo plan. Se negó a opinar hasta después de haber visto a su novio. Le mandaron un telegrama y Rickie se presentó a la mañana siguiente. Rickie era muy sensible al tiempo y fue quizá una desgracia que aquella mañana hubiera bastante niebla. Su tren se detuvo antes de entrar en la estación de Sawston y tuvo que pasar allí media hora esperando, mientras oía los misteriosos ruidos que venían de la vía y contemplaba las borrosas figuras de los que trabajaban. La luz de gas estaba encendida en el salón más grande de Dunwood House, y bajo sus deprimentes rayos Agnes y él se saludaron y discutieron la decisión más importante de sus vidas. Querían casarse: no había duda alguna sobre ello. Los dos lo deseaban y lo deseaban con gran intensidad. Pero, ¿debían casarse en aquellas condiciones?

—Nunca he pensado en una cosa así, ¿comprendes? Cuando las agencias académicas me enviaron circulares después de graduarme, no me molesté en ojearlas.

—No te olvides de las vacaciones —dijo Agnes—. Tendrás tres meses al año para ti solo y podrás escribir entonces.

—Pero, ¿quién va a leer lo que yo escriba?

Y le contó lo sucedido con el director de *Holborn*.

Agnes se puso muy seria. En lo más hondo de su corazón siempre había desconfiado de los cuentos, y ahora resultaba que personas entendidas se mostraban de acuerdo con ella. ¿Cómo podía Rickie, o cualquier otra persona, ganarse la vida fingiendo que los dioses griegos estaban vivos, o que las señoritas podían convertirse en árboles? Una brillante historia de sociedad, llena de brío y patetismo, hubiera sido otra cosa, hubiera convencido quizá al director de la revista.

—Pero, ¿qué quiere decir? —preguntaba Rickie—. ¿Qué quiere decir con vida?

—Sé lo que quiere decir aunque no pueda explicarlo claramente. Tendrías que ver la vida, Rickie. Creo que en eso tiene razón. Y Mr. Tilliard estaba en lo cierto cuando habló de no ser demasiado académico.

Él estaba de pie bajo la difusa luz que entraba por la ventana; Agnes bajo la luz difusa de la lámpara de gas.

—Me pregunto qué diría Ansell —murmuró Rickie.

—¡Oh, pobre Mr. Ansell!

Rickie se sorprendió un tanto. ¿Por qué era Ansell pobre? Nadie le había aplicado nunca aquel epíteto.

—Pero cambiando de tema —siguió Agnes—, si nos casamos, efectivamente, podríamos ir a Italia en semana santa y perder de vista esta horrible niebla.

—Sí. Quizás allí...

Quizá la vida estuviese allí. Pensó en Renan, afirmando que en la Acrópolis ateniense existen la belleza y la sabiduría; que existen realmente, como potencias externas. Rickie no aspiraba a la belleza ni a la sabiduría, pero soñaba con verse libre de la sombra de irrealidad que había empezado a oscurecer el mundo. Porque era como si algún poder se hubiera pronunciado contra él: como si por algún descuido hubiera ofendido a algún dios del Olimpo. Como muchos otros, se preguntaba si se le podría aplacar con trabajo: con un trabajo duro y desagradable. Quizá no había trabajado lo suficiente o había disfrutado demasiado con su trabajo y era ésa la razón de que creciera la sombra.

—Y sobre todo un profesor tiene maravillosas oportunidades de hacer el bien; no hay que olvidarlo.

¡Hacer el bien! ¿Hay razón mejor para nuestra existencia? Renunciemos a nuestras sensaciones refinadas, a nuestras comodidades y a nuestro arte si con ello podemos hacer a otras personas mejores y más felices. ¡La mujer que amaba le había pedido que hiciera el bien! Con una vehemencia que sorprendió a Agnes, Rickie exclamó:

—Estoy dispuesto.

—Piénsalo antes —le previno, aunque se sentía muy complacida.

—No pienso demasiado las cosas.

Parecía haber más luz en la habitación. Llegó hasta ellos la risa de un muchacho y Rickie tuvo la impresión de que las personas volvían a ser tan importantes y a estar tan vivas como seis meses antes. Entonces él estaba todavía en Cambridge, vagando por prados cubiertos de perejil y tejiendo perecederas guirnaldas de flores. Ahora estaba en Sawston preparándose para trabajar en un organismo de benéficos efectos. Todo el mundo trabaja por algo y Rickie confiaba en que también para él se acumularían los

beneficios; que su herida podría curarse trabajando y que sus ojos verían de nuevo el Santo Grial.

OceanofPDF.com

XVII

En cuestiones prácticas Mr. Pembroke era a menudo un hombre generoso. Ofreció un buen salario a Rickie e insistió en recompensar también económicamente a Agnes. Y como les daba alojamiento gratis y Rickie tendría además un sueldo de la institución, el problema del dinero desapareció: si no para siempre, sí, al menos, para el futuro inmediato.

—Haremos un sitio para ti —dijo Herbert—. Déjalo en mis manos y dentro de unos días te llamará el director. Creará una vacante. Y una vez dentro, o seguimos o nos vamos los dos. Estoy decidido a ello.

A Rickie no le gustaba la idea de que se le «hiciera un sitio», pero estaba dispuesto a no poner dificultades. Es muy fácil mostrarse refinado y noble cuando no se tiene nada que hacer. Pero un hombre activo y útil no puede ser tan quisquilloso. El programa de Rickie traía consigo un cambio de valores además de un cambio de ocupación.

—Adopta una franca actitud intelectual —continuó Mr. Pembroke—. No te aconsejo de momento que muestres el menor interés por los deportes o en cuestiones de organización. Cuando te escriba el director, preguntará probablemente si eres un hombre que hace de todo. Dile que no con toda claridad. Un «no» audaz es lo mejor a veces. Apóyate en los clásicos y en la cultura general.

¡Los clásicos! Un notable en el examen final. ¡Cultura general! Unas nociones de literatura inglesa y menos que eso en francés.

—Empezaremos así. Después te conseguiremos un puesto de poca importancia: de bibliotecario, por ejemplo, y de ahí seguiremos adelante hasta que llegues a ser indispensable.

Rickie se echó a reír; el director le escribió, la respuesta fue satisfactoria y a su debido tiempo empezó la nueva vida.

Sawston resultaba familiar. Pero lo conocía como aficionado y al contemplarlo con una mirada oficial adquirió una nueva apariencia. La escuela original, un edificio de estilo gótico dulcificado, se le presentaba ahora como una fortaleza del saber, cuyas defensas exteriores eran los internados. En aquellas carreteras carentes de planificación se apiñaban las casas de los padres de los externos. Estas tiendas quedaban dentro del campus, aquellas otras, no. ¡Cuántas veces había pasado junto a Dunwood

House! Una vez la había confundido con su rival, Cedar View. Ahora iba a ser su hogar: quizá durante muchos años. Entrando a la izquierda había un amplio salón de color azafrán, lleno de rincones acogedores y sillas bajas: allí habría que recibir a los padres. A la derecha un despacho que él compartía con Herbert; allí se administraba el castigo corporal: Rickie esperaba que raras veces. En el vestíbulo había un certificado elogiando el alcantarillado, un busto de Hermes, una escultura en madera de teca de un mono sosteniendo una bandeja. Algunos de los muebles procedían de Shelthorpe; otros se los había vendido Mr. Annison; el resto eran nuevos. Pero Rickie descubrió en todo el conjunto una distribución muy precisa. No había nada en la casa que fuera casual o que se hubiera incorporado al mobiliario por sí mismo. Lo comparó con su alojamiento en Cambridge, mezcolanza de cosas muy queridas y otras que no le gustaban en absoluto. También sus posesiones habían llegado a Dunwood House, y estaban situadas en los lugares donde podían tener más efecto: Sir Percival en el salón, la fotografía de Estocolmo en el pasillo, su sillón, su tintero y el retrato de su madre en el despacho. Y después la comparó con la casa de Ansell, a la que su decidido mal gusto daba unidad. Rickie era muy sensible al interior de una casa, convencido de que expresaba los pensamientos, conscientes y subconscientes, de sus ocupantes. También era muy sensible a los lugares. Comparaba Cambridge con Sawston y ambos con un tercer tipo de existencia, a la que, por falta de mejor nombre, llamaba «Wiltshire».

No hay que pensar que esto le sirviera para perder el tiempo. Estos contrastes y comparaciones nunca le ocuparon largo rato, y nunca les daba cabida hasta que había puesto fin a los asuntos importantes del día. Y, a medida que el tiempo fue pasando, llegó a no darles cabida en absoluto.

El curso se reanudó a finales de enero, cuando aún no llevaba una semana instalado en la casa. Su salud había mejorado, aunque no mucho, y estaba nervioso ante la perspectiva de enfrentarse con todos los internos y los adscritos reunidos. A lo largo del día fueron llegando coches, llenos de muchachos con sombreros hongos demasiado grandes para ellos; Agnes estuvo dirigiendo la operación de numerarlos y colocarlos en armarios, ya que no volverían a usarse hasta el final del trimestre. Todos los chicos traían, o deberían haber traído, una bolsa para no tener que deshacer el baúl hasta el día siguiente. Un muchacho tenía sólo un paquete envuelto en papel marrón y atado con un cordel, y Rickie oyó la voz firme y agradable de Agnes diciendo:

—Tendrás que traer una bolsa el trimestre próximo. Y la sumisa respuesta:

—Sí, Mrs. Elliot.

En el pasillo se tropezó con el presidente de los estudiantes, cuyo tamaño le pareció alarmantemente similar al de un universitario. Se miraron el uno al otro con desconfianza y continuaron su camino. Dos minutos después se tropezó con otro chico, y después con otro y empezó a preguntarse si no lo estarían haciendo a propósito y si era así, ¿había que darle importancia? A medida que pasaba el día los ruidos crecieron en volumen —arrastrar de pies, roturas, alegres chillidos—, fueron asignadas las habitaciones individuales, se deshicieron los equipajes, se anunciaron los horarios para los cuartos de aseo y Herbert no se cansó de repetir:

—Todo esto es extraoficial... todo esto es extraoficial. La casa se reunirá a las ocho y cuarto.

Así que a las ocho y diez Rickie se puso el birrete y la toga: hasta entonces símbolos de pupilaje y a partir de aquel momento símbolos de dignidad; la misma toga y el mismo birrete que Widdrington había colgado hacía muy poco de la fuente de su *college*. Herbert, vestido de la misma manera, le estaba esperando en el comedor privado, donde se hallaba Agnes, devorando unos huevos escalfados.

—No podéis salir sin vuestras mucetas —exclamó Mrs. Elliot.

Herbert consideró la proposición por un momento y después dijo que su hermana estaba en lo cierto. Fue a buscar la suya de seda blanca y Rickie el fragmento de piel de conejo que señala el grado de Bachiller en Artes. Así ataviados, atravesaron la puerta batiente. Llegaban un poco tarde y los chicos, reunidos en la sala de estudio, habían empezado a alborotarse. Uno de ellos, sin darse cuenta del alcance de su voz, exclamó:

—¡Ojo! Ahí viene el Caracol.

Y otro diablillo más joven chilló:

—¡El Caracol ha traído una lapa [11](#) con él!

—No hay que darle importancia —dijo Herbert amablemente—. Los profesores tenemos por norma no darnos por enterados de los apodos, a no ser, claro está, que se nos digan a la cara, en cuyo caso mil líneas no es un castigo excesivo.

Rickie asintió y entraron en la sala de estudio en el momento en que los prefectos conseguían poner orden.

Herbert se sentó en una silla de patas altas, mientras Rickie, como una reina consorte, se situaba cerca de él en una silla de patas algo más cortas. Cada silla tenía un pupitre adjunto y Herbert levantó la tapa del suyo y lanzó una mirada por toda la sala con el ceño fruncido, como si el contenido del pupitre le hubiera alarmado. Rickie se impresionó lo suficiente como para echar una rápida ojeada, pero no pudo ver más que un poco de papel secante. Después se dio cuenta de que también los muchachos estaban impresionados. Dejaron de hablar y prestaron atención.

La sala estaba casi llena. Los prefectos, en lugar de repanchingarse desdeñosamente en la última fila, quedaban situados como consejeros debajo del trono central. Esto era una innovación de Mr. Pembroke. Carruthers, el presidente de los alumnos, se sentaba en el medio, rodeando con el brazo a Lloyd. Lloyd había sido el objeto de las excesivas atenciones del ama de llaves; atenciones que también habían hecho peligrar su permanencia en Dunwood House. Estos dos muchachos eran altos y fuertes. A su lado se sentaba Tewson, un virtuoso niño con gafas que había alcanzado tan destacada posición debido a su inmensa sabiduría. Él y los otros dos eran prefectos para toda la institución. Los prefectos de la casa, de inferior categoría, quedaban más allá; y detrás venía la indistinguible multitud. De momento todas las catas resultaban similares: excepto la de un chiquito que tenía predisposición para llorar.

—La institución— dijo Mr. Pembroke, cerrando lentamente la tapa del pupitre—, la institución es el mundo en miniatura.

Acto seguido hizo una pausa, como es lógico después de emitir semejante observación. No entra, sin embargo, en los propósitos de esta obra repetir un discurso de apertura. Rickie, en cualquier caso, se negó a adoptar una postura crítica: la experiencia de Herbert era mucho más amplia que la suya y él tenía que hallar su propio registro aprendiendo de su cuñado. Tampoco era posible criticar las exhortaciones para que aquellos muchachos fueran patrióticos, atléticos, estudiosos y buenos cristianos que derramaba la boca de Mr. Pembroke como una fuga en cuatro partes. Era un orador con práctica, es decir, capaz de retener la atención de su auditorio. Les dijo que aquel trimestre, el segundo de su mandato, era *el* trimestre de Dunwood House; que incumbía a cada uno de ellos trabajar durante aquellos meses por el honor de la casa y, a través de la casa, por el honor de la institución. Ampliando sus metas, habló a continuación de Inglaterra, o más bien de la Gran Bretaña, y de sus enemigos continentales. Retratos de

forjadores de imperio colgaban de las paredes y se los fue señalando. Citó poetas imperiales. Hizo ver cómo el patriotismo se había ensanchado desde los días de Shakespeare, quien, a pesar de todo su genio, pudo sólo escribir de su país como:

*Esta fortaleza que la naturaleza construyó para sí misma
Contra el contagio y el brazo de la guerra;
Esta feliz raza de hombres, este pequeño mundo;
Esta piedra preciosa engastada en un mar de plata.*

Y Mr. Pembroke dio la impresión de que sólo unos pocos escalones separaban la sala de estudio de la hegemonía anglosajona sobre el globo. Después hizo una pausa, y en el silencio se oyeron los sollozos del niño que echaba de menos una villa en Guildford y el jardín de su madre.

La ceremonia terminó con el aún más amplio patriotismo del himno de la institución, recientemente compuesto por el organista. La letra y la melodía estaban todavía en período de consolidación y fue Mr. Pembroke (sólo él tenía la música) quien dio la adecuada entonación a

*¡Perezcan los holgazanes! Que no se pueda decir
que Sawston, entre sus muros, los tales deja crecer.*

—Vamos, vamos —añadió amablemente, mientras terminaban el himno con armonías al estilo de Richard Strauss—. Esto no puede ser. Tenemos que sabérselo este trimestre. Resultáis tan melodiosos como... ¡como los externos!

Risas cordiales; después toda la casa desfiló ante ellos estrechándoles la mano.

—¿Qué impresión te han causado? —le preguntó Herbert en cuanto estuvieron otra vez en el comedor privado. Agnes les había dejado una bandeja con alimentos: las comidas no estaban aún organizadas y había tenido que irse para atender a los chicos.

—Me gustó su aspecto.

—Me refiero más bien a qué impresión te causó la casa en cuanto tal casa.

—Me parece que no pensé en ello —dijo Rickie más bien nervioso—. No es fácil hacerse cargo del espíritu de algo inmediatamente. Sólo vi una habitación llena de chicos.

—Mi querido Rickie, no seas tan desconfiado. Tienes toda la razón. Sólo viste una sala llena de chicos. De momento, eso es todo lo que hay. Esta casa, como todo Sawston, carece de tradición. Mira Winchester. Mira la eterna rivalidad entre Eton y Harrow. La tradición es de incalculable importancia, si un centro docente quiere tener categoría. ¿Por qué no ha de tenerla Sawston?

—Es cierto. La tradición tiene un valor incalculable. Y envidio a esos colegios directamente relacionados con el pasado. Sin embargo Sawston no carece de pasado, aunque no del tipo que queréis. Aquí vinieron primero los hijos de comerciantes pobres. De manera que, ¿no estarán sus tradiciones ligadas más bien a la Escuela Comercial? —terminó Rickie, sintiendo otra vez crecer su nerviosismo.

—Tienes mucho que aprender... muchísimo. Escúchame. ¿Por qué Sawston no tiene tradiciones? —su rostro redondo, más bien estúpido, asumió una expresión de conspirador. Inclinandose sobre el cordero, musitó —: yo te lo puedo decir. Debido a los externos. ¿Cómo puede florecer la tradición en un terreno semejante? Imagínate la vida de los externos: van a sus casas para comer, a sus casas para estudiar, para dormir; corren a sus casas cada vez que se imaginan que algo no va bien. Hay externos en tu clase y, toma nota de mis palabras, te darán diez veces más trabajo que los internos: los encontrarás lentos, perezosos, descubrirás que se ausentan con el menor pretexto. Y luego ¡las cartas de los padres! «¿Por qué no han cambiado a mi hijo este trimestre?» «¿Por qué han cambiado a mi hijo este trimestre?» «Soy un disidente y no quiero que mi hijo participe en las ceremonias religiosas de la escuela» «¿Dejarán salir antes a mi hijo para que riegue el jardín?» Recuerda que he sido director de una escuela de externos y traté de infundirles algo de *esprit de corps*. Es prácticamente imposible. Llegan como unidades y siguen siendo unidades. Peor. Contagian a los internos. Su actitud pestilente, crítica, descontenta, se está extendiendo por toda la escuela. Si las cosas se hicieran como yo quiero...

Se detuvo con cierta brusquedad.

—¿Fue esa la razón de que bromearas sobre su manera de cantar?

—En absoluto. En absoluto. No es costumbre mía enfrentar a un grupo de la institución con otro.

Al cabo de un rato fueron a hacer la ronda. Los chicos ya estaban acostados.

—¡Buenas noches! —gritó Herbert desde el corredor al que se abrían los cubículos; desde detrás de cada cortina verde surgió el sonido de una voz contestando:

—¡Buenas noches, señor!

—Buenas noches —fue repitiendo Mr. Pembroke en cada dormitorio.

Después se acercó al interruptor del pasillo e hizo que la casa entera se sumergiera en las tinieblas. Rickie, detrás de él, se sentía extrañamente impresionado. Por la mañana aquellos muchachos estaban aún repartidos por todo Inglaterra, viviendo cada uno su propia vida. Ahora, durante tres meses, tenían que cambiarlo todo: ver nuevos rostros, aceptar ideales nuevos. Ellos, igual que él, tenían que integrarse en un organismo de efectos benéficos y aprender el valor del *esprit de corps*. Que tengan buena suerte: buena suerte y feliz liberación. Porque de acuerdo con los dictados de su corazón preferiría verlos en sus propios hogares, entre rostros y objetos conocidos, en lugar de en aquellos cubículos y dormitorios comunes.

A la mañana siguiente, después de ir a la capilla, dio su primera clase. En esta ocasión sus sentimientos fueron muy diferentes. Aquí no había que crear *esprit de corps*. Se trataba simplemente de dos docenas de muchachos reunidos con el fin de aprender latín. Sus obligaciones y sus dificultades no iba a encontrarlas allí. No se le pedía dotar a su clase de atmósfera. El plan de trabajo estaba ya trazado y Rickie empezó alegremente con palabras familiares...

*Pan ovium cusios, tua si tibi Maenala curae,
Adsis, O Tegaeae, favens.*

—¿Te parece hermoso? —preguntó; y recibió una respuesta sincera:

—No, señor; no me lo parece.

Estaba muy animado cuando vio a Herbert en el patio después de la clase. Pero Herbert pensó que su entusiasmo era poco profesional y le previno contra él.

—Tienes que tener cuidado de que no se te vayan de las manos. Me parece bien un profesor que da animación a su clase, pero antes que nada hay que establecer una buena disciplina.

—Creo que de momento no soy más que un aprendiz de profesor. Si me equivoco acerca de algo, tengo intención de decírselo.

Herbert hizo un movimiento con la cabeza.

—Sería diferente si yo fuera realmente un erudito. Pero no voy a fingir que lo soy, ¿no es cierto? Sé mucho más que los chicos, pero sé muy poco. Estoy seguro de que lo más honesto es ser yo mismo cuando estoy con ellos. Hay que dejarles que me acepten o me rechacen como tal. Es la única actitud que nos podrá servir de algo en último término.

Mr. Pembroke guardó silencio. Después observó:

—Existe, como tú dices, una actitud de distanciamiento y otra de acercamiento. Pero en esto, como en casi todo, ¿no podemos encontrar el justo medio entre las dos?

—¿Qué es eso? —dijo una voz lánguida.

Se dieron la vuelta y vieron a un hombre alto, con gafas, que saludó al recién llegado amablemente y luego le cogió del brazo.

—¿Qué es eso del justo medio?

—Mr. Jackson... Mr. Elliot; Mr. Elliot... Mr. Jackson —dijo Herbert, que no parecía demasiado complacido—. Rickie, ¿puedes dedicarme un momento?

Pero el humanista estaba ya hablando con el joven del justo medio y del falso medio, añadiendo:

—Usted sabe que no se puede hablar de los griegos como si fueran clérigos de mentalidad amplia. Porque no lo son, a pesar de las pruebas en contra. Los estudiantes tienden a imaginarse a Sófocles como un obispo ilustrado y algo me dice que están equivocados.

—Mr. Jackson es un entusiasta de la época clásica —dijo Herbert—. Hace revivir el pasado. Pero yo quiero hablar contigo del vulgar presente.

—Y yo le estoy precaviendo contra el pasado vulgar. Esa es otra cuestión, Mr. Elliot. Convenza a su clase de que muchos griegos y la mayoría de los romanos eran terriblemente estúpidos, y si no quieren creerle, léales Tesifonte o Valerio Flaco. ¿Qué ruido es ése?

—Me parece que proviene de su clase —le espetó Mr. Pembroke.

—Tiene usted razón. ¡Ah, sí! Creo que deben estar metiendo a su pequeño Tewson en la papelería.

—Yo siempre cierro mi clase durante los recreos...

—¿Sí?

—...Y me guardo la llave en el bolsillo.

—¡Ah, Por cierto, Mr. Elliot, soy primo de Widdrington. Me ha escrito acerca de usted. Me alegro mucho de conocerle. ¿Querrá, antes de nada, venir a cenar a mi casa el domingo próximo?

—Mucho me temo —intervino Herbert— que nosotros, pobres profesores encargados de un internado, no podemos ausentarnos durante el período lectivo.

—Pero, ¿no puede venir una vez, sólo una?

—¡Mi querido Jackson! Mi cuñado no es un niño. Lo decidirá por sí mismo.

Rickie rechazó la invitación, como era lógico. En cuanto Mr. Jackson no estuvo en condiciones de oírles, Herbert dijo:

—Inoportuno encuentro. ¿Quién es Mr. Widdrington?

—Lo conocí en Cambridge.

—Déjame que te explique la situación —siguió Herbert después de una pausa—. Jackson es el peor de los reaccionarios que tenemos aquí, mientras que yo, ¿por qué tendría que silenciarlo?, estoy en cuerpo y alma con el partido progresista. Ya verás las molestias que origina en las reuniones del claustro. No tiene el menor talento organizador, pero está siempre tratando de imponer sus ideas a los demás. Ya le has visto dictándote los autores que debes leer; y mientras tanto, el aula de los de sexto convertida en un guirigay y un prefecto de Sawston metido en la papelera. Querido Rickie, te aseguro que no es cosa de risa. ¿Cómo va a salir la institución adelante con un hombre así? Sería cuestión de deshacerse de él lo más pronto posible si no fuera por su brillante inteligencia. Por eso he dicho que el encuentro era inoportuno. Tú y él vais a tener muy poco en común.

Rickie no respondió. Sentía gran afecto por Widdrington, que era una persona original y sensible. Y no podía evitar sentirse atraído hacia Mr. Jackson, cuya bienvenida contrastaba agradablemente con la jovialidad protocolaria de sus otros colegas. Se preguntó también si era realmente muy reaccionario interesarse por la antigüedad clásica.

—Es cierto que yo voto por el partido conservador —prosiguió Mr. Pembroke, enfrentándose al parecer con un oponente imaginario—, pero

¿por qué? Porque los conservadores, más que los liberales, luchan por el progreso. No hay que dejarse engañar por las palabras.

—¿No querías preguntarme algo?

—Ah, sí, ¿Está en tu clase un chico llamado Varden?

—¿Varden? Sí, creo que sí.

—Trátale con dureza. No está cumpliendo los estatutos de Sawston. Se ha matriculado como externo. Los estatutos exigen que los externos residan con sus padres o sus tutores. No hace ninguna de las dos cosas. Hay que impedir que esta situación se prolongue. Tienes que decírselo al director.

—¿Dónde vive ese chico?

—En casa de una tal Mrs. Orr, que no tiene ninguna relación con la institución. Hay que impedirlo. Tiene que entrar en un internado o marcharse.

—Pero, ¿por qué tengo que ser yo? —dijo Rickie. Se acordaba del muchacho, una persona muy poco atractiva, con orejas como soplillos—. Eso es un asunto del profesor encargado de su casa.

—El profesor encargado... exactamente. Volvemos a lo mismo. ¿Quién es el profesor encargado de los externos? Jackson una vez más... ¡como si Jackson se ocupara de algo! Le traspasé la casa el trimestre último en una situación excelente. Pero ya ha vuelto a desintegrarse. Volviendo a Varden. Es un asunto feo. Mrs. Jackson y Mrs. Orr son amigas. ¿Te das cuenta? Todo concuerda.

—Ya veo. Todo concuerda... o podría concordar.

—El director no lo aprobará de ninguna manera si se le explica con claridad.

—Pero, ¿por qué he de hacerlo yo? —dijo Rickie, enrollándose las cintas de la toga alrededor de los dedos.

—Porque el chico está en tu clase.

—¿Es ésa una razón?

—Por supuesto que lo es.

—Me preguntaba tan sólo...

No le gustaba decir que preferiría no tener que hacerlo la primera mañana del curso.

—Tienes que descubrirlo... Es cierto que lo sabes ya, pero has de conseguir que te lo diga el chico mismo. Ya sé... ¡ya lo tengo! ¿Dónde está su certificado de buena salud?

—Lo había olvidado.

—Muy típico de ellos. Bueno, cuando lo traiga, estará firmado por Mrs. Orr. Tú debes mirarlo y decir «Orr... Orr... ¿Mrs. Orr?» o algo por el estilo, y entonces saldrá a relucir todo el asunto de una manera completamente natural.

Sonó el timbre y entraron a la última clase de la mañana. Varden presentó su certificado de buena salud —un pomposo documento afirmando que no había padecido roséola u otras enfermedades similares durante las vacaciones— y durante largo tiempo Rickie lo tuvo delante de los ojos, abierto sobre el pupitre. No le gustaba aquel asunto. Daba la impresión de una intriga y él no había venido a Sawston para intrigar sino para trabajar. No cabía duda de que Herbert tenía razón y Mr. Jackson y Mrs. Orr estaban equivocados. Pero, ¿por qué no podían arreglarlo entre ellos? Después pensó: «Soy un cobarde y por eso encuentro tantas objeciones»; acto seguido llamó al muchacho, y todo salió a relucir con naturalidad, más o menos. Hasta entonces Varden había vivido con su madre; pero ella se había marchado de Sawston en navidades y ahora viviría con Mrs. Orr.

—Mr. Jackson dijo que no habría inconveniente, señor.

—Sí, sí —dijo Rickie—; naturalmente.

Recordó la frase de Herbert: «Los profesores tienen que presentar un frente unido. Si no lo hacen, es el desastre». Mandó al chico a su asiento y después de las clases llevó el comprometedor certificado al director. Por aquel entonces el director se excitaba fácilmente ante cualquier infracción del reglamento.

—Padres o tutores —y después repitió—: padres o tutores.

Con estas palabras en los labios salió en busca de Mr. Jackson.

Decir que Rickie era una marioneta sería extremar las cosas. La honorabilidad de Herbert está fuera de duda y nunca le hizo colocarse en una posición ilegal o realmente peligrosa; pero no hay duda de que en ésta y en otras ocasiones tuvo que hacer cosas que hubiera preferido no hacer. Siempre había algún escollo diplomático que superar, algo que tenía que decir o dejar de decir. A medida que avanzaba el trimestre Rickie fue perdiendo su independencia: casi sin darse cuenta. Necesitaba aprender mucho acerca de los chicos y no lo aprendía por observación directa —no creía servir para ello— sino fijándose en los profesores con más experiencia. Su primera intención fue hacerse amigo de sus alumnos, y Mr. Pembroke elogió mucho este deseo; pero no se puede ser amigo de un hombre o de un muchacho sin entregarse uno mismo en el proceso, y Mr.

Pembroke no estaba de acuerdo con esto. Él, en lugar de la «relación personal» utilizaba la «influencia personal», que consideraba más segura; y ofreció a su colega más joven indicaciones sobre cómo preparar amables trampas con las que el muchacho se confiaría y revelaría sus tímidos y delicados pensamientos, mientras el profesor, intacto, los elogiaría o corregiría. Rickie quería también ayudar a los muchachos durante los períodos de ansiedad que atraviesan cuando están transformándose en hombres: en Cambridge había situado esta ayuda entre los deberes más importantes de la vida. Pero es un tema en el que inevitablemente hay que hablar de igual a igual, no como quien tiene autoridad o algo parecido, y por esta razón el profesor más antiguo no pudo sugerirle más que unas cuantas fórmulas. Las fórmulas, como las amables trampas, no estaban en la línea de Rickie, de manera que abandonó por completo estos temas y se limitó a trabajar de firme en lo que le resultaba fácil. En el internado seguía las huellas de Herbert y le consultaba en todas las cuestiones dudosas. En su clase, cosa extraña, se convirtió en un ordenancista. Es mucho más simple ser severo. Se aprendió el reglamento de la institución y exigía obediencia inmediata. Adoptó la doctrina de la responsabilidad colectiva. Cuando un muchacho llegaba tarde, castigaba a toda la clase. «No puedo evitarlo», decía, como si fuera una imposición de la naturaleza. Como profesor era más bien aburrido. Moderaba sus propios entusiasmos al descubrir que le distraían y que mientras él vibraba con la música de Virgilio los chicos de la última fila empezaban a alborotar. Pero en conjunto le gustaba el trabajo de su clase: sabía lo que estaba haciendo y allí Herbert no le anulaba tan por completo.

¿Qué era lo que le faltaba a Herbert? Rickie sabía desde tiempo atrás que le faltaba algo y había aceptado aquella asociación consciente de ello. Herbert era una persona amable y generosa; más aún, verdaderamente caritativa, y le agradaba extraordinariamente proporcionar placer a los demás. Es cierto que después podía hablar de ello más de la cuenta; pero Rickie valoraba las acciones más que las palabras, y benefactores de esta clase no son demasiado frecuentes. Su cuñado era diligente y concienzudo: estaba consagrado a su trabajo y su adhesión a la iglesia anglicana no era una simple cuestión de forma. En general, se mostraba cortés y tolerante. ¿Qué le faltaba, entonces? ¿Por qué, a pesar de todas aquellas cualidades, Rickie estaba convencido de que fallaba algo en él; más aún, que todo él fallaba, y que si el Espíritu de la Humanidad llegaba alguna vez a celebrar

juicio, Herbert sería sin duda apartado entre los cabritos? A primera vista, la respuesta resultaba desangelada: todo ello era debido a la estupidez de Herbert. No porque fuera estúpido en el sentido ordinario —tenía un cerebro de tipo práctico y adquiría conocimientos con facilidad— sino estúpido en el sentido más importante: su vida entera estaba teñida por el desprecio hacia la inteligencia. El hecho de que la suya fuera aceptable no modificaba la situación: nuestra piedra de toque está en lo que valoramos, no en lo que tenemos. La inteligencia de Rickie no tenía nada de extraordinario. Conseguía los mejores resultados gracias al instinto y a la imaginación más que a la lógica. Los razonamientos le confundían e incluso por escrito los seguía con dificultad. Pero no veía en ello un motivo para sentirse satisfecho y trataba de hacer el mejor uso posible de su cerebro, de la misma manera que un atleta débil puede ejercitar su cuerpo con perseverancia. Al igual que un atleta débil, le gustaba contemplar los éxitos, o más bien los esfuerzos de otros: esfuerzos no tanto para adquirir conocimientos como para disipar un poco la oscuridad que rodea nuestro ser y todos nuestros descubrimientos. Esto se lo había enseñado Cambridge y Rickie sabía que por esta simple razón el tiempo pasado allí no había transcurrido en vano. Y el desprecio de Herbert hacia aquellos esfuerzos le hacía rebelarse. Se daba cuenta de que a pesar de lo mucho que su cuñado hablara sobre la vida espiritual, no tenía más que una medida para las cosas: el éxito; éxito para el cuerpo en esta vida y para el alma en la vida venidera. Y por esta razón la Humanidad, y quizá otros tribunales semejantes que puedan existir, lo rechazarían sin duda alguna.

XVIII

Mientras tanto Rickie se había convertido en esposo. Quizá su unión debiera haber sido subrayada antes. Había alcanzado la corona de la vida, y sus vastos anhelos, sus impulsos mal interpretados habían encontrado al fin su realización. Nunca más tendría que sentirse solo, o compararse con uno de los que se colocan fuera de la gran senda del mundo y temen, como el pobre Shelley, emprender el más largo de los viajes. Así razonaba Rickie, y al principio creyó que su felicidad ya era un hecho. Pero a medida que pasaba el trimestre se dio cuenta de que detrás del anhelo continuaba existiendo otro anhelo; que detrás del velo levantado quedaba otro que no podía alzar. Su boda no se había convertido en un hito importante: se preguntaba con frecuencia si determinadas palabras o cierto incidente eran antes o después. Desde aquella comida en el restaurante de Soho, ¡había tenido que hacer tantas cosas!: comprar ropa, agradecer regalos, una breve estancia en un *college* de formación profesional, una luna de miel igualmente breve. Con tanta seguridad pronto desaparecería la polvareda: en Italia, durante las vacaciones de Pascua, quizá pudiera percibir la infinitud del amor. Pero el amor le había mostrado ya su infinitud. Los hombres no pueden asegurarse un ensueño por medio del matrimonio ni de cualquier otro dispositivo; y Rickie lo había visto realizado tres años antes, al contemplar a su mujer y a un hombre que ya estaba muerto estrechamente abrazados. Agnes nunca volvería a ser tan real para él como en aquella ocasión.

Más guapa que nunca, Mrs. Elliot llevaba la casa con gran eficiencia. Con voz alegre daba órdenes a los criados. Mientras Rickie estaba en su despacho corrigiendo composiciones, entraba un instante y le daba un beso.

—Querida... —murmuraba Rickie, contemplando los anillos que llevaba en la mano.

Pronto quedó fijado el tono de su vida matrimonial: un franco y cordial compañerismo. Al cabo de poco tiempo Rickie encontraba difícil hablar con mayor intimidad.

Una noche hizo un esfuerzo. Sawston estaba más hermoso que de costumbre. Había tranquilidad en la atmósfera y el aire era transparente. Al día siguiente quizá apareciera otra vez la niebla, pero de momento se podía

exclamar: «Es como estar en el campo». Cogidos del brazo se pasearon por el jardín, deteniéndose a veces para contemplar las plantas de azafrán o preguntarse cuándo florecerían los narcisos. De repente Rickie aumentó la presión de su brazo y dijo:

—Querida, ¿por qué ya no llevas pendientes?

—¿Pendientes? —se echó a reír—. Quizá porque ahora tengo mejor gusto.

De manera que nunca se mencionaba el nombre de Gerard. Pero Rickie confiaba en que su recuerdo fuera todavía importante para ella. No deseaba que olvidase el momento más importante de su vida. Su amor no anhelaba posesión sino intimidad y a un sentimiento tan puro no le parece terrible ocupar el segundo lugar.

Rickie valoraba la emoción: no por ella misma, sino porque es el único camino que conduce inevitablemente a la intimidad. Agnes, siempre tan saludable y siempre tan práctica, acababa por desanimarle. No es que fuera fría; le abrazaba de buena gana. Pero no le gustaba emocionarse y se reía o lo apartaba de ella cuando la voz de Rickie adquiría una entonación seria. En esto Agnes le recordaba a su madre. Pero su madre —esto no se lo había ocultado nunca a sí mismo— poseía cualidades que su mujer nunca alcanzaría; cualidades que habían ido desarrollándose en contraste con una vida horrible: más horrible aún de lo que él imaginara. Se acordaba de ella con frecuencia durante aquellos primeros meses. ¿Bendeciría su madre esta unión, tan diferente de la suya? ¿Amaba a su esposa? Quiso hablar de ella con Agnes, pero su mujer se mostró poco dispuesta a escucharle. Y era quizá esta aversión a reconocer la presencia de los muertos —de sus imágenes más bien, ya que sólo ellas tienen inmortalidad— lo que hacía transitoria su propia imagen, la de Agnes, de manera que cuando Rickie se alejaba de ella Agnes no le transmitía ninguna influencia mística, y sólo haciendo un esfuerzo se daba cuenta de que Dios les había unido para siempre.

Conversaban y discutían sin reticencias sobre otros asuntos. Iba a formarse un cuerpo de tiradores: Agnes deseaba que los chicos tuvieran uniformes adecuados en lugar de hacer los ejercicios de tiro con ropa vieja, como Mr. Jackson había sugerido. Hablaron sobre Tewson; ¿no se podía hacer algo por él? No quería saber nada de los otros prefectos y se reunía con los chicos de su edad. Examinaron el caso de Lloyd: se negaba a aprender el himno de Sawston diciendo que le irritaba la garganta. Y

hablaban sobre todo de Varden, quien, para desconcierto de Rickie, estaba ahora de interno en Dunwood House.

—Tenía que ir a algún sitio —dijo Agnes—. Afortunadamente para su madre nos quedaba una plaza libre.

—Sí... pero cuando me encuentro con Mrs. Orr... no puedo menos de sentirme avergonzado.

—¡Oh, Mrs. Orr! ¿A quién le importa lo que ella diga? Más le vale callarse la boca. Si trata de insinuar que lo hemos planeado así, déjala. Lo que ella estaba haciendo demuestra una absoluta falta de honradez. Quería poner en marcha una residencia.

A Mrs. Orr, que tenía mucho dinero, no se le había pasado semejante idea por la cabeza. Hospedó al chico por caridad, y sin la menor sospecha de estar violando el reglamento. Luego apareció aquella oficiosa «Lapa» y consiguió que se enfadara el director. Mrs. Orr había sido reprendida, Mrs.. Varden había sido reprendida, Mr. Jackson había sido reprendido y finalmente el chico, después de ser igualmente reprendido había tenido que alojarse con Mr. Pembroke, la persona por quien Mrs. Orr sentía menos respeto en el mundo entero. Lógicamente ella interpretaba toda la operación como un intento más por parte de las autoridades académicas de perjudicar a los externos, para quienes Sawston había sido fundado. Ella y Mrs. Jackson discutieron el asunto mientras tomaban el té, y esta última señora estaba segura de que nada bueno, absolutamente nada bueno, podría traerle a Dunwood aquel botín tan mal adquirido.

—Decimos, «Déjales que hablen» —insistió Rickie—, pero nunca me ha gustado dejar que la gente hable. Nosotros tenemos razón y ellos no, y quisiera que se hubiera procedido con más calma en todo este asunto. El director se excita demasiado y les ha dado una justificación a ese grupo de gente estúpida. No me gusta que se me catalogue como «enemigo de los externos» cuando pienso en lo mucho que yo hubiera dado por ser externo. A mi padre le molestaba mi presencia e hizo que pasara por el aro: nunca seré capaz de olvidarlo, especialmente por las noches.

—Aquí se dan muy pocas novatadas —dijo Agnes.

—También se daban pocas en mi colegio. Pero había una atmósfera de hostilidad que la disciplina es incapaz de disipar. No es lo que la gente hace; son sus sentimientos lo que duele.

—No te entiendo.

—El dolor físico producido por un golpe dado sin querer o jugando no hace sufrir: por lo menos yo no le llamo sufrir a eso. Pero un coscorrón, cuando se sabe que la causa es el odio, resulta terrible. Los chicos se odian de verdad: lo recuerdo y lo veo de nuevo. Pueden llegar a formar amistades particulares muy fuertes, pero no tienen la menor idea de lo que es el compañerismo.

—Todo lo que sé es que aquí se dan muy pocas novatadas.

—La noción de compañerismo se desarrolla más tarde: aquí empieza ya entre los prefectos; y en Cambridge florece de manera asombrosa. Por eso me da pena la gente que no va a Cambridge: no porque una universidad sea un sitio de buen tono, sino porque esos son los años mágicos y, con suerte, allí se ve lo que no se puede ver antes y quizá después no se llegue a ver nunca.

—¿No son éstos los años mágicos? —preguntó Agnes.

Rickie se echó a reír y pasó al ataque.

—Me estás obligando a definirme. Pero, escúchame, Agnes, porque soy una persona práctica. Estoy en favor de los colegios privados. Que florezcan por muchos años. Pero no apruebo el sistema de internados. No es un auxiliar inevitable...

—¡Santo cielo! —chilló Agnes— ¿Te has vuelto loco?

—Silencio, señora. No se lo cuentes a Herbert porque nos despediría. Pero, en serio, ¿qué ventajas tiene hacer que los chicos pasen tanto tiempo juntos? ¿No significa edificar sus vidas sobre una base equivocada? No se entienden entre ellos. Me gustaría que lo hicieran, pero no es así. No se dan cuenta de que los seres humanos son sencillamente maravillosos. Cuando llegan a hacerlo, toda la vida cambia, y se consigue algo que merece la pena. Pero no hay que fingir que se ha conseguido cuando aún no se tiene. El patriotismo y el *esprit de corps* están muy bien, pero los profesores olvidan que todo eso tiene que crecer a partir de un sentimiento. No se puede crear. Es imposible... absolutamente imposible. Yo no me interesé nunca por Inglaterra hasta que me interesaron los ingleses, y los muchachos no se sentirán ligados a Sawston mientras se odian entre sí. Señoras y señores voy a terminar mi alocución que en su mayor parte está sacada de Mr. Ansell.

La verdad es que Rickie se sintió avergonzado repentinamente. Se había dejado llevar por la marea de sus antiguas emociones. Cambridge y todo lo que Cambridge significaba se había presentado ante él con

apasionada claridad, y junto a Cambridge estaba su madre y la dulce vida de familia que protege a un muchacho hasta que se halla en condiciones de codearse con sus iguales. Estaba avergonzado, porque recordaba su resolución: trabajar sin hacer críticas; integrarse en el mecanismo sin importarle verse cogido de cuando en cuando entre los complicados engranajes.

—¡Mr. Ansell! —exclamó su mujer, riendo de manera un tanto estridente—. ¡Aaah!... Ahora entiendo. Esas son sin duda las cosas que diría el pobre Mr. Ansell. Bien; yo en cambio soy brutal. Creo que a Varden le hace bien que le tiren de las orejas de cuando en cuando, y no me importa si lo hacen jugando o no. Los muchachos tienen que endurecerse o no llegarán nunca a ser hombres; y tu madre estaría de acuerdo conmigo, sin duda alguna. Y estás totalmente equivocado en cuanto al patriotismo. Se puede: yo te digo que sí se puede crear un sentimiento.

Se mostraba más precisa que de ordinario y había seguido sus ideas con una atención por encima de lo habitual. Rickie se preguntó si no tendría razón, y lamentó que continuara después en estos términos:

—Querido, ¡no debes decir esas herejías dentro de Dunwood House! Pareces uno de esos reaccionarios que apoyan a Jackson; los que quieren que la institución retroceda cien años y no tenga más que externos, todos vestidos de cualquier manera.

—Los que apoyan a Jackson tienen razón en algunas cosas.

—Entonces lo mejor que puedes hacer es pasarte a su bando.

—El grupo de Dunwood House también tiene razón.

Porque Rickie estaba bajo la influencia de la Maldición Original, que no es —como sugiere la Versión Autorizada— el conocimiento del bien y del mal, sino el conocimiento del-bien-y-del-mal en todas las cosas.

—En ese caso sigue fiel al grupo de Dunwood House.

—Así lo hago y seguiré haciéndolo.

Volvió a sentirse avergonzado. ¿Por qué tenía él que entender siempre el otro punto de vista? Se reprendió a sí mismo con cierto éxito y después volvió al tema de Varden.

—Estoy seguro de que sufre —dijo Rickie, porque ella no hacía más que reírse—. Todos los chicos que pasan le tiran de las orejas... muy divertido, sin duda; pero cada vez sobresalen más y se le ponen más coloradas; esta tarde, cuando no sabía que alguien le estaba viendo, se

sujetaba la cabeza entre las manos y gemía. No me gusta el aspecto de sus ojos.

—A mí no me gusta nada de él. Es un ser esmirriado y horrible.

—Bueno; yo también era un ser esmirriado y horrible si vamos a eso.

—No, no lo eres —exclamó Agnes, besándole.

Pero Rickie volvió a abordar el tema. ¿No se podía hacer alguna sugerencia? Preparó algunas reglas nuevas —cambios en las horas de acostarse, etc.— cuya consecuencia sería que hubiera menos oportunidades para tirarle de las orejas a Varden. Presentó las reglas a Herbert, que simpatizaba más que su hermana con la debilidad ajena, y las consideró con mucho cuidado. Pero desgraciadamente estaban en conflicto con otras reglas, y al examinarlas con más detenimiento descubrió que también estaban en contradicción con las normas básicas en que se apoyaba el gobierno de Dunwood House. Así que no se hizo nada. Agnes se alegró bastante y se dedicó a tomar el pelo a su marido acerca de Varden. Rickie terminó por pedirle que no lo hiciera. Se sentía desasosegado acerca del chico, con un desasosiego que estaba al borde de la superstición. No era capaz de olvidar que su primera mañana de trabajo había producido sesenta libras anuales para el internado.

XIX

No fueron a Italia durante las vacaciones de Pascua. A Herbert le habían ofrecido algunos alumnos particulares, y necesitaba que Rickie le ayudara. Parecía poco razonable marcharse de Inglaterra cuando se podía ganar dinero en ella; así que fueron a Ilfracombe. Pasaron tres semanas disfrutando de las ventajas naturales y padeciendo los nada naturales inconvenientes de ese sitio de recreo. Estaban fuera de temporada y se aposentaron en un hotel gigantesco que les hizo una reducción en el precio. Debido a una desastrosa casualidad los Jackson también estaban allí y las dos familias tuvieron que intercambiar una buena dosis de tirante cortesía. La tirantez no existía en el caso de Mr. Jackson. Estaba dispuesto a hablar en todo momento y siempre que no se abordara el tema de Sawston resultaba agradable. Pero era muy indiscreto y el tacto femenino tenía que intervenir con frecuencia.

—Váyanse, mis queridas señoras —observaba entonces—. Ustedes creen ver la vida porque ven las grietas en ella. Pero todas las grietas están llenas de esqueletos femeninos.

Las señoras reían intranquilas. Con Rickie se mostraba amistoso e incluso íntimo. Mantenían largas conversaciones en el desierto Capstone, mientras sus mujeres leían en el jardín de invierno y Mr. Pembroke no perdía de vista a los jóvenes a quienes daba clase.

—Una vez tuve alumnos privados —dijo Mr. Jackson— pero los perdí por dejarles ir a remar con mis sobrinas. Nunca consigo acordarme de lo que es correcto.

Y más pronto o más tarde su charla se orientaba hacia su pasión dominante: los Fragmentos de Sófocles. Algún día («nunca», decía Herbert) llegaría a editarlos. De momento se limitaba a llevarlos en la sangre. Con el celo de un erudito y la imaginación de un poeta reconstruía tragedias perdidas: Niobe, Fedra, Filoctetes contra Troya; nombres que, a no ser por un accidente, hubieran electrizado al mundo.

—¿Merece la pena? —exclamaba—. ¿No sería mejor estar plantando patatas?

Y después:

—Sería mejor; pero a continuación viene esto.

Agnes no aprobaba estos coloquios. Mr. Jackson no era un bufón pero se comportaba como si lo fuera, que es lo que importa; y desde el Jardín de Invierno podía ver a la gente riéndose de él y de su marido, que también se excitaba. Agnes aludió a ello una o dos veces y finalmente dijo de manera cortante.

—Rickie, no debes seguir haciéndolo. No voy a consentirlo.

—Es una persona que me va. Conoce a gente que yo también conozco o que me hubiera gustado conocer. Era amigo de Tony Failing. ¡Es tan difícil llegar a darse cuenta de que un pariente nuestro haya podido ser un gran hombre! Y, al parecer, tío Tony era un gran hombre. Amaba la poesía, la música, los cuadros... su educación le empujaba a vivir en una especie de paraíso cultural, con la puerta cerrada para que las cosas desagradables se quedaran fuera. Pero acabó por sacrificarlo todo para que hubiera personas mejores en el mundo. Habría «destrozado todo el tinglado de lo bello» si hubiera servido de algo. Yo no podría ir tan lejos. Creo que no se necesita ir tan lejos; quizá hubiera que romper los cuadros, pero no la música ni la poesía: estoy seguro de que ayudan. Y Jackson tampoco lo cree así.

—Bien, no voy a tolerarlo y eso es todo.

Agnes se echó a reír porque su voz había adoptado un tono de amonestación casi profesional.

—No nos queda más remedio que permanecer unidos. Mr. Jackson está en el campo reaccionario.

—No lo sabe. No tiene en absoluto conciencia de estar en ningún campo.

—Su mujer sí la tiene, que viene a ser lo mismo.

—De todas formas, estamos de vacaciones...

Mr. Jackson y él se habían ido apartando durante el trimestre, fundamentalmente debido al asunto Varden.

—Recuerda que las vacaciones iban a ser para nosotros solos —y como si siguiera una línea de pensamiento continuó—. Me da ánimos. Cree en la poesía. Los libros sentimentales y de buen tono le parecen completamente absurdos y los dioses y las hadas mucho más cerca de la realidad. Trata de expresar toda la vida moderna buscando correspondencia con la mitología griega, porque los griegos miraban a las cosas a la cara y Deméter y Afrodita son velos más transparentes que «la supervivencia de los mejor dotados», «se ha concertado un matrimonio» y otros ropajes de la moderna jerga periodística.

—¿Y tú sabes ya lo que todo eso significa?

—Significa que la poesía es mucho más importante que la prosa.

—No. Yo te puedo decir lo que significa: todo eso no es más que una sarta de sandeces.

El rostro de Rickie se ensombreció. Agnes se estaba vengando con el pretexto de limpiar telarañas mentales.

—Espero que estés equivocada —replicó—, porque por muy mal que lo haya hecho, éstas han sido mis directrices para escribir durante los dos últimos años.

—Pero tú escribes cuentos, no poesía.

Rickie miró la hora.

—Clase otra vez. Nunca un momento de paz...

—¡Pobre Rickie! Disfrutarás de unas vacaciones auténticas durante el verano.

Y cuando ya se marchaba le llamó para decirle:

—Querido, acuérdate de lo que hemos hablado sobre Mr. Jackson. No charles tanto con él.

Más bien arbitrario. Su tono había sido un poco arbitrario últimamente. Pero, ¿qué más daba? Mr. Jackson no era amigo realmente y tendría que correr el riesgo de ofender a Widdrington. Después de la clase escribió a Ansell, a quien no había visto desde junio, pidiéndole que se acercara a Ilfracombe, aunque sólo fuera por un día. Al releer la carta el tono no le gustó. Era francamente patético: sonaba como un grito desde la prisión. «No le puedo mandar una cosa tan estúpida», pensó; y volvió a escribirle. Pero de cualquier manera que la redactara, la carta sugería siempre que era desdichado. «¿Qué es lo que me pasa?», se preguntó. «Antes era capaz de contarle todo lo que quería.» De manera que garrapateó «¡Ven!» en una postal. Pero hasta aquello resultaba demasiado serio. La tarjeta siguió el mismo camino que las cartas y Agnes las encontró todas en la papelería.

Entonces dijo:

—He estado pensando... ¿no deberías invitar a Mr. Ansell? Un poco de brisa marina no le vendría mal a ese muchacho.

Esta vez Rickie no tuvo la menor dificultad. Escribió inmediatamente «Mi querido Stewart: a los dos nos gustaría muchísimo que pudieras venir a visitarnos.» Pero la invitación fue rechazada. Un tanto incómodo, Rickie escribió de nuevo, usando el dialecto de su pasada intimidad. La impresión que daba en esta carta no era patetismo sino desenvoltura y Rickie se sintió

muy pesaroso después de echarla al correo. Le alivió mucho no recibir respuesta.

Rickie pasó bastante tiempo meditando sobre este penoso aunque comprensible episodio. ¿El sufrimiento era invención suya o había sido producido por algo externo? Y obtuvo la respuesta que la meditación produce siempre: era una mezcla de las dos cosas. Se sentía deprimido y esto venía arrastrándose desde la visita a Cadover. Desde entonces estaba siempre más dispuesto a detectar tristeza que alegría. Pero, a pesar de todo esto, Ansell se había mostrado brutal y Agnes claramente celosa. Podía entender la brutalidad, por muy ajena que le resultara. Los celos, igualmente ajenos a su temperamento, eran una cuestión más espinosa. Bien está que el marido y la mujer sean como el sol y la luna, o como la luna y el sol. ¿Significa eso que no puedan saludar a las estrellas? Aceptaba que el amor que movía a Agnes fuera más elevado que el suyo. ¿No les excluía, sin embargo, de muchas cosas agradables? Aquel sueño suyo cuando cabalgó sobre las dilatadas llanuras de Wiltshire... un sueño curioso: la silenciosa alondra, la tierra disolviéndose. Y había despertado de él en un valle lleno de hombres.

Agnes estaba celosa de muchas maneras: a veces de manera abierta y festiva, otras de manera más sutil, pero nunca se declaraba satisfecha hasta que el comunitario «nosotros» había ofrecido protección y, si era posible, también compasión. Empezó a hablar de Ansell con aire protector y a compadecerse de él; confiaba sinceramente en que obtuviese el puesto de profesor residente. Si no, ¿qué iba a hacer el pobre chico? Aunque pueda parecer ridículo, también estaba celosa de la naturaleza. Un día su marido se escapó de Ilfracombe a Morthoe y volvió lleno de admiración por sus colmillos de pizarra horadando un mar aceitoso.

—Parece que estás hablando de un hipopótamo —dijo, malhumorada.

Y cuando volvieron a Sawston atravesando condados virgilianos, no le gustaba que Rickie mirara por la ventanilla, como si la naturaleza fuera una mujer peligrosa.

Rickie se reincorporó a sus obligaciones con el sentimiento de no haberlas dejado nunca. Una vez más tuvo que enfrentarse con toda la casa en asamblea. Este trimestre era de nuevo *el* trimestre; Sawston seguía siendo el mundo en miniatura. La música de la fuga en cuatro partes le penetró más profundamente y empezó a tararear sus breves frases. La misma rutina, la misma diplomacia, la misma gastada sensación de conocer

sólo a medias a los hombres y a los muchachos... Rickie volvió a todo ello; y el único cambio fue la nube de irrealidad que se cernía un poco más espesa que antes. Habló de todo esto con su mujer —habló con ella de todo — y ella se alarmó y quiso que viera a un médico. Pero él le explicó que no era algo de importancia práctica, algo que interfiriera con su trabajo o con su apetito; tan sólo la sensación de que allí la vaca no era real. Ella se echó a reír y «¿Qué tal está hoy la vaca?» se convirtió pronto en un chiste doméstico.

OceanofPDF.com

Ansell estaba en su madriguera favorita: la sala de lectura del Museo Británico. En aquel espacio rodeado de libros siempre encontraba paz. Le gustaba ver los volúmenes alzándose fila sobre fila hasta la cúpula neblinosa. Le encantaban las sillas que se deslizan silenciosamente, los pupitres distribuidos en forma radial y el área del centro, donde los ficheros del catálogo se curvan alrededor del trono del superintendente. Allí Ansell se daba cuenta de que su vida no carecía de valor. Merecía la pena hacerse viejo y cubrirse de polvo buscando la verdad, aunque la verdad fuera inalcanzable, formulando preguntas que ya habían sido formuladas en el principio del mundo. Su recompensa sería el fracaso pero no la desilusión. Merecía la pena leer libros y escribir un libro o dos que muy pocos leerían y con el que quizá nadie estuviese de acuerdo. No era un héroe, y lo sabía. Su padre y sus hermanas, con su infatigable buena voluntad, habían hecho posible aquella vida. Pero, de todas formas, no era la vida de un niño mimado.

En el asiento de al lado estaba Widdrington, ocupado en sus investigaciones históricas. Sobre su pupitre se apilaban volúmenes enormes, y cada pocos minutos un asistente le traía más. Se levantaban como un muro separándole de Ansell. Hacia el final de la mañana se abrió una grieta, y a través de ella mantuvieron la siguiente conversación:

—He pasado unos días con mi primo en Sawston.

—Mmm...

—Ha sido muy interesante. Se respira una atmósfera de guerra. Las dos terceras partes de los profesores han perdido la cabeza y están tratando de producir una ridícula imitación de Eton. Ya sabes que el último trimestre, con muchos sudores y resoplidos, establecieron un *numerus clausus* de estudiantes. Este trimestre quieren poner en funcionamiento otro internado.

—Me parece muy bien.

—Pero cuantos más internados, menos sitio queda para los externos. Las madres de la localidad están frenéticas y también mi pintoresco primo. Nunca le he visto tan excitado por cosas ajenas al mundo helénico. Hubo una reunión de descontentos en su casa. Se le supone encargado de velar por los intereses de los externos, pero nadie pensó que fuera a hacerlo de

verdad... y menos que nadie los que le dieron el puesto. Los discursos fueron de lo más elocuente. Su razonamiento es que Sawston fue fundado para los externos y que es intolerable ponerles obstáculos. Una pobre señora se dolió: «Mi Harold está en el colegio y mi Toddie pronto tendrá la edad para entrar. Muy posiblemente me dirán que no hay plaza para él. Entonces, ¿qué voy a hacer? Si me marchó, ¿qué va a ser de Harold?, y si me quedo, ¿qué va a ser de Toddie?» Tengo que confesar que me conmovió. La vida familiar es más real que la nacional, al menos he pedido todos estos libros para probarlo, y me imagino que el busto de Eurípides estaba de acuerdo conmigo y se compadecía también de aquellas madres tan arreboladas. Jackson hará lo que pueda. No le gusta confesar la verdad más elemental: que los internados dan dinero. Me lo explicó después: es el único futuro posible para los profesores estúpidos. No es difícil sobresalir cuando se es joven y atlético y se pueden ofrecer las últimas novedades de la Universidad. Lo difícil es conservar el puesto cuando uno envejece y se acartona y hay otros más jóvenes que vienen empujando. Si uno consigue arrastrarse hasta un internado se pone a salvo. La vida de un maestro es terriblemente trágica. Jackson no está en ese caso porque tiene una cabeza de primera clase. Pero conocí a un pobre animal que había sido contratado en calidad de atleta. No le ha salido bien la maniobra para conseguir el internado y ahora no le queda otro futuro que irse deslizado ladera abajo.

Ansell bostezó.

—Vi también a Rickie. Cené una vez con ellos.

Otro bostezo.

—Mi primo piensa que Mrs. Elliot es una de las mujeres más horribles que ha conocido. La llama «Medusa en Arcadia». ¡Y es tan agradable además! Aunque a decir verdad la comida fue más bien plúmbea.

—¿Qué quieres decir con plúmbea?

—Nadie dejó de hablar un solo momento.

—Esas son las cenas plúmbeas —dijo Ansell sombríamente—. Las únicas realmente plúmbeas.

—Bueno... —continuó Widdrington— yo me inclino a compararla con una luz eléctrica. ¡Clic! Está funcionando. ¡Clic! Queda desconectada. No hay pérdidas. Ni el menor parpadeo.

—Ojalá se fundiera.

—No se fundirá nunca... a no ser que le suceda algo a la instalación.

—¿Qué quieres decir con la instalación? —preguntó Ansell, que siempre llevaba las metáforas hasta sus últimas consecuencias.

Widdrington no sabía lo que quería decir, y sugirió que Ansell debía visitar Sawston para descubrir si era posible averiguarlo.

—No servirá de nada que yo vaya. No encontraría a Mrs. Elliot: no tiene existencia real.

—Rickie sí que la tiene.

—Lo dudo mucho. Recibí dos cartas tuyas desde Ilfracombe en abril último, y tengo muchas dudas sobre la existencia del hombre que las escribió.

Inclinándose, empezó a adornar el manuscrito de su tesis con un cuadrado, y dentro de él un círculo y dentro otro cuadrado. Era su segunda tesis: la primera no había sido aceptada.

—Creo que sí existe: es muy desgraciado.

Ansell asintió.

—¿Cómo te diste cuenta de que era desgraciado?

—Porque hablaba todo el tiempo.

Después de una pausa añadió:

—¡Qué jóvenes tan inteligentes somos!

—¿No es cierto? Espero que nos pidan pronto en matrimonio. Y digo yo, Widdrington, ¿crees que debemos...?

—¿Aceptar? Desde luego. No es varonil decir que no.

—Quiero decir si debemos hacer una cosa mucho más tremenda... fundir a Mrs. Elliot.

—No —dijo Widdrington con prontitud—. No creo que lo hagamos nunca.

Y en seguida añadió:

—De todas maneras, creo que debes ir a Sawston.

—He rechazado o ignorado ya tres invitaciones.

—Eso me ha parecido.

—¿De qué serviría? —dijo Ansell entre dientes—. No soporto las cosas mezquinas. Prefiero mostrarme descortés antes que oír decir tonterías a un hombre que ha sido mi amigo.

—Podrías ir a Sawston sólo una noche para verle.

—Le vi el mes pasado... por lo menos eso me ha dicho Tilliard. Asegura que los tres comimos juntos, que Rickie pagó y que la conversación fue muy interesante.

—Yo afirmo, en cambio, que existe y que si vas... Ya está bien. Me he cansado de decir cosas inteligentes. Tienes que ir, hombre; de verdad. Estoy seguro de que es muy desgraciado y de que está muy solo. Dunwood House apesta a comercio y a esnobismo y a todas las cosas que él odiaba más. No escribe. No tiene ningún amigo. Y se comporta de una manera muy extraña, además. En la pelea sobre los externos se ha puesto en contra de mi primo. ¿Puedes creerlo? De una manera muy rencorosa. Puso muchas dificultades cuando quise cenar con él. Es como si fuera otra persona... no coinciden los sentimientos ni el comportamiento. Estoy seguro de que lo han cambiado. Pembroke era antes el que se encargaba de los externos, de manera que no estaría bien que se pusiera a la cabeza de los que los atacan y quizá utiliza a Rickie para que le haga el trabajo sucio... y Rickie se ha pasado, como suele sucederles a las personas honestas. Está cambiando hasta de manera de hablar. Y todavía no lleva un año casado. Pembroke y su mujer le tienen absolutamente dominado. No entiendo por qué es así, ni tú tampoco; por eso quiero que vayas a Sawston, aunque sólo sea por una noche.

Ansell negó con la cabeza y miró hacia la cúpula como otros hombres miran al cielo: las grandes lámparas de arco estaban ya chisporroteando y encendiéndose, porque era otra vez noviembre. Luego apartó los ojos de la fría radiación violeta y volvió a mirar los libros.

—No, Widdrington, no. No se va a ver a las personas porque sean felices o desgraciadas. Se va cuando se puede hablar con ellas. No puedo hablar con Rickie, y por consiguiente no quiero perder el tiempo en Sawston.

—Creo que tienes razón —dijo Widdrington suavemente—. Pero somos unas bestias sin corazón. Si fuéramos distintos, ¿podríamos hacer algo por salvarle? Es la maldición de ser un poco intelectuales. Los de nuestra especie siempre vemos las cosas con demasiada claridad. Nos quedamos a un lado... y mientras tanto él se convierte en piedra. ¡Dos jóvenes filósofos quejándose en el Museo Británico! ¿Qué hemos hecho? ¿Llegaremos alguna vez a hacer algo? Tan sólo ir sin rumbo fijo y criticando mientras la gente que sabe lo que quiere nos lo quita de las manos y se ríe.

—Quizá tú seas así. Yo no. Cuando llegue el momento golpearé como lo haría cualquier gañán. No te creas esas mentiras sobre los intelectuales. Están escritas para tranquilizar a la mayoría. ¿Crees que es fácil quedarse quieto en un mundo como éste? ¿Supones que no me gustaría librarle de esa

horrible mujer? ¡Acción! Nada tan sencillo como actuar; pueden testificarlo los tontos. Pero yo quiero obrar adecuadamente.

—El superintendente nos está mirando. Tengo que volver a mi trabajo.

—Todo esto te parecen tonterías —dijo Ansell deteniéndole—. Pero no te olvides de que si yo actúo estás obligado a ayudarme.

Widdrington se puso serio. No era un anarquista. Todo lo que estaba dispuesto a hacer era quejarse un poco de Mrs. Elliot.

—No te estoy ocultando nada —siguió Ansell—. No tengo ni el barrunto de un plan en la cabeza. Conozco a Rickie y conozco toda su historia: tú estabas también aquel día junto a Madingley. Ninguna de las dos cosas me ayuda: me limito a esperar.

—Pero ¿a esperar qué?

—La llegada del Espíritu de la Vida.

Widdrington manifestó sorpresa. Era una frase ajena a su filosofía. Habían pasado a la poesía.

—No se puede luchar contra Medusa de otra manera. Si me preguntas qué es el Espíritu de la Vida o a qué va unido, no te lo sabría decir. Sólo te digo que esperes su llegada. Yo lo he encontrado en los libros. Algunas personas lo encuentran al aire libre o en otra persona. No importa. Es el mismo espíritu y estoy seguro de reconocerlo en cualquier sitio y de poder usarlo de manera adecuada.

Pero al llegar aquí el superintendente les llamó la atención.

Widdrington sugirió entonces que se dieran un paseo por las galerías. La atmósfera estaba muy cargada: necesitaban aire fresco. Widdrington quería y admiraba a su amigo, pero aquel día no era capaz de entenderle. El mundo tal como Ansell lo veía parecía un lugar absolutamente fantástico, gobernado por leyes recién estrenadas. ¿Qué más se podía hacer que ver a Rickie con la mayor frecuencia posible, animarle a que se confiara y ofrecerle apoyo espiritual? Y en cuanto a Mrs. Elliot... ¿qué fuerza podría «fundir» a una mujer respetable?

Ansell aceptó el paseo, pero, como de costumbre, sólo consiguió deprimirle. La confianza que le daban los libros lo abandonaba entre todos aquellos dioses y diosas de mármol. El ojo de un artista encuentra placer en la textura y en el gesto, pero él sólo podía pensar en el aroma desvanecido del incienso y en los templos desiertos junto a un mar en calma.

—Vámonos —dijo—. No me gustan las piedras talladas.

—Eres demasiado exigente —dijo Widdrington—. Siempre estás esperando encontrarte con personas vivas. Otros no lo hacen nunca. Yo me contento con esto.

Y se fue trasladando una cuantas yardas a lo largo del friso del Partenón, mientras Ansell le seguía, consciente tan sólo de su patetismo.

—Ahí está Tilliard —hizo notar—. ¿Lo matamos?

—Por favor —dijo Widdrington; y mientras hablaba Tilliard se reunió con ellos.

Les traía noticias. Aquella mañana había sabido de Rickie: Mrs. Elliot estaba esperando un hijo.

—¿Un hijo? —dijo Ansell, repentinamente desconcertado.

—Lo había olvidado —intervino Widdrington—. Me lo dijo mi primo.

—¡Olvidado! Bien, después de todo, también yo me había olvidado de que podía suceder. No hay duda de que somos jóvenes.

Se apoyó contra el pedestal de Ilissus y recordó su conversación sobre el Espíritu de la Vida. En su ignorancia de lo que un hijo significase, se preguntó si la oportunidad que buscaba estaría allí.

—Estoy muy contento —dijo Tilliard, no sin intención—. Un hijo servirá para unirles todavía más. Me gusta ver a los jóvenes absortos en sus hijos.

—Creo que tengo que volver a mi tesis —dijo Ansell.

Abandonó el Partenón para pasar junto a los monumentos de nuestras más oscuras creencias: el templo de la Artemisa de Éfeso, la estatua de la Deméter de Cnido. Con toda sinceridad se dio cuenta de que allí había fuerzas que no podía dominar ni, por el momento, entender siquiera.

XXI

La niebla acumulada alrededor de Rickie parecía estar empezando a disiparse. No había hallado luz en un trabajo para el que no estaba dotado ni en una mujer que había dejado de respetarle y a quien él estaba dejando de amar. Aunque se llamaba inconstante y echaba sobre sus hombros toda la culpa por los fallos de su matrimonio, seguían existiendo en Agnes ciertas enormes faltas de corazón y de cabeza, y ninguna dosis de autorreproche podía hacerlas disminuir. El atractivo del matrimonio no existía ya; Rickie comprendía ahora que se había desvanecido incluso antes de la boda, y que durante los meses anteriores había cerrado los ojos fingiendo que todavía estaba allí. Pero ahora la niebla se estaba disipando.

Con aquel noviembre se acercaba el acontecimiento supremo. Rickie lo veía con los ojos de la naturaleza. Empezó a tener conciencia, al igual que Ansell, de que el amor personal y el matrimonio sólo cubren una de las caras de la existencia y que en la otra está grabada la epopeya de la procreación. A mitad de una clase se perdía en ensoñaciones, como uno que busca un nuevo símbolo para el universo, un círculo inédito dentro del cuadrado. Dentro del cuadrado ha de haber un círculo, dentro del círculo otro cuadrado, hasta que el ojo físico es incapaz de distinguirlo. Aquí hay un significado. Su madre se había olvidado de ella en él. Él se olvidaría de sí mismo en su hijo.

Estaba trabajando cuando llegaron las noticias: vigilaba en la sala de estudio. Los chicos son criaturas maravillosas. Unas veces se hunden por debajo del nivel de los animales; pero otras llegan a la ternura de una mujer. Aunque despreciaban a Rickie y Agnes les había hecho sufrir con sus mezquindades, su único deseo aquel trimestre era ser amables y no causar molestias.

—Rickie... un momento...

Su rostro se tornó ceniciento. Siguió a Herbert al pasillo, cerrando la puerta de la sala de estudio tras de sí.

—¿Está fuera de peligro? —susurró.

—Sí, sí —dijo Herbert; pero en su respuesta había una nota sombría y hostil.

—¿Nuestro hijo?

—Hija... una niña, Rickie; una hijita. Es... en muchos aspectos es una criatura saludable. Vivirá... oh, sí.

Un relámpago de horror pasó por el rostro de Rickie. Entró muy deprisa en la sala de estudio, levantó la tapa del pupitre, miró mecánicamente a los chicos y volvió a salir.

Mrs. Lewin apareció por la puerta que comunicaba con el lado de la casa ocupado por los profesores.

—¡Las dos están bien! —gritó; pero su voz también era solemne, exasperada.

—¿Qué pasa? —jadeó Rickie—. Es algo que no os atrevéis a decirme.

—Es sólo que... —tartamudeó Herbert—. No tienes que asustarte cuando la veas... es coja.

Mrs. Lewin desapareció.

—¡Coja! Pero ¿no tan coja como yo?

—Peor, Rickie querido. No; tienes que ser valiente. Deja la sala de estudio. Recuerda que vivirá... saludable desde muchos puntos de vista... Sólo tiene ese defecto.

El horror de aquella semana nunca terminó de disiparse para Rickie. Hasta el final de su vida recordó las excusas... los intentos de consolarle con la afirmación de que la niña viviría; que sufría muy poco, si es que sufría; que podría andar con muletas; que viviría sin duda alguna. Dios fue más misericordioso. Una ventana se quedó abierta en un día ventoso. Después de una breve enfermedad y sin sufrimientos, su hija murió. Pero a partir de entonces tendría que tener en cuenta la lección que aprendió tan superficialmente en Cambridge; nunca volvería a engendrar un hijo.

XXII

Aquel mismo trimestre se produjo otro acontecimiento en Dunwood House. Parecía no tener ninguna conexión con la tragedia privada de Rickie; pero más adelante él llegó a entenderlo como un amargo comentario. Sus consecuencias fueron imprevisibles y duraderas, y quizá lo más terrible que Rickie hubo de soportar.

Varden llevaba ya diez meses como interno. Su salud se había deteriorado el trimestre anterior —en parte, hay que temerlo, debido a la mala calidad de la comida—, y durante las vacaciones de verano se vio asaltado por unos terribles dolores de oído. Su madre, una persona débil, quería que se quedara en casa, pero Herbert la disuadió. Poco después de la muerte de la niña se produjo en Dunwood House una de esas olas de hostilidad cuyo origen ninguno de los muchachos conoce y cuyo curso ningún profesor es capaz de predecir. Varden nunca había sido popular —no existía la menor razón para que lo fuera—, pero tampoco le habían maltratado seriamente hasta entonces. Una noche casi todos los internos se volvieron contra él. Los prefectos estaban ausentes, los chicos mayores no se mezclaron y los más pequeños, dueños de la situación, lo tiraron al suelo, le restregaron la cara por debajo de los pupitres y le retorcieron las orejas. El ruido atravesó las puertas batientes, y Herbert, al comparecer y ver lo que sucedía, castigó a todos los internos, Varden incluido: hubiera sido contraproducente excluirle. El pobre Mr. Pembroke quedó horrorizado. No le parecía mal cierta violencia saludable, pero aquello era pura brutalidad. ¿Qué les había sucedido a sus muchachos? ¿No eran hijos de caballeros? No se daba cuenta de que si se amontonan seres humanos antes de que puedan entenderse entre sí, el gran dios Pan se enfada, acaba por burlar cualquier reglamento y consigue que se vuelvan locos. Aquella noche la víctima gritaba de dolor, y al día siguiente el médico habló de una operación. La incertidumbre duró una semana entera. Aparecieron comentarios en los periódicos locales, y se puso en peligro no sólo la reputación del internado, sino la de toda la institución.

—Si lo hubiera sabido —repetía Herbert—. Si lo hubiera sabido habría arreglado las cosas de manera completamente distinta. Le hubiera dado un cubículo.

El muchacho no murió, pero dejó Sawston para no volver.

El día antes de su marcha Rickie pasó algún tiempo con él y trató de hablar con naturalidad. Dentro de su propio dolor, que no podía compartir con nadie, y menos que nadie con su mujer, Rickie seguía vivo para los sufrimientos de otros. Todavía luchaba contra la apatía, aunque estaba perdiendo la batalla.

—No te acobardes —le dijo—. El mundo no será siempre como esto. Hay tentaciones y adversidades, por supuesto, pero serán distintas de lo que te ha sucedido aquí.

—¿No es cierto que Sawston es el mundo en miniatura, señor? —preguntó el chico, esperando complacer a un profesor haciéndose eco de lo que otro profesor había dicho. Siempre estaba tratando de agradar: ésa había sido una de las causas de su caída.

—Nunca lo he notado. Yo fui muy desgraciado en el internado, y en el mundo las personas pueden ser muy felices.

Varden suspiró y alzó los ojos.

—¿Sienten mis compañeros lo que me hicieron? —preguntó con voz llena de afectación—. Yo los perdono desde el fondo de mi corazón. Tenemos que perdonar a nuestros enemigos, ¿no es cierto, señor?

—Tus compañeros no son realmente tus enemigos. Si te encuentras con ellos dentro de cinco años es muy posible que te parezcan unas personas estupendas. Y ellos pensarán lo mismo de ti.

El muchacho no tenía ningún deseo de admitir aquello. Había estado leyendo propaganda evangelista.

—Tenemos que perdonar a nuestros enemigos —repitió—, y por muy perversos que sean no hay que desearles el mal. Cuando estaba enfermo y la muerte parecía muy cercana recibí muchas cartas cariñosas que hablaban del tema.

Rickie estaba al tanto de «aquellas cartas cariñosas». Varden había persuadido a la estúpida enfermera para que escribiera a diversas personas —personas de todas clases, que Varden apenas conocía o no conocía en absoluto— detallando su desgracia y pidiendo simpatía y ayuda espiritual.

—Lo siento por ellos —prosiguió el muchacho—. No me gustaría ser así.

Rickie suspiró. Se dio cuenta de que un año en Dunwood House había bastado para hacer de aquel chico un santurrón presuntuoso.

—No pienses en ellos, Varden. Piensa en algo hermoso... en la música, por ejemplo. Te gusta la música. Sé feliz. Es tu deber. No se puede ser bueno si no se ha disfrutado un poco de la felicidad. Quizá entonces pensarás más en querer a la gente y menos en perdonarlos.

—Los quiero ya, señor.

Y Rickie, desesperado, preguntó si podía ojear las cartas cariñosas.

El permiso le fue concedido gustosamente. Varden le ofreció un paquete muy bien hecho, y durante unos veinte minutos el profesor estuvo examinándolo, mientras el inválido vigilaba su rostro atentamente. Los grajos graznaban en los campos de juego y cerca, bajo la ventana, se oyó el sonido de una risa agradable, llena de buen humor. Un muchacho no es un demonio, a pesar de toda la evidencia en contra. Las cartas eran gélidas producciones, de tono vagamente clerical en su mayor parte. Como estaba enfermo, se dirigían a Varden con absoluta seriedad. Los corresponsales afirmaban que su dolencia quedaba justificada por una misteriosa finalidad; el sufrimiento traía consigo crecimiento espiritual: él estaba dando ya muestras de ello. Consentían en rezar por él; algunos con gran pompa, otros tímidamente. Pero todos consentían, con una excepción, que explicaba su negativa en los siguientes términos:

Querido A. C. Varden:

Tengo que decir que no recuerdo haberte visto nunca. Siento que estés enfermo, y espero que no sea tan grave como piensas. ¿Por qué no escribiste antes? Te hubiera podido ayudar. Cuando te tiraron de las orejas, deberías haber hecho esto (aquí incluía un dibujo bastante primitivo). No me comprometo a rezar, pero en cambio pensaré en ti, si eso puede servir. Voy a cumplir veintiún años en abril, soy más bien corpulento, de cara ancha y sin nada especial; con ojos, etc. Te digo todo esto porque me has confundido con otro; yo no estoy casado ni quiero casarme. No puedo pensar en ti todo el tiempo, pero te prometo un cuarto de hora diario (por ejemplo, desde las 7 a las 7,15 por la mañana) y también puedo ir a visitarte cuando estés mejor: es decir, si eres un chico, y leyendo tu carta das la impresión de serlo. Yo he estado cazando nutrias.

Sinceramente tuyo,
Stephen Wonham.

OceanofPDF.com

XXIII

Rickie fue directamente a ver a su mujer, que estaba tumbada en el sofá de su dormitorio, al salir de la habitación de Varden. Entre ellos existía ya un abismo. Agnes, como el mundo que había creado para él, le resultaba irreal.

—Agnes, cariño —empezó, acariciándole la mano—. Ha sucedido una cosa sin importancia pero muy extraña.

—¿Qué es ello, querido? Espera un momento a que termine esta suma. Se había repuesto de la tragedia: Agnes se reponía de todo.

Cuando hubo terminado, Rickie se lo contó. Hasta entonces apenas habían mencionado a Stephen. Estaba catalogado entre los muertos inservibles.

Agnes se mostró más comprensiva de lo que Rickie había esperado.

—Rickie, querido —murmuró apartando los ojos—. ¡Qué molesto para ti!

—Me gustaría que Varden se hubiera quedado con Mrs. Orr.

—En todo caso, mañana nos deja para siempre.

—Claro, claro. Le he hecho contestar a la carta y pedir disculpas. No se habían visto nunca. Era una confusión con alguien del Ejército de la Iglesia, que vive en un sitio llamado Codford. Le pregunté a la enfermera. Me lo explicó todo.

—Entonces ese asunto está terminado.

—Imagino que sí... si es que los asuntos terminan alguna vez.

—Si por desgracia esa persona viniera a hacer una visita, saldría yo a recibirle y le diría que el chico ya se ha marchado.

—Tú o yo. He superado ya esas tonterías. Stephen no significa nada para mí.

Rickie cogió la libreta de los proveedores y se puso a jugar con ella. En la cubierta de color escarlata estaba impresa una grotesca oveja. ¡Qué cosa tan rancia y tan estúpida había llegado a ser su vida!

—No debes hablar así —dijo Agnes intranquila—. Piensa en lo desastroso que sería dejar escapar algo delante de él.

—¿Lo crees así? Habría sido desastroso hace tiempo. Pero me imagino que tía Emily habrá tenido ya algún descuido.

Su esposa se molestó.

—No es necesario hablar con tanto cinismo. Creo que tía Emily tiene mejores sentimientos. Cuando estuve allí mencionó el asunto, pero sólo una vez. Tanto ella como yo, o cualquiera que tenga sentido de la decencia, sabe muy bien que no hay que tener descuidos ni pensar en tenerlos.

Agnes seguía cultivando lo que llamaba «la relación familiar». Había ido sola una vez a Cadover y se escribía con Mrs. Failing. Nunca le había dicho nada a Rickie acerca de su visita ni Rickie le había pedido ningún detalle. Pero, a partir de aquel momento, el tema volvió a ponerse de actualidad.

—Estoy segura de que no sabe nada —continuó Agnes—. ¡Ni siquiera que Varden vive en nuestra casa! Estamos perfectamente a salvo: a no ser que tía Emily se muriera. Quizá entonces..., pero de momento estamos perfectamente a salvo.

—Cuando ella mencionó el asunto, ¿qué dijo?

—Tuvimos una larga conversación —dijo Agnes tranquilamente—. No me dijo nada nuevo: nada nuevo sobre el pasado, quiero decir. Pero tuvimos una larga conversación sobre el presente. Creo —y aquí su voz adquirió un tono de reproche— que has obrado mal y has hecho una tontería negándote a hacer las paces con tía Emily.

—Quizá haya obrado mal, pero yo diría que sensatamente.

—No cabe pensar que ella esté dispuesta a dar el primer paso: es mucho mayor que tú y muy orgullosa. Pero estoy segura de que se alegraría de verte.

—Si no recuerdo mal, en nuestra última escena en el jardín la acusé de «olvidarse de cómo eran otras personas». Nunca me perdonará que le dijera eso.

Agnes guardó silencio. Para ella la frase carecía de sentido. Sin embargo, Rickie tenía razón: era lo que más había molestado a Mrs. Failing.

—En cualquier caso —sugirió ella— podrías ir a verla.

—No, querida. Gracias, pero no.

—Después de todo, es la... —iba a decir «la hermana de tu padre», pero al darse cuenta de que no era una expresión muy feliz, cambió la frase—. Después de todo va envejeciendo y está muy sola.

—¡Eso nos pasa a todos! —exclamó Rickie con una caída en el tono de voz que era ya una característica suya.

—No debería estar tan aislada de sus parientes.

Hubo un momento de silencio. Todavía jugueteando con la libreta, Rickie indicó:

—Olvidas que tiene a su sobrino favorito.

Agnes se ruborizó intensamente.

—¿Qué te pasa esta tarde? —preguntó—. Creo que te deberías ir a dar un paseo.

—Antes de que me vaya dime qué te pasa a ti —también él se ruborizó—. ¿Por qué quieres que me reconcilie con mi tía?

—Porque es lo justo y lo conveniente.

—¿Es por eso? ¿O porque es anciana?

—No te entiendo —replicó Agnes. Pero bajó la vista. La repentina sospecha de Rickie había dado en el clavo: estaba a la caza de una herencia.

—Agnes, Agnes querida —empezó Rickie con pasajera ternura—, ¿cómo puedes pensar en esas cosas? Te comportas como si fueras pobre. No nos hace falta el dinero de tía Emily ni el de nadie. Y no lo digo por hacerme el virtuoso; es que tenemos ya todo el dinero que necesitamos.

—De momento —contestó ella, todavía sin levantar la vista.

—No existe ningún futuro —exclamó Rickie en una ráfaga de desesperación.

—Rickie, ¿qué quieres decir?

¿Qué quería decir? Quería decir que las relaciones entre ellos nunca cambiarían: que jamás renacería el interés, ni la pasión. Hasta el final de sus vidas seguirían llevando una existencia rutinaria, y eso era suficiente para ella. Se contentaba con sus rondas diarias, con las tareas de cada día, hechas sin el menor interés. Pero él había soñado con otra compañera y con otra manera de vivir.

—No necesitamos el dinero... no lo gastamos ni en viajar. He puesto todo mi sueldo y aún más en inversiones. Hasta donde alcanza la previsión humana nunca vamos a necesitar dinero —y sus pensamientos se volvieron hacia la diminuta tumba—. Hablas de lo que es «justo y conveniente», pero lo justo y conveniente sería que mi tía le dejara a Stephen todo el dinero que tiene.

A Agnes le empezaron a temblar los labios, y por un momento Rickie creyó que iba a echarse a llorar.

—No se puede hacer carrera contigo —dijo ella—. Hablas en lenguaje poético.

—Lo pondré en prosa. Stephen ha vivido veinte años con ella y se le debe pagar por ello.

¡Pobre Agnes! Efectivamente, ¿qué podía hacer? En cuanto pisó Cadover se le ocurrió pensar: «Aquí hay dinero. Tenemos que tratar de conseguirlo.» Como era una señora, nunca le comunicó su pensamiento a su marido, pero consideró que también se le ocurriría a él. Y ahora, cuando por fin se le había ocurrido, no quería escribirle una breve nota a su tía.

Rickie iba a probarla aún más. Mientras discutían sobre esto, él salió con:

—Debería habérselo dicho a Stephen el día que me llamó mientras estábamos en nuestro cuarto. Ahí fue donde me equivoqué por primera vez.

—¡Rickie!

—En aquellos días yo era un sentimental. Las cosas me importaban. He estado a punto de escribirle esta tarde. ¿Por qué no tendría que saber que es mi hermano? ¿Qué significa todo este ridículo misterio?

Agnes se expresó incoherentemente.

—Pero ¿*por qué* no? Una razón de por qué no debe saberlo.

—Una razón de por qué *debiera saberlo* —replicó ella—. ¡Nunca he oído una cosa tan absurda! Dame una razón de por qué debiera saberlo.

—Porque la mentira que estamos representando ha arruinado nuestras vidas.

Agnes contempló desconcertada la bien amueblada habitación.

—Ha sido como un veneno que no queremos reconocer. ¿Cuántas veces has pensado en mi hermano? Yo he pensado todos los días: no con amor, no me interpretes mal; sólo como una medicina que me resisto a tomar. Muy dentro de mí eso que llaman el yo subconsciente me ha estado haciendo daño —su voz se quebró—. Querida, inventamos una mentira entonces, y esta carta nos la recuerda y nos da una nueva oportunidad. Tengo que decir que «mentimos». Seguiría mintiendo si me echara yo toda la culpa. Pidámosle perdón a Dios juntos. Vamos a escribir los dos a Stephen, todo lo fríamente que quieras, para decirle que es el hijo de mi padre.

No es necesario reproducir la respuesta de Agnes. Fue la última vez que Rickie intentó tener con ella una relación de intimidad. Y el resto de su conversación, aunque larga y tormentosa, es mejor olvidarlo.

El primer efecto de la carta recibida por Varden fue, por tanto, hacer que se pelearan. Antes nunca habían estado abiertamente en desacuerdo.

Por la noche Rickie dio un beso a su mujer y dijo:

—¡Qué absurdo, enfadarme por cosas que sucedieron el año pasado! No voy a escribir a esa persona, desde luego.

Ella le devolvió el beso. Pero Rickie comprendió que habían destruido el hábito del respeto mutuo y que volverían a pelearse.

En una de sus rondas entró a ver a Varden y le pidió la carta con aire casual. Se la llevó consigo a su cuarto. No era muy prudente hacerlo porque sus nervios estaban ya trastornados, y el hombre que había tratado de enterrar se removía ominosamente. En el silencio de la noche examinó la letra hasta sentirse acompañado por un ser vivo, mientras que él, a causa de su hijita, estaba ya muerto. Percibió con mayor claridad la crueldad de la naturaleza, para quien nuestro refinamiento y nuestra piedad no son más que burbujas, que desaparecen a toda prisa en el agua turbia. Las burbujas se rompen y la corriente continúa. Su padre, como insulto final, había traído al mundo a un hombre diferente de todos ellos: un hombre dotado de ruda amabilidad y de fuerza rústica; una especie de gañán cínico, contra quien sus propios sufrimientos y su debilidad pudieran resaltar más vívidamente. «El que ha nacido siendo un Elliot ha nacido caballero.» Así decía la horrible frase. Pero ahora aparecía un Elliot cuya maldad ni siquiera era caballeresca. Porque Rickie no dudaba por un momento que Stephen fuera malo intrínsecamente. Y tendría hijos: él, y no Rickie, contribuiría a acrecentar la corriente. A través de su remota posteridad Stephen llegaría a mezclarse con el mar desconocido.

Así reflexionando se acostó para dormir, sintiéndose enfermo en cuerpo y alma. No es sorprendente que aquella noche fuera la más terrible de su vida. Volvió a visitar Cambridge, y su nombre era un fantasma gris sobre la puerta. Surgió después la voz de una amable y oscura mujer, Mrs. Aberdeen, diciendo: «Cuesta trabajo creer que sea justo.» Aquellas habían sido sus palabras, su única queja contra los misterios de la decadencia y de la muerte. Agachaba la cabeza y trabajaba para que sus señoritos estuvieran «a gusto». Todavía continuaba trabajando. Tumbado en la cama, Rickie le pidió a Dios que le concediera resignación; que fuera capaz de mantener el sufrimiento dentro de los debidos límites; que lograra abstenerse de odiar y envidiar apasionadamente a Stephen. Muy raras veces rezaba con un propósito tan definido o se atrevía a mezclar sus deseos privados con la oración. La religión era para él un culto, una mística comunión con el bien,

no una manera de alcanzar en la tierra los propios deseos. Pero esta noche, a través del sufrimiento, se vio humillado, haciéndose como Mrs. Aberdeen.

Hora tras hora esperó a que viniera el sueño y trató de soportar los rostros que emergían en la oscuridad: el de su tía, el de su padre y, peor que ninguno, el rostro triunfante de su hermano. Una vez trató de golpearle y se despertó, al hacerse daño en la mano contra la pared. Después rezó histéricamente para que se le concediera el perdón y el descanso.

Volvió, sin embargo, a despertarse, y esta vez de un sueño más misterioso. Oyó llorar a su madre. Se la oía llorar con toda claridad en la habitación a oscuras. Rickie susurró: «No tiene importancia, querida, no tiene importancia», y una voz continuó como un eco: «No tiene importancia... márchate... déjales que se extingan... déjales que se extingan.» Encendió una vela y la habitación estaba vacía. Después, corriendo a la ventana, vio sobre los mezquinos edificios las heladas glorias de Orión.

A partir de aquí Rickie se deteriora. Que los que le censuren sugieran lo que tendría que hacer. Ha perdido el trabajo que amaba, y también a sus amigos y a su hija. Seguirá siendo concienzudo y honesto, pero su espíritu avanza hacia la ruina.

XXIV

Los meses que siguieron, aunque llenos de degradación y de ansiedad, no trajeron nada tan terrible como aquella noche. Había sido el punto culminante de su agonía. Era un paria y un fracasado. Pero no se vio forzado de nuevo a contemplar aquellas verdades con tanta claridad. Varden se marchó a la mañana siguiente llevando consigo la carta fatal. Toda la casa se sintió aliviada. El ángel bueno estaba otra vez con los muchachos o (como Herbert prefería creer) habían aprendido la lección y serían más humanos a partir de entonces. En cualquier caso, el desastroso trimestre concluyó sin otros problemas.

En las vacaciones de Navidad Mr. Pembroke y Rickie hicieron un intento de visitar Italia que fracasó, y durante las de Pascua se habló de un crucero por el Egeo. Herbert llegó a ir, y disfrutó con Atenas y Delfos. Los Elliot hicieron juntos algunas visitas por Inglaterra. Volvieron a Sawston unos diez días antes de que empezaran las clases y descubrieron que Widdrington estaba otra vez hospedado en casa de los Jackson. Las relaciones eran difíciles, porque las dos familias apenas se hablaban; tampoco los triunfantes andamios del nuevo internado sirvieron para hacer las cosas más sencillas. (El partido del progreso había terminado por imponerse.) Widdrington, aunque persona muy susceptible, se negó en esta ocasión a darse por ofendido e iba con frecuencia a verlos. Su actitud era amistosa, pero con una dosis de espíritu crítico. Los Elliot y Mr. Pembroke estuvieron de acuerdo en que resultaba molesto. Luego Agnes se marchó de repente a visitar a Mrs. Failing, y mientras ella no estaba Rickie vio a hurtadillas a su amigo varias veces.

La ausencia de Agnes, aunque resultaba muy conveniente, le extrañó bastante. Mrs. Silt, mitad ave doméstica mitad pájaro de mal agüero, había hecho recientemente una visita relámpago a Cadover, y desde allí había volado, sin que se la invitara, hasta Sawston. En general no era una huésped bien recibida, pero en esta ocasión Agnes había extremado las amabilidades y —así lo pensó Rickie— hizo prometer a Mrs. Silt no decirle a él algo que sabía. Las dos señoras habían hablado con mucho misterio.

—Mi marido estará allí para apoyarla —dijo Mrs. Silt.

¿Existiría alguna conexión entre las dos visitas?

Las cartas de Agnes no le descubrieron nada: nunca lo hacían. Era demasiado torpe o demasiado cautelosa para expresarse por escrito. Un paseo a Stonehenge; un himno en la catedral; el cariño de tía Emily. Y cuando se reunieron en Waterloo tampoco se enteró de nada (si es que había algo de qué enterarse) viendo su cara.

—¿Qué tal lo pasaste?

—Francamente bien.

—¿Estuvisteis las dos solas?

—A veces. En ocasiones hubo otras personas.

—¿Van a publicarse los *Ensayos* de tío Tony?

Aquí Agnes se mostró más comunicativa. Ya estaban listas las galeradas. Tía Emily había escrito una introducción deliciosa; pero era muy perezosa y nunca terminaba las cosas.

Tomaron un autobús para ir a los almacenes del Ejército y la Marina; Agnes quería hacer algunas compras antes de volver a Sawston.

—¿Has leído alguno de los ensayos?

—Todos. Encantadores. No era capaz de dejarlos. De cuando en cuando los estropea con estadísticas... pero tienes que leer sus descripciones de la naturaleza. Está de acuerdo contigo: dice que las colinas y los árboles están vivos. Tía Emily te llamó su heredero espiritual, cosa que me pareció muy amable de su parte. Las dos nos lamentamos de que ya no escribas.

Mientras subían en el ascensor de los almacenes, Agnes le fue repitiendo fragmentos de los ensayos.

—¿De qué más habéis hablado?

—Ya te he contado todas mis noticias. Cuéntame ahora las tuyas. Pero primero vamos a tomar el té.

Se sentaron en el corredor entre señoras en todos los estados de fatiga posibles: señoras ojerosas, señoras de color escarlata, señoras con paquetes que les colgaban de cada dedo como jamones. Había menos caballeros, pero todos pertenecían al tipo menos elegante, dentro del cual Rickie estaba integrado ya.

—No he hecho nada —dijo él débilmente—. Comer, dormir, mostrarme cortés con los proveedores, hablar con Widdrington. Herbert llegó esta mañana. Ha traído una fotografía muy hermosa del Partenón.

—¿Mr. Widdrington?

—Sí.

—¿De qué hablasteis?

Agnes podría haber oído todas las conversaciones sin inconveniente. Era sólo el hecho de haber disfrutado con ellas lo que Rickie deseaba ocultar. Incluso cuando queremos a las personas deseamos conservar algún rincón secreto, aunque sea muy pequeño, fuera de su alcance; es un derecho humano: es personalidad. Agnes empezó a interrogarle, pero se vieron interrumpidos. Una joven en una mesa cercana se levantó de repente y exclamó:

—Sí, es usted. Lo pensé cuando le vi entrar.

Era Maud Ansell.

—¡Oh! ¡Venga a sentarse con nosotros! —exclamó Rickie—. Permítame que le presente a mi mujer.

Maud hizo una inclinación de cabeza bastante fría, pero Agnes, creyéndolo ausencia de buena educación, no se ofendió.

—¡Ahora mismo voy! —continuó con un tono algo chillón pero cordial, sosteniendo hábilmente con las dos manos los utensilios del té y trasladándolos a la mesa de los Elliot.

—¿Cómo es que nunca ha venido a vernos?

—¡Creo que no me han invitado nunca!

—No era necesario invitarle.

Maud se inclinó hacia adelante agitando un dedo. Pero su mirada era tan franca como la de su hermano.

—¿No se acuerda del día que se marchó? Padre dijo: «Bien, Mr. Elliot...» ¿O le llamó «Elliot»? ¡Cómo se olvida una de todo! De todas formas padre dijo que no tenía que esperar una invitación, y usted dijo: «No, no lo haré.» Tenemos una casa bastante grande —se volvió con cierta arrogancia hacia Agnes—, y la segunda habitación para los huéspedes, a la que llamamos la «habitación del arpa» debido al arpa que cuelga de la pared, está siempre reservada para los amigos de Stewart.

—¿Qué tal está su hermano, miss Ansell?

El rostro de Maud se ensombreció.

—¿No se han enterado? —dijo muy asombrada.

—No.

—No ha conseguido ser profesor residente. Es la segunda vez que le suspenden. Eso quiere decir que ya no lo conseguirá. Nunca será profesor, ni vivirá en Cambridge y todo lo demás, como nosotros esperábamos.

—¡Oh, pobre, pobre muchacho! —dijo Mrs. Elliot con una compunción que era sincera, aunque su enhorabuena no lo hubiera sido—.

Lo siento mucho.

Pero Maud se volvió hacia Rickie.

—Mr. Elliot, quizá usted lo sepa. Dígame. ¿Qué defecto tiene la filosofía de Stewart? ¿Qué debería añadir o cambiar para que le aprobaran?

Agnes, que estaba un poco más al tanto, sonrió.

—Hegel —continuó Maud con tono resentido—. Dicen que ha leído demasiado a Hegel. Pero nunca le dicen qué es lo que tendría que leer en lugar de Hegel. Los insoportables libros que ellos escriben, supongo. Miren... no, esto es *Windsor*.

Después de algunos instantes de búsqueda, sacó un ejemplar de *Mind* y lo fue pasando como si fuera un espécimen geológico.

—Ahí dentro hay un párrafo sobre algo que Stewart había escrito previamente, y dice que ha leído demasiado a Hegel, y ahora parece que ése ha sido siempre el problema —su voz tembló—. Me parece terriblemente injusto y además el puesto se lo ha llevado un individuo que ha contado los pétalos de una anémona.

Rickie no sintió el menor deseo de reír.

—¡Ojalá Stewart lo hubiera intentado en Oxford!

—Yo prefiero que no lo haya hecho.

—Usted dice eso —continuó Maud con calor—, pero no ha venido nunca a verle aunque sabía que no necesitaba recibir una invitación.

—Si vamos a eso, miss Ansell —replicó Rickie con el tono de broma que se suele adoptar en tales ocasiones—, Stewart tampoco ha venido a verme, aunque él sí ha recibido una invitación.

—Sí —corroboró Agnes— le hemos rogado una y otra vez que venga a vernos, pero no ha querido aceptar.

Maud le lanzó una mirada relampagueante.

—Mi hermano es una persona muy especial, y las mujeres no somos capaces de entenderle. Pero estoy segura de una cosa, y es que siempre tiene una razón para hacer lo que hace. Vaya, tengo que irme. ¡Camarero! ¡Ca-ma-re-ro! La nota, por favor. Por separado, desde luego. ¡Decir que estos almacenes son baratos! ¡A mí no me engañan!

—¿Qué le parece el departamento de lencería? —dijo Agnes dulcemente.

La chica tragó saliva, recogió sus paquetes y les dejó. Rickie estaba demasiado indignado con su esposa para hablar.

—¡Qué persona tan horrible! —dijo Agnes con voz entrecortada—. He sido un poco dura, pero no he podido evitarlo. ¡Qué destino tan horrible para un hombre inteligente! ¡Fracasar completamente en la vida y tener después que volver a una familia como ésta!

—A Maud le falta distinción y da demasiada importancia al dinero, pero debajo de eso hay muchas cosas positivas.

Agnes, aunque le lanzó una mirada hostil, siguió hablando con voz dulce:

—Vamos a tratar por todos los medios de que Mr. Ansell venga a Sawston, ¿no te parece?

—No.

—¡Qué amigo tan inconstante eres! ¡Cuando éramos novios te pasabas la vida hablando de él!

—Haz el favor de terminar el té y después compraremos el linoleum para los cubículos.

Pero Agnes volvió a hablar del tema, no sólo aquel día, sino durante todo el trimestre. ¿No se podía hacer algo por Mr. Ansell? Parecía empeñada en degradar todo lo que Rickie había considerado importante en otro tiempo. Al hacerlo obraba en contra de su naturaleza porque se mostraba poco práctica. Y todos los que se apartan de su naturaleza están invitando el desastre. Rickie, aguijoneado por ella, escribió otra vez a su amigo. La carta no tenía nada que ver con el Rickie de otros tiempos. Ansell no la contestó. Pero escribió, en cambio, a Mr. Jackson, a quien no conocía.

Querido Mr. Jackson:

Según me dice Widdrington, tiene usted una casa grande. Quisiera hacerle saber lo conveniente que sería para mí poder alojarme en ella. Junio es el mes que me va mejor.

Sinceramente suyo,
Stewart Ansell.

Mr. Jackson le contestó que no sólo en junio, sino durante todo el año su casa estaba a disposición de Mr. Ansell o de cualquiera que se pareciese

a él.

Agnes mientras tanto continuaba su vida, cumpliendo alegremente con sus obligaciones. También ella sabía que su matrimonio era un fracaso, y en sus momentos libres lo lamentaba. Le hubiera gustado que su marido fuese más guapo, tuviera más éxito y se comportara de manera más dictatorial. Pero en seguida pensaba: «No, no; no hay que quejarse. No tiene remedio.» Ansell estaba equivocado suponiendo que podría incluso abandonar a Rickie. Su apatía espiritual se lo impedía. Tampoco un hombre más alegre conseguiría tentarla. Al llegar aquí hay que utilizar un tono diferente para criticar a Agnes. Porque también ella tiene su tragedia. Pertenece al tipo — no necesariamente dotado de especial dignidad— de los que aman una vez y sólo una. Su amor por Gerald no había sido una pasión noble: en ningún momento quedó transfigurado por la imaginación. Pero tal como era, nació para abrazarle, y Gerald se lo había llevado consigo al morir. *Les amours qui suivrent sont moins involontaires*: gracias a un esfuerzo de la voluntad Agnes había conseguido sentir cierta ternura por Rickie.

Ella no es consciente de su tragedia, y, por lo tanto, sólo los dioses pueden llorar a causa de ello. Pero no está de más recordar que Agnes se mueve como alguien a quien le ha sido arrebatada la fuente de la vida.

—Mucho me temo —dijo Agnes, desdoblando una carta que había recibido por la mañana— que la situación en Cadover no es nada satisfactoria.

Estaban cenando los tres solos. Era el mes de junio del segundo año que Rickie pasaba en Sawston.

—¿Es cierto? —dijo Herbert, manifestando un cordial interés—. ¿Qué sucede?

—Quizá recuerdes habernos oído hablar de Stephen... Stephen Wonham, que por una extraña coincidencia...

—Sí. El que escribió el año pasado a aquel pobre desventurado, Varden. Sí lo recuerdo.

—Se trata de él.

—No me gustó el tono de su carta.

Agnes había dado el primer paso. Esperaba que su marido se diera por aludido. Pero Rickie, aunque lleno de molesta curiosidad, no dijo nada. Mrs. Elliot prosiguió:

—Aunque quiero mucho a tía Emily, no me parece la persona más indicada para educar a un joven. En cualquier caso, esta vez los resultados han sido desastrosos.

—¿Qué ha pasado?

—Varias cosas —Agnes bajó la voz—. La bebida es una de ellas.

—¡Vaya! ¿Mrs. Failing sentía mucho afecto por él?

—Anteriormente sí. Le ha dejado vivir en Cadover desde niño. Eso ya no puede continuar, por supuesto.

Rickie siguió guardando silencio.

—Y ahora ha empezado a comportarse de manera vulgar y violenta —siguió Agnes.

—Vamos, un mendigo que se cree el amo del mundo. ¿Quién es? ¿No tiene parientes?

—Tía Emily ha sido siempre como un padre y una madre para él. Pero las cosas no pueden continuar así. Yo le echo a ella la culpa, y tía Emily está de acuerdo: no ha sabido ser suficientemente severa. Ese muchacho ha crecido sin principios, siguiendo siempre sus propias inclinaciones. Ya se sabe cuál es el resultado.

Herbert asintió.

—Para mí, lo que Mrs. Failing tiene que hacer está perfectamente claro. Como hasta cierto punto es responsable de él, debe pagarle el viaje a una de las colonias, darle los medios adecuados para que empiece algún negocio y luego cortar toda comunicación con él.

—¡Qué curioso! Eso es exactamente lo que va a hacer.

—En ese caso pensaré que se ha comportado de forma absolutamente honorable —alzó el plato para que le sirvieran frambuesas—. La carta que escribió a Varden no demostraba comprensión ni resultó útil y, en el caso de escribirla, tendría que haber conseguido ambas cosas. No me sorprende saber que su autor ha terminado mal. Cuando vuelvas a escribir, ¿querrás decirle a Mrs. Failing que lo siento?

—Así lo haré. Hace dos años, cuando estaba ya bastante preocupada, le hubiera gustado que te ocuparas de él.

—No es posible cambiar a un adulto.

Pero interiormente pensaba que él sí podía hacerlo, y sonrió a su hermana con gran afecto.

—Terrible, ¿no es cierto? —hizo notar dirigiéndose a Rickie.

Rickie, que estaba tratando de que todo aquello no le importara nada, asintió. Un espectador cualquiera podría haberles considerado personas imparciales, que se compadecían tanto de Mrs. Failing como del mendigo que ya no podría seguir creyéndose el amo del mundo a su costa. El tema de conversación cambió al llegar el correo de la tarde.

Herbert se apoderó de todas las cartas como solía hacer con frecuencia.

—¿Jackson? —exclamó—. ¿Qué querrá ese individuo?

Al avanzar en la lectura su tono se hizo menos hostil.

—«Querido Mr. Pembroke: ¿Sería posible que usted y los Elliot vinieran a cenar con nosotros el sábado próximo? No sólo me sentiré complacido, sino que se lo agradeceré. Mi mujer le manda una invitación a Mrs. Elliot...» Ten, Agnes, ésta es tu carta... «pero yo me atrevo a escribir también tratando de coaccionarles con el mayor descaro». Un ramo de olivo. ¡Ya iba siendo hora! Pero ¡qué hombre tan absurdo!, ¿piensa que los tres podemos irnos a divertir durante el curso y dejar la casa?... Rickie, una carta para ti.

—A mí me mandan la invitación propiamente dicha —dijo Agnes—. ¡Qué extraño! Mr. Ansell estará con ellos. ¡Y nosotros le invitamos a venir aquí! ¿Sabías que conociera a los Jackson?

—Eso hace que sea muy difícil rechazar la invitación —dijo Herbert, que estaba deseoso de aceptar—. En cualquier caso, Rickie debería ir.

—No quiero ir —dijo Rickie abriendo su carta con gran lentitud—. Como Agnes dice, Ansell se ha negado a venir aquí. No voy a molestarme en ir a verle.

—¿De quién es tu carta? —preguntó Agnes.

—Mrs. Silt —replicó Herbert, que había reconocido la letra.

—Espero que no quiera venir a visitarnos este trimestre, con los exámenes pendientes y todos tan ocupados. Pero tú, Rickie, tendrás que aceptar la invitación de los Jackson.

—No puedo ir. Me he mostrado demasiado descortés con ellos; Widdrington y yo siempre nos veíamos aquí. Me quedaré con los chicos...

Su voz se cortó repentinamente. Había abierto la carta de Mrs. Silt.

—Espero que los Silt no estén enfermos...

—No. Pero creo... —miró a su mujer—, creo sinceramente que esto es ir demasiado lejos. Realmente, Agnes...

—¿Qué ha pasado?

—Esto es ir demasiado lejos —repitió. Se estaba preparando para otra batalla—. No estoy dispuesto a soportarlo. Todo tiene un límite.

Dejó la carta sobre la mesa. Fue Herbert quien la cogió y leyó:

—«Tía Emily acaba de escribirnos. Estamos muy contentos de que hayan terminado sus preocupaciones, a pesar de los gastos. Nunca resulta bien pasar tanto tiempo apartada de la propia familia. Wonham sale para Canadá el sábado que viene. Lo que tú le dijiste acerca de él sirvió para inclinar la balanza. Tía Emily nos pregunta...

—No; esto es demasiado —interrumpió Rickie—. Lo que yo le dije... lo que le dije sobre él... no; tengo que enterarme de qué se trata. ¡Agnes!

—¿Sí? —dijo su mujer levantando los ojos de la invitación de Mrs. Jackson.

—Has sido tú; has sido tú. Yo no he hablado nunca de Wonham con ella. ¿Cómo es posible? Ni la he visto ni he hablado con ella desde entonces. Tienes que haber sido tú.

Entonces Herbert se enfrentó con él, y Rickie se derrumbó. Le preguntó qué quería decir. ¿Por qué estaba tan excitado? ¿De qué acusaba a su esposa? Rickie fue respondiendo cada vez más débilmente y pronto hermano y hermana se estaban riendo de él. Se sentía desconcertado, como

un chico cuando sabe que tiene razón pero no es capaz de expresarse claramente. Seguía repitiendo:

—Nunca he hablado de Wonham con ella. Es una calumnia. Jamás lo he hecho.

Y ellos exclamaron:

—Rickie querido, ¡todo este barullo no tiene el menor sentido!

Entonces se hizo la luz en su cerebro. Su mirada se detuvo sobre la carta de tía Emily que su mujer había recibido por la mañana, y reanudó la batalla.

—Agnes, dame esa carta si haces el favor.

—¿La de Mrs. Jackson?

—La de mi tía.

Agnes puso la mano encima y le miró interrogadoramente. Se dio cuenta de que no había conseguido intimidarle.

—La carta de mi tía —repitió Rickie, alzándose e inclinándose hacia su mujer.

—¿Por qué, querido?

—Sí, ¿por qué? —repitió Herbert como un eco. También él había tratado de intimidar a Rickie, aunque con un motivo más puro: procuraba evitar una disensión entre marido y mujer. No era la primera vez que intervenía.

—Porque esa carta me hará saber cuál ha sido tu parte en esto. Creo que has hundido a Stephen. Llevas dos años trabajando en ello. Me has atribuido cosas que no he dicho nunca para «inclinarse la balanza» contra él. Se va a Canadá... y todo el mundo cree que es obra mía. Como he dicho antes, te aconsejo que dejes de sonreír; esta vez has ido demasiado lejos.

Se habían puesto los tres en pie. Agnes no dijo nada, pero los dedos de su delicada mano se tensaron sobre la carta. Cuando su marido trató de arrebatársela ella quiso evitarlo, y el resultado fue un número de circo. Todo lo que estaba sobre la mesa cayó al suelo: cordero, salsa de menta, frambuesas, limonada, whisky. Inmediatamente se vieron desbordados por las minucias domésticas. Agnes tocó la campanilla para que viniera la criada, se oyeron exclamaciones, se trajeron bayetas y hubo que recoger los platos rotos (un regalo de boda) esparcidos sobre la alfombra; mientras, Rickie permanecía junto a la ventana lleno de indignación, contemplando el declinar del oscurecido sol.

—*Tengo* que ver esa carta —repitió, cuando se hubo calmado la agitación. Estaba demasiado enfadado para que fuera posible apartarle de su propósito. Sólo emociones intrascendentes pueden desvirtuarse con un interludio de farsa.

—Ya he soportado bastante esta discusión —replicó Agnes—. Sabes bien que los Silt no son nunca muy precisos. Creo que podrías tener un poco más de confianza en mí. Pero ya que quieres saberlo... ¿has olvidado tu paseo a caballo con él?

—¿El paseo...? —se desconcertó otra vez—. Cuando soñé...

—¿No recuerdas que regresaste para no tener que escuchar una absurda poesía?

—No entiendo.

—La poesía era sobre tía Emily. Os la leyó a ti y a un soldado vagabundo. Después me lo contaste. Dijiste: «Realmente su ingratitud es vergonzosa. Tía Emily debiera saberlo.» Ya lo sabe y ahora espero que te disculpes.

Rickie había dicho algo parecido en un momento de irritación. Mrs. Silt tenía razón: él había ayudado a inclinar la balanza.

—Tú sabes bien que no era eso lo que quería decir; que me cortaría la lengua antes de usarlo en contra suya. Ahora o entonces.

Suspiró. ¿Había arruinado a su hermano? Le invadió una extraña ternura, que desapareció al recordar a su hijita muerta.

—Lo *hemos* arruinado, ¿no es eso? ¿Tienes alguna objeción al *hemos*? Lo *hemos* desheredado.

—Ya me he convencido de que no tienes razón —intervino Herbert—. He oído a los dos lados en este deplorable asunto. Estás diciendo unas tonterías absurdas. «¡Desheredar!» Bobadas sentimentales. Ha quedado claro para mí desde el principio que el tal Wonham ha abusado de Mrs. Failing sin tener ningún derecho legal; y que cualquiera que lo desenmascare no hace más que cumplir con su deber...

—... consiguiendo de paso algún dinero.

—¿Dinero? —la palabra dinero siempre lograba desasosegar a Mr. Pembroke—. ¿Quién ha hablado de dinero?

—Entérate de lo que estoy diciendo, Herbert, y de qué acuso a mi mujer —se le llenaron los ojos de lágrimas—. No es que me guste Wonham, o me olvide de que es un borracho o quizá algo peor. Sé que es un desastre. Pero tendría que recibir el dinero de mi tía porque ha vivido toda

su vida con ella y es tan sobrino suyo como yo. Mi padre, al parecer... ¿comprendes?

Se detuvo, asombrado de sí mismo. ¡Qué fácil había sido decirlo! Se estaba sin duda fosilizando: ya no era capaz de angustiarse por aquel estúpido secreto.

Cuando Herbert entendió, lo primero que le vino a la cabeza fue Dunwood House.

—¿Por qué no se me ha dicho nunca? —fue su primera observación.

—Decidimos no contárselo a nadie —respondió Agnes—. Rickie, impaciente por demostrar que soy una mentirosa, ha roto su promesa.

—Se me tendría que haber informado —dijo Herbert, cada vez más enojado—. De haberlo sabido podría haber evitado esta deplorable escena.

—Dejadme que la termine yo —dijo Rickie, vencido otra vez y saliendo del comedor. Se sentía impulsado a ir a Cadover directamente y hacerle a Stephen una declaración desapasionada de cómo estaban las cosas. Quizá entonces su hermano fuera capaz de luchar con éxito contra las dos mujeres. Pero resistió el impulso. ¿Por qué tendría él que ayudar a una fuerza del mal contra otra? Es mejor dejarles que caminen estrechamente unidos hacia su destrucción. Enriquecer a su hermano sería tan malo como enriquecerse él mismo. Si el dinero de su tía llegaba a manos de Rickie, se negaría a aceptarlo. Aquella era la postura más fácil y la más digna. Dejó de angustiarse con la justicia o la piedad y al día siguiente pidió perdón a su mujer.

En el comedor la conversación continuaba. Agnes, sin mucha dificultad, consiguió hacer un aliado de su hermano. Reconoció que había obrado mal no contándoselo, y él admitió que su actuación había sido acertada en todo lo demás. Agnes difuminó los contornos en el incidente de su traición, porque Herbert a veces veía muy claro en cuestión de detalles, aunque se le pudiera engañar fácilmente en una panorámica general. Mrs. Failing había tenido numerosos motivos de queja, y Agnes hizo especial hincapié en ellos. Insistió también en la generosidad con que el joven «que no sabía nada ni había querido nunca saber nada» estaba siendo tratado por su tía.

—Generosidad es la palabra —dijo Herbert—. Espero que no se convierta en indulgencia. No merece que se le trate con indulgencia.

Y Agnes se daba cuenta de que él, como ella, se acordaba del dinero y de que esto era un factor muy positivo para su causa.

—No es un tema agradable —continuó Herbert con repentina rigidez—. Entiendo por qué Rickie se ha exaltado tanto. Mi deseo —puso una mano en el hombro de Agnes— sería abandonarlo inmediatamente. Pero si tengo que ayudarte has de contármelo todo. Hay momentos en que resulta necesario mirar a los hechos cara a cara.

Agnes no se turbó tanto como él esperaba ni tanto como ella misma podría haber deseado. Dos años antes había sentido repugnancia física. Pero se había llegado a acostumbrar.

—Me temo, Bertie, que esto es todo lo que sabemos. He intentado conseguir más información varias veces, pero tía Emily no ha querido contarme nada. Supongo que es lógico. Quiere proteger el nombre de los Elliot. Nos hizo esa revelación porque se dejó llevar del mal humor; después nos pusimos de acuerdo para no decírselo a nadie; luego Rickie volvió a ofenderla, y desde entonces se ha negado a contar los detalles.

—Una situación muy poco satisfactoria.

—Así lo creo también yo.

Agnes se sentó de nuevo dando un suspiro. Mrs. Failing había puesto muy a prueba sus ordenadas costumbres.

—Es una mujer muy rara. Siempre se está riendo. De hecho le parece muy divertido que no sepamos más.

—Son una familia muy rara.

—Sí que lo son, desde luego.

Herbert, con ternura poco frecuente, se inclinó para besarla.

Agnes le dio las gracias.

La ternura desapareció en seguida. Hicieron aquellos gestos sin mirarse a los ojos porque les turbaban. Existen momentos para todos nosotros cuando nos sentimos obligados a hablar en una lengua nueva e inútil. Cabe imaginarse a un serafín contrariado por nuestro lenguaje de todos los días, que hace blasfemar al piadoso y mostrarse piadoso al blasfemo. El serafín pasa y nosotros seguimos como si nada hubiera sucedido: conscientes, sin embargo, de no haber sido nosotros mismos y de que puede sucedemos de nuevo. Así Agnes y Herbert, mientras procedían a discutir la cena de los Jackson, conservaban un desasosegado recuerdo de desiertos espirituales y espirituales corrientes.

El pobre Mr. Ansell se hallaba sentado en el jardín de Dunwood House. Era un domingo por la mañana. El aire estaba lleno de olor a rosbif. El sonido de un himno masculino, interpretado a gran velocidad, flotaba sobre la avenida que llevaba a la capilla de la institución. Mr. Ansell fruncía el entrecejo porque estaba leyendo un libro, los *Ensayos* de Anthony Eustace Failing.

Se hallaba allí en razón del libro: al menos eso se había dicho a sí mismo. Acababa de publicarse y los Jackson estaban convencidos de que Mr. Elliot tendría un ejemplar. Por un libro está justificado ir a cualquier sitio. No hubiera sido lógico entrar en Dunwood House para ver al Rickie que no había aceptado ir a cenar con los Jackson la noche anterior. Ansell estaba en Sawston para asegurarse de que su amigo reposaba ya en la tumba. Pensaba contemplar sus cenizas sin parpadear una sola vez e inscribir el epitafio con mano segura. El amor seguía existiendo. Pero en cuestiones importantes Ansell era una persona práctica. Sabía que no serviría de nada revelarlo.

—¡Buenas! —dijo una voz detrás de él.

Ansell no vio razón alguna para responder a una enunciación tan superflua, y continuó leyendo.

—¡Buenas! —dijo la voz de nuevo.

En cuanto a los *Ensayos*, las ideas eran hasta cierto punto anticuadas, y Ansell descubría muchos fallos en ellas; y la posibilidad de que todos los hombres se sintieran hermanos sólo conseguía aburrirle. Sin embargo, Mr. Failing, aferrándose a sus principios, conseguía hacer varias consideraciones interesantes. Era muy notable su distinción entre tosquedad y vulgaridad (tosquedad, que revela algo; vulgaridad, ocultando algo) y su reconocida preferencia por la tosquedad. La vulgaridad era para él la maldición original, la burda reticencia que impide al hombre abrir su corazón al hombre, el poder que lucha contra la igualdad. De ahí nacían todas las cosas que odiaba —los distintivos de clase, las damas, las reglas del juego, el partido conservador— todas las cosas que acentúan más las divergencias que las semejanzas de la naturaleza humana. Mientras que la

tosquedad... Al llegar aquí Herbert Pembroke había garrapateado con lápiz azul «Infantil. No hace falta leer más».

—¡Buenas! —repitió la voz.

Ansell siguió leyendo, porque aquél era el libro de un hombre que había tratado, aunque fuera sin éxito, de practicar lo que predicaba. Mrs. Failing describía en su introducción con delicada ironía sus dificultades como terrateniente; pero lo hacía sin dejar constancia del amor con que se recordaba su nombre. Como tampoco llegaba a alcanzarle la ironía de su mujer cuando Mr. Failing exclamaba: «Consigue lo práctico a través de lo que no lo es. No existe otro camino.» Ansell se inclinaba a pensar que la recompensa de las cosas que no son prácticas está en ellas mismas, pero sentía respeto por los que tratan de proseguir el viaje hasta más allá. Todos tenemos que pasar por encima de las montañas. No cabe duda de que no existe otro camino.

—¿No le parece que hace buen día? —dijo la voz.

El día no tenía nada de especial, de manera que Ansell se sintió obligado a contestar:

—No. ¿Por qué?

Inmediatamente un terrón de arcilla se estrelló contra su espalda. Ansell se volvió indignado porque odiaba la violencia física. Un hombre fornido y rubicundo se paseaba por el sendero de grava, con las manos hundidas en los bolsillos. Estaba muy enfadado. Ansell observó que el terrón de arcilla servía de soporte a una lobelia azul, y que se podía ver la herida del mismo tamaño en un arriate circular. Ansell no estaba tan enfadado. «Espero que lo sientan», reflexionó. La noche anterior Agnes se mostró tan compasiva que le dieron deseos de retorcerle el cuello. Maud no había exagerado. Mr. Pembroke le trató con aire protector, ayudándose de una voz muy compungida y unos ojos muy abiertos y redondos. Hasta hablar con ellos nadie le había dicho aún que su carrera fuera un fracaso. Al parecer lo era. Nunca se habrían mostrado corteses si Ansell hubiera triunfado o si tuvieran algo que temer de él.

En muchos aspectos Ansell era un hombre engreído; pero nunca se enorgullecía de tener razón. Había pronosticado la catástrofe de Rickie desde el primer momento, pero eso no le proporcionaba el menor consuelo. Ansell era pedante en muchas cosas; pero su pedantería estaba muy cerca de los sarmientos de la vida: mucho más cerca que ese fetiche, la Experiencia, que nace de un incontable número de tazas de té. Tenía aún

muchísimas cosas que aprender, y antes de morir consiguió aprender una considerable cantidad. Pero nunca olvidó que únicamente la sagrada imaginación del corazón está capacitada para clasificarlas: sólo ella puede decidir cuál es una excepción, cuál un ejemplo. «¡Qué poco práctico es todo esto!» Ese era su comentario sobre Dunwood House. «¡Qué poco sentido de la eficiencia en los negocios! Viven juntos sin amor. Trabajan sin convicción. Tratan de ganar dinero sin necesitarlo. Mueren, y nada habrá sucedido, ni para ellos ni para los demás.» Era un comentario que la mente académica suele hacer cuando se enfrenta con el mundo por primera vez.

Pero estaba siendo ilógico. El terrón de arcilla le había perturbado. Después de limpiarse la espalda volvió a concentrarse en el libro. ¡Qué asunto tan curioso era el ensayo sobre «Aberturas»! La Soledad, coronada de estrellas, recorriendo los campos de Inglaterra, mantiene un diálogo con el Aislamiento. Él, pobrecito hombre, vive en el más perfecto de los escenarios: entre rocas, bosques, prados de color esmeralda, lagos de azur. Para que la gente no le moleste ha construido alrededor de su dominio una valla muy alta en la que está grabado su lema: «Procul este, profani». Pero no disfruta. Su único placer es burlarse del Profano ausente, que no se aparta de su imaginación ni de día ni de noche. Sus defectos y su estupidez forman el tema del gran poema del Aislamiento «en el alma de la naturaleza». Entonces la Soledad le dice que será siempre así hasta que haga una abertura en la valla y deje que su Aislamiento quede a merced de las circunstancias. Obedece. Los Profanos le invaden; pero durante breves intervalos se marchan a otros sitios y durante esos períodos le es revelada el alma de la naturaleza.

Había sido una conversación con su cuñado lo que sugirió este diálogo a Mr. Failing. A Ansell también le afectó. Miró al hombre que le había tirado el terrón de arcilla y que se paseaba ahora por el césped repleto de juventud e igualmente falto de pudor. «¿Debo enriquecer mi alma a expensas tuyas? —pensó—. Supongo que debo hacerlo.» Con tono amistoso preguntó:

—¿Está usted esperando a Mr. Pembroke?

—No —replicó el joven—. ¿Por qué?

Ansell, después de un momento de admiración, le arrojó los *Ensayos*, acertándole en la espalda. Un instante después Ansell estaba boca arriba sobre el arriate de las lobelias.

—¡Me hace daño! —jadeó con tono desconcertadamente cortés—. ¡Eso que hace, duele! —porque el joven le estaba golpeando las espinillas con el canto del libro—. No sea bruto... ¡ay!

—¡Entonces diga Pax!

Algo se rebeló dentro de Ansell. ¿Por qué tenía que decir Pax? Consiguió liberar una mano y golpeó al pequeño salvaje en la barbilla; inmediatamente se vio arrojado otra vez sobre las lobelias de un puñetazo en la boca.

—¡Diga Pax! —repitió el otro, oprimiendo el cráneo del filósofo contra la tierra; y añadió con una ansiedad que por alguna razón no resultaba ofensiva—: se lo aconsejo. Más vale que lo haga.

Ansell tragó un poco de sangre. Intentó moverse pero no pudo. Después de examinar los ojos del joven y la palma extendida de su mano derecha, que en aquel momento se estaba balanceando, exclamó:

—¡Pax!

—¡Deme la mano! —dijo el otro, ayudándole a ponerse en pie. Ansell odiaba cordialmente al británico campechano; pero estrechó su mano y ambos se contemplaron incómodamente. Acompañando la acción con murmullos corteses, procedieron a quitarse mutuamente las florecitas azules que llevaban pegadas a la ropa. Ansell trataba de recordar por qué se habían peleado, y el joven se preguntaba por qué no se había protegido mejor la barbilla. A lo lejos se oyó un himno:

«*Lucha con los buenos. Lucha con... toda tu... fuerza.*»

Pronto empezarían a volver de la capilla.

—¿Su libro, señor?

—Gracias, sí.

—¡Cómo! —exclamó el joven—. ¡Si es *Lo que queremos*! Por lo menos la encuadernación es la misma.

—Se llama *Ensayos* —dijo Ansell.

—Entonces es el mismo. Mrs. Failing, ¿sabe?, no quiso llamarlo así por las quas: dijo que era vulgar y que sonaba como a Tolstoy. No sé si ha oído usted hablar de él.

Ansell confesó cierta familiaridad con aquel autor; después dijo:

—¿A usted le parece vulgar *Lo que queremos*?

La posible respuesta no le interesaba en absoluto, pero deseaba escapar del ambiente de cortesía pugilística, que le resultaba más penosa que los mismos puñetazos.

—Es el mismo libro —dijo el otro—. El mismo título, la misma encuadernación.

Lo sopesó en sus manos enlodadas como hubiera hecho con un ladrillo.

—Ábralo para ver si el interior también corresponde —dijo Ansell, tragándose la risa y un poco más de sangre con ella.

El fornido joven, dejando tras sí huellas abundantes de su pulgar, fue pasando las hojas, y leyó:

—«... el silencio rural que no es un lujo de poeta, sino una necesidad práctica de todos los hombres». Sí, es el mismo libro.

Sonriendo complacido ante su descubrimiento, devolvió el libro a su dueño.

—¿Y es eso cierto?

—¿Cómo dice?

—¿Es cierto que el silencio rural es una necesidad práctica?

—¡No me lo pregunte a mí!

—¿Lo ha probado alguna vez?

—¿El qué?

—El silencio rural.

—Un campo en el que no hay ruidos; supongo que es eso lo que quiere usted decir. No lo entiendo.

Ansell sonrió, pero un cierto brillo en los ojos de su interlocutor le hizo contenerse. Después de todo se trataba de una persona que podía tirarle al suelo. Más aún, no había ninguna razón para burlarse de él. Había sido capaz de repetir su «No. ¿Por qué?». No era estúpido en las cosas importantes. Era irritable, lo que a los ojos de Ansell se convertía con frecuencia en un signo de gracia. Acomodándose otra vez en el volcado asiento, hizo notar:

—Me gusta el libro en muchos aspectos. Creo que *Lo que queremos* no hubiera sido un título vulgar. Pero no estoy dispuesto a malograrme por la posibilidad de arreglar el mundo, que es a lo que se reduce su credo. Tampoco siento demasiado entusiasmo por los silencios rurales.

—¡Maldita sea! —dijo el otro calmosamente, chupando una pipa vacía.

—¿Tabaco?

—Sí, por favor.

—El de Rickie siempre está muy sucio.

—¿Quién ha dicho que conozco a Rickie?

—Bueno; conoce usted a su tía. Es un posible lazo de unión. Sea amable con Rickie. No le tire al suelo si no está de acuerdo con que hace buen día.

El otro guardó silencio.

—¿Le conoce usted bien?

—Más o menos.

No se sentía muy inclinado a hablar. Su deseo de fumar era muy violento, y Ansell se fijó en su manera de contemplar el humo que salía de la pipa y su forma de morderla cuando la tenía en la boca. Le hizo pensar en un animal con la exacta cantidad de alma necesaria para ser consciente de su propia felicidad. Personas así, aunque más refinadas, eran frecuentes en la Grecia clásica. No son frecuentes hoy en día, y Ansell se sorprendió de que un amigo de Rickie pudiera pertenecer a aquella especie. Si era capaz, «más o menos», de conocer a semejante criatura, Rickie tenía que estar agitándose en la tumba.

—¿También conoce usted a su mujer?

—Sí. Puede decirse que conozco a Agnes. Muchas gracias por el tabaco. Anoche casi me muero. No tengo ni un penique.

—Quédese todo... haga el favor.

Después de unos instantes de duda, así lo hizo. «Lucha con los buenos» había terminado momentos antes; su intimidad había crecido muy deprisa.

—Usted debe de ser un amigo de Rickie, ¿no?

Ansell estuvo tentado de responder: «No le conozco en absoluto.» Pero no parecía momento para las verdades más duras, de manera que dijo:

—Le conocía bien cuando estábamos en Cambridge, pero apenas lo he visto desde entonces.

—¿Es cierto que su hijita nació coja?

—Eso creo.

Sus dientes apretaron la pipa. El servicio religioso había terminado. El organista se dedicaba a las improvisaciones, y la primera oleada de muchachos estaba llegando a Dunwood House. Pocos minutos después estarían también allí los profesores. Ansell, que empezaba a sentir interés, trató de apresurar la conversación.

—¿Viene usted de lejos?

—Dé Wiltshire. ¿Conoce usted Wiltshire? —y por primera vez la sombra de un sentimiento atravesó su rostro, tributando pasajero homenaje a algún misterio—. Buena tierra. Vivo en uno de los mejores valles junto a la llanura de Salisbury. Es decir, vivía.

—¿Le han expulsado de Cadover sin un penique en el bolsillo?

El joven se alarmó al oír esto. Le pareció claramente diabólico. Ansell explicó que si sus botas tenían manchas de greda, si era fácil adivinar que había dormido sin quitarse la ropa, si conocía a Mrs. Failing y Wiltshire y no tenía dinero para comprar tabaco, la deducción era posible.

—Sólo hace falta prestar atención —murmuró.

La casa se estaba llenando de muchachos, y Ansell vio, con pesar, la cabeza de Agnes asomando sobre el seto de tuya que separaba el jardincillo delantero del césped lateral donde él estaba sentado. Al cabo de unos minutos fue seguida por las cabezas de Rickie y de Mr. Pembroke. Todas ellas cruzaron vueltas en la otra dirección. Pero encontrarían su tarjeta en el vestíbulo, y si su acompañante había dejado algún mensaje lo encontrarían también.

—¿Qué es usted? —preguntó Ansell—. Quien sea... su nombre... no me interesa. Pero me gusta clasificar a las personas, y hasta ahora he fracasado con usted.

—Yo... —se detuvo. Ansell consideró que había respuestas peores—. En realidad no sé lo que soy. Antes pensaba que era algo especial, pero ahora me doy cuenta de que me parezco a muchos otros. Solía sentirme superior a los trabajadores. Daba por sentado que era un caballero, pero en realidad ya no sé a dónde pertenezco.

—Uno pertenece al lugar donde duerme y a las personas con las que come.

—La mitad de las veces duermo al aire libre, y en cuanto a comer, como solo, así que por ese camino no va usted a llegar muy lejos.

Ansell se sintió invadido por un silencio que estaba muy cerca de la poesía. ¿Le gustaba aquel hombre por un simple capricho o era realmente un ser maravilloso? No se le podía llamar romántico, porque el romanticismo es una figura con los brazos extendidos, que anhela lo inalcanzable. Ciertas figuras griegas a las que volvemos continuamente se le asemejaban más. No había que esperar nada de él: ni pureza de frase ni agudeza de pensamiento. Se imponía, sin embargo, la convicción de que había estado en otros sitios; de que se había sentado a la mesa de los dioses,

preparada en algún campo silencioso, y que pertenecía para siempre ya a los huéspedes con los que había comido.

Además era simple y franco, y lo que podía contar se lo contaba a cualquiera. Carecía de la reticencia ciudadana. Ansell le preguntó:

—¿Por qué le ha echado Mrs. Failing de Cadover? También me gustaría oír eso.

—Porque estaba cansada de mí. Porque no podía callarme las injusticias que se cometen con los jornaleros. A usted se lo pregunto, ¿es eso justo? —empezó a hablar incoherentemente. Ansell captó—: Y se hacen viejos... no juegan... siempre termina con que no pueden jugar —se le ocurrió una ilustración—. Coja un gatito, por ejemplo... si uno se ocupa de él, jugando llega a convertirse en un buen gato.

—Pero a Mrs. Failing no le gustaba que se cazaran ratones.

—¿Ratones? —repuso el joven sin entender—. Lo que iba a decir es que alguien estaba celoso de mi presencia en Cadover. No voy a mencionar nombres, pero me imagino que era Mrs. Silt. Lo siento por ella si ha sido así. En cualquier caso, predispuso a Mrs. Failing en contra mía. Eso, por encima de todo lo demás... y me puso en la calle.

—Y, Mrs. Silt, cuyo nombre no menciono, ¿qué dijo?

El otro puso gesto de culpabilidad.

—No lo sé. No es difícil encontrar algo que decir. El caso es que dijo algo. Sabe usted, Mr... No sé su nombre, el mío es Wonham, le estoy muy agradecido por el tabaco. La verdad es que este conflicto *tiene* otra cara. Es una cara desagradable, pero ahí está.

Ansell le dijo que no se sintiera incómodo: ya se había imaginado que tenía que haber otras influencias. Pero no entendía por qué Mr. Wonham había venido directamente de la tía al sobrino. Estaban sentados en el banco restituido a su primitiva posición. El ejemplar de *Lo que queremos*, bastante deteriorado, yacía entre los dos.

—Debido a las razones que he dicho, tuvimos una pelea. No sé... ya puede imaginarse cómo fue la cosa. Quería que me marchara a las colonias, y trajo al párroco para dorarme la píldora y convencerme de que un inmenso continente era el sitio adecuado para un tipo como yo. Yo dije: «No soy capaz de subir hasta los Rings sin cansarme, ni de hacer galopar a un caballo hasta perder de vista este paisaje sin cansarlo a él, así que ¿para qué necesito un inmenso continente? Entonces me di cuenta de que ella me tenía miedo y fanfarroneé un poco más, pero al final me salió mal. Me

cogió —muy típico de ella— cuando sólo llevaba la ropa interior puesta al volver a casa después de haberle dado para el pelo al equipo de Cadchurch. Se colocó en la puerta entre las pilastras de piedra y dijo: «¡No! ¡Nunca jamás!» Detrás de ella estaba Wilbraham, al que yo había tratado de echar, el jardinero y el bueno de Leighton, a quien le molesta mucho que le hagan daño. Ella dijo: «Hay cien libras para ti en el banco de Londres y tendrás otro tanto en diciembre. ¡Vete!» Yo dije: «Quédese con su dinero y dígame de quién soy hijo.» No me importaba en realidad. Lo dije por si acaso conseguía herirla. Lo cierto es que se agarró al tirador de la puerta (porque es coja) y dijo: «No puedo... lo prometí... y además no quiero», y Wilbraham me miraba muy fijamente. Luego se echó a reír, es una mujer muy extraña, y terminó por ir a buscar el paquete, y oíamos su risa por la ventana mientras lo cogía. Lo tiró rodando por los escalones de la entrada y me dijo: «Una página especialmente sacada para ti de la comedia eterna, Stephen», o algo por el estilo. Lo abrí cuando iba ya por la avenida, mientras ella seguía riendo agarrada al tirador de la puerta principal. Por supuesto que no tenía nada de cómodo. En el pueblo los dos equipos de cricket ya habían bebido algo más de la cuenta y el fontanero loco andaba gritando: «¡Los derechos del Hombre!» Sabían que me habían echado. Así que organizamos una buena y tardamos en cansarnos. No se atrevieron con las ventanas de Wilbraham, pero en Cadover no han quedado muchos cristales. Cuando se empieza merece la pena seguir, pero al final tuve que decir basta. Hicieron una colecta, un chelín aquí, otro allí; y llevo puesto el traje de los domingos de Flea Thompson. Le puse unas letras a Leighton para que no me mande mis cosas: no las quiero. En realidad no son mías.

No mencionó su gran acto simbólico, realizado, hay que temerse, cuando estaba bastante borracho y el benévolo alguacil miraba en la dirección opuesta. Había arrojado la ropa interior que llevaba puesta en el estanque del molino y después atravesó las frías y oscuras aguas hasta la ropa nueva que le esperaba en la orilla de enfrente. Alguien le tiró la pipa y el paquete con los documentos desde el otro lado. El paquete se quedó un poco corto. Por esa razón estaba húmedo cuando se lo pasó a Ansell y la tinta, que llevaba seca veintitrés años, había empezado a correrse.

—Me pregunto si es juicioso renunciar a las cien libras —dijo Ansell gravemente—. Resulta agradable tener orgullo, pero es muy molesto morir de noche por falta de tabaco.

—No soy orgulloso. ¡Fíjese como me he quedado con su petaca! Las cien libras eran... bueno, ¿no se da usted cuenta de que era algo completamente diferente? Era, por decirlo así, *incómodo* para mí aceptar las cien libras. ¡Fíjese en cómo acepté un chelín de un muchacho que no gana más que nueve a la semana! Creo que eso prueba sin lugar a dudas que no soy orgulloso.

Ansell comprendió que era inútil discutir. Advertía, bajo el uso desaliñado de las palabras, al hombre —enfundado en ellas igual que su cuerpo estaba enfundado en un traje de mala calidad— y se preguntó más que nunca cómo era posible que un hombre así conociera a los Elliot. Miró su cara, que era franca, llena de dignidad y hermosura, si la verdad es belleza. De compasión y tacto aquel rostro sabía poco. Podía ser tosco quizá, pero no había nada vulgar o caprichosamente cruel en él.

—¿Puedo leer estos documentos? —dijo Ansell.

—Por supuesto. Claro, no se lo he dicho. Soy medio hermano de Rickie y he venido aquí a darle la noticia. No lo sabe. Eso es todo, en pocas palabras. Pero le estaba contando que me puse en camino cuando era de noche, dormí más arriba de Salisbury, en las casetas donde el ejército guarda los blancos para el tiro. Nunca las tienen cerradas como debieran. Lo puse todo patas arriba para darles una lección.

—Aquí tiene su paquete —dijo Ansell—. Muchas gracias. ¡Qué interesante!

Se alzó del banco, volviéndose hacia Dunwood House. Contempló las ventanas saledizas, los pintorescos gabletes de poca calidad, los dragones de terracota que daban zarpazos al sucio cielo. Escuchó ruido de platos y la voz de Mr. Pembroke pasando lista una vez más. Miró al arriate de las lobelias. ¡Qué interesante! ¿Qué más se podía añadir?

—Uno tiene que ser hijo de alguien —hizo notar Stephen.

Era todo lo que tenía que decir. Para él, aquellos nombres en un trozo de papel humedecido eran simples antigüedades. No estaba ni orgulloso ni avergonzado de ellos. Un hombre ha de tener padres o de lo contrario no puede conseguir todo lo que el mundo promete. Un hombre, si tiene un hermano, lógicamente ha de ir a visitarle, porque puede tener intereses comunes con él. Stephen siguió con su narración —cómo por la noche había oído las campanadas de la catedral, cómo al alba, en lugar de entrar en la ciudad, se había dirigido hacia el este para ahorrar dinero— mientras Ansell continuaba mirando hacia la casa y descubría que toda su

imaginación y todos sus conocimientos no le llevaban más allá de afirmar: ¡qué interesante!

—...¿No le parece francamente horrible?

—¿El qué? —dijo Ansell, que estaba pensando en otra cosa.

—El hombre del que le hablaba, que me llevó hacia Andover, y dijo que yo era un borrón en este mundo de Dios.

El reloj dio la una. Era extraño que no los hubieran llamado a ninguno de los dos.

—Dijo que debería avergonzarme de mí mismo. Dijo: «No *quiero* hacerme responsable de llevar el oprobio a un caballero y a su esposa.» Le dije que no fuera estúpido. Le dije que sabía lo que me hacía. Rickie y Agnes son personas con educación y eso hace que la gente mire a las cosas sin prejuicios y no vaya por ahí gritando acerca de borrones. Yo mismo, que sólo he leído un poco a ratos perdidos... he conseguido algo: así que Rickie, que ha estado en Cambridge...

—¿Y Mrs. Elliot?

—No le importará, y se lo dije así al hombre; pero él continuó diciendo: «No *quiero* hacerme responsable de llevar el oprobio a un caballero y a su esposa», hasta que me apeé de su maldito carro —Stephen seguía viendo al hombre, un disidente, mientras se alejaba por aquel mundo de Dios—. Cogí el tren en marcha. Llegué a Waterloo a las...

En aquel momento la doncella se acercó revoloteando hacia ellos. ¿Haría Mr. Wonham el favor de entrar? Mrs. Elliot le recibirá gustosamente.

—¿Mrs. Elliot? —exclamó Ansell—. ¿No Mr. Elliot?

—Es igual —dijo Stephen, poniéndose en marcha hacia la casa—. Sólo dejé el nombre, ¿comprende? No saben por qué he venido.

—¿Quizá Mr. Elliot me reciba a mí mientras tanto?

La doncella le miró sin expresión. Mr. Elliot no había dicho nada en ese sentido. Había estado unos minutos con Mrs. Elliot y Mr. Pembroke en el despacho, para subir luego al piso alto junto con su cuñado.

—Está bien, puedo esperar.

Después de todo Rickie le estaba tratando igual que él había tratado a Rickie, como alguien que ya está en la tumba, y para quien los gestos de afecto resultan completamente inútiles. Había subido al piso alto... ¡para peinarse antes de comer! La ironía de la situación le daba un gran atractivo. Le hizo pensar en las tragedias griegas, donde los actores saben tan poco y los espectadores tanto.

—Por cierto —dijo dirigiéndose a Stephen—, creo que debiera decirle que no...

—¿Qué es ello?

—Que no...

Ansell guardó silencio. Había tenido tentación de explicarle todo, de decirle cómo estaban las cosas... que tenía que evitar esto si quería alcanzar aquello; que tendría que darle la noticia a Rickie con mucho tacto; que al menos una vez tendría que luchar a brazo partido con Agnes. Pero iba contra sus principios preparar a la gente: estaba convencido de que el alma humana es una cosa muy delicada, a la que el menor exceso de condescendencia puede causar un daño irreparable. Stephen tenía que entrar en la casa siendo él mismo, porque sólo así podría quedarse allí.

—¿Debería dejar la pipa? ¿Es eso?

—En absoluto. Entre con pipa y todo.

Stephen vaciló, dudando entre lo que le parecía correcto y sus deseos. Después siguió a la doncella fumando hasta el interior de la casa. Mientras entraba se oyó la campana para el comedor y ruido de pies precipitados que fue amortiguándose hasta cesar completamente. A través de la ventana del comedor llegó la descolorida voz de Rickie:

«*Benedictus, benedicat.*»

Ansell se preparó a presenciar el segundo acto del drama; olvidándose de que todo el mundo, y no sólo parte de él, es el escenario.

OceanofPDF.com

XXVII

La doncella condujo a Mr. Wonham al despacho. Antes de su conversación con Ansell había estado en el salón, pero como se aburría acabó saliendo a pasear por el jardín. Ahora estaba de mejor humor, como debe uno sentirse después de derribar a un hombre. Mientras atravesaba el vestíbulo hizo unas fintas ante el mono de teca y colgó su gorra sobre el busto de Hermes. Luego saludó a Mrs. Elliot con un agradable estallido de risa.

—¡Traigo unas noticias tremendas! —exclamó.

Ella hizo una inclinación de cabeza y no le dio la mano, cosa que le sorprendió bastante. Pero a Stephen nunca le preocupaban demasiado los «detalles». Raras veces examinaba a las personas y nunca se le ocurría que le estuvieran examinando a él. Como tampoco podía imaginarse lo mucho que para Agnes significaba que entrara a verla fumando. ¿No había dicho una vez en Cadover: «*Por favor, fume; me encanta el olor de la pipa?*»

—¿Hará el favor de sentarse? Ahí, si no tiene inconveniente.

Le colocó en una mesa muy grande, frente a un tintero y un secante.

—¿Querrá contarme a mí sus «tremendas noticias?» Mi hermano y mi marido están presidiendo la comida de los chicos.

—¡Ah! —dijo Stephen, que no había tenido tiempo ni dinero para desayunar en Londres.

—Les he dicho que no me esperaran.

Así que Stephen fue al grano en seguida. Aquella mujer hermosa le inspiraba confianza. Su fuerza y su juventud se correspondían con las de ella y Stephen no esperaba una respuesta mojigata.

—Es muy extraño. Resulta que soy hermano de Rickie. Acabo de saberlo. Y he venido a contárselo.

—¿Sí?

Se tocó el bolsillo buscando los papeles.

—Debería haber dicho medio hermano.

—¿Sí?

—Soy ilegítimo... hablando legalmente, claro está. Me han echado de Cadover. No tengo un penique. Yo...

—No es necesario abrumarme con los detalles.

El rostro de Agnes, que hasta aquel momento mantenía un uniforme color moreno, empezó a enrojecer lentamente desde el centro de las mejillas. El color se fue extendiendo hasta cubrir todo lo que Stephen podía ver en ella y entonces Agnes se dio la vuelta. Él pensó que la había ofendido y ella lo creyó también. Ninguno de los dos sabía que el cuerpo puede ser insincero y expresar las emociones que quisiéramos sentir en lugar de las que sentimos de verdad. En realidad Agnes estaba bastante tranquila y de momento el desagrado que Stephen le inspiraba no tenía nada de emocional.

—Verá usted... —empezó el muchacho. Estaba decidido a contar la molesta historia, porque cuanto antes terminara antes comería algo. Le faltaba delicadeza y su capacidad de comprensión era limitada. Pero hasta donde llegaban eran auténticas: Stephen no interponía ningún decoroso fantasma entre él y sus deseos.

—Ya lo veo. Lo he visto por espacio de dos años —Agnes se sentó a la cabecera de la mesa, donde estaba situado su tintero. En él mojó una pluma—. Lo he visto todo, Mr. Wonham: quién es usted, cómo se ha comportado en Cadover, cómo ha debido usted tratar a Mrs. Failing ayer; y ahora —su voz se volvió muy solemne— veo por qué ha venido usted aquí sin un penique. Antes de que hable ya sabemos lo que va a decir.

A Stephen se le abrió la boca y se echó a reír de manera tan alegre que debiera haberle servido a Agnes de advertencia. Pero estaba pensando en cómo proseguir después de su primer éxito.

—¡Y yo creía que mis noticias eran tremendas! —exclamó Stephen—. Sólo conseguí sacárselo a Mrs. Failing anoche. ¿Rickie también lo sabe?

—Hace dos años que lo sabemos.

—Pero, si lo han sabido ustedes durante dos años, ¿cómo es que no...? —la risa se le heló en los ojos—. ¿No estarán avergonzados? —preguntó, alzándose a medias de la silla—. ¿No serán ustedes como el hombre que iba hacia Andover?

—Por favor, siéntese —dijo Agnes con el tono desapasionado que usaba para hablar con los criados—; será mejor que no discutamos asuntos marginales. Soy una persona terriblemente directa, Mr. Wonham. Siempre voy al grano inmediatamente —abrió un talonario de cheques—. Me temo que voy a sorprenderle. ¿Cuánto quiere?

Stephen no estaba escuchando.

—Aquí está la declaración que nos gustaría que usted firmara —le acercó el documento pseudolegal que Herbert acababa de redactar.

«Al aceptar la suma de..., me comprometo a guardar silencio perpetuamente, a abstenerme de manifestaciones difamatorias, a no molestar nunca al susodicho Frederick Elliot inmiscuyéndome...»

El cerebro de Stephen no funcionaba muy deprisa. Después de leer el documento dos veces tuvo aún que preguntar:

—Pero, ¿para qué es ese cheque?

—Es un cheque de mi marido. Lo firmó cuando supimos que estaba usted aquí. Imaginamos que venía a vender su silencio. Está firmado. Pero me ha dejado a mí que lo rellene. ¿Cuánto quiere? Lo tendré que cruzar, ¿no es cierto? Acaba usted de abrir una cuenta en el banco, si he entendido bien a Mrs. Failing. No es del todo exacto decir que carece usted de dinero; tuve noticias de ella antes de que usted volviera del partido de cricket. Creo que le ha fijado una asignación de doscientas libras al año. En cuanto a esta suma adicional... ¿debo poner la fecha del sábado o la de mañana?

Finalmente Stephen encontró algo que decir. Vaciando la pipa sobre la mesa dijo lentamente:

—Aquí se está cometiendo una equivocación muy grave.

—Es muy posible —replicó Agnes. Estaba muy satisfecha de haber tomado la ofensiva en lugar de esperar a que él iniciase su chantaje, como Rickie le aconsejara. Tía Emily había dicho aquella misma primavera: «La única manera de hacer carrera con Stephen es intimidarle.» Allí estaba, completamente desconcertado, desmenuzando la ceniza de la pipa con el pulgar. Pidió leer el documento de nuevo.

—¡Con póliza y todo! —hizo notar.

Habían previsto que sus exigencias excedieran las dos libras.

—Ya veo. Está bien. Hasta un tonto acaba por entender. No importa. He cometido una grave equivocación.

—¿Se niega usted? —exclamó ella, porque Stephen estaba ya en la puerta—. Entonces, ¡haga todo el mal que pueda! ¡Le desafiamos!

—Está bien, Mrs. Elliot —dijo él bruscamente—. No quiero tener una escena con usted y de momento tampoco con su marido. Vamos a no hablar más de ello. No tiene importancia. No quería molestarles.

—Pero, ¡firme, entonces! Tiene usted que firmar... debe usted...

Stephen se abrió camino, y dijo mientras recogía la gorra:

—Vaya, no importa. Me he equivocado. Lo siento.

Hablaba como un granjero que no ha conseguido vender una oveja. Su actitud era totalmente prosaica y hasta el final Agnes pensó que no la había entendido.

—Pero... es dinero lo que le ofrecemos... —le informó; y después se precipitó otra vez en el despacho, convencida durante un terrible instante de que Stephen se había llevado el cheque en blanco. Cuando volvió al vestíbulo ya se había ido. Caminaba por la avenida a buen paso. En la esquina se aclaró la garganta, escupió en la cuneta y desapareció.

«Un final bien extraño», pensó Agnes.

Estaba perpleja y decidió modificar un tanto la entrevista cuando se la contara a Rickie. No había tenido éxito: el documento estaba aún sin firmar. Pero le había intimidado tanto que probablemente se conformaría con sus doscientas libras al año y nunca más volvería a molestarles. Era un triunfo desde el punto de vista económico porque Agnes sabía de la rapacidad de Wonham: había oído historias sobre cómo prestaba dinero a los pobres y exigía luego hasta el último céntimo. También había robado en el colegio. Moderadamente satisfecha, se apresuró en dirección al jardín. Acababa de recordar que Ansell estaba allí: era ella y no Rickie quien había recibido su tarjeta.

—¡Mr. Ansell! —exclamó, despertándole de alguna ensoñación—. ¿No han venido a verle Herbert o Rickie? Entre a comer con nosotros para demostrar que no está ofendido. Nos halla usted reunidos en el comedor de los muchachos.

Desgraciadamente para ella, Ansell aceptó.

—Es decir, si los Jackson no le están esperando.

Los Jackson no importaban. Si podía cepillarse la ropa y lavarse el labio le gustaría entrar.

—¿Qué le ha pasado? ¡Mis pobres lobelias!

Él replicó:

—Una repentina toma de contacto con la realidad. Y Mrs. Elliot, que nunca trataba de entender sus observaciones, se apresuró a entrar en el comedor para anunciarle.

El comedor no era muy distinto de la sala de estudio. El suelo de parquet, y el friso de brillante madera de pino eran idénticos. En las paredes colgaban también retratos imperiales y sobre el armonio que acompañaba los himnos vespertinos estaba extendida la bandera inglesa. La comida dominical, la más pomposa de toda la semana, estaba en su apogeo. El

hermano de Agnes presidía, sentado a la cabecera de la mesa más elevada, y Rickie ocupaba la cabecera de la segunda. Mrs. Elliot les hizo a ambos un gesto tranquilizador y fue a ocupar su asiento, entre los muchachos más jóvenes. Iban a retirar el asado y Agnes detuvo la operación.

—Mr. Ansell viene a reunirse con nosotros —indicó—. Herbert, a tu lado hay más sitio; y ustedes pónganse más derechos.

Los chicos se enderezaron y un respetuoso silencio se extendió por la habitación.

—¡Eso está muy bien! —exclamó Rickie alegremente, tratando de imitar a su mujer.

Y al entrar Ansell, añadió:

—Estoy muy contento de que hayas podido arreglarlo. ¡Anoche no me era posible dejar solos a estos pícaros!

Los chicos rieron disimuladamente como se esperaba de ellos. El ambiente parecía normal. Hasta Herbert, aunque estaba impaciente por oír lo que había sucedido con el chantajista, dio una adecuada bienvenida a su huésped:

—Entre, Mr. Ansell; pase. ¡Sin formalidades!

—Se me ha dicho —dijo Stewart—, que los encontraría a todos. Esas han sido las palabras de Mrs. Elliot. Y he entrado por creerlo así.

Inmediatamente quedó de manifiesto que algo no iba bien.

Ansell recorrió la habitación con la vista. Después, aclarándose la garganta y alisándose el pelo, comenzó:

—No veo la persona con la que he mantenido una conversación muy amistosa por espacio de una hora en su jardín.

Lo peor era que los Elliot y Herbert estaban muy lejos de él y muy separados entre sí: cada uno en el extremo de una mesa llena de chicos curiosos. Los dos profesores miraron a Agnes en busca de alguna información, porque un gesto tranquilizador al entrar no les había aclarado mucho. Ella les contestó con una mirada de abatimiento.

—No veo a esa persona —repitió Ansell, de pie junto al armario, rodeado de sorprendidas camareras—. ¿No se le ha invitado a comer?

Herbert rompió el silencio con nuevas frases de bienvenida. Rickie comprendió que el combate estaba perdido y que su amigo se había pasado al bando contrario. Era de esperar que hiciese una cosa así. Había que aceptar la catástrofe con calma y con dignidad.

Quizá Ansell se habría dado media vuelta en aquel momento, dejando tras sí sólo sospechas, si Mrs. Elliot no hubiera tratado de hacerle callar.

—Una persona... —exclamó—, ¿quién? Ah, ya entiendo... ¡qué pesadez! ¿También trató de hablar con usted?

Agnes tuvo así su primer tropiezo e hizo que Ansell preguntara a Rickie:

—¿Has visto a tu hermano?

—No; no le he visto.

—¿Te han dicho que estaba aquí?

La respuesta de Rickie resultó inaudible.

—¿Se te ha dicho que tienes un hermano?

—Será mejor que dejemos esta conversación para después.

—¿Dejarla? Pero hombre, ¿cómo podemos dejarla si no sabes de qué estoy hablando? Debes creerme loco; pero te anuncio solamente que tienes un hermano del que nunca has oído hablar y que se hallaba en esta casa hace diez minutos —hizo una pausa solemne—. Sucede que tu mujer lo ha visto antes. Como carece de dignidad y no es sincera, te ha mantenido al margen, contándole a tu hermano alguna mentira y no diciéndote una palabra.

Se produjeron murmullos de alarma. Uno de los prefectos se puso de pie y Ansell se recostó contra la pared, dispuesto a presentar batalla. Durante dos años había esperado su oportunidad. Ahora que había llegado estaba dispuesto a atacar a Mrs. Elliot como lo haría cualquier ganapán. Entonces Rickie intervino:

—Existe un pequeño malentendido. Yo sé desde hace dos años todo lo que hay que saber, igual que mi mujer.

Una réplica muy digna, pero una segunda equivocación.

—Exactamente —dijo Agnes—. Y ahora creo que Mr. Ansell haría mejor marchándose.

—¿Irme? —explotó Ansell—. Todavía no he dicho nada. Le ruego me disculpe, Mrs. Elliot, pero ya no es usted quien me interesa. Este hombre —se volvió hacia las filas de rostros—, este hombre que es vuestro profesor tiene un hermano. Hace dos años que sabe de su existencia y que se siente avergonzado. ¡Cómo encaja todo! No ha sido Mrs. Silt, sino tú, Rickie, quien le ha ido con cuentos a vuestra tía. Eres tú quien lo ha echado de Cadover. Eres tú quien ha decretado su ruina. Mrs. Elliot, le pido disculpas.

Esta vez fue Herbert quien se levantó.

—¡Haga el favor de quitarse de mi vista! Pero sepa antes que Rickie y su tía se han portado con mucha generosidad. No, no, Agnes, no me interrumpas. No se puede permitir que corran versiones maliciosas. Si el tal Wonham aún no está satisfecho es que es insaciable. No puede hacernos chantaje eternamente. Le doy dos minutos, Mr. Ansell; después se le expulsará por la fuerza.

—¡Dos minutos! —exclamó Ansell—. ¡Puedo decir muchas cosas en dos minutos!

Puso un pie sobre una silla y extendió los brazos sobre el cuarto en trepidación. Se había transfigurado en un profeta hebreo, dominado por la pasión de la sátira y de la verdad.

—Déjeme hablar durante dos minutos —anunció— y les diré algo que les agrada oír. Están un poco temerosos de que Stephen pueda volver. No tengan miedo. Les traigo buenas noticias. Nunca volverán a verlo: ni a él ni a nadie que sea como él. Tengo que hablar con mucha claridad porque ustedes tres son completamente tontos. No quiero que digan después: «El pobre Mr. Ansell trató de hacerse el inteligente.» Por lo general no me importa, pero hoy sí me importaría. Hagan el favor de escuchar. Stephen es un matón; bebe; puede tirarle a uno al suelo; pero preferiría morir antes que aceptar dinero de personas a las que no quiere. Quizá se muera, porque no tiene más que unos peniques que le dieron los pobres y un poco de tabaco que, para eterna gloria mía, quiso aceptar de mis manos. Por favor, escuchen otra vez. ¿Por qué vino aquí? Porque creyó que podrían quererlo y estaba dispuesto a quererlos. Pero, vuelvo a decírselo, no tengan miedo. Porque preferirá morir antes que decir quién es su hermano. Quizá se muera, porque no tiene más que unos peniques que le dieron los pobres y un poco de tabaco que, para eterna gloria mía, quiso aceptar de mis manos. Por favor, escuchen otra vez...

—Bueno, Stewart, no hace falta que sigas —dijo Rickie amargamente—. Es bien fácil sermonear cuando se ven las cosas desde fuera. Serías más caritativo si te hubiera pasado a ti. Es bien fácil mostrarse poco convencional cuando no se ha sufrido y se ignoran los hechos. A ti te gusta cualquier cosa singular, rara; cualquier cosa que no suceda con frecuencia y por eso te entusiasmas con este caso. No servirá de nada; me has hecho daño pero no conseguirás intranquilizarme. Tan pronto como des por terminada esta ridícula escena acabaremos de comer. Extiende el escándalo; amplíalo. Me siento demasiado viejo para que me afecten esas tonterías. No

puedo evitar la vergüenza de mi padre y no quiero tampoco tener nada que ver con el sinvergüenza de su hijo.

El secreto salía por fin a la luz pública. Agnes quizá enrojeciera al oír sus palabras; Herbert calcularía probablemente su efecto en los ingresos de Dunwood House; pero a Rickie no le interesaba ninguna de aquellas cosas. Gracias a Dios estaba ya completamente seco.

—Por favor, escucha otra vez —prosiguió Ansell—. Haz el favor de corregir dos pequeños errores: en primer lugar Stephen es una de las mejores personas que he conocido; en segundo lugar, no es el hijo de tu padre sino de tu madre.

Fue Rickie y no Ansell quien tuvo que ser sacado del comedor y Herbert quien impartió la bendición final:

«Benedicto benedicatur.»

Una calma profunda siguió a la tempestad, y los chicos, terminada la comida, contaron la noticia al resto de los estudiantes o la incluyeron en las cartas que estaban escribiendo a sus familiares.

OceanofPDF.com

XXVIII

El alma tiene su propio dinero. Acuña sus monedas espirituales grabando en ellas la imagen de algún rostro querido. Con ellas paga sus deudas, con ellas hace sus cálculos, diciendo: «Este es un hombre de valía, este otro es despreciable.» Y con el tiempo llega a olvidar el origen de esas monedas; le parecen algo inalterable, divino. Pero el alma tiene también sus bancarrotas.

Quizá eso aumente sus riquezas al final. Sumida en el dolor aprende a hacer sus cálculos con claridad. Aunque la moneda fuera buena, no servía para calcular con precisión; y aunque el alma lo ignoraba, había tesoros que no era capaz de comprar. El rostro, aunque muy querido, era mortal y tan sujeto a error como el alma. No hacemos más que evitar responsabilidades tomando a los muertos como modelo.

Existe, por supuesto, otro sistema monetario que no lleva impresa una imagen humana: tan sólo la de Dios. Es incorruptible, y el alma puede confiar en él sin peligro; le servirá más allá de las estrellas. Pero no puede darnos amigos, o el abrazo de un amante, o las caricias de los niños, porque no tiene relación con los otros mortales, nuestros hermanos. No puede tampoco proporcionarnos los goces que llamamos triviales: buen tiempo, los placeres de la mesa, un baño en el mar y tumbarse después sobre la arena caliente, correr, dormir sin pesadillas. ¿Habremos aprendido la disciplina que proporciona una bancarota si nos decidimos a utilizar monedas de este tipo? ¿Nos será realmente de provecho salvar nuestra alma si perdemos el mundo entero?

Tercera parte *Wiltshire*

OceanofPDF.com

XXIX

Robert —no hay razón para mencionar su apellido: era un granjero joven con cierta educación que trataba de mejorar científicamente la tierra de Wiltshire— tuvo que ir a Cadover por cuestión de negocios y se enamoró de Mrs. Elliot. Ella acababa de casarse y a él, un completo desconocido, le hospedaba Mrs. Failing tratándole como a su igual en la sociedad. Era bien parecido dentro de su rusticidad y la gente lo confundía a veces con un caballero hasta que se fijaban en sus manos. Cuando se dio cuenta de esto, una de las bromas, tranquila y amable, de que se servía en la vida social era hablar de un tema culto con las manos en la espalda y luego mostrarlas repentinamente.

—¿Se dedica usted al remo? —solía preguntarle la interlocutora de turno; y él explicaba entonces que aquellas particulares marcas las producía el mango del arado.

Afirmación que, aun despertando extraordinario interés, hacía que la señora en cuestión aprovechara la primera oportunidad para conversar con otra persona.

Repitió su broma con Mrs. Elliot la primera noche, sin saber que ella lo había estado observando cuando entró en la habitación. Andaba pesadamente, levantando los pies como si la alfombra tuviera surcos, y no llevaba traje de etiqueta. Todo el mundo procuraba que no se sintiera incómodo, pero Mrs. Elliot tenía la sospecha de que se encontraba a sus anchas y lo envidió. Los presentaron y hablaron de Byron, que todavía estaba de moda. Él hizo aparecer sus manos: las únicas manos toscas en el salón, las únicas manos que habían trabajado. Mrs. Elliot se sintió dominada por un extraño sentimiento de aprobación y comprendió que Robert le gustaba.

Después de cenar se reunieron otra vez, no para hablar de Byron sino de estiércol. Los otros invitados eran tan inteligentes y tan divertidos que Mrs. Elliot se tranquilizó escuchando a un hombre explicarle tres veces la conveniencia de no comprar estiércol artificial ya preparado; si tenía que usarlo era mejor que lo preparara ella misma en el último momento. Porque el amoniaco se evaporaba. Le mostró dos paquetes con polvo. ¿Olían? Mézclelos y añada un poco de café: inmediatamente se extendió un olor

insoponible y todo el mundo empezó a toser y a llorar. Esto era bueno para la tierra cuando estaba ácida, porque él sabía reconocer sus enfermedades. Sabía también cuándo la tierra tenía hambre: habló de sus rabietas, de la parte no científica que había en ella y que seguiría confundiendo a los científicos hasta el fin de los tiempos.

—Hay que estudiar, Mrs. Elliot —le dijo—; leer todos los libros que uno pueda conseguir; pero cuando llega el momento, hay que darse un paseo con una pipa entre los dientes y tratar de adivinar lo que está pasando.

Mientras hablaba, la tierra se convirtió en un ser vivo —o más bien en un ser con una piel que estaba viva—, y el estiércol no era ya una cosa sucia, sino un símbolo de regeneración y de la vida originando nueva vida.

—¡Y así continuará pasando siempre! —exclamó ella excitada.

Y él replicó:

—No. Llegará un momento en que se enfríe el fuego del centro y se detenga todo.

Él avanzó en su amor con los ojos abiertos, lenta, pesadamente, igual que había avanzado sobre la alfombra del salón. Pero esta vez la recién casada no siguió su trayectoria. Estaba escuchando a su marido y tratando de no ser tan estúpida. Cuando Robert se sentía ya muy cerca de ella —tan cerca que le resultaba difícil no abrazarla— habló con Mr. Failing y fue inmediatamente expulsado de Cadover.

—Lo siento —dijo Mr. Failing mientras iba por el jardín con una mano apoyada en el hombro de su huésped—. No sabía que fueras así. Cualquiera que se comporta de esa manera debe quedarse en la granja.

—¿Cualquiera?

—Cualquiera.

Mr. Failing suspiró profundamente, no por un resentimiento personal, sino porque se daba cuenta de lo ingobernable y bárbara que es el alma del hombre. Era consciente de que Robert estaba en realidad más civilizado que la mayoría.

—¿Se ha enfadado conmigo, señor? —le llamaba «señor» no porque fuera más rico, más inteligente o más hábil, o porque hubiera ayudado a darle una educación y le hubiera prestado dinero, sino por una razón más profunda: por la misma razón que hay una jerarquía en el cielo.

—No creía que tú, que un hombre como tú, se arriesgara a hacer desgracias a otras personas. Que yo sepa, mi cuñada no siente por ti el menor interés: esto no lo digo para que dejes de quererla; eso tienes que

conseguirlo de otra manera. Pero si hubieras dicho algo, si ella se hubiera imaginado que alguien, casi un desconocido, se encontraba en esa terrible situación, habrías abierto el infierno ante sus ojos. Una mujer como ella hubiera perdido...

—Me doy cuenta.

Mr. Failing retiró la mano. Estaba disgustado.

—Pero algo aquí —dijo Robert incoherentemente—. Algo aquí.

Se dio un golpe muy fuerte sobre el corazón.

—Esto que tengo aquí se comporta de manera tan poco frecuente que quita importancia a lo que ella pierda... Yo...

Después de un silencio, preguntó:

—¿Le he entendido a usted bien, señor, en ese asunto de la fraternidad humana?

—¿Qué quieres decir?

—Creí que el amor facilitaría su venida.

—¿El amor por la mujer de otro hombre? ¿El amor sensual? No has entendido nada; absolutamente nada.

Luego se sintió avergonzado y exclamó:

—Tampoco yo entiendo nada.

Porque recordó que «espiritual» y «sensual» no son palabras fáciles de usar; que quizá no existen dos Afroditas, sino sólo una con dos rostros, como Jano.

—Sólo entiendo que tienes que tratar de olvidarla.

—Eso no lo voy a hacer.

—Prométeme entonces no hacer nada indigno.

—Soy una persona honrada. No me gusta presumir, pero no creo que fuera capaz de hacer algo indigno aunque me lo propusiera.

Y se comportó de manera tan increíblemente honesta en años sucesivos que Mr. Failing hubiera preferido una promesa formulada de manera distinta.

Robert se limitó a aguardar. Se dijo a sí mismo que no había esperanza: pero algo más profundo que él mismo declaraba que sí existía. Dejó de beber y se mantuvo limpio en cuerpo y alma porque quería ser digno de ella cuando llegara el momento. Parecía que las mujeres le encontraban atractivo y esto hacía que reflexionara complacido: «Me persiguen. Debe de haber algo en mí. Bien. Tendría que darme por acabado si no fuera así.» Durante seis años labró la tierra de Wiltshire, leyó libros

para cultivar su mente, habló con caballeros para estar al tanto de su manera de expresarse y todos los años se acercaba a Cadover para saludar a Mrs. Elliot y, en ocasiones, hablar con ella de las cosechas. Mr. Failing solía estar presente y a ninguno de los dos hombres se le ocurrió pensar que aquellas visitas tan breves e insignificantes eran otras tantas palabras que una mujer afligida de soledad puede convertir en frases. Después Robert se fue a Londres por cuestión de negocios y una vez allí, casualmente vio a Mr. Elliot con una señora desconocida. Había llegado el momento.

Decidió usar la diplomacia y para ello se presentó en el alojamiento de Mr. Elliot para enterarse de cómo estaban las cosas. Porque si Mrs. Elliot era realmente feliz, estaba dispuesto a retirarse y a amarla renunciando a ella. Pero si no era así, la amaría con plenitud de entrega. Mr. Elliot le recibió como amigo de su cuñado y se sintió muy liberal haciéndolo. Robert, sin embargo, tuvo un éxito rotundo. Los más jóvenes del grupo le encontraron interesante y les gustaba escandalizarle con historias sobre el corrompido Londres y el aún más corrompido París. Hablaban de «experiencias», de «sensaciones» y de «ver la vida»; cuando una sonrisa surcó por fin su rostro sacaron la conclusión de que habían vencido sus remilgos. Robert se dio cuenta de que eran mucho menos viciosos de lo que creían: uno de los muchachos, sin duda alguna, había leído sus sensaciones en un libro. Pero Robert podía perdonar el vicio. Lo que no podía perdonar era la trivialidad y confiaba en que una mujer digna tampoco pudiera perdonarla. Dentro de él fue creciendo una fría y consciente animadversión hacia toda aquella gente estúpida que se consideraban avanzados por escandalizar y que describían, como particularmente selectas y educativas, cosas que él había entendido y contra las que había luchado durante años. Preguntó por Mrs. Elliot y uno de los muchachos rio entre dientes. Al parecer ella «no estaba al tanto»; vivía en una apartada zona residencial y se consagraba a cuidar a un niño muy flaco.

—Iré a verla un día de estos —anunció Robert.

—Hágalo —replicó Mr. Elliot, sonriendo. Y la siguiente vez que fue a ver a su mujer la felicitó por aquel rústico admirador.

Los sufrimientos de Mrs. Elliot eran muy intensos. Había pedido pan y ni siquiera le fue concedida una piedra. La gente habla de hambre de ideal, pero hay otra hambre, igualmente divina, de hechos. Mrs. Elliot pidió hechos y se le dieron a cambio «perspectivas», «puntos de vista emotivos» y «actitudes ante la vida». Para una mujer que creía que los hechos son

hermosos, que el mundo vivo es bello por encima de las leyes de la belleza, que el estiércol no es una cosa grosera ni ridícula, que un fuego que no es eterno arde en el corazón de la tierra, resultaba intolerable que se intentara apaciguarla con lo que los Elliot llamaban «filosofía» y que si intentaba rebelarse se la acusara de no tener sentido del humor. «Convertirse en una Elliot por el matrimonio» le había parecido espléndido porque ella no tenía dinero familiar ni nada que ofrecer y los Elliot llevaban la cabeza muy alta. ¿Con qué razón? ¿Qué habían hecho, excepto decir cosas sarcásticas, cojear y ser personas refinadas? También Mr. Failing sufría, pero ella sufría más, porque Frederick era aún más imposible que Emily. Su marido no la quería, vivían prácticamente separados y ni siquiera le era fiel o se mostraba cortés. Eran faltas graves, pero eran humanas: Mrs. Elliot podía haberlas aceptado en un hombre que ella amara. Pero le resultaba imposible querer a un *dilettante*.

Robert se presentó con un gran ramo de guisantes de olor. Lo dejó sobre la mesa, cruzó las manos detrás de la espalda y las mantuvo allí hasta el final de la visita. Ella sabía muy bien por qué había venido, y aunque sabía también que no conseguiría su propósito, lo amaba demasiado para despreciarlo o para lanzarle miradas de virtuosa indignación.

—¿Por qué ha venido usted? —le preguntó con gran seriedad—; y ¿por qué me ha traído tantas flores?

—Mi jardín está lleno —contestó—. Los guisantes de olor hay que recogerlos. Y, en términos generales, en julio abundan las flores.

Ella dividió su regalo en ramos más pequeños. Tanto para el salón, tanto para el cuarto del niño, tanto para la cocina y la habitación de su marido: Mr. Elliot iba a pasar allí la noche. Las más hermosas se las quedaría ella. A continuación él dijo:

—Su marido no es un buen hombre. Lo he estado observando durante una semana. Tengo treinta años y no puede decirse que obre precipitadamente como solía sucederme antes, ni creo que todo carezca de importancia como dicen los franceses. No. Soy un inglés corriente, pero... he... he empezado por el final, Mrs. Elliot; debería haber dicho que no he hecho más que pensar en usted durante seis años y que aunque esté ahora hablando muy respetuosamente, si soltara las manos...

Hubo una pausa. Después ella dijo con gran dulzura:

—Muchas gracias; me alegra que me quiera usted.

E hizo sonar el timbre.

—¿Para qué ha hecho eso? —exclamó Robert.

—Porque tiene usted que marcharse de esta casa y no volver a entrar nunca.

—No me iré solo —y empezó a enfurecerse.

La voz de Mrs. Elliot seguía siendo dulce, pero no le faltó firmeza cuando dijo:

—O se va usted ahora con mi agradecimiento y mi bendición o se irá usted con la policía. Soy la mujer de Mr. Elliot. No tenemos por qué hablar de él. Soy la mujer de Mr. Elliot y si da usted un paso hacia mí haré que lo detengan.

Pero la criada acudió a la puerta de entrada en lugar de ir al salón. Mr. Elliot se reunió con ellos y ofreció la mano cortésmente. No fue aceptada. Lanzó una rápida ojeada a su mujer y dijo:

—¿Estoy de *trop*?

Hubo un largo silencio. Finalmente ella dijo:

—Frederick, echa a este hombre.

—¿Por qué, amor mío?

Robert dijo que la quería.

—Entonces estoy *de trop* —dijo Mr. Elliot alisando los guantes. Les daría una lección a aquellos bárbaros—. Mi coche está esperando en la puerta. Hagan el favor de usarlo.

—¡No, por favor! —exclamó ella, casi con afecto—. Frederick querido, esto no es una obra de teatro. Dile a este hombre que se vaya o llama a la policía.

—Al contrario; esto es una perfecta comedia francesa, ¿no está usted de acuerdo, señor, en que la policía sería una intromisión completamente antiestética?

Mr. Elliot se mostraba completamente tranquilo y ellos en cambio en un estado penoso.

—¡Échalo inmediatamente! —gritó ella—. Ha insultado a tu mujer. ¡Sálvame, sálvame!

Se abrazó a su marido y lloró.

—Se iba a marchar... Ya le había convencido... No hubiera sabido nunca...

Mr. Elliot la rechazó.

—Si no se sienten inclinados a empezar inmediatamente —dijo con tranquila cortesía—, podemos tomar un poco de té. Mi querido señor,

tendrá que perdonarme si no disparo contra usted. *Nous avons changé tout cela.* Por favor, no se ponga tan nervioso. Le ruego que no crispe las manos...

Se había quedado solo.

—Está bien —exclamó y se llegó hasta la puerta. El coche doblaba ya la esquina.

—Está bien —repitió con tono más tembloroso al volver al salón y ver que estaba lleno de guisantes de olor. Sus colores le molestaron: magenta, carmesí; magenta, carmesí. Trató de recogerlos y se le escapaban. Los pisoteó y se multiplicaron y danzaron celebrando el esplendor del verano como un millar de mariposas. El tren había salido ya cuando llegó a la estación. Los siguió hasta Londres y allí perdió la pista por completo. A media noche empezó a darse cuenta de que su mujer nunca volvería a pertenecerle.

Mr. Failing recibió una carta de Robert desde Estocolmo. Nunca llegó a saberse qué impulso los había llevado allí. «Siento todo lo que ha sucedido, pero era la única manera de hacerlo.» La carta censuraba las leyes de Inglaterra, «que nos obligan a comportarnos así porque de lo contrario nunca podríamos casarnos. Yo volveré para enfrentarme con los problemas: ella no regresará hasta que sea mi mujer. Mr. Elliot debe presentar una demanda de divorcio; si no, intentaremos hacerlo nosotros. Todo esto parece muy fuera de lo normal pero no lo es en realidad. No es más que un comienzo difícil. Pero nosotros no somos como usted o como su esposa: sólo queremos ser personas corrientes, hacer que la granja produzca y no llamar nunca la atención».

Y eran capaces de vivir como querían. La diferencia de clase, que tanto intrigaba a Mrs. Failing, significaba muy poco para ellos. La diferencia existía, pero existían también otras muchas cosas.

A los dos les gustaba trabajar y vivir al aire libre y hablar sólo cuando tenían algo que decir. Su amor a la belleza, como su mutuo amor, no dependía de detalles: procedía del alma y no del sistema nervioso.

«Creo que un tallo de hierba tiene tanto valor como el viaje infinito de las estrellas;

que la hormiga es igualmente perfecta; y también un grano de arena y el huevo del reyezuelo;

que el sapo trepador es una obra maestra de las alturas y que las moras de los caminos adornarán los salones del paraíso.»

Ellos no habían leído nunca estos versos y de hacerlo les hubieran parecido absurdos. No analizaban: no eran capaces de hacerlo en realidad. Pero en cualquier caso ella adivinaba que aquellos diecisiete días habían sido el resultado de algo más que salud y tiempo perfecto; de algo más que el simple amor del uno por el otro.

—¡Personas corrientes! —exclamó Mrs. Failing, que por entonces era joven y atrevida, al oír el contenido de la carta—. ¡Son divinos! ¡Auténticas fuerzas de la naturaleza! Tan corrientes como volcanes. Todos sabíamos que mi hermano era un ser horrible y queríamos verlo saltar hecho pedazos, pero nunca creímos que llegara a ocurrir. Mira este asunto con valentía y di, como digo yo, que no tienen culpa a los ojos de Dios.

—Creo que es cierto —replicó su marido—. Pero sí son culpables a los ojos de los hombres.

—¡Cuánto apego tienes a las convenciones! —exclamó ella sin ocultar su desagrado.

—Además de a ellos mismos, sus actos causarán sufrimientos a otras personas. A tu hermano, aunque eso no importe; a tu sobrino, ¿has pensado en él? Y quizá a otro niño que tendrá al mundo entero en contra suya si llega a saber quiénes son sus padres. Han pecado contra la sociedad y no harás desaparecer el sufrimiento probando que la sociedad es mala o estúpida. La más triste verdad que he llegado a comprender es que la República Bienamada —aquí ella cogió un libro— de que habla Swinburne —Mrs. Failing dejó el libro— no llegará a establecerse sólo con amor. No se aproximará con un florear de trompetas ni tendrá tampoco una declaración de independencia. El autosacrificio y, lo que es aún peor, la automutilación ayudan más con frecuencia, y esa es la razón para que nos pongamos esta noche en camino hacia Estocolmo.

Mr. Failing esperó a que disminuyera la indignación de su mujer y después continuó:

—No sé si será posible ocultarlo. No sé todavía si debe ocultarse. Pero tenemos que darles la oportunidad. El escándalo no se ha producido

todavía. Si vamos, es posible que no llegue a producirse nunca. Tenemos que revisar todo el asunto y...

—...¡y mentir! —interrumpió Mrs. Failing, a quien no le gustaba nada viajar.

—...y ver cómo se puede evitar que sean más desgraciados de lo necesario.

Nunca llegó a producirse el escándalo. Cuando llegaron a Estocolmo Robert había muerto ahogado. Mrs. Elliot describió cómo habían ido a nadar, y cómo «debido a que siempre había vivido tierra adentro», las grandes olas lo cansaron. Estaban echando una carrera hacia el mar abierto.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Mr. Failing—. Te traigo un mensaje de Frederick.

—Le oí llamar —continuó ella—, pero creí que se estaba riendo. Cuando di la vuelta era demasiado tarde. Puso las manos detrás de la espalda y se hundió, porque sólo hubiera conseguido arrastrarme con él. Yo debería haber hecho lo mismo.

Mrs. Failing se conmovió mucho y la besó. Pero Mr. Failing sabía que también la heroicidad acaba por terminarse y le comunicó el mensaje de su marido: ¿Querría volver con él?

Ante el asombro de Mr. Failing —y, al principio, también su desaprobación— ella replicó:

—Lo pensaré. Si le quisiera, aunque sólo fuera un poquito, diría que no. Si mi vida tuviera alguna finalidad diría que no. Pero es simplemente un problema de dejar pasar el tiempo hasta que me muera. Nada de lo que pueda suceder tiene importancia. Puedo muy bien sentarme en su salón y quitar el polvo a sus muebles si él lo ha sugerido así.

Y Mr. Elliot, aunque puso algunas condiciones, se alegró sin duda alguna de verla otra vez. La gente había empezado a reírse de él, y a decir que su mujer se había escapado con otro. No era cierto. Había estado en Suecia con la hermana de su marido. De manera casi milagrosa fue posible silenciar el asunto. Ni siquiera los Silt llegaron más allá de olfatear «algo extraño». Stephen nació en el extranjero y llegó a Inglaterra como hijo de un amigo de Mr. Failing. Mrs. Elliot volvió con su marido sin despertar la menor sospecha.

Pero aunque las cosas puedan ocultarse, el tiempo no pasa en balde; con el correr de los años Mrs. Elliot se dio cuenta de su terrible equivocación. Cuando su amante se hundió, evitando un último abrazo,

Mrs. Elliot creyó, como Agnes habría de creer más adelante, que su alma se había ahogado con él, y que nunca sería ya capaz de un amor terreno. Nada importaba. No había razón para negarse a serle útil a su marido y al niño que era exactamente igual que él y al que ella consideraba exactamente igual en temperamento. Después nació Stephen y cambió su vida. Todavía podía querer a las personas apasionadamente; todavía podía sacar fuerzas del pasado heroico. Sin embargo, para cumplir su promesa tenía que considerar a su segundo hijo como un extraño. Estaba protegida por las convenciones sociales y tenía que pagar su precio. Y sucedió una cosa curiosa. Su segundo hijo hizo que se acercara más al primero. Empezó a querer también a Rickie y a serle más que útil. Y a medida que revivía su amor, también aumentó su capacidad de sufrir. Y lo que es más importante, la vida se hizo más amarga. Le resultaba más difícil que antes soportar a su marido; cuando finalmente murió y Mrs. Elliot pudo contemplar un otoño glorioso, embellecido con las voces de los muchachos que la llamarían madre, el fin llegó también para ella, antes de que pudiera acordarse de la tumba en el país escandinavo y del polvo que nunca regresaría a los campos que lo produjeran.

XXX

Stephen, el hijo de estas dos personas, tenía un instinto que le preocupaba. Por la noche —especialmente al aire libre— le resultaba bastante extraño estar vivo. La hierba seca le pinchaba en las mejillas, los campos invisibles permanecían silenciosos, y allí estaba él, tirando piedras a la oscuridad o fumando una pipa. Las piedras desaparecían; la pipa terminaría por consumirse. Pero él seguiría allí cuando saliera el sol, y podría bañarse y correr entre la neblina. Estaba orgulloso de su buena circulación y por la mañana le parecía una cosa muy normal. Pero por la noche, ¿a qué se debía aquella diferencia entre él y los acres de tierra que se enfriaban a su alrededor hasta que volvía el sol? ¿Qué afortunada casualidad, tibia y amable, le había dado calor a él, mandándolo a un mundo pasivo? Tenía también otros instintos, pero éstos no le causaban ningún problema. Simplemente los satisfacía a medida que se presentaban, con tal de que pudiera hacerlo sin grave quebranto de su prójimo. Pero el instinto de asombrarse por la noche no era posible satisfacerlo de la misma manera.

Stephen había vivido al principio al cuidado de Mr. Failing: la única persona con quien su madre hablaba abiertamente, la única persona que no la había tratado como a una criminal o a una pionera. En sus conversaciones, aunque escasas, llenas de intimidad, ella le había pedido que educase a su hijo.

—Le enseñaré latín —contestó—. Lo demás, un chico como él lo aprenderá solo.

El latín resultó un fracaso: ¿quién podía ocuparse de Virgilio cuando retumbaba la trilladora y uno sabía que la hacina se iba haciendo más pequeña y que las ratas corrían cada vez en mayor número hacia su ruina? Pero Stephen quería a Mr. Failing y lloró cuando murió. Mrs. Elliot, una señora muy agradable, murió poco después.

Hubo algo de fatal en el orden de aquellas muertes. Mr. Failing no hizo mención del chico en su testamento: su mujer había prometido ocuparse de ello. Después se produjo la muerte de Mr. Elliot y antes de que se llegara a crear el nuevo hogar, vino la muerte repentina de Mrs. Elliot. Tampoco ella dejó dinero para Stephen: no tenía nada que dejar. El azar lo puso en manos de Mrs. Failing. «Que las cosas sigan como están», pensó ella. «Yo me

ocuparé de este muchachito tan guapo; el otro, tan feúcho, puede vivir con los Silt. Cuando me muera... bueno, los documentos aparecerán después de mi muerte y entonces se enterarán. Me gusta la idea de que los dos ignoren la existencia del otro. Es divertido.»

Stephen tenía entonces doce años. Con la excepción de algunos breves períodos en los internados, vivió en Wiltshire hasta su expulsión de Cadover. La vida tenía para él dos facetas diferentes: la que transcurría en el salón y la otra. En el salón la gente hablaba mucho y se reía mientras hablaba. Como eran inteligentes no se interesaban por los animales: ninguno de ellos había visto un puerco espín. En la otra vida la gente hablaba y reía por separado y a veces no hacían ninguna de las dos cosas. En conjunto, a pesar de la humedad y de los guardas jurados, esta vida era preferible. Stephen sabía el terreno que pisaba. Observaba a los muchachos primero y, en años posteriores a los hombres, y se comportaba de acuerdo con los resultados. No había ley: al policía no había que tenerlo en cuenta. Sólo su palabra le ataba y no acostumbraba a prodigarla.

Es imposible ser romántico cuando se tiene todo lo que se desea, y un muchacho así decepcionó enormemente a Mrs. Failing. Sus padres se habían unido en un abrazo muy breve; habían logrado encontrar un breve intervalo entre el poder de los que gobiernan este mundo y el poder de la muerte. Aquel muchacho era el hijo de la poesía y de la rebelión y la poesía debería correr por sus venas. Pero Stephen vivía demasiado cerca de las cosas que amaba para parecer poético. Separado de ellas, quizá hubiera podido satisfacer a Mrs. Failing, tendiendo las manos con la nostalgia de un pagano. Tal como estaban las cosas, no hacía más que montar en los caballos de su benefactora, entrar en sitios donde estaba prohibido el paso y bañarse y trabajar en sus campos sin ningún motivo aparente. Mrs. Failing no creía en las demostraciones de afecto y tampoco hizo ningún esfuerzo por moldearlo; él, por su parte, estaba muy satisfecho de adquirir la dureza del hombre adulto sin interferencia alguna. Sus padres le habían dado excelentes prendas —salud, miembros recios y un rostro nada desagradable—, prendas que sus propias costumbres habían servido para robustecer. Sus padres también le habían dotado de optimismo: el espíritu de los diecisiete días en los que había sido concebido. Pero no le habían dado el espíritu de los seis años de espera, de manera que el amor por otra persona nunca llegaría a ser su experiencia más destacada.

La «filosofía» había servido para retrasar la guerra entre Mrs. Failing y él. Indiferente ante su origen personal, Stephen sentía cierto interés por los problemas eternos de la humanidad. Esta curiosidad nunca se convirtió en pasión: surgió de su crecimiento físico y pronto volvió a sumirse en él. O, como él mismo lo expresaba: «Tengo que decidirme antes de empezar.» Se decidió en seguida por el materialismo. Después rompió los folletos de seis peniques y Mrs. Failing nunca volvió a encontrarlo tan divertido.

Aproximadamente en la época en que se hizo materialista empezó a beber. No veía ninguna razón para no hacerlo. El instinto estaba allí, y no hacía daño a nadie. En esto, como en otras cosas, era él quien tomaba las decisiones y en un momento pasaba del jolgorio más estruendoso a la calma más absoluta. Para los que viven en una ambigua tierra de nadie, para los que se arrastran hasta sus casas siguiendo las cercas y rezongan arrepentidos por la mañana, atesoraba un desdén absoluto. Un hombre tiene que aceptar sus caídas y sus dolores de cabeza. Stephen resultaba lo menos desagradable que se pueda imaginar; y hasta entonces no había puesto en peligro ni su salud ni su voluntad. Tampoco se emborrachaba con la frecuencia sugerida por Agnes. El problema hondo era otro.

Las personas respetables cometen excesos en su juventud. Pero llega un momento en que se apartan de sus toscos compañeros para conseguir cosas más importantes. Este momento no llegó nunca para Stephen. Un tanto fanfarrón por naturaleza, continuó frecuentando los sitios donde podía exhibir su fuerza, y siguió peleándose y jugando con los hombres que había conocido de muchachos. Prolongó su juventud más allá de lo debido.

—No se van a calmar —le dijo Mr. Wilbraham a su esposa—. Siempre quieren más. Esto es el germen de un sindicato. Tengo que librarme de unos cuantos de los más revoltosos.

Entonces Stephen fue corriendo a ver a Mrs. Failing y la preocupó. «No era justo. Fulano de tal era un Buen chico. Hacía su trabajo. ¿Ponía entusiasmo? No. ¿Por qué debería ponerlo? ¿Por qué entusiasmarse con una tierra que no era suya? Pero trabajaba lo suficiente. Y desde luego jugaba muy bien al fútbol.» Mrs. Failing se rio y le dijo unas palabras a Mr. Wilbraham sobre Fulano de tal. Mr. Wilbraham se indignó. «¿Cómo podía funcionar la granja sin disciplina? ¿Cómo podía haber disciplina si Mr. Stephen se inmiscuía? A Mr. Stephen le gustaba mandar. Hablaba a los hombres como si fuera uno de ellos y fingía que todo era igualdad pero siempre conseguía aparecer en lugar destacado. Lógico que fuera así,

puesto que se trataba de un caballero. Pero no era normal que un caballero holgazaneara todo el día con la gente pobre, que aprendiera sus oficios, que les llenara la cabeza de ideas equivocadas y que llevara sus quejas recién descubiertas a Mrs. Failing. Y en parte ésa era la causa del déficit del año anterior.» Mrs. Failing reprendió a Stephen. Este perdió la cabeza, fue descortés con ella e insultó a Mr. Wilbraham.

Mrs. Failing tuvo la impresión de estar volviendo a los peores días del gobierno de su marido. Y a Stephen no le faltaba experiencia en cosas prácticas y además le gustaba luchar, cosa que no sucedía con Mr. Failing. El muchacho preparó una lista de quejas; algunas absurdas, otras fundamentales: no había periódicos en la sala de lectura, se podía poner un plato bajo la puerta de los Thompson, no había un campo decente para jugar al cricket, los braceros no tenían parcelas personales ni tiempo para trabajar en ellas y el pinche de Mrs. Wilbraham no ganaba lo suficiente.

—¿No eres un tanto imprudente? —le preguntó Mrs. Failing con frialdad—. La granja me aburre mucho más de lo que tú piensas.

Ella necesitaba corregir las pruebas del libro y volver a redactar la introducción. Estaba tan enfadada que escribió a Agnes. Esta le respondió mostrándose muy comprensiva y Mrs. Failing, a pesar de ser una persona inteligente, se dejó atrapar por aquella mujer más joven. Al principio hablaron de él como de un infeliz; después se emborrachó y su caso empezó a tomar caracteres delictivos. Todo lo que Mrs. Failing necesitaba era un agravio personal y Agnes se lo proporcionó como sin darle importancia. Aunque Mrs. Failing era vengativa, estaba decidida a tratarle bien y pensó con satisfacción en las colonias. Pero Stephen sacó a relucir una extraña pasión: prefería morir de hambre a marcharse de Inglaterra.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Estás enamorado?

Él cogió un puñado de arcilla —estaban junto a la pérgola— y no contestó. El vicario murmuró:

—Ir a las colonias no es lo mismo que ir al extranjero... Son una Inglaterra más grande... la sangre es más espesa que el agua...

El domingo un terrón de arcilla rompió la ventana del salón.

Así fue como Stephen dejó Wiltshire, mitad sinvergüenza, mitad mártir. No se le tache de socialista. No tenía nada contra la sociedad, ni una fe especial en la gente porque fuera pobre. Su único credo era el de «aquí estoy yo y ahí estás tú» y por tanto la distinción de clases era algo completamente trivial para él, y la vida no era un compromiso decoroso,

sino un combate personal o una tregua personal también. Por la misma razón, el linaje no tenía valor y un hombre no era más digno de amor porque fuera su hermano. Sin embargo le pareció que merecía la pena ir a Sawston con la noticia. Quizá no sacara nada en limpio; o quizá un trato amistoso y una casa mientras él se orientaba.

Cuando le insultaron se marchó tranquilamente. Nunca pensó en averiguar quién era más culpable ni en acudir a Ansell, que todavía meditaba en el jardín lateral. Sólo sabía que las personas educadas pueden ser horribles y que cualquier ser humano con un poco de dignidad nunca volvería a entrar en Dunwood House. El aire estaba enrarecido. Escupió en la alcantarilla. ¿Era ayer cuando se tumbó sobre las culatas de los rifles más allá de Salisbury? Algo apesadumbrado anheló estar allí otra vez. «Debería haber escrito primero», reflexionó. «Me he quedado sin dinero. No me puedo mover. Es como si los Elliot me hubiesen robado.» No albergaba otra animosidad contra ellos. Sus sospechas y sus insultos no tenían más valor que las maldiciones de un vagabundo con quien se hubiera cruzado en el camino. Eran gente despreciable, no de los suyos. Aceptó la complicada tragedia como una «experiencia».

Mientras llevaban a Rickie al piso alto y Ansell (sin saberlo él) corría por las calles buscándolo, Stephen, bajo un puente del ferrocarril, trataba de decidir su futuro. Tenía que devolver a sus amigos el dinero y la ropa que le habían prestado. Pensó en Flea, cuyos domingos había echado a perder: el pobre Flea que debería estar dentro de aquella ropa, luciéndose delante de su chica. «Apuesto a que le dará vergüenza y no irá a verla y ella se marchará con otro.» También tenía mucha hambre. La repugnante de Mrs. Elliot habría terminado ya de comer. Después de atarse los tirantes a la cintura y de hacer pedazos los viejos documentos mojados, se puso en marcha dispuesto a ganar dinero. Parecía un mozo ruin y tosco: su ropa estaba sucia y él había perdido el empuje de la mañana. Apoyándose en las paredes, frunciendo el entrecejo, hablando solo a veces, avanzó hacia el norte con desgana y desconsuelo; no es nada extraño que algunas chicas vulgares le gritaran o que las matronas apartaran los ojos de él mientras se apresuraban camino de la iglesia para asistir a los oficios de la tarde. Fue recorriendo un barrio tras otro hasta encontrar personas con peor aspecto aún que él, que le compraron el tabaco que llevaba y le vendieron comida. Después pasó por otra zona con mejor aspecto, donde las familias, en lugar de sentarse en los escalones de la entrada, lo hacían detrás de espesas

cortinas de muselina. Llegó luego a otro barrio más humilde, en un estado de desesperación más manifiesto. Siguió sin rumbo fijo hasta que muy entrada la noche llegó junto a un río solemne y majestuoso como un torrente en el infierno. Allí se reunían las aguas de la Inglaterra central: las que salen de Hindhead, las de los Chilterns y las de Wiltshire al norte de la Llanura. A partir de allí las ensuciaban y seguían sucias hasta llegar al mar. Pero el destino de las aguas que él había conocido era distinto. Seguían su curso hacia el Avon, entre bosques y hermosos campos, con velocidad uniforme y uniforme pureza, hasta que reflejaban la torre de Christchurch y saludaban a los terraplenes de la Isla de Wight. Pensó por un momento en aquellas cosas mientras cruzaba el oscuro río y penetraba en el corazón del mundo moderno.

Allí encontró empleo. Como no se sentía ligado a las tradiciones gentilicias y era el primer día del trimestre, consiguió que le contrataran en un almacén de muebles. Hizo mudanzas para personas que se trasladaban desde las afueras a Londres, desde Londres a las afueras o de un barrio extremo a otro. Sus compañeros siempre tenían prisa y se quejaban. Odiaba en particular al capataz, un beato hipócrita que no permitía palabrotas pero caía en algo mucho más degradante: las agudezas de los *cockneys*. A Stephen la inteligencia londinense, tan viva y superficial como un torrente que nunca llega al océano, le molestaba casi tanto como el físico londinense, que a pesar de todo su ingenio no es permanente y muy pocas veces se continúa hasta la tercera generación. Su padre, aunque Stephen no podía saberlo, sintió lo mismo; porque la distancia entre Mr. Elliot y el capataz era social, no espiritual: los dos se pasaban la vida tratando de ser inteligentes. Y Tony Failing le había dado una vez forma con palabras: «El londinense no existe. No es más que una persona del campo camino de la esterilidad.»

Al cabo de diez días apenas había ahorrado nada. Una vez pasó junto al banco donde le esperaban las cien libras, pero le seguía resultando embarazoso cogerlas. En otra ocasión sus obligaciones lo llevaron a un barrio no muy alejado de Sawston. Por la noche un hombre que conducía un coche ligero de dos caballos le pidió que se lo sujetara un momento y le dio equivocadamente un soberano de propina. Stephen se lo dijo, pero el hombre iba con una mujer y quiso quedar bien. Aunque su intención era darle sólo un chelín y no podía permitirse una cantidad tan elevada, contestó a voces que su soberano era tan bueno como el de cualquiera y que

si Stephen no lo creía así, podía hacer varias cosas e ir a diferentes sitios. Del gesto de este hombre dependen muchas cosas. Stephen convirtió el soberano en un giro postal y lo mandó a la gente de Cadford. No cancelaba su deuda pero les pagaba algo y Stephen se sintió el alma liberada.

Le quedaban unos chelines en el bolsillo. Le habrían pagado el billete hasta Wiltshire, una buena tierra; pero ¿qué haría él allí? ¿Quién le daría trabajo? El viaje no parecía merecer la pena en aquellos momentos. «Mañana, quizá», pensó; y decidió emplear el dinero en placeres de otra especie. Se gastó dos peniques viajando en un tranvía eléctrico. Desde la victoria vio descender el sol: un disco con un borde rojo oscuro. El mismo sol estaba poniéndose más allá de Salisbury con intolerable esplendor. De entre la neblina dorada sobresaldría el chapitel, como una aguja purpúrea; se estarían alzando ya las brumas del Avon y de los otros cursos de agua. Las lámparas parpadeaban, pero en la pureza exterior los pueblos dormirían ya. Al lado de éstos Salisbury no es más que un advenedizo gótico. Durante generaciones sus habitantes han ido a la ciudad a comprar o a rezar y han encontrado en ella el momento crítico de sus vidas; pero generaciones antes de que Salisbury fuera construida, ellos ya se aferraban a la tierra, renovándola con ovejas y con perros y con hombres que encontraron el momento crítico de sus vidas en Stonehenge. La sangre de aquellos hombres corría por las venas de Stephen; el vigor que habían ganado para él no estaba aún desvirtuado; en aquellas llanuras se habían unido con mujeres toscas para crear aquella cosa de la que él hablaba como «él mismo»; el último de ellos había rescatado de calles y casas como aquéllas a una mujer de una especie diferente. Mientras el sol se ocultaba se apeó del tranvía con una sonrisa de expectación. Enfrente había un bar y un muchacho con un sucio uniforme estaba encendiendo una enorme lámpara. Sus labios se abrieron y entró.

Dos horas más tarde, mientras Rickie y Herbert estaban haciendo la ronda, un ladrillo rompió la ventana del estudio. Herbert salió al jardín y un gamberro se deslizó junto a él entrando en la casa y procedió a destrozar el vestíbulo. Luego comenzó a subir la escalera, cayó contra la barandilla, se mantuvo un momento en equilibrio sobre la espina dorsal, resbalando después hacia afuera. Herbert llamó a la policía. Rickie, que estaba en el descansillo, cogió al hombre por las rodillas y le salvó la vida.

—¿Qué pasa? —preguntó Agnes saliendo de su habitación.

—Es Stephen, que ha vuelto —fue la respuesta—. ¡Stephen! ¿Cómo te sientes?

OceanofPDF.com

Tal era el recorrido espiritual de Rickie en diez días: de la repugnancia a la penitencia, de la penitencia al deseo de dejar una vida de horror por una nueva existencia en la que todavía se sorprendía a sí mismo con frases inesperadas. ¡Stephen! ¿Cómo te sientes? Porque el hijo de su madre había vuelto para perdonarlo, como ella hubiera hecho y para vivir con él, como ella había planeado.

—Esta vez está borracho —dijo Agnes cansinamente. También ella había cambiado: el escándalo la estaba envejeciendo, y Ansell venía a Dunwood House todos los días.

—¡Stephen! ¿Cómo te encuentras?

Pero Stephen había perdido el conocimiento.

—Stephen, a partir de ahora vives aquí...

—¡Por amor de Dios! —interrumpió Herbert—. Vayámonos todos a la cama. Cuantas menos cosas digamos con los nervios alterados, mejor. Está bien, Rickie. Wonham pasará aquí la noche si lo deseas.

Llevaron a aquella masa insensible a la habitación de huéspedes. Piedra de escándalo para uno de ellos, símbolo de redención para el otro, ninguno lo reconocía como hombre capaz de replicarles después de unas horas de descanso.

—Ansell pensó que no me perdonaría nunca —dijo Rickie—. Por una vez al menos se ha equivocado.

—Creo que será mejor que te vayas a la cama.

Y mientras Rickie posaba la mano sobre el cabello del que dormía, añadió:

—No harás ninguna tontería, ¿verdad? Estás aún trastornado. Tu pobre madre... Perdóname: ahora me toca hablar a mí. Creías que había sido tu padre y le dabas importancia. Ha resultado ser tu madre. ¿No tendría que importarte aún más?

—He retrocedido demasiado —dijo Rickie amablemente—. Ansell me ha hecho emprender un viaje que resultó nuevo incluso para él. Llegamos más allá del bien y del mal, a un lugar donde sólo importa una cosa: que la persona amada se levante de entre los muertos.

—¿Pero no harás nada imprudente?

—¿Qué razón tendría para ello?

—No te olvides de la pobre Agnes —tartamudeó—. Soy... soy el primero en reconocer que deberíamos haber seguido un plan distinto. Pero ahora estamos decididos a rectificar. No tiene importancia de quién sea hijo. Quiero decir que él es la misma persona. O tú, mi hermana y yo nos mantenemos firmes o caemos juntos. Ese ha sido nuestro acuerdo desde el principio. Espero... que se hayan acabado las escenas con ella. Te aseguro que me hacen sangrar el corazón.

—Ya verás como ahora se calmarán las cosas.

—Ve a acostarte; no insisto más que en eso.

—Muy bien —dijo Rickie.

Cuando estuvieron en el pasillo, Herbert cerró la puerta desde fuera.

—Así no habrá problemas —explicó.

Mr. Pembroke se quedó examinando la entrada. El busto de Hermes estaba roto. También el tiesto con la palmera. No podía irse a la cama sin sondear a Rickie una vez más.

—No harás nada imprudente —repitió—. La idea de que él viva aquí no es más que un impulso pasajero, por supuesto. Los tres estamos de acuerdo en el mismo plan.

—Vamos, hazme el favor de acostarte tú —contestó Rickie desde su cuarto con voz que casi resultaba impertinente—. Nunca pertenecí a esa gran masa de los que piensan que cada uno debiera escoger... Por lo menos, he dejado de pertenecer. Vete a la cama, Herbert.

—Una noche de sueño tranquilo es lo que necesitas —le conminó Mr. Pembroke retirándose. Él, desde luego, no consiguió descansar.

Pero Rickie durmió. Tanto el sentimiento de culpabilidad de muchos meses como los remordimientos de los diez últimos días se habían disipado por completo. Después de creer que su vida estaba envenenada la encontraba de repente purificada. Había maldecido a su madre, y Ansell replicó:

—Puede que tengas razón, pero estás demasiado cerca para decidir. Aléjate. Imagina que me ha sucedido a mí. ¿Quieres que maldiga a mi madre? Ahora aproxímate otra vez y trata de ver si ha cambiado algo.

Algo había cambiado. Había hecho un viaje —como un hombre ha de hacerlo en ocasiones muy especiales— hasta situarse más allá del bien y del mal. En las riberas del gris torrente de la vida el amor es la única flor. Rickie miró corriente arriba y corriente abajo y comprendió que la que él

amara había resucitado de entre los muertos y podía volver aún a resucitar. «Vete... déjales que se extingan... déjales que se extingan.» ¡Aquel sueño contenía sin duda un mensaje! También esta noche se apresuró a asomarse a la ventana... para recordar, sonriendo, que Orión no figura entre las constelaciones de junio.

—Yo puedo extinguirme. Ella continuará —murmuró, y haciendo planes para la felicidad de Stephen se quedó dormido.

A la mañana siguiente después del desayuno anunció que su hermano tenía que vivir en Dunwood House. A Herbert y a Agnes les sobrecogió la tranquilidad con que lo dijo.

—Es lo único que cabe hacer. No se puede pensar en Cadover; y un muchacho con esas tendencias no puede seguir vagabundeando. Tiene además que trabajar en algo y hay que resolver el asunto de su asignación.

—De todo esto tenemos que darle las gracias a Mr. Ansell —fueron las palabras que Agnes llegó a articular.

La contribución de Herbert consistió en:

—Preveo un desastre.

—Tenemos dinero —continuó Rickie—. Más que suficiente para otra persona. Ha sido una de las cosas absurdas que hemos hecho. No te pongas tan triste Herbert. Lo siento por vosotros: será fácil que nos deje mal.

Porque su experiencia tanto con borrachos en general como con Stephen en particular era muy escasa. Rickie suponía que su hermano había vuelto sin malicia a renovar el ofrecimiento de diez días antes.

—Esto es el fin de Dunwood House.

Rickie inclinó la cabeza y dijo no ver la razón para una predicción semejante.

Agnes, que no parecía encontrarse bien, empezó a llorar.

—¡Qué mala suerte! —se quejó—. ¡Después de mis esfuerzos de estos años para salvarte de él!

Pero Rickie no sentía compasión, ni podía tampoco simpatizar con su sensibilidad herida. Ya había pasado el momento de todo aquello. Estaba dispuesto a aceptar la parte de culpa que le correspondiera: pero sería hipocresía asumirla por entero.

Quizá se mostraba demasiado duro. No se daba cuenta de que le correspondía una gran parte de culpa en el deterioro de Agnes ni de que sus mismas virtudes eran las responsables. «Si yo tuviera una novia la mantendría a raya» no es el comentario de un tonto ni de un sinvergüenza.

Rickie no había tenido a su mujer a raya. Le había mostrado todos los padecimientos de su alma confundiéndolo con el amor; y debido a ello Agnes era peor después de dos años de matrimonio, y él, en esta mañana de libertad, se mostraba más duro con ella de lo que hubiera sido necesario.

Se oyó la campanilla de la habitación de huéspedes. Herbert mantuvo un penoso forcejeo entre la curiosidad y el deber, porque también estaba sonando la campana de la capilla y además tendría que caminar bajo la lluvia para llegar al edificio principal. Prometió volver durante el primer recreo. Rickie, que se había golpeado la cabeza aquel domingo contra el borde de la mesa, no estaba aún autorizado para trabajar. Tenía por delante una mañana tranquila. Seguro de su victoria, cogió el retrato de su madre y subió calmosamente las escaleras. La campanilla seguía sonando.

—Ocúpate de su desayuno —le dijo a Agnes, que replicó:

—Muy bien.

El picaporte de la habitación de huéspedes se estaba moviendo.

—Ya voy —gritó.

El picaporte dejó de moverse. Rickie descorrió el pestillo y entró con el corazón rebosando caridad.

Rickie apenas reconoció a su hermano; la noche anterior le había parecido completamente incoloro, insignificante. En unas cuantas horas Stephen había recobrado el movimiento, la pasión y el color de la piel, tostada por el sol y el viento. Estaba de pie, sin conciencia de su heroicidad, con brazos que colgaban de anchos hombros caídos y pies que jugueteaban con un taburete. Pero su cabello resultaba hermoso contra el cielo gris, y sus ojos, que hacían pensar en un firmamento sin nubes, iban más allá de Rickie, como cautivados por una visión de más valor. Era tal la concentración de su mirada que Rickie volvió los ojos para ver sólo el descansillo vacío y la barandilla de la escalera. Después los labios de Stephen se abrieron y cerraron dos veces y salió de ellos un torrente de asombrosas palabras.

—Súmelo todo y dígame cuánto es. Preferiría haber muerto. Nunca me había dado por ahí antes. Debo de haber hecho un estropicio considerable. Si no se lo cuenta usted a la policía, le prometo que no perderá nada, Mr. Elliot, se lo juro. Aunque puede que pasen meses antes de que mande el dinero. Tiene que ser todo nuevo. No se gastará usted un penique, ¿entiende? Pero ahora déjeme que me vaya.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Rickie como si hubieran sido amigos desde años atrás—. Tenemos que discutir otras cosas. ¡Caramba! No tiene la menor importancia. Aunque hubieras hecho añicos la casa no me importaría con tal de comprobar que has vuelto.

—Antes me habría muerto —exclamó Stephen con voz entrecortada.

—¡Casi lo conseguiste! Fui yo quien te cogió. Olvidémonos de la broma de ayer. ¿Qué te gustaría desayunar?

El rostro de Stephen reflejó más enojo y mayor desconcierto.

—Lo de ayer no fue una broma —dijo sin fijar la mirada—. Estaba borracho, pero mi intención era bien clara.

—¿Tu intención? ¿Qué intención?

—Quería romperles la crisma. El alcohol consiguió lo que no pudo Mrs. Elliot. He obrado mal. Me tiene usted cogido.

Todo aquello era un mal principio.

—Puesto que te tengo cogido —dijo Rickie dominándose—, quiero charlar un rato contigo. Ha habido una terrible equivocación.

Pero Stephen, con la perseverancia de un campesino, continuaba en sus trece. Quería mostrarse cortés, pero las palabras de Rickie no le causaban el menor efecto. Ni siquiera se había enfadado con los Elliot. Hasta que se emborrachó los había considerado gente despreciable, personas que no eran de su misma especie. Después, lo mezquino del insulto había hecho que al pasar delante de la casa sintiera deseos de darles su merecido.

—Lo pagaré todo —era su coletilla, que se mezclaba con el ruido de las sucesivas ráfagas de lluvia—. No perderá usted ni un penique si me deja ir.

—¡Lo que tendrás que pagar será mi entierro si sigues hablando así! ¿Me harás el favor de, primero, perdonar mi horrible conducta y, segundo, quedarte a vivir conmigo? —porque su única esperanza estaba en hablar con animada precisión.

El desasosiego de Stephen aumentó. Creyó que se trataba de una estratagema.

—Te decía que cometí una atroz equivocación. Ansell me lo aclaró, pero era demasiado tarde para encontrarte. No creas que me resultó fácil. Ansell no se compadece de nadie. Tienes que perdonarme, tienes que compartir mi vida, mi dinero... Te he traído esta fotografía... Quiero que sea

la primera cosa que aceptes de mí... tienes más derecho que nadie... Ahora sé toda la historia. ¿La reconoces?

—Sí, claro; pero no tengo ganas de hablar de eso.

—No haríamos más que cumplir sus deseos si viviéramos juntos. Lo estaba planeando cuando murió.

—No entiendo lo de compartir tu vida. ¿Sabías que vine a verte el domingo de la semana pasada?

—Sí. Pero entonces no estaba bien enterado. Creía que eras hijo de mi padre.

—¿Y qué... y qué importancia tiene que creyeras eso?

—Odiaba a mi padre —dijo Rickie—. Y quería mucho a mi madre.

Nunca antes aquellas dos frases habían resultado tan desprovistas de sentido.

—El domingo pasado —intervino Stephen, alzando repentinamente la voz—, vine a verte. No como hijo de una o de otro. No para echarme en tus brazos ni para vivir aquí. Y, ¡maldita sea! también hace falta que diga que no vine buscando dinero. Lo siento, lo siento. Vine simplemente tal cual era y no he cambiado desde entonces.

—Sí... pero nuestra madre... para mí es como si hubiera resucitado de entre los muertos... Ahora sé que estaba equivocado...

—¿Y a mí dónde me metes? —Stephen le dio una patada al taburete—. Yo no he resucitado de entre los muertos. No he cambiado desde el domingo pasado. Soy... —tartamudeó de nuevo. No era capaz de explicar lo que era—. El hombre que iba hacia Andover... después de todo era una persona con principios. Pero tú... —su voz se ahogó—. A mí sí me importa... Yo... no cambio... sinvergüenza una semana... ven a vivir aquí la semana siguiente... Yo soy más consecuente... Has hecho que me duela algo cuya existencia ni siquiera conocía.

—Dejemos de hablar —dijo Rickie—. Sólo conseguimos empeorarlo. Di simplemente que me perdonas; démonos la mano y ya está.

—Eso no lo haré. No puedo hacerlo. En realidad no entiendo de qué estás hablando.

Entonces Rickie cambió de táctica; decidió dejar de apelar a su compasión porque no estaba de humor para lloriquear. A pesar de todo el patetismo había algo de heroico en aquella confrontación.

—Te conmino a que te quedes conmigo, Stephen. Soy la única persona en el mundo que se va a preocupar por ti. Por lo que sé, hasta ahora no has

sido desgraciado ni has sufrido como debieras a causa de tus faltas. Anoche casi conseguiste matarte bebiendo. No te importe por qué quiero curarte. Estoy dispuesto a hacerlo, y te conmino a que me des una oportunidad. Me puedes perdonar o no, como prefieras. Hay otras cosas que me interesan más.

Stephen le miró al fin con un débil gesto de aprobación. Era un ofrecimiento ridículo, pero al menos se le trataba como a un hombre.

—Déjame que te hable de una falta mía y cómo fui castigado por ella —continuó Rickie—. Hace dos años, en los Rings, me porté muy mal contigo. También me porté mal unos días antes. Salimos a dar un paseo a caballo, estuve pensando demasiado en otras cosas y no traté de entenderte. Después vino la escena en los Rings, y a última hora de la tarde, cuando me llamaste varias veces, no te contesté. Pero el paseo a caballo fue el principio. Desde entonces no he vuelto a enfrentarme con el mundo directamente. Me he molestado cada vez menos en mirarlo a la cara... hasta que todos habéis dejado de ser reales. Ansell permaneció alejado y consiguió salvarse. Pero los demás no. ¿Recuerdas una frase en un libro de Tony Failing: «Arroja pan amargo al agua y al cabo del tiempo volverás a encontrarlo?» Eso se ha cumplido en mi vida. A un borracho le pasará lo mismo: por eso te lo advierto para que te quedes conmigo.

—No puedo quedarme después de aquel cheque —dijo Stephen más amablemente—. Pero sí recuerdo aquel paseo a caballo. También yo me aburrí bastante.

Agnes, que no se estaba ocupando del desayuno, escogió aquel momento para intervenir desde el corredor.

—Claro que no se puede quedar —exclamó—. Para bien o para mal está decidido. Ninguno de nosotros ha cambiado desde el domingo último.

—Tiene usted toda la razón, Mrs. Elliot —gritó Stephen, arrancado de un pasado menos conflictivo—. No hemos cambiado.

Con un relámpago de excepcional penetración se volvió hacia Rickie:

—Ya entiendo tu juego. A ti no te importa que yo beba ni quieres tampoco estrechar *mi* mano. Quieres curar a otra persona... a esa vieja fotografía en realidad. Me hablas, pero estás todo el tiempo mirando la fotografía.

Se la quitó de las manos.

—Tengo mis propias ideas sobre los buenos modales; una de ellas es que se debe mirar a los amigos a los ojos; y hacer esto —rasgó la fotografía

por la mitad— y esto —volvió a romperla— y esto también...

Tiró los trozos sobre Rickie, que se había hundido en una silla.

—Por mi parte no tengo nada más que hacer aquí.

Rickie dejó entonces de sentirse heroico. Dándose la vuelta en la silla se tapó la cara con las manos. Stephen estaba en lo cierto. No lo quería y era igualmente cierto que no lo había odiado nunca. Tanto en un caso como en otro lo había degradado hasta convertirlo en el símbolo de un pasado que ya no existía. Stephen tenía razón y podía haberlo querido realmente. Anheló volver a montar a caballo por aquellos campos agitados por el viento; hallarse otra vez en aquellos círculos místicos, bajo cielos sin nubes. Entonces hubieran podido mirarse, ayudarse y aprender el uno del otro hasta que las palabras fueran realidad y el pasado, la diosa Deméter gozando de la primavera y no una fotografía rota. ¡Ah, si hubiera aprovechado aquellas oportunidades irrepetibles! Porque son ésas las que llevan a lo más alto, al momento simbólico; y si un hombre acepta ese momento ha aceptado la vida.

La voz de Agnes, que le había seducido entonces («Hazlo por mí», había susurrado) resonó triunfante. Pero se quebró bruscamente en sollozos que tuvieron el efecto de un chaparrón. Rickie se incorporó. El rostro de Stephen ya no manifestaba enojo: y no por una razón compleja, sino porque cerca de él había una mujer que era desgraciada.

Agnes trató de disculparse, pero sólo consiguió que se desbordaran otra vez sus lágrimas. Algo la había trastornado. Le oyeron echar el pestillo a la puerta de su habitación. A partir de aquel momento su relación cambió.

—¿Por qué se pasa el día llorando? —musitó Rickie, como hablando con algún amigo común.

—Se me ocurre una explicación —dijo Stephen; y su ancho rostro enrojeció.

—¿La has insultado? —preguntó Rickie débilmente.

—No, pero ¿quién es Gerald?

Rickie se llevó una mano a la boca.

—Me miró como si me conociera, después dejó escapar «Gerald» y empezó a llorar.

—Gerald es el nombre de alguien a quien quiso.

—Eso pensé.

Siguió un largo silencio en el que pudieron oír una penosa tos entrecortada.

—¿Qué ha sido de él? —preguntó Stephen.

—Muerto.

—¿Y después tú...?

Rickie asintió con la cabeza.

—Mal asunto.

—Esto de ahora no lo sabía yo. Se comportaba como si le hubiera olvidado. Quizá era cierto que le había olvidado pero tú has conseguido reavivar el recuerdo. Pasan cosas muy extrañas en el mundo. Está destrozada. Probablemente no ha hecho más que urdir planes desde que asaltaste la casa anoche.

—¿Planes contra mí?

—Sí.

Stephen dudó.

—¿Crees que podréis arreglarlo? —dijo por fin.

—Tienes que irte, no hay duda. Siento perderte. Pero vale más que no te quedes.

—Eso estaba ya decidido —replicó Stephen limpiando la gorra.

—Si has adivinado algo, sería mejor que no hablaras de ello. No tengo derecho a pedírtelo pero te lo agradeceré.

Stephen asintió; lentamente recorrió el descansillo y bajó las escaleras. Rickie lo acompañó y le abrió incluso la puerta principal. Era como si Agnes hubiera absorbido todas sus diferencias. El barrio entero estaba ahora envuelto en una nube que lo desbordaba. Ráfaga tras ráfaga pasaba por las calles hasta estrellarse contra paredes empapadas. Tanto los edificios docentes como las demás casas quedaban ocultas; la civilización entera parecía en suspenso. Sólo emergían los sonidos y los deseos más elementales. Los dos estuvieron de acuerdo en que era extraño que hiciera aquel tiempo después de la última puesta de sol.

—Eso es un collie —dijo Stephen escuchando.

—Me gustaría que hubieras desayunado algo antes de irte.

—No quiero comer nada, gracias. Pero, ¿sabes?... —hizo una pausa—. Todo esto ha sido un lío colosal y no tengo inconveniente en que te vengas conmigo.

La nube descendió aún más.

—Ven conmigo como hombre —dijo Stephen dentro ya de la neblina—, no como hermano. ¿A quién le importa lo que hizo la gente años atrás? Los dos estamos vivos y el resto es hipocresía. Aquí estoy yo y ahí estás tú,

una ruina completa. En esta casa no te necesitan para nada; no te han necesitado nunca, si hay que decir la verdad, y sólo han conseguido convertirme en un ser detestable. Esta casa, por decirlo así, está podrida. Es una cuestión de sentido común que la dejes.

—Stephen, espera un minuto. ¿Qué quieres decir?

—Esperar es lo que no vamos a hacer —dijo Stephen ya desde la puerta del jardín.

—Tengo que preguntar...

Stephen esperó un minuto y pudo oír sollozos, débiles, desesperados, rencorosos. Después echó a andar pesadamente, y pronto Rickie fue incapaz de distinguir su color y su forma. Pero una voz perseveró diciendo:

—Ven, lo digo en serio. Ven, te cuidaré, lograré sacarte adelante.

Las palabras eran cordiales; pero Rickie no se sumergió en la nube impalpable a causa de ellas. La voz misma le había ofrecido una garantía más segura. Las costumbres y el sexo pueden cambiar con una nueva generación, los sentimientos pueden a la larga alterar los rasgos faciales; pero una voz es algo distinto de todas esas cosas. Se halla más cerca de la esencia racial y quizá de la divina; puede, en cualquier caso, saltar por encima de una tumba.

XXXII

Al volver después de la primera clase, Mr. Pembroke no logró enterarse con claridad de lo que había sucedido. Con toda franqueza le dijo a Agnes que le estaba ocultando algo. Su hermana no fue capaz de replicarle. Ella misma se preguntaba si no se habría vuelto loca. Hasta aquel momento había fingido amar a su marido. ¿Por qué escoger un momento así para sacar la verdad a relucir?

—Pero yo entiendo la posición de Rickie —le dijo Herbert—. Le falta equilibrio pero la entiendo. Mientras Rickie estuvo enfermo me di cuenta de que podía suceder esto. Cree ser el guardián de su hermano. Tenemos que hacer concesiones; tenemos que negociar.

Las negociaciones todavía seguían su curso en noviembre, cuando esta historia se aproxima a su conclusión.

—Entiendo su postura —le dijo Herbert a Agnes—. Desafiante y débil al mismo tiempo. Está todavía con esos Ansell. Lee esta carta, dándome las gracias por sus cuentos. Recordarás que se los mandamos el mes pasado... los que pudimos encontrar. Parece que emplea el tiempo escribiendo: ya ha terminado un libro.

Agnes atendía sólo a medias, porque acababa de recibir una hermosa corona que le mandaba la florista. Iba a llevarla al cementerio: hacía exactamente un año de la muerte de su hija.

—Por otra parte, ha cambiado el testamento. Afortunadamente no puede alterarlo mucho. Pero me temo que tendrás sólo lo que te corresponda por la ley. ¿Debo leerte lo que escribí sobre este punto, mis notas de la entrevista con el padre de Mr. Ansell y una copia de mi correspondencia con Stephen Wonham?

Pero vinieron a decirles que el cabriolé para ir al cementerio estaba esperando. Mientras Herbert bajaba la corona, Agnes subió al piso alto. Habían acudido lágrimas a sus ojos. Un escandaloso divorcio habría sido menos amargo que esta separación. La gente preguntaba «¿Por qué la dejó su marido?» y la respuesta era como sigue: «Oh, nada especial; no la soportaba; le mentía y le había enseñado a mentir; le había apartado del trabajo que le gustaba, de sus amigos, de su hermano... en una palabra, trataba de manejarlo y eso es algo que un hombre no perdona.» Unas

cuantas lágrimas; no muchas. Agnes no era capaz de entender la vida como una tragedia clásica, en la que al tratar de mejorar nuestras posibilidades de éxito las destruimos por completo. Había echado a Stephen de Wiltshire y el hermano de Rickie cayó como un rayo sobre Sawston y ella misma. Al tratar de conseguir el dinero de Mrs. Failing había perdido probablemente dinero que hubiera sido suyo. Pero la ironía es un maestro sutil, y Agnes no era capaz de aprender lecciones como aquellas. Su sufrimiento era más directo. Tres hombres la habían ofendido; los odiaba por consiguiente y, si era posible, les haría daño.

—Esas negociaciones son completamente inútiles —le dijo a Herbert cuando bajó de nuevo—. Haríamos mucho mejor esperando nuestra oportunidad. De todas formas dime lo que sepas sobre Stephen Wonham.

Herbert la hizo entrar en el estudio.

—Wonham está o estaba en Escocia, aprendiendo agricultura con unos amigos de los Ansell: creo que el dinero de Rickie servirá para que se establezcan. Al parecer trabaja mucho. ¡También bebe!

Agnes asintió sonriendo.

—¿Más que antes?

—Mi informante, Mr. Tilliard... oh, no debería haber mencionado su nombre. Es uno de los amigos de Rickie de los tiempos de Cambridge —uno de los buenos— y le han afectado mucho los acontecimientos, pero no desea verse mezclado en esto. A principios del otoño estuvo en Escocia, bastante cerca de donde vive Wonham, y fue tan amable como para llevar a cabo una discreta investigación por cuenta mía. Nuestro hombre se está convirtiendo en un borracho.

Agnes volvió a sonreír. Stephen había evocado su secreto y lo odiaba más por eso que por cualquier otra cosa. El porte de sus hombros— nada más que eso— despertó el recuerdo de Gerald. ¡Si no hubiera estado tan cansada! Stephen le había hecho acordarse de la experiencia más hermosa de su vida y para su mente oscurecida aquello era una profanación. Agnes se volvió hacia él como si fuera su antiguo novio; con una mirada que un hombre como él entendía perfectamente, le había pedido compasión; durante un terrible momento había deseado que la cogiera en sus brazos. Hasta Herbert se sorprendió cuando su hermana dijo:

—Me alegro de que beba. Espero que acabe destruyéndose. Un hombre así nunca debería haber nacido.

—Quizá los pecados de los padres reciben su castigo en los hijos —dijo Herbert, llevándola hacia el coche—. Pero eso no tenemos que decidirlo nosotros.

—Estoy convencida de que recibirá su castigo. ¿Qué derecho tiene...?

No terminó la frase. ¿Qué derecho tenía aquel individuo a ser como los demás? La lección, difícil para cualquiera, resultaba imposible para Agnes. Stephen era ilícito, anormal, peor que un hombre con una enfermedad vergonzosa. Sin embargo, ella se había vuelto hacia él: Wonham había hecho aflorar la verdad.

—No llores, querida —dijo su hermano, cerrando la ventana—. Mr. Tilliard me ha dado muchas esperanzas... los Silt han escrito... Mrs. Failing hará lo que pueda...

Camino del cementerio el resentimiento de Agnes se volvió contra Ansell, que había mantenido en ascuas a su marido durante los días que siguieron a la expulsión de Stephen. Si Ansell no hubiera estado allí, Rickie habría renunciado a su madre y a su hermano y a todo el mundo exterior, sin molestar a nadie. La pasividad mística, tan ligada a su naturaleza, habría prevalecido. El mismo Ansell se lo había dicho a ella. Y fue él también quien recogió a los fugitivos y les dio dinero, salvándolos de los ridículos obstáculos que con tanta frecuencia detienen a los jóvenes. Pero el llegar al cementerio y quedarse inmóvil junto al diminuto sepulcro, todo su resentimiento, todo su odio se volvió contra Rickie.

«Acabará volviendo» pensó. «Una esposa sólo necesita esperar. ¿Qué son sus amigos a mi lado? También ellos se casarán. Sólo tengo que esperar. Su libro, como todo lo que ha hecho, será un fracaso. Su hermano está matándose con el alcohol. ¡Pobre Rickie! No necesito más que comportarme correctamente. Acabará volviendo.»

Había empezado a andar mientras tanto y se encontró junto a la tumba de Gerald. Las flores que ella plantó años atrás se habían secado y después no quiso plantar otras. Allí estaba el atleta, tan reducido a polvo como la niña que Agnes había traído al mundo con tanta esperanza y tanto dolor.

XXXIII

Aquel mismo día, Rickie —nada deprimido ni desorientado— salió de casa de los Ansell para pasar la noche en Cadover. Su tía le había invitado; no se le ocurría por qué lo habría hecho, pero tampoco encontraba ninguna razón para rechazar la invitación. Tía Emily no estaba ya en condiciones de molestarle y él no era vengativo. En el vallecito cerca de Madingley, sin saber lo que decía, había exclamado mucho tiempo atrás: «No odio a nadie». Ahora, plenamente consciente, podía decir con toda verdad que no odiaba a nadie. El tiempo era agradable, el paisaje atractivo y a Rickie le apetecía un cambio de escenario.

Maud y Stewart fueron a despedirle. Stephen, que estaba allí pasando unas vacaciones, se había quedado con la cabeza gacha. También él quería ir a Cadover. Rickie trató de hacerle entender que no era posible visitar a una persona después de haber roto los cristales de sus ventanas. Acto seguido tuvieron una discusión —era lo que solía pasar en estos casos— y el muchacho se había quedado enfurruñado.

—Déjale que haga lo que quiera —dijo Ansell—. Sabe más que nosotros. Lo sabe todo.

—¿Hay que dejarle que se emborrache? —preguntó Rickie.

—Sin duda alguna.

—¿Hay que dejarle ir a donde no le han invitado?

A Maud no le parecía mal que un hombre tuviera brío, pero aquello lo consideró excesivo.

—Bueno, ¡que lo paséis bien! —exclamó Rickie mientras el tren se ponía en marcha—. Se meterá en algún lío esta noche. Me ha dicho muy convencido que lo sentía venir. ¡Hasta la vista!

—¡Esperaremos a que pases otra vez! —gritaron ellos. Porque el tren de Salisbury siempre retrocedía hasta salir de la estación y después regresaba y toda la familia Ansell, Stewart incluido, experimentaban un increíble placer presenciándolo.

El departamento estaba vacío. Rickie se instaló dispuesto a recorrer el breve trayecto. Primero miró las fotografías en color. Después leyó las instrucciones para el servicio de comidas y examinó la consistencia de los cojines. En el exterior, una garita de señales atrajo su interés. A

continuación vio el feo pueblecito que era su hogar en aquel momento y la memorable fachada de los Ansell en la parte alta de la calle principal. Allí habitaba el amable espíritu de la comedia. ¡Era todo tan absurdo, tan cordial! Una casa dividida contra sí misma que, sin embargo, aún seguía en pie. Una casa donde la metafísica, el comercio y las aspiraciones sociales vivían juntos en armonía. Mr. Ansell era en gran parte responsable de ello, pero uno sentía la tentación de creer en un poder más caprichoso: el poder que se abstiene de «atizar». «Uno atiza o le atizan, pero nunca lo sabe de antemano», citó Rickie y abrió el libro de los poemas de Shelley, aquel hombre con más penetración de lo que se suponía. ¡Qué agradable era leer! Si le preocupaban sus asuntos, si Stephen hacía demasiado ruido o Ansell exageraba sus sarcasmos, todavía le quedaba el paraíso de los libros. Era como si no hubiera leído nada durante los dos últimos años.

Cuando el tren se detuvo para hacer el cambio de vías oyó protestar a los empleados que estaban trabajando en la línea. Alguien se había subido al estribo del vagón sin autorización. De pronto apareció el rostro de Stephen riendo a mandíbula batiente. Con movimientos de nadador atravesó la ventana abierta y cayó confortablemente sobre el equipaje de Rickie y el mismo Rickie. Hizo saber que nadie había gastado nunca una broma mejor. Rickie no estaba tan seguro.

—La próxima vez te atropellará el tren —dijo—. ¿Por qué los has hecho?

—Me voy contigo —contestó con una risita, mientras se revolcaba lo más posible por el suelo polvoriento.

—Vamos, Stephen, eso no está nada bien. Levántate. Todo esto lo discutimos ayer.

—Ya lo sé; y yo decidí no insistir para no echar a perder mis vacaciones.

—Es de muy mal gusto.

Stephen estaba saludando ahora a los Ansell, mostrándoles una pastilla de jabón: era todo su equipaje; pero acabó renunciando también a ella al arrojarla contra el altivo rostro de Stewart.

—No entiendo por qué lo has hecho. Sabes la importancia que le doy.

Stephen replicó que se quedaría en el pueblo; que se reuniría con Rickie a la puerta de la posada; ese tipo de cosas.

—Me parece una idea abominable —repitió Rickie, tratando de mantenerse serio.

—Bueno; has hecho todo lo que has podido —exclamó Stephen con repentina cordialidad—. Al dejarme charlando con Mr. Ansell creíste que te habías salido con la tuya. Soy tan cortés como la mayoría de la gente, pero ¡todo tiene un límite! Tu tía no es el emperador de Alemania ni la dueña de Wiltshire.

—¡Animal! —farfulló Rickie, que últimamente se echaba a reír otra vez cuando oía disparates.

—No, no lo es —repitió Stephen, echando un beso a unas muchachas junto a la vía—. Y además, ¡ya nos pusimos en camino hacia Wiltshire aquella mañana de niebla!

—¿Cuando Stewart nos encontró en la estación de Sawston? —sonrió feliz—. Nunca creí que saldríamos adelante.

—En realidad *no lo hicimos*. Nunca hicimos lo que pensábamos hacer. Es absurdo que no haya podido sacarte adelante yo solo. Tengo una idea. Escápate esta noche después de cenar y cogeremos juntos una trompa monumental.

—Me parece que no lo voy a hacer.

—No sabes lo bien que te vendría. Conocerías gente: pastores, arrieros... —agitó los brazos vagamente, indicando democracia—. Y después cantarías.

—¿Y luego?

—Cataplún.

—Precisamente.

—Pero yo te cogeré —prometió Stephen—. Te llevaremos colina arriba hasta la cama. Por la mañana te despiertas, tienes tu pelea con tía Emily, te echa y nos reunimos... ¡nos reunimos en los Rings!

Stephen se puso a bailar. Alguien en el departamento contiguo dio unos golpes en el tabique y cuando esto sucede todos los muchachos con agallas saben que la respuesta es repetir los golpes.

—Gracias. Me parece que no lo haré —dijo Rickie cuando disminuyó el ruido (aunque sólo por un momento, ya que la conversación que sigue tuvo lugar con acompañamiento de golpes y polvo)—, excepto lo referente a los Rings. Nos encontraremos allí.

—Entonces me emborracharé solo.

—No, no lo harás.

—Sí lo haré. Prometí hacer algo especial esta noche. Me apetece.

—En ese caso me apearé en la próxima estación.

Rickie reía, pero estaba completamente decidido. Stephen se había vuelto demasiado dictatorial últimamente. Los Ansell lo echaban a perder.

—Ya está mal tu presencia en el pueblo. Pero que además te emborraches es imposible. Prefiero no visitar a mi tía a estar en Cadover siendo consciente de que mientras tanto Stephen les enseña a sus trabajadores a portarse tan detestablemente como él. Puedes ir si quieres. Pero no conmigo.

—¿Por qué no he de pasarlo bien cuando soy joven si no hago daño a nadie? —dijo Stephen con tono desafiante.

—¿Tenemos que discutirlo otra vez? Porque te haces daño a ti mismo.

—No es verdad: soy capaz de pararme en el momento que quiera. Me basta con decir «no quiero» y no lo hago.

Rickie sabía que su jactancia se basaba en los hechos. Continuó:

—Existe también una cosa llamada moralidad. Si lees la Biblia y a los griegos clásicos, aprenderás que tu cuerpo es un templo.

—Eso decías en la más larga de tus cartas.

—Probablemente me puse muy pedante porque nunca he tenido esa clase de tentaciones; pero sin duda está mal que se te escape el cuerpo.

—No te sigo —replicó Stephen, amagando un puñetazo.

—No está bien, aunque sea por poco tiempo, olvidarse de la propia existencia.

—¿Quieres decirme que nunca has tenido la tentación de echarte a dormir?

El tren estaba pasando precisamente por una zona de monte bajo, donde la gris maleza parecía poco más que leña para el fuego. Y, sin embargo, todos sus tallos esperaban a la primavera. Rickie se daba cuenta de que la analogía era falsa, pero las discusiones siempre lo confundían y abandonó también esta línea de ataque.

—Hay que ser más cuidadoso con la vida. Si el cuerpo se te escapa en esa dirección, ¿por qué no en otras? Un hombre tiene más tentaciones.

—Te refieres a las mujeres —dijo Stephen con calma, abandonando sus juegos por un momento—. Pero eso es completamente diferente. Sería hacer daño a otra persona.

—¿Es sólo eso lo que te sujeta?

—¿Existe alguna otra razón?

Y Stephen no miraba a Rickie, sino más allá, con los asombrados ojos de un niño. Rickie asintió con la cabeza y se concentró en el paisaje a través

de la ventana.

Notó que el campo era más suave y más variado. Habían desaparecido los bosques, y bajo un pálido cielo azul las líneas del terreno fluían y se mezclaban, alzándose un poco para alojar un soto de hayas, o dividiéndose para dejar ver algún valle lleno de verdura, donde las casas se alzaban bajo los olmos o junto a aguas translúcidas. Ya estaban en Wiltshire y cruzaban tierras gredosas. Cuando el tren se detuvo en un andén diminuto, Rickie abrió la puerta sin decir nada.

—¿Por qué haces eso?

—Me vuelvo a casa.

Stephen se había olvidado de la amenaza. Dijo que aquello era abandonar la partida.

—¡Claro!

—No puedo permitir que te vuelvas.

—Promete entonces que te portarás decentemente.

Rickie se vio sujetado y alejado de la puerta.

—Tenemos que cambiar de trenes en Salisbury —hizo notar—. Hay que esperar una hora. Te va a costar mucho trabajo retenerme.

—No es justo —explotó Stephen—. Es un golpe bajo. ¿Cómo voy a dejarte volver?

—Promete, entonces.

—Sí, sí, sí. Me portaré como un miembro de la A.J.C. ¹² Pero sólo por esta vez.

—No, no. Para el resto de tus vacaciones.

—Sí, sí. Muy bien. Lo prometo.

—¿Para el resto de tu vida?

A decir verdad a Rickie no le pareció mal que Stephen, enfadado, le diera un codazo y dijera:

—No. Te puedes apeaar. Te has pasado.

Pero el tren se estaba ya poniendo en marcha. El mozo al final del andén cerró la última puerta con fuerza y siguieron camino de Salisbury a través de las ondulantes tierras bajas. Rickie fingió leer. Por encima del libro observaba el rostro de su hermano y preguntaba cómo era posible compaginar el mal humor con una mente tan resplandeciente. A pesar de su testarudez y de sus caprichos, no resultaba nada difícil convivir con Stephen. Nunca se inquietaba, ni cultivaba ocultos resentimientos ni se dejaba llevar de un falso orgullo. Aunque se gastaba el dinero de Rickie con

parsimonia, se lo pedía sin disculparse. «Apúntamelo en el debe», solía decir. Cuando llegara el momento —los planes eran todavía muy vagos— alquilaría o compraría una granja. No existe una manera de resumir cómo son las buenas personas. Ansell lo aseguraba así, para apresurarse inmediatamente a ofrecer una fórmula: «Tienen que ser sinceros, tienen que ser serios.» Serios no en el sentido de melancolía o tristeza, sino convencidos de que esta vida es un estado de cierta importancia y que la tierra no es un sitio para pasar el rato. Stephen así lo creía; y lo manifestaba en su trabajo, en sus juegos, en su dignidad y sobre todo —aunque sea difícil enfrentarse con esta verdad— en su sagrada pasión por el alcohol. Beber hoy es una cosa desagradable. Entre las cimas de Cithaeron y nosotros fluye el río del pecado. Sin embargo, aún se pueden oír las voces que llaman desde la montaña y si se acepta que un hombre responda, más vale que lo haga con el candor de un griego.

—Me quedaré en casa de los Thompson —dijo el desilusionado juerguista—. Reza por mí.

Rickie no insistió en su triunfo aunque era un momento feliz: en parte debido al éxito mismo y en parte porque Rickie tuvo la seguridad de que su hermano le quería. Stephen era demasiado egoísta para renunciar a cualquier placer sin razones de peso. Tuvo la seguridad de que había hecho bien dejando Sawston e ignorando las amenazas y las lágrimas que todavía le urgían para que volviera. Aquí estaba su verdadero trabajo. Más aún, aunque él no buscaba recompensa, la recompensa había llegado. Su salud era mejor, la cabeza le funcionaba perfectamente y había rehecho su vida gracias a los esfuerzos de otro hombre y no a las aguas del sentimiento. Stephen era hombre primero y hermano después. En esto radicaba su brutalidad, pero también su fuerza. «Mírame a la cara. No me vistas con ropa que no es mía... no me pongas una túnica de santidad como hiciste con tu mujer, cuando lo que en realidad necesitaba era que se le prodigaran cuidados. Rompe las fotografías. Aquí estoy yo y ahí estás tú. Lo demás es hipocresía.» Lo demás era algo más que hipocresía, y quizá Stephen llegara a reconocerlo con el tiempo. Pero Rickie necesitaba un tónico; y era un hombre y no un hermano quien tenía que acercárselo a los labios.

—Ya se ve la aguja de la catedral —anunció Stephen, añadiendo a continuación—: No me importa verla otra vez.

—A nadie le importa, que yo sepa. Hay quien ha venido desde las antípodas para verla de nuevo.

—Beatos. Pero yo no he tenido nunca nada que ver con ningún obispo.

Era lo suficientemente joven como para sentirse molesto. La catedral, fuente de superstición, no cabía en su vida. A la edad de veinte años había puesto las cosas en claro. «Tengo mi propia filosofía —le dijo una vez a Ansell—, y la tuya no me importa un pimiento.» El regocijo de Ansell le había molestado considerablemente. Y era extraño que estando tan convencido sintiera cómo el corazón le daba saltos al ver aquel antiguo chapitel.

—Lo considero un edificio público —le dijo a Rickie, que se mostró de acuerdo—. Y además es útil como punto de referencia.

Aquel día su actitud era defensiva. Formaba parte de un cambio sutil que Rickie venía notando desde su regreso de Escocia. Su rostro presentaba indicios de una nueva madurez.

—Antes de que llueva —dijo, poniendo de repente una mano sobre la rodilla de Rickie—, desde el Ridgeway se puede ver la aguja tan claramente como un poste de telégrafos.

—¿A qué distancia está el Ridgeway?

—Diecisiete millas.

—¿En qué dirección?

—Norte, naturalmente. Más hacia el norte se ve Devizes, el valle de Pewsey y las otras zonas bajas. Es toda una vista. Deberías ir hasta el Ridgeway.

—No voy a tener tiempo.

—O Beacon Hill. O podemos ir a Stonehenge.

—Si el tiempo es bueno preferiría ir a los Rings.

—Hará buen tiempo.

Después murmuró nombres de pueblos.

—Me gustaría que pudieras vivir aquí —dijo Rickie—. Me parece que quieres a esta tierra más que al mundo entero.

Stephen replicó que en realidad no era así: tan sólo estaba acostumbrado a ella. Le gustaría ponerse en marcha inmediatamente en lugar de tener que esperar el tren de Cadchurch.

Habían entrado en Salisbury, y la catedral, un edificio público, alzaba su masa gris contra un cielo de suaves tonalidades. Rickie sugirió que deberían visitarla mientras esperaban el tren. Habló del incomparable pórtico de la fachada norte.

—Nunca he entrado ni pienso hacerlo. Siento disgustarte, Rickie, pero es mejor que te lo diga claramente. No creo en nada.

—Yo sí creo —dijo Rickie.

—Cuando un hombre muere es como si no hubiera existido nunca —afirmó Stephen.

El tren se detuvo en la estación. Aquí ocurrió un pequeño incidente que cambió sus planes.

A la puerta de la estación hallaron un carricoche de dos ruedas conducido por un chiquito que había venido desde Cadford para recoger unos rollos de tela metálica.

—Es todo lo que necesitamos —dijo Stephen; y llamó al chiquillo—: si te pago el billete del tren y además te doy seis peniques, ¿nos dejarás volver al pueblo en el carricoche?

El chico dijo que no.

—No pases cuidado —dijo Rickie—. Soy el sobrino de Mrs. Failing.

El chico movió la cabeza negativamente.

—¿Conoces a Mr. Wonham?

El chiquillo no pudo decir que no le conociera.

—Entonces, ¿qué inconveniente tienes? ¿Por qué dices que no?

Pero Stephen se apoyó contra el tablón de los horarios y habló de otras cosas.

Finalmente el chico preguntó:

—Usted dijo que me pagaría el billete de vuelta, ¿no es cierto, Mr. Wonham?

—Sí —intervino un espectador—. ¿No le oíste decirlo?

—Lo he oído perfectamente.

Stephen apoyó la mano en el guardabarros diciendo:

—Lo que quiero es que me dejes el carricoche, ¿comprendes?, para llevarlo al pueblo yo mismo.

Y mientras hablaba, el espectador iba repitiendo sus palabras:

—Lo que quiere es que le dejes el carricoche, ¿comprendes?, para llevarlo él mismo al pueblo.

—No tengo inconveniente —dijo el chico, con aire de sentirse ofendido. Durante unos momentos permaneció inmóvil y después se apeó del carricoche añadiendo—: Y no hace falta que me dé los seis peniques.

—¡Qué chiquillo más tonto! —dijo Rickie malhumorado, mientras cruzaban la ciudad.

Stephen se sorprendió.

—¿Qué tienes contra el chico? Era lógico que se lo pensara. Nadie le había propuesto nunca una cosa así. La próxima vez nos dejará el coche en seguida.

—No lo hará si viene a recoger una col en lugar de tela *metálica*.

—No tendrá que venir aquí a por una col.

Rickie se removió en el asiento. Pero su irritación se fue desvaneciendo paulatinamente. Se daba cuenta de que aquel incidente era un silencioso desafío a la civilización que él había conocido. «Organizar.» «Sintetizar.» «Estar ocupado en todo momento.» «Desarrollar *esprit de corps*.» Repasó las consignas de los dos últimos años y descubrió que pasaban por alto los combates personales, las treguas personales, el amor personal. Siguiéndolas, Sawston había perdido su modesta utilidad para convertirse en un mar embravecido, por el que navegaba Dunwood House, aquel barco tan innecesario. Con humildad se volvió hacia Stephen y dijo:

—No; tienes razón. No hay que quejarse del chico. Se lo estaba pensando.

Pero Stephen había olvidado el asunto o no se sentía inclinado a hablar de ello. Su arranque aclaratorio estaba terminado.

La carretera directa de Salisbury a Cadover es muy aburrida. La ciudad, que según los planes divinos debiera haber permanecido junto al río ¿no se había trasladado allí, sintiéndose sedienta, durante el reinado de Guillermo el Rojo?, se había extraviado saliéndose de la llanura, trepando por las colinas y cayendo luego por ellas en feas cataratas de ladrillo. Las cataratas no son muy grandes y sin duda resuelven o crean alguna necesidad comercial. Pero en lugar de mirar hacia la catedral, como la ciudad entera debería hacerlo, vuelven la vista hacia un parapeto pagano, cosa que la ciudad no debería hacer. Es evidente su despreocupación por la armonía de la tierra y los sentimientos por ella decretados. Son el espíritu moderno.

Atravesando las colinas, la carretera desciende a una zona sin obstáculos donde, paradójicamente, el poder de la tierra se hace mayor. Los cursos de agua dividen realmente. Las distancias se hacen más concretas. Es más fácil conocer a los hombres del propio valle que a los del valle vecino, aunque en general sea allí más fácil conocer bien a los hombres. La zona no es un paraíso y pone al descubierto los mismos vicios que atormentan a los hombres de bien en todas partes. Pero no falta espacio ni escasean los ratos de ocio.

—Imagino —dijo Rickie mientras caía la tarde— que lo mismo está sucediendo por toda Inglaterra.

Quizá intentaba decir que las ciudades, después de todo, son excrecencias, desechos grises donde los hombres, en su apresuramiento por encontrarse, han terminado por perderse. Pero no obtuvo respuesta ni tampoco la esperaba. Volviéndose en el asiento contempló cómo el sol invernal desaparecía de un cielo tranquilo. El horizonte era de color amarillo rojizo y la tierra en contacto con él lanzaba pasajeros destellos de púrpura. Todo se desvaneció: aquel día tan agradable terminaría sin un final espectacular y cuando Rickie volvió a mirar hacia el este era ya de noche.

—Esos *ver lands*... —dijo Stephen sin apenas levantar la voz.

—¿Qué son *verlands*?

Su hermano señaló hacia la oscuridad y dijo:

—Es el nombre que damos a un tipo de campo.

Después puso el látigo en la funda y pareció que tragaba algo. Rickie, esforzándose por reconocer los *verlands*, sólo alcanzaba a ver un confuso desierto marrón.

—¿Existen muchos términos locales?

—Han existido.

—Me imagino que van desapareciendo.

La conversación cambió sin razón aparente. En el tono de alguien que contesta, Stephen dijo:

—Espero casarme antes o después.

—Imagino que lo harás —dijo Rickie; y se maravilló un poco de que su respuesta no resultara nada brusca—. ¿Se verían los Rings desde aquí si fuera de día?

—Los estamos viendo de hecho —y sin hacer una pausa, añadió—: Mrs. Failing dijo una vez que ninguna mujer decente se casaría conmigo.

—¿Tú estás de acuerdo con eso?

—Lleva las riendas un poco, haz el favor.

El caballo se adentró lentamente por aquel desierto que iba dejando de ser marrón para convertirse en negro. Después les rodeó un suave resplandor y el aire se hizo más frío: la carretera descendía entre derrumbes de greda.

—Pero, Rickie, ¿no crees que encontraré una chica, no muy refinada, naturalmente, y que podré ser feliz con ella a mi manera? Le diré sin rodeos que no espere grandes cosas de mí: le seré fiel, desde luego, pero mis

pensamientos nunca le pertenecerán por completo. No por falta de respeto, sino porque todos los pensamientos de un hombre no pueden pertenecer a una sola persona.

Mientras hablaba desapareció incluso la carretera y aguas invisibles pasaron gorgoteando entre los tirantes de las ruedas. El caballo había elegido el vado.

—No se puede poseer a la gente. Por lo menos, una persona corriente no puede. Quizá sea diferente tratándose de un poeta. Déjale beber al caballo. Quiero casarme con alguien, aunque todavía no sé quién es, cosa que a un poeta le parecería atroz. ¿Tú qué opinas? Como no soy gran cosa, más vale que me lo tome con calma. Porque es algo exterior lo que hace que uno se case, si entiendes lo que quiero decir: no es exactamente uno mismo. No hagas correr al caballo. Queremos casarnos y sin embargo... no sé explicarlo. Me parece que también quiero vadear yo: es el río que pasa por el pueblo.

El amor romántico es más grande. Hay hombres y mujeres —lo sabemos por la historia— que han venido al mundo destinados el uno para el otro; que han realizado el más largo de los viajes estrechamente abrazados. Pero el amor romántico es también el código de la moral moderna y, por esa razón, de la moral popular. La unión eterna, la posesión eterna son cebos tentadores para el hombre medio. Se los traga, no confiesa su error y —quizá para ocultarlo— llama «cínico» a un hombre como Stephen.

Rickie contemplaba cómo la tierra negra se reunía con el cielo negro. Pero por encima de sus cabezas el cielo se aclaraba y en él brillaban la Osa Mayor y las otras estrellas alrededor de la polar. Pensó en el futuro de su hermano, en su propio pasado y en el porcentaje de verdad que pudiera haber en aquella antítesis de Ansell: «El hombre quiere a la humanidad, la mujer a un hombre.» Él y su mujer habían servido sin duda de ejemplo y quizá aquel conflicto, tan trágico en su caso, era en otros sitios la sal de la tierra. Mientras tanto su hermano, desde el agua, le pidió las cerillas: Mr. Failing le había enseñado un truco con un trozo de papel y quería enseñárselo ahora a Rickie en lugar de decir tonterías. Agachándose, Stephen iluminó la superficie del vado.

—¡Qué bien baja el río! —dijo; y su rostro brillaba en la oscuridad—. Sí, dame ese papel, ¡rápido! Haz una pelota.

Rickie obedeció, aunque sin dejar de mirar la faz transfigurada. Estaba convencido de que habitaba en ella un espíritu nuevo, que había expulsado la tosquedad juvenil. Percibía una mirada más serena y la señal de la madurez colocada como una barra de oro sobre labios más firmes. La belleza, la inteligencia o una gran pasión dan unidad a algunos rostros: ¿había esperado el de Stephen a recibir el toque de los años?

Pero seguían jugando como lo habían hecho en el departamento del tren. El papel se prendió con la lumbre de la cerilla, convirtiéndose en una rosa de fuego.

—Ahora, con mucho cuidado —dijo Stephen.

La depositaron sobre la corriente como una flor. Aparecieron cantos rodados y hierbas temblorosas; luego la rosa avanzó hasta aguas más profundas y de pronto surgieron los dos arcos de un puente.

—¡Va a estrellarse! —gritaron—; no, no lo hará. Va a pasar por la izquierda.

Y el arco se convirtió en el túnel de un cuento de hadas, goteando diamantes. Después se desvaneció para Rickie; pero Stephen, arrodillado en el agua, aseguró que, mucho más allá del arco, todavía flotaba; continuaba ardiendo como si fuera a seguir haciéndolo para siempre.

XXXIV

Como el coche que había enviado para recoger a su sobrino en la estación de Cadchurch volvió vacío, Mrs. Failing se estaba preparando para una cena solitaria cuando Rickie apareció disculpándose profusamente pero más sereno de lo que ella había esperado. No le dejó explicarse.

—Da lo mismo cómo hayas llegado. Estás aquí y me alegro mucho de verte.

Rickie se cambió de ropa y pasaron al comedor.

Había un fuego muy alegre pero las cortinas no estaban echadas. Mr. Failing creía que el espectáculo de la noche a través de unas ventanas es más hermoso que cualquier cuadro, y su viuda había conservado la costumbre. Demostraba valentía al perseverar y hacer caso omiso de los terrones de greda que surgieron de la noche el pasado mes de junio. Por alguna oscura razón —no tan oscura para Rickie— tía Emily los había conservado como recuerdo. Viéndolos en fila sobre la repisa de la chimenea, Rickie tuvo la impresión de que Stephen sería su primer tema de conversación. Pero nunca llegaron a mencionarle, aunque no dejaba de estar presente en todo lo que dijeron.

Hablaron de Mr. Failing. Los *Ensayos* habían tenido éxito. Mrs. Failing estaba muy satisfecha. Pidió un ejemplar del libro y mientras cambiaban los platos estuvo leyéndole a su sobrino, con voz suave pero indiferente. Luego hizo traer las críticas de los periódicos —nadie las despreciaba, a decir verdad— y leyó los comentarios a su introducción. Tenía una pluma elegante, adecuada; era capaz, sugestiva, esencial, superflua. La comida transcurrió agradablemente, porque nadie sabía como ella armonizar lo protocolario con lo desacostumbrado, ni conseguir que resultara encantador el espectáculo de una mesa señorial cubierta de papeles.

—Mi marido escribía muy bien —hizo notar—. Léeme algo que te guste. «El verdadero patriota», por ejemplo.

Rickie tomó el libro y encontró: «Amémonos los unos a los otros. Dejemos que nuestros hijos, físicos y espirituales, se amen entre sí. Es todo lo que podemos hacer. Quizá la tierra ignorará nuestro amor. Quizá lo

confirme y permita que la nueva generación tenga un lugar de reunión, un chapitel, un montículo que reverenciar.»

—Eso lo escribió cuando era joven. Más adelante puso en duda que debiéramos amarnos unos a otros o que la tierra llegara a confirmar nada. Murió sintiéndose muy desgraciado.

Rickie no pudo evitar añadir:

—Sin saber que la tierra le había confirmado.

—¿Lo ha hecho? Es muy posible. ¡Nos vemos tan poco estos días, ella y yo! ¿Tú ves mucho a la tierra?

—Un poco.

—¿Esperas que llegue a confirmarte?

—Es muy posible.

—Desconfía de ella, Rickie, si quieres saber mi opinión.

—Creo que no debo hacerlo.

—Desconfía. Volver a ella es en realidad retroceder... desprenderse de la artificiosidad que, aunque vosotros los jóvenes no estéis dispuestos a confesarlo, es la única bendición de la vida. No finjas ser simple. Yo lo hice una vez. No finjas interesarte por algo distinto de los libros y una conversación inteligente como ésta.

«La conversación» dijo Leighton después, «era sin duda inteligente. Y además tenía sentido». No siguió escuchando porque su señora le dijo que se fuera.

—Mi querido sobrino: puesto que las cosas son así, reconcílate con tu mujer —extendió una mano hacia él con gesto verdaderamente afectuoso—. Ahora te resultará más fácil que más adelante. Pobre mujer, me ha escrito frecuentemente diciendo muchas tonterías, pero en conjunto estoy de su parte y en contra tuya. Está dispuesta a concederte todas esas cosas por las que has estado luchando: tus amigos, tus teorías. Lo tengo por escrito de su puño y letra. Nunca volverá a inmiscuirse en tu vida.

—No puede dejar de hacerlo —dijo Rickie, con la vista en la oscuridad tras las ventanas—. Agnes me desprecia. Y además yo no la quiero.

—Lo sé. Ni ella a ti. No me estoy poniendo sentimental. Te lo diré una vez más: desconfía de la tierra. Somos personas convencionales y, si haces un esfuerzo para verlo, comprenderás que las convenciones tienen una majestad propia y terminan por imponérsenos. No vivimos de grandes pasiones, ni de grandes recuerdos ni de nada que sea realmente grande.

Rickie alzó la cabeza.

—Sí que lo hacemos.

—Haz el favor de escucharme. Esta noche te hablo en serio y amistosamente, como creo que habrás notado. En parte te he hecho venir para divertirme, ya que formas parte de un pasado más alegre, pero también para darte un buen consejo. Se ha producido una erupción volcánica: un fenómeno por el que también yo sentí gran admiración en otro tiempo. Pero la lava se ha enfriado. Vamos a dejar que las convenciones lleven a cabo su tarea y retiren los escombros. Tengo cincuenta y nueve años y declaro solemnemente que lo importante en la vida son las cosas pequeñas; las personas no tienen ninguna importancia. Vuelve con tu mujer.

Rickie miró a su tía y se sintió lleno de compasión. Sabía que nunca más volvería a atemorizarlo. Contestó porque ella le había hablado seria y amistosamente.

—Hay un hecho sin importancia que me gustaría contarte para refutar tu teoría. Llevaba un año dándole vueltas a la idea de un cuento; un cuento largo, una especie de sueño para entretenerme... el tipo de diversión que tú me recomendarías si volviera con mi mujer. Tendría que haberlo escrito pero las personas alrededor mío daban el tono a mi vida, y no parecía que mereciese la pena. Porque, muy probablemente, la historia no gustará. Luego vino la erupción. Pocos días después, cuando estaba en la cama contemplando un mundo cubierto de escombros, dos hombres que conozco —intelectual el uno, el otro exactamente lo opuesto— irrumpieron en la habitación. Los dos dijeron: «¿Qué ha sucedido con tus cuentos? No eran buenos, pero ¿dónde están? ¿Por qué has dejado de escribir? ¿Por qué no has ido a Italia? Tienes que escribir. *Tienes* que ir. Porque escribir e ir a Italia eres tú.» Bien; he escrito el cuento y ayer lo mandamos para que empiece su recorrido por las redacciones. A esas dos personas no les gusta, por diferentes razones. Pero les pareció importante que lo escribiera, de manera que lo escribí. Como ya te he dicho, esto no es más que un detalle; estoy convencido de que han sucedido otras cosas en los últimos cinco meses. Pero lo menciono para probar lo importantes que son las personas y añadir que no voy a volver con mi mujer, aunque a ella le resulte muy inconveniente.

—¿E Italia? —preguntó Mrs. Failing.

Rickie evitó responder. Italia tendría que esperar. Ahora que disponía de tiempo le faltaba el dinero.

—¿Puedes decirme de qué trata el cuento?

—De un hombre y una mujer que se conocen y son felices.

—Imagino que será un *tour de force*.

Rickie frunció el entrecejo.

—No es necesario hacer literatura a partir de las propias limitaciones.

No soy tan tonto como para creer que todos los matrimonios acaban como el mío. El culpable de la catástrofe ha sido mi carácter, no el matrimonio.

—Querido mío, también yo me casé; el matrimonio tiene la culpa.

Pero una vez más Rickie aseguró estar mejor informado.

—Bien —dijo ella, levantándose de la mesa y llevando el postre a la repisa de la chimenea—; así que abandonas el matrimonio por la literatura. Y eres feliz.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque, como decíamos en Cambridge, la vaca está ahí. El mundo es otra vez real. Esto es una habitación, eso una ventana, afuera está la noche...

—Sigue.

Rickie señaló hacia el suelo.

—El día está directamente debajo de nosotros, iluminando otras habitaciones a través de otras ventanas.

—Eres muy extraño —dijo ella después de una pausa— y no me gustas en absoluto. Te sientas ahí, comiéndote mis galletas, y sabes en todo momento que la tierra es redonda. ¿Quién te lo ha enseñado? Yo me voy ahora a la cama y durante toda la noche, me dices, tú, yo y las galletas nos precipitaremos hacia el este hasta alcanzar el sol. Pero el desayuno será a las nueve como de costumbre. Buenas noches.

Tocó dos veces la campanilla y apareció su doncella con una vela y un bastón: últimamente se había acostumbrado a retirarse en cuanto terminaba de cenar porque no tenía a nadie que le hiciera compañía. A Rickie le impresionó su soledad y también aquella mezcla suya de penetración y torpeza. Era muy rápida, tenía una cabeza muy clara y no le faltaba imaginación; pero, de todas formas, se había olvidado de cómo eran las personas. Al encontrar la vida aburrida, había ido añadiéndole mentiras, como un farmacéutico añade un nuevo elemento a una solución, con la esperanza de que la vida brillara o adquiriese un hermoso color. Le encantaba confundir a los demás, y al final no era capaz de distinguir lo verdadero de lo falso y se engañaba también a sí misma. ¡Cómo debía de

haber disfrutado con sus equivocaciones a causa de Stephen! Pero el error de su tía resultaba aún mayor por ser enteramente espiritual.

Leighton entró con el café. Como le parecía innecesario encender la lámpara del salón para una sola persona —joven y no muy alta, por añadidura—, consiguió que Rickie asegurara preferir el comedor y que se sentara junto al fuego jugando con uno de los trozos de greda. Sus pensamientos volvieron al vado, del que apenas se habían alejado. Todavía oía beber al caballo en la oscuridad; aún veía la rosa mística y el túnel que goteaba diamantes. Se había ido solo en el carricoche, convencido de que la tierra le había confirmado. Por fin era capaz de ver las cosas con perspectiva y sabía que las convenciones no tienen majestad propia ni terminan por imponérsenos.

Mientras reflexionaba, el trozo de greda se le escurrió de entre los dedos y cayó sobre la taza de café, que se rompió. La porcelana, dijo Leighton, era cara. Creía que sería imposible sustituirla. Cada taza era distinta. Se trataba de un juego con dibujos diferentes. El platillo no podía utilizarse sin la taza. ¿Haría Mr. Elliot el favor de explicarle a Mrs. Failing lo que había sucedido?

Rickie prometió hacerlo así.

Había dejado a Stephen a punto de bañarse, y le oyó avanzar corriente arriba como un animal, chapoteando en los sitios con poca agua, respirando profundamente mientras nadaba atravesando las pozas; a veces se rompían los juncos o se desprendían terrones de arcilla. Junto al fuego se dio cuenta de que estaban otra vez en noviembre.

—¿Le gustaría salir a dar un paseo? —le preguntó a Leighton, procediendo acto seguido a explicarle quién pasaba la noche en el pueblo. Leighton se alegró. A las nueve en punto los dos salieron de la casa bajo un cielo en que apenas brillaban aún las estrellas.

—Lloverá mañana —dijo Leighton.

—Mi hermano ha dicho que hará buen tiempo.

—Buen tiempo entonces —repitió Leighton.

—¿Me toma el pelo? —preguntó Rickie, riendo.

Como las copas de los abetos se juntaban sobre el camino, penetraba muy poca luz. La claridad se hizo mayor al salir de la finca y burbujas de aire que parecían llegar desde inmensas distancias se estrellaban suavemente, una a una, contra su rostro. Se detuvieron sobre el puente. Rickie preguntó si todavía seguían allí los pececillos y las brillantes hierbas

verdes del verano. El mayordomo no se había fijado. Más allá del puente llegaron al cruce de las carreteras: una hacia Salisbury y la otra hacia la estación de ferrocarril atravesando una hilera de pueblos. La carretera frente a ellos era la calzada romana que llevaba hacia la llanura. Torciendo a la izquierda se llegaba a Cadford.

—Estará con los Thompson —dijo Rickie mirando hacia oscuros aleros—. Quizá se haya acostado ya.

—Quizá esté en *El Antílope*.

—No. Esta noche está con los Thompson.

—Con los Thompson.

Después de dar una docena de pasos más, Leighton dijo:

—Los Thompson se han marchado.

—¿Dónde? ¿Por qué?

—Mr. Wilbraham los despidió a causa de las ventanas rotas.

—¿Está usted seguro?

—Cinco familias fueron despedidas.

—Malas noticias para Stephen —dijo Rickie, después de una pausa—. Tenía muchas ganas de... ¡me parece monstruoso en cualquier caso!

—Los Thompson se han ido a Londres —dijo Leighton—. Al parecer esa familia había vivido cientos de años en este valle y nunca había hecho otra cosa que dedicarse al pastoreo. Y ahora están en diferentes barrios de Londres.

—En ese caso, vayamos al *Antílope*.

—Vayamos al *Antílope*.

La taberna se encontraba en la parte alta del pueblo. Rickie apresuró el paso. Semejante tiranía era una monstruosidad. Unos cuantos muchachos que no pasaban de los veinte años habían roto unas ventanas y la respuesta era arruinarlos a ellos y a sus familias. Los insensatos que nos gobiernan encuentran siempre más fácil ser severos. Se evitan dificultades diciendo que «los inocentes tienen que sufrir con los culpables». Les proporciona incluso un escalofrío de placer. Contra toda esta malvada estupidez, contra los Wilbraham y los Pembroke que tratan de gobernar nuestro mundo, Stephen lucharía hasta el día de su muerte. Stephen era un héroe. Él mismo creaba su propia ley y hacía bien. Era lo bastante grande como para despreciar nuestra moralidad de pacotilla. Estaba luchando por el amor. Aquella noche Rickie se contagió del entusiasmo de Ansell y sintió que merecía la pena sacrificarlo todo por un hombre así.

—*El Antílope* —dijo Leighton—. Aquellas luces bajo el más grande de los olmos.

—Hágame el favor de preguntar si está ahí y si quiere salir a dar un paseo conmigo. Yo no voy a entrar.

Leighton abrió la puerta y dejó al descubierto una habitación pequeña, azulada por el humo del tabaco. A los lados de la chimenea había unos bancos de respaldo alto que sólo dejaban ver las piernas de los hombres sentados en ellos. Entre los bancos había una mesa, llena de jarras y vasos. La escena era pintoresca: más agradable que las tabernas de la ciudad.

—Sí, claro, está ahí —Leighton lo llamó y después de dudar unos instantes volvió a salir.

—¿Querrá venir?

—No; me parece que no —replicó Leighton, mirando de soslayo. Estaba al tanto de la gazmoñería de Rickie—. Comprenda que es su primera noche entre viejos amigos.

—Sí, lo sé —dijo Rickie—. Pero quizá le guste dar una vuelta por el pueblo. La atmósfera estará muy cargada y no creo que sea muy divertido ver beber a los demás.

Leighton cerró la puerta.

—¿Qué es lo que ha contestado?

—Oh, nada. Cuando se está borracho se repiten las cosas más soeces. Por lo menos, eso es lo que dicen.

—...¿Cuando se está borracho?

—Sí, señor.

—Pero Stephen no está bebiendo, ¿verdad?

—No, no.

—No podría ser. Si rompiera su promesa... Ya sé que no es un santo: tampoco querría que lo fuera. Pero no va con él romper una promesa.

—Sí, señor; entiendo.

—En el tren me prometió que no bebería... nada espectacular. Sólo una promesa para estos días.

—No, señor.

—No, señor —repitió Rickie—. ¡Sí! ¡no! ¡sí! ¿Tanto le cuesta hablar claro? ¿Está o no está borracho?

Leighton, justamente exasperado, replicó:

—No se tiene de pie y llevo un buen rato tratando de que usted lo entienda.

—¡Stephen! —gritó Rickie subiendo muy deprisa los escalones. Le esperaba el calor y el olor de la cerveza, y habló con más indignación de lo que pretendía—. ¿Hay aquí alguien que no esté borracho?

El dueño lo miró con enojo desde detrás del mostrador y le preguntó qué era lo que quería decir.

—Está ahí, borracho. Dígale que ha faltado a su palabra y que no iré con él a los Rings.

—Muy bien. No irá usted con él a los Rings —dijo el dueño, avanzando unos pasos y cerrando la puerta en sus narices.

Dentro del bar estaba sólo enfadado, pero al entrar otra vez en contacto con el aire fresco, Rickie recordó que Stephen dictaba sus propias leyes. Había decidido faltar a su palabra y volvería a hacerlo. Nada le ataba. Ceder a las tentaciones no es fatal para la mayoría de nosotros. Pero significa el final para un héroe.

—¡Está perdido! —gritó, sin acordarse aún de sí mismo. Por unos instantes permaneció junto al olmo, agarrándose a los relieves de la corteza. Cuando al día siguiente tratara de convencerle, Stephen replicaría imperturbable: «Mi cuerpo es exclusivamente mío.» O, todavía peor, quizá tuviera que enfrentarse con un Stephen complaciente que haría nuevas promesas sin la menor dificultad. Mientras rezaba para que un milagro convirtiera a su hermano, se dio cuenta de que tenía que rezar por sí mismo. Porque también él estaba perdido.

—¿Por qué, qué es lo que pasa? —preguntó Leighton—. Sólo está pasando un rato con unos amigos. Mr. Elliot, por favor, no se desespere. No ha pasado nada malo. Nadie ha muerto ni se ha hecho daño.

Siempre amable, Leighton cogió a Rickie del brazo y, compadeciéndose de una persona tan nerviosa, se puso en camino hacia Cadover. Los hombros de Orión se alzaron tras ellos sobre las ramas más altas del olmo. Desde el puente se veía toda la constelación y Rickie dijo:

—Quiera Dios acogerme y perdonarme por haber confiado en la tierra.

—Pero, Mr. Elliot, ¿qué ha hecho usted de malo?

—Perderlo todo por segunda vez, Leighton. Afirmar de nuevo que las personas son seres reales. ¡Qué Dios tenga compasión de mí!

Leighton retiró el brazo. Aunque no había entendido, le recorrió un escalofrío de desagrado y dijo:

—Voy a volver al *Antílope*. Les ayudaré a acostar a Stephen.

—Hágalo. Le esperaré aquí.

Rickie se apoyó en el pretil y rezó apasionadamente porque sabía que las convenciones lo reclamarían pronto. Dios estaba detrás de ellas, pero ¡qué lejos y cuánta degradación antes de alcanzarlo! Al final de aquel infantil desvío le esperaba su mujer; el que lo fuera sólo de nombre no cambiaba nada las cosas. Rickie era demasiado débil. Los libros y los amigos no bastaban. Poco a poco Agnes volvería a hacerle suyo, lo corrompería y le obligaría a ser lo que ya había sido antes. Y la mujer que amaba moriría en borracheras y en orgías; su fuerza sería malgastada por un hombre; su belleza profanada por un hombre. No podría continuar. La rosa mística y las facciones que había iluminado no significaban nada. La corriente —estaba encima de ella en aquel momento— tampoco significaba nada, aunque brotara de la hierba más pura y corriera eternamente hacia el mar. El nadador, los hombros de Orión: todo aquello no significaba nada y no iba a ningún sitio. Toda aquella aventura era un sueño ridículo.

Leighton regresó diciendo:

—¿No ha visto usted a Stephen? Dicen que vino siguiéndonos; todavía puede andar: ya le dije que no era para tanto.

Rickie avanzó un poco por la calzada romana. Le daba todo igual otra vez. En el paso a nivel se inclinó sobre el portillo para ver pasar un tren de mercancías a muy poca velocidad. Con el resplandor de la máquina vio que su hermano había tomado aquella dirección, debido quizá a un vago recuerdo de los Rings, y yacía ahora sobre la vía del tren. Cansadamente cumplió con su deber. Había tiempo para levantarlo y ponerlo a salvo. También era deber suyo salvar su propia vida y trató de hacerlo. El tren le pasó por encima de las rodillas. Murió en Cadover, susurrándole a Mrs. Failing:

—Tenías razón.

Su tía se refirió después a él en una carta a Mrs. Lewin como «uno que ha fracasado en todo lo que emprendió; uno de los miles cuyo polvo vuelve al polvo sin haber logrado nada. Mientras la campana hendida de nuestra iglesia tocaba a muerto, Agnes y yo lo enterramos fingiendo que alguna vez había estado vivo. El otro, que siempre ha sido honesto, se mantuvo alejado».

Desde la ventana se veía un austero valle de laderas no muy pronunciadas que podían labrarse; el fondo quedaba marcado por una franja de hierba crecida. Era domingo por la tarde y el valle estaba desierto con la excepción de un jornalero que avanzaba lentamente, montado en una bicicleta oxidada. Calma total en la atmósfera. Un grajo lanzó un grito desde los bosques de detrás, pero las tórtolas, que se acuestan pronto, guardaban silencio ya. Como la ventana daba al oeste, la habitación estaba inundada de luz y Stephen, que tenía calor, trabajaba en mangas de camisa.

—¿Garantiza usted que se venderán? —preguntó, con una pluma entre los dientes.

Estaba arreglando un montón de manuscritos.

—Garantizo que el mundo saldrá ganando —dijo Mr. Pembroke, clérigo ya y sentado junto a él con una sutil mueca de desaprobación en el rostro.

—Mi impresión era que la historia larga tenía cosas positivas, pero que los cuentos cortos no... ¿cuál es la palabra?

—«Convencer» es probablemente el verbo que usted busca. Pero ese tipo de crítica está ya completamente superado. ¿No ha visto la edición americana con ilustraciones?

—No recuerdo.

—¿Me permite que le envíe un ejemplar? Debería usted tener uno.

—Gracias.

A Stephen se le iban los ojos hacia la ventana. La bicicleta había desaparecido entre unos árboles y, más allá, atravesando un cielo sin nubes, el sol descendía también.

—¿Queda todo claro? —dijo Mr. Pembroke—. Ofrezca los diez cuentos a las revistas y fije usted mismo las condiciones. Me ha dado usted su palabra de que después aunaremos nuestras fuerzas: las cuatro historias en mi poder junto con las suyas bastarán para formar un volumen, al que se puede dar el nombre de *El caramillo de Pan*.

—¿Está usted seguro de que no se ha usado ya?

Mr. Pembroke apretó los dientes. Llevaba casi una hora aguantando cosas como aquélla.

—Si es así, podemos escoger otro. Un título no es difícil de encontrar. Pero ésa es la idea que tiene que sugerir. Los cuentos, como ya le he explicado dos veces, se centran todos alrededor de la naturaleza. Y como el caramillo...

—Eso ya lo sé —dijo Stephen con impaciencia.

—...es el instrumento...

—Está bien. Podemos seguir adelante. Eso ya lo he aprendido.

Hacía años que Mr. Pembroke, el profesor, no se había visto interrumpido, y no lo soportaba.

—Muy bien —dijo—. Me inclino ante su gran conocimiento de los clásicos. Continuemos.

—Ah, sí; la introducción. Tiene que haber una. Fue la introducción con todos aquellos detalles falsos lo que vendió el otro libro.

—Me abruma usted. No redacté la memoria con esa intención.

—¡Si no la escribe usted, tendrá que hacerlo Mrs. Keynes!

—Mi hermana está muy ocupada. No puedo pedirle a ella que lo haga. Lo haré yo mismo, puesto que insiste usted.

—¿Y la encuadernación?

—La encuadernación —dijo Mr. Pembroke con voz glacial—, tiene que dejarse a la discreción del editor. No podemos ocuparnos de esos detalles. Nuestra tarea es puramente literaria.

Mr. Pembroke pareció perder el hilo de sus pensamientos. Empezó a agitarse y finalmente se inclinó y miró debajo de la mesa.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —preguntó.

Stephen miró también y por un instante se sonrieron ante la postrada figura de una niñita que estaba acariciando las botas de Mr. Pembroke.

—Lo que le gusta es el betún —explicó Stephen—. Si la dejamos ahí, le lamerá las botas hasta dejarlas de color marrón.

—Vaya. ¿No es peligroso?

—A mí no me hizo daño nunca. ¡Levántate! Tienes la lengua sucia.

—Puedo...

Le oyeron preguntar si podía limpiarse la lengua con un chupete de caramelo.

—¡No, no! —dijo Mr. Pembroke—. Los caramelos no limpian las lenguas de las niñitas.

—Sí que lo hacen —rectificó Stephen—. Pero no va a conseguir uno. Se la puso sobre las rodillas y le restregó la lengua con el pañuelo.

—¡Qué graciosa! —dijo el visitante de manera mecánica.

La niña empezó a berrear y le dio una patada a su padre en el estómago. Stephen la miró con calma:

—Has tratado de hacerme daño —dijo—. Hacer daño no cuenta. Tratar de hacerlo sí. Límpiame la lengua tú sola. Bájate de mis rodillas.

Lágrimas de una especie diferente se agolparon en los ojos de la chiquilla, pero obedeció.

—¿Qué tal está el gran Bertie? —preguntó Stephen.

—Mi sobrino está muy bien, muchas gracias. ¿Cómo ha sabido usted de su existencia?

—A través de los Silt, por supuesto. Estamos a menos de cinco millas de Cadover.

Mr. Pembroke alzó los ojos tristemente.

—No entiendo cómo los pobres Silt se las arreglan en esa casa tan grande. No puede haber sido eso lo que ella pretendía. La casa, la granja, el dinero... todo; ¡hasta los objetos personales de Mr. Failing que deberían haber vuelto a su familia...!

—Es perfectamente legal. Sucesión por declaración de herederos.

—No lo discuto. Pero es una lección sobre la necesidad de hacer testamento. Mrs. Keynes y yo nos quedamos muy sorprendidos.

—Se acoplarán bien. Me ofrecieron el puesto de encargado, pero...

Contempló las laderas del valle con sus cultivos. Sus modales se estaban haciendo más rudos porque veía a menos personas educadas y sus frases resultaban incoherentes o demasiado directas.

—...si Lawrie Silt es una *cockney* como su padre, y si mi próximo hijo es un chico y se parece a mí... —una hermosa expresión mezclada con timidez apareció en sus ojos y pasó inadvertida.

—Se acoplarán bien —repitió—. Despidieron a Wilbraham, han construido nuevas viviendas además del puente sobre el tren, y han hecho otros cambios muy necesarios.

Hubo un momento de silencio.

Mr. Pembroke sacó el reloj.

—Me pregunto si alguien podría llevarme en el carricoche. No debo perder el tren, ¿verdad? Ha sido usted muy amable concediéndome esta entrevista. ¿Ha quedado todo perfectamente claro?

—Sí.

—Un caso de mitad y mitad... división de beneficios.

—¿Mitad y mitad? —dijo el joven granjero lentamente—. ¿Por quién me toma usted? ¿Mitad y mitad cuando yo apporto diez cuentos y usted sólo cuatro?

—Mi... mi... —tartamudeó Mr. Pembroke.

—Sé muy bien que me engañó usted con la historia larga, pero ¿que me aspen si le permito que me engañe también con los cuentos cortos!

—¡Cállese, por favor, cállese!... aunque sólo sea por su hijita.

Mr. Pembroke extendió una mano de manera muy clerical.

—Me engañó usted —siguió Stephen, alzando la voz— y los treinta y nueve artículos no impedirán que lo diga. Aquella historia larga tenía que haber sido mía. Yo conseguí que se escribiera. Está dedicada a mí, sin posibilidad de confusión, y usted quitó la dedicatoria y me eliminó también de la introducción. Escúcheme, Pembroke. Ha engañado usted a la gente toda su vida; creo que sin darse cuenta, pero eso no me sirve de consuelo. Un pobre diablo que estaba en Sawston me escribió una vez y también a él le había engañado usted. Comida adulterada, religión falsa, falsos consejos... y cuando se derrumbó, usted dijo que aquello era el mundo en miniatura —le agarró con fuerza por el brazo—; pero le voy a enseñar el mundo.

Le obligó a dar la vuelta como a un niño y a través de la puerta abierta vieron sólo el tranquilo valle; pero por él corría un riachuelo que llevaba sus aguas hasta el mar.

—Basta con que mire eso y se imagine la llanura que empieza más allá, donde se camina sobre la greda; piense en nosotros montando a caballo cualquier noche cuando le traigan la botella de agua caliente. Eso es el mundo y no existe un mundo en miniatura. Hay sólo un mundo, Pembroke, y no es tan fácil hacer callar a los hombres. Porque, ¿me oye usted?, se vuelven respondones si se intenta engañarlos. Si le dice usted a un hombre que cuatro ovejas es lo mismo que diez, le replicará que es usted un mentiroso.

Mr. Pembroke quedó estupefacto y —tal es la naturaleza humana— le molestó sobre todo la alusión a la botella de agua caliente; un lujo poco varonil que nunca se había permitido, ya que se contentaba con unos calcetines de lana.

—Basta... no hay testigos... estoy seguro de que se ha dado usted cuenta.

Pero sí había, porque una voz infantil exclamó:

—Oh, mami, se están peleando... ¡qué divertido! —y se oyeron pasos apresurados subiendo la escalera.

—Basta. Habla usted de engañar, pero ¿y el dinero que usted le ha arrebatado a mi hermana? ¿Y este cuadro —señaló a una descolorida fotografía de Estocolmo— que usted consiguió escamotear de las paredes de mi casa? ¿Y qué decir...? Pero basta. Concluyamos esta penosa escena. No está usted de acuerdo con mi ofrecimiento. Haga el suyo. Lo aceptaré. Es inútil razonar con una persona dominada por el alcohol.

Stephen se calmó inmediatamente.

—¡Alto! —dijo amablemente—. No siga por ese camino. Quédese con una tercera parte por los cuatro cuentos y la introducción; las otras dos terceras partes serán para mí.

Después se fue a enjaezar el caballo, mientras Mr. Pembroke, contemplando sus anchas espaldas, sentía deseos de hundirle un cuchillo en ellas. El deseo acabó por desaparecer; en parte porque era incompatible con su situación clerical; en parte porque no tenía cuchillo y en parte porque enseguida deformó lo que había sucedido. Para él cualquier crítica era «descortesía». Nunca las reconocía porque nunca las necesitaba: no se equivocaba nunca. Toda su vida había dado órdenes a niños o a muchachos y ahora adoptaba la misma actitud magistral con los mayores: Stephen era un patán de quinto curso que, debido a un defecto del reglamento, no podía mandar al director para que fuera azotado.

Esta actitud proporciona tranquilidad. Mr. Pembroke no tuvo muy pronto otros sentimientos que los del mártir insultado. Su mente se aclaró. Permaneció sumido en profunda meditación delante del otro cuadro que adornaba la desnuda habitación: la Deméter de Cnido. El sol se estaba poniendo ya y sus últimos rayos caían sobre las facciones inmortales y las destrozadas rodillas. Además de la fragancia de los guisantes de olor irrumpían en el cuarto esos aromas más misteriosos que no proceden de una flor ni de un terrón de arcilla sino del amplio pecho del atardecer. Mr. Pembroke trató de no ser cínico. Pero en el fondo del corazón no podía lamentar aquella tragedia, ya medio olvidada, protocolizada, indistinta. Por supuesto la muerte es una cosa terrible. Sin embargo, la muerte es piadosa cuando se lleva a un fracasado. Si profundizamos lo suficiente, es lo mejor que podía pasar. Contempló el cuadro e inclinó la cabeza asintiendo.

Stephen, que había ido a la estación a recibir a su visitante, tenía intención de llevarle allí otra vez. Pero después de su discusión decidió que

fuera con el chico. Se quedó en la puerta, contento porque iba a ganar dinero, contento por haberse enfadado; mientras, el brillo del cielo sin nubes se hacía intenso, el silencio cada vez más completo y los aromas de la noche más penetrantes. Se despertó en él el recuerdo de vagabundeos de otros tiempos y decidió que, a pesar de lo mucho que amaba su casa, no volvería a entrar en ella hasta el amanecer.

—¡Buenas noches! —exclamó.

En seguida la niñita vino corriendo y Stephen le susurró:

—¡Deprisa entonces! Tráeme una manta.

—¡Buenas noches! —repitió; y una voz agradable le contestó desde una ventana del piso alto:

—¿Por qué buenas noches?

Stephen no respondió hasta que la niña estuvo en sus brazos, bien arropada.

—Ya va siendo hora de que aprenda a dormir al raso —exclamó—. Si me necesitas estaremos en la colina, en el sitio que sabes.

La voz protestó diciendo esto y aquello.

—Stewart está en la casa —dijo él—, eso no tiene importancia y yo me voy a ir de todas formas.

—Stephen, quisiera que no lo hicieras. Quisiera que no te la llevaras. Prométeme que no le vas a contar cosas absurdas. No... me gustaría que subieras un minuto...

La niña, cuyo rostro descansaba contra el de Stephen, notó que sus músculos se endurecían.

—No le cuentes cosas absurdas sobre ti mismo... cosas que ya no son verdad. No la angusties con viejos fantasmas que ya están muertos. Hazlo por complacerme.

—No lo haré por esta noche.

—Stevie, querido, si quieres contentarme aún más, no te la lles.

Al oír esto él se echó a reír de manera impertinente.

—Imagino que me estás manteniendo a raya —dijo ella y, aunque Stephen no podía verla, extendió los brazos hacia él.

Durante algún tiempo Stephen permaneció inmóvil bajo la ventana, meditando sobre la tangible felicidad de su vida. Luego su respiración se aceleró y se preguntó por qué estaba allí y por qué llevaba en brazos el tibio cuerpo de una niñita.

—Tenemos que marcharnos —susurró, señalando al cielo, cuyas tonalidades anaranjadas se estaban ya transformando en verdes—. Dale las buenas noches a todo.

—Buenas noches, mamita querida —dijo ella con voz de sueño—. Buenas noches, casa. Buenas noches, cuadros... cuadro largo... señora de piedra. Os veo a través de la ventana... tenéis la cara de color rosa.

Anocheía. Stephen le besó el pelo y echó a andar sin decir palabra hasta que llegaron a la llanura. Con frecuencia había dormido allí solo y también en su noche de bodas; sabía que la hierba estaba seca y que si se apoya la cara contra ella huele a tomillo. Por un momento la tierra despabiló a la niñita y empezó a charlar.

—Mis oraciones... —dijo intranquila.

Stephen le ofreció una mano y se quedó dormida antes de que sus dedos encontraran acomodo. Al sentirlos se quedó pensativo y de nuevo le llenó de asombro que él, el accidente, estuviera allí. Vivía y había creado vida. ¿Con qué autoridad? Aunque no podía expresarlo con palabras, creía guiar el futuro de la raza inglesa y creía que, con el paso de los siglos, sus ideas y sus pasiones triunfarían en Inglaterra. Los muertos que le habían evocado; los todavía por nacer que él evocaría... él regía las sendas entre ellos. ¿Con qué autoridad?

Hacia el oeste yacía Cadover y los campos de su juventud; sobre ellos descendía la luna en cuarto creciente. Siguió su trayectoria con los ojos y recortada contra su resplandor final vio, o creyó ver, la silueta de los Rings. Siempre había sido un hombre agradecido, como sabían bien las personas que le entendían. Pero aquella noche su gratitud le parecía un don de poca importancia. El oído estaba sordo y ¿cómo podría llegar hasta él su agradecimiento? El cuerpo era polvo y ¿cómo podría participar en cualquiera de sus gozos? El espíritu había huido, lleno de dolor y soledad, sin llegar jamás a saber que su legado había sido la salvación.

Llenó la pipa y estuvo algún tiempo aplastando con el pulgar el tabaco. «¿Qué voy a hacer?» pensó. «¿Es consciente de lo que me ha dado? Un párroco sabría qué hacer. Pero, ¿y un hombre como yo, que trabaja toda la vida al aire libre?» Mientras se interrogaba, quedó roto el silencio de la noche. El silbido del tren que transportaba a Mr. Pembroke se dejó oír débilmente, y una tenue luz cruzó sobre la tierra... cruzó y después retornó el silencio. Sí, quedaba algo que un hombre como él podía hacer. Y Stephen

se inclinó reverentemente para saludar a la niña que llevaba el nombre de la madre de ambos.

notes

OceanofPDF.com

Notas a pie de página

¹ Debido a las diferencias entre los sistemas educativos español e inglés he preferido no traducir esta palabra. En Cambridge un *college* es un edificio o grupo de edificios que se utilizan como residencia y también como centro docente. En otros casos, *college* puede equivaler al concepto español de «universidad» (N. del T.)

² Término utilizado en Cambridge para el examen de fin de estudios, mediante el cual se divide a los candidatos en tres categorías, semejantes a las de sobresaliente, notable y aprobado. (N. del T.)

³ Aquí se pierde la relación onomatopéyica del inglés entre Rickie y rickety (inseguro, bamboleante). (N. del T.)

⁴ En la traducción se pierde la semejanza fonética entre *idols*, ídolos (pronunciado *áidols*), y *doll's eyes*, ojos de muñeca (pronunciado *dolsáis*). (N. del T.)

⁵ La felicitación iba en realidad dirigida a Agnes; una equivocación social que Mr. Pembroke corrige hábilmente.

⁶ *Flea*, literalmente «parásito». (N. del T.)

⁷ *Podge*, literalmente «retaco». (N. del T.)

⁸ *Cadbury* es una marca de chocolate muy conocida en el mundo anglosajón. (N. del T.)

⁹ *Cad* significa literalmente «pillo», «sinvergüenza». (N. del T.)

¹⁰ Una traducción aproximada sería: «El dios Pan es el custodio de las ovejas». (N. del T.)

¹¹ La palabra inglesa *limpet* (lapa) tiene además una semejanza fonética con *to limp* = cojear. (N. del T.)

¹² Asociación de Jóvenes Cristianos. (N. del T.)